ELLA DARÍA LO QUE FUERA
POR SU LIBERTAD...
EXCEPTO A ÉL.

us defiant few

ALEXIS PATTON

LOS OSCUROS 3

MOLINO

ALEXIS PATTON

us defiant few

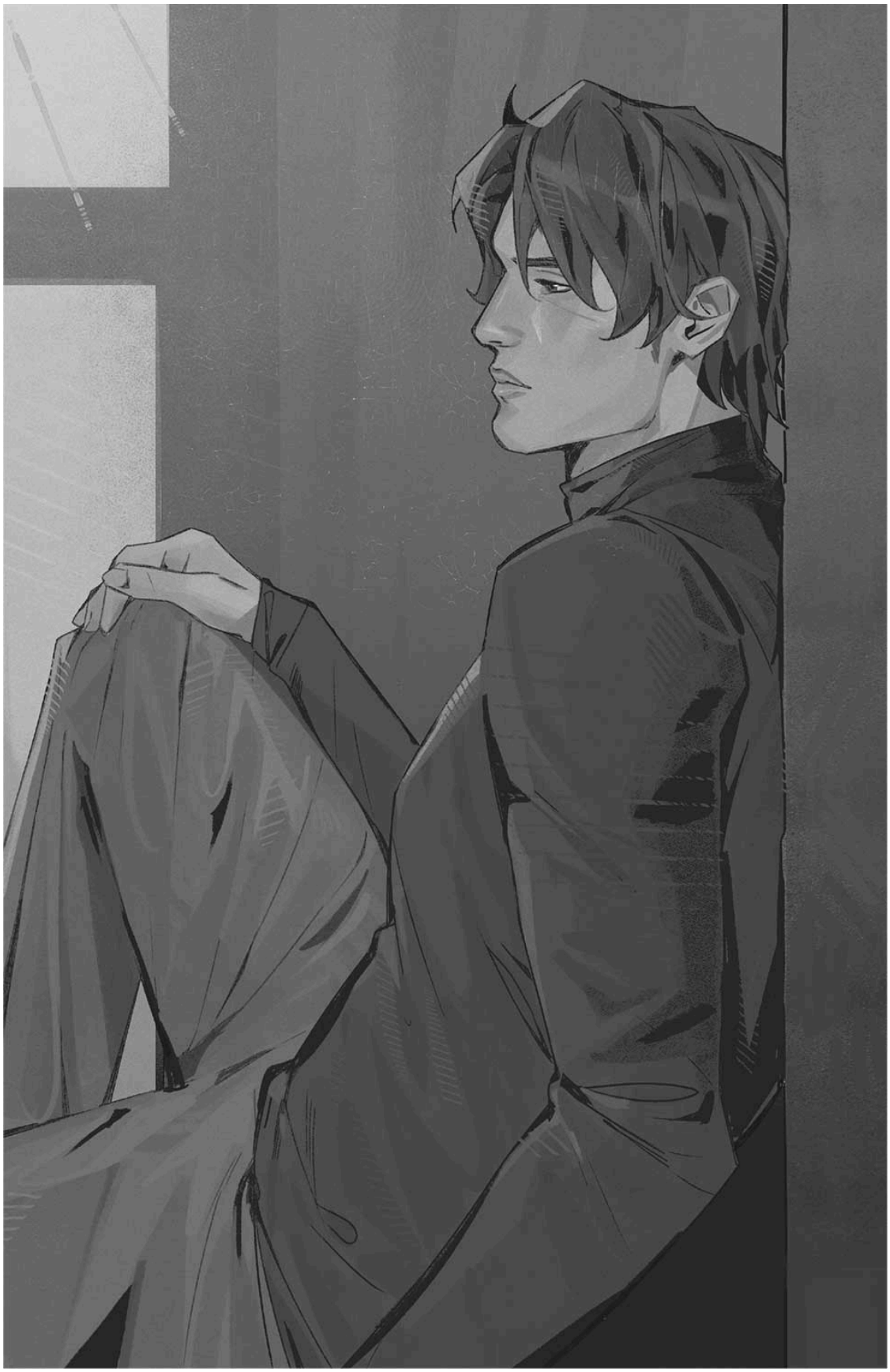
Traducción de
Ángela Esteller García

MOLINO

Para aquellos que se levantan ante las injusticias.
Y para aquellos que hablan cuando es más fácil
permanecer en silencio.

Advertencia

Us Defiant Few sucede en un mundo posapocalíptico y tiene como escenario una tierra desierta y peligrosa. Incluye descripciones violentas, asesinatos, lenguaje explícito, torturas, ideas suicidas y prácticas sexuales (dinámicas de poder, sumisión y *bondage* suave) que podrían herir la sensibilidad de los lectores. Por favor, cuida de tu salud mental y, si estás listo, prepárate para entrar en el apasionante mundo de *Us Defiant Few*.





Recordatorio de la historia

Us Dark Few: trescientos años después del Gran Colapso, Génesis, la última ciudad de la superficie de la Tierra, resiste gracias a una cúpula que protege a los ricos de la radiación letal que ha asolado el planeta. Más abajo, en la ciudad subterránea de Apolo, la población olvidada vive en la oscuridad, controlada por reglas opresivas y por una historia prohibida que el tiempo y un régimen totalitario se han encargado de borrar.

Cuando las fuerzas del orden atrapan a Khalani Kanes, una joven de dieciocho años, con un libro prohibido de la era anterior al Gran Colapso, la envían a Braderhelm, una brutal prisión del subsuelo, condenándola a una muerte segura. Obligada a vivir entre asesinos, ladrones, violadores y mentirosos, Khalani no tiene más remedio que luchar para mantenerse con vida. Sin embargo, su mayor amenaza no se encuentra entre los reclusos, sino en Takeshi Steele, el frío e inclemente capitán, que parece odiarla tanto como se desprecia a sí mismo. Con cada nuevo amanecer, Khalani se pregunta si será Takeshi quien acabará con ella o si finalmente perderá la razón y lo hará ella misma.

Khalani traba amistad con varios prisioneros rebeldes que la ayudan a seguir adelante: Serene, la rápida y hábil ladrona; Adan, el ingeniero excéntrico; Derek, el científico misterioso, y Winnie, la peculiar y reservada bibliotecaria. Después de recibir una brutal paliza en el foso, Khalani convence al despiadado Takeshi Steele

para que la entrene y así poder defenderse por sí misma.

Pero el subsuelo alberga muchos más secretos de los que Khalani jamás habría imaginado. Cuando la incluyen en una brigada de limpieza en la superficie, su camino se cruza con el de Alexander Huxley, el responsable del asesinato de sus padres y férreo gobernador de la ciudad, que muestra un especial interés en ella. Pronto escogen a Khalani para un trabajo en Génesis, donde se convierte en testigo de primera mano de la brutalidad aterradora del gobernador. Además, oye una conversación sorprendente sobre un inminente fallo en los cultivos de Apolo.

Desesperados por salvar la ciudad, Khalani y sus aliados criminales roban un *walkie-talkie* y contactan con una facción de la resistencia en la cercana ciudad de Hermes. Una voz desconocida les dice que deben llegar hasta allí atravesando la superficie del planeta. Solo hay un problema: el exterior sigue afectado por la radiación. Sin embargo, un prisionero llamado Brock, que ha explorado la Zona Muerta, les confiesa una verdad abrumadora: la radiación es mentira. La superficie hace años que es segura.

Khalani le confía esa revelación a Winnie, la anciana bibliotecaria, y esta le habla de su antepasado, Timothy Talbot, un científico implicado en una iniciativa de alto secreto llamada «Proyecto Hélix», cuyo diario ha pasado de generación en generación hasta llegar a ella. El diario revela que el Proyecto Hélix se diseñó para salvar al mundo, y su última y críptica frase les proporciona una única pista: «El camino comienza en Prometeo».

Khalani y sus amigos empiezan a planear la fuga. Con la ayuda de un aliado poco probable y del misterioso Takeshi Steele, logran finalmente escapar de Braderhelm. Pero en la superficie apocalíptica se topan con el vengativo gobernador. Takeshi se encara con Alexander Huxley y lo asesina, descubriendo la horrible verdad: el

gobernador no es humano, sino una máquina.

Con el hallazgo de la verdadera naturaleza del gobernador, Khalani y su banda de criminales emprenden la marcha hacia Hermes por el árido desierto, dispuestos a descubrir las oscuras respuestas que amenazan con redefinir su mundo.

Us Deadly Few: Khalani y el resto de los criminales fugados de Braderhelm emprenden su largo viaje por el desierto hacia Hermes, la ciudad del subsuelo más cercana. Khalani se enfrenta a un clima infernal, violentas tormentas, visiones terroríficas del gobernador y el carácter distante de Takeshi. Una noche, todos caen presos y se despiertan en Oasis.

La jefa de Oasis los acoge y les proporciona alojamiento, pero les prohíbe que se marchen. Sin embargo, una noche, el grupo enemigo de los Pecadores —según dicen, caníbales— ataca el poblado y acaba con la vida de casi todos sus habitantes. Con la ayuda de Brock, Takeshi y Khalani, los ciudadanos consiguen repeler el asalto. Agradecida por la ayuda, la jefa les permite partir hacia Hermes a cambio de que regresen con armas y provisiones, y con una condición: Derek debe quedarse en Oasis. Khalani y el resto del grupo emprenden el viaje final hacia Hermes, la ciudad subterránea bajo las ruinas de Las Vegas. Esperándolos está Spade, miembro de la banda de los Ases. Al igual que la antigua ciudad de Las Vegas, Hermes vive del alcohol y las apuestas. Spade los conduce hasta el Corazón Negro, la guarida secreta de los Ases, y, durante una reunión de la banda, Khalani y sus amigos confiesan lo que saben: no hay radiación en la superficie y, si no los ayudan enseguida, los habitantes de la ciudad subterránea de Apolo morirán de hambre. Spade les propone un trato: si Khalani y Takeshi se infiltran en el

campo de detención de Hermes y rescatan a Jack, el líder de los Ases, la banda colaborará en su misión de salvar Apolo.

Raziel, el sicario de los Ases, acompaña a Khalani y Takeshi al casino, donde está previsto que los capturen los crupieres, la policía militar de Hermes. El plan se desarrolla según lo previsto, y Khalani y Takeshi despiertan en el campo de detención, donde se ven obligados a realizar trabajos forzados mientras tratan de evitar al misterioso médico del campo, el doctor Strauss, que escoge a un prisionero durante la inspección diaria. Nadie sabe qué sucede con aquellos a los que ha elegido, solo que nunca regresan y, si lo hacen, ya no son los mismos.

En el campo, localizan a Jack y a su compañero, Ryder, otro miembro de los Ases. Khalani también traba amistad con una joven llamada Elise y con su padre, un hombre atormentado y obsesionado con un anillo en el que hay grabadas las palabras «Corp. Prometeo», la pista del diario de Timothy Talbot. Mientras la relación entre Khalani y Takeshi se vuelve más cercana y consiguen sobrevivir a un ataque brutal, el plan para rescatarlos se pone en marcha. Pero todo se desmorona cuando el doctor Strauss se lleva a Khalani. En su laboratorio, el macabro médico le confiesa sus intenciones: crear un ejército gracias a unos chips de control mental que insertará en el cerebro de los prisioneros. El doctor Strauss tortura a Khalani para implantarle uno de esos chips y le borra la memoria, aunque las torturas no dejan rastro gracias a una medicina muy avanzada. Los Ases finalmente hacen estallar una bomba e irrumpen en el campo de detención. En medio del caos que se desata, el padre de Elise muere, dejándole como único legado su preciado anillo. Takeshi rescata a Khalani de las siniestras manos del doctor Strauss, pero, durante la huida, el capitán recibe un disparo en la espalda y Khalani se ve obligada a dejarlo atrás.

De vuelta al Corazón Negro, Winnie y Adan descubren algo inquietante: entre los primeros supervivientes de Hermes, hay empleados de la Corporación Prometeo, ubicada en algún lugar de la antigua California. Winnie está dispuesta a ir hasta allí para descubrir la verdad, y se lo pide a Khalani. Sin embargo, esta se niega a creer que Takeshi esté muerto y solo tiene un objetivo: rescatarlo.

Antes de que puedan ponerse en marcha, los crupieres irrumpen en el Corazón Negro en busca de Jack, Ryder, Elise y Khalani, los presos fugados del campo de detención. Estalla el caos, y Khalani y su familia elegida huyen por la puerta de atrás. Justo cuando creen haber escapado, una figura aparece entre las sombras. Takeshi. Desbordada por la alegría, Khalani se lanza a sus brazos, pero el capitán la amenaza con un cuchillo en la garganta y le formula una única pregunta: «¿Cómo sabes mi nombre?».

1

Puede que no estuvieras al principio, pero me
alegro de que estés al final.

A Khalani la habían definido de muchas maneras.

Huérfana.

Criminal.

Renegada.

Pero no bastaba con un único adjetivo. Ya no. Una rabia desatada hervía en su interior. Como si hubiera perdido la cordura para siempre.

Le habían mentido, durante toda su existencia.

Se suponía que el amor iba a liberarla. Sin embargo, con ese frío puñal presionándole la garganta, fue terriblemente consciente de que el amor siempre era el punto final de la historia.

Solo que jamás había pensado que la suya terminaría así.

—Takeshi… —susurró Khalani con aspereza, escudriñando esa mirada oscura sin indicios de reconocerla.

El cuerpo firme y robusto era el mismo. Su rostro cincelado y su sedoso cabello negro no parecían distintos. Pero esos ojos negros como el carbón eran glaciales y estaban del todo desprovistos de vida, como si alguien lo controlara.

La hoja se hundió más en su yugular. Khalani se estremeció al

notar que un hilillo de sangre le resbalaba por la garganta.

—Solo lo preguntaré una vez más —siseó Takeshi—. ¿Cómo sabes mi nombre?

Khalani entreabrió los labios, pero de ellos no salió ningún grito ni súplica. Buscó en su expresión, esperando que la reconociera.

En cualquier momento, volvería en sí. Estaba segura.

Tenía que hacerlo.

Pero, antes de que pudiera responder, una figura enorme embistió a Takeshi como un ariete. Khalani ahogó un grito al ver el cuerpo robusto de Brock, que intentaba quitárselo de encima. Takeshi, sin embargo, le clavó el codo en el estómago y después lo golpeó en la garganta, y lo apartó con facilidad.

Apretando los dientes, Takeshi volvió a fijar su atención en Khalani, aunque ahora parecía diferente. Un destello brillaba en sus ojos glaciales. Avanzaba con los músculos completamente rígidos. Con unos escalofríos que le recorrían la columna, Khalani retrocedió poco a poco.

Takeshi aferró el cuchillo y, sin dudarlo, arremetió contra ella, apuntando la hoja brillante hacia su corazón.

Khalani alzó las manos y cerró los ojos por instinto. Pero no sintió el dolor de la estocada.

Cuando los abrió de nuevo, vio a Adan y a Serene forcejeando con Takeshi. Gruñían y jadeaban, tratando de contenerlo por todos los medios.

—¡Por favor, Takeshi! ¡Basta! —gritó Khalani mientras Serene le sujetaba a duras penas el brazo izquierdo con ambas manos y tiraba de él con todas sus fuerzas.

Takeshi, sin embargo, siguió avanzando, clavando sus ojos letales en el rostro sorprendido de Khalani.

—Joder, tío, reacciona de una vez —refunfuñó Adan, aferrándose

con desesperación al otro brazo de Takeshi.

Takeshi soltó un gruñido y trató de zafarse.

Ya casi lo había conseguido.

De repente, Brock apareció y lo atacó por la espalda: le rodeó el cuello con el grueso bíceps y trató de asfixiarlo.

El rostro de Takeshi, que había empezado a temblar, adquirió un matiz morado.

—¡No lo matéis! —gritó Khalani.

Pero ellos la ignoraron y siguieron forcejeando para contener su furia desatada.

Apenas podía respirar; no conseguía pensar. Se puso en pie a trompicones mientras sus compañeros seguían luchando con él, que no dejaba de mirarla con ojos feroces y de apretar los puños como si ella fuera la causa de todo el sufrimiento del mundo. Takeshi cuadró los hombros de repente y embistió hacia delante. Pese a que Brock, Serene y Adan lo sujetaban, no pudieron hacer nada.

¡Pum!

Un taburete se estrelló contra la cabeza de Takeshi, que se tambaleó mientras trataba de enfocar la mirada. Winnie estaba tras él, jadeando y con los ojos abiertos de par en par. Brock aprovechó de inmediato la oportunidad, le arrebató el taburete a Winnie y lo estrelló de nuevo contra la cabeza de Takeshi.

Todos se sobresaltaron al ver que Takeshi se desplomaba, inconsciente.

Con manos temblorosas, Brock dejó caer el taburete. Este se estrelló en el suelo con un ruido metálico que resonó por el lúgubre callejón.

Todos estaban sin aliento, pero nadie se atrevió a moverse, como si el cambio más insignificante pudiese despertar a Takeshi y reavivar de nuevo en él esa furia asesina. Sin embargo, Khalani se

llevó una mano al pecho, al corazón que tanto le dolía, a punto de venirse abajo.

Qué alivio habría sido sentirse vacía.

De hecho, habría preferido cualquier cosa antes que ese grito de dolor que ahora rugía por todo su ser.

«¿Cómo sabes mi nombre?», no dejaba de repetir Takeshi.

¿De verdad no la recordaba?

Khalani negó con la cabeza, porque no quería —o más bien no podía— aceptarlo.

¿Acaso la oscuridad no le había permitido reconocerla? ¿La habría confundido?

Buscó otra explicación. El rostro sonriente del doctor Strauss cruzó durante un segundo sus pensamientos, y un escalofrío la recorrió.

Recordó cómo le había cortado la pierna, como si fuera un sangriento pedazo de tarta. Cómo le había despellejado los brazos. Cómo le había amputado las extremidades. Y cómo le había administrado un medicamento especial que había curado sus heridas a una velocidad extraordinaria.

Y la última vez que había visto a Takeshi, había recibido un disparo al tratar de huir del campo. Quizá le habían administrado el mismo suero.

Pero ¿era ese el motivo de que la hubiera olvidado?

No, tenía que ser otra cosa.

No dejaba de pensar en el chip. El que el doctor Strauss había querido insertarle en el cerebro.

El doctor Strauss había dicho que, para que el chip funcionara, era necesario inducir la pérdida de memoria a través de la tortura. Y, en el laboratorio, Khalani lo había vivido en carne propia: su mente había empezado a fragmentarse, a resquebrajarse. Sus recuerdos,

sus poemas… Todo se desintegraba poco a poco. Lo único que Khalani podía hacer era repetir su nombre una y otra vez para no perderlo todo.

Takeshi, en cambio, llevaba días desaparecido. Solo. Sufriendo. Esperando a que ella lo rescatara.

Una lágrima le resbaló por la mejilla, embargada por el remordimiento.

Lo había abandonado. Takeshi había arriesgado la vida para salvarla y, a cambio, ella lo había abandonado.

Bajó la mirada hacia el suelo y lo contempló, ansiosa por acostarse junto a él.

«Joder, lo siento tanto…».

—¿De dónde ha salido el taburete?

Serene rompió el silencio con un hilillo de voz y el cuerpo aún dolorido.

—Winnie no se lo ha pensado dos veces —afirmó la anciana, pasándose los dedos temblorosos por el pelo gris y encrespado—. Ha regresado a toda prisa al bar y ha cogido lo primero que ha encontrado. Los hombres del interior estaban demasiado ocupados peleando como para prestarle atención.

Khalani desvió la mirada hacia el Corazón Negro, la sede de los Ases. En un abrir y cerrar de ojos, habían pasado de estar discutiendo planes a vérselas con los crupieres, que habían irrumpido para dar caza a los prisioneros que habían escapado del campo.

El fragor de la batalla se había atenuado. En el callejón reinaba ahora un inquietante silencio, pero no tenían ni idea de quién había salido victorioso.

Quizá todos los Ases estuvieran muertos.

Los crupieres podían aparecer en cualquier momento en el

callejón, buscando a posibles supervivientes.

—Tenemos que irnos —apremió Khalani, dando un paso mientras un torbellino de ideas le asaltaba la mente—. Brock, ¿me ayudas a llevar a Takeshi? Tenemos que encontrar un lugar donde escondernos.

—¿Has perdido la puta cabeza? ¡Ha tratado de matarte! —gruñó Brock en voz baja para no llamar la atención.

Sus palabras la destrozaron.

—No, no lo comprendes. No es él —aclaró enfrentándose a sus miradas de incredulidad—. Los crupieres le han hecho algo. Algo para que olvide. Tenemos que ayudarlo.

—Khalani… —intervino Adan—. Quizá sería mejor hablarlo.

—¡No hay nada que hablar! —casi gritó.

Estaba pálida y los ojos casi se le salían de las órbitas, como una criatura arrinconada que arremete contra todo y todos.

No le importaba quién se interpusiera en su camino. Prefería morir antes que volver a abandonarlo.

Brock tensó la mandíbula. Justo cuando iba a replicar, la puerta trasera del Corazón Negro se abrió de repente y golpeó bruscamente la pared. Jack salió hecho una furia, cubierto de sangre y con expresión asesina mientras sujetaba a Ryder de la cintura con un brazo.

Ryder jadeaba, tenía el rostro manchado de sangre y las fosas nasales dilatadas y se presionaba las costillas con una mano ensangrentada. Raziel y Spade lo seguían de cerca; llevaban el atuendo negro descompuesto y salpicado de rojo.

Un par de hombres más salieron a trompicones tras ellos, aferrando sus armas con miradas frenéticas. Khalani se quedó atónita al ver que la última figura que salía era Elise. Bajó los pocos peldaños que había entre la puerta y la calle cojeando, con la

melena rubia que le llegaba hasta la cintura completamente despeinada y con la mirada perdida y conmocionada. No se parecía en nada a la impetuosa y valiente muchacha que Khalani había conocido en el campo de detención.

En cuanto Elise pisó la calle, Spade cerró de golpe la puerta del Corazón Negro. Jadeando, apoyó la espalda contra la madera, como si así pudiera contener la violencia que habían dejado atrás.

—Tenemos que largarnos de aquí —declaró Jack, sujetando con más fuerza a su compañero herido—. Ryder necesita un médico.

—Uno de esos putos crupieres me ha apuñalado —escupió Ryder.

El charco de sangre se extendía por su camiseta gris.

—¿Qué ha pasado con los otros? —preguntó Brock.

—Todos muertos —sentenció Raziel sin un ápice de compasión. Se restregó un brazo ensangrentado por la nariz mientras, con el otro, sostenía una pistola pegada al muslo—. He contado siete en la redada, pero vendrán más en cuanto vean que no regresan.

—¿Y el resto de los Ases?

Jack y Spade intercambiaron una mirada sombría. Raziel soltó entre dientes unos insultos demasiado explosivos como para repetirlos. Khalani se estremeció ante el silencio que ofrecieron como respuesta.

Elise se balanceaba de un lado a otro con la mirada vidriosa, como si fuera a desplomarse en cualquier momento.

—Todavía no entiendo cómo demonios nos han encontrado.

Spade estrelló el puño contra la puerta.

—Alguien ha debido de cantar.

—Eso no podemos saberlo —soltó Jack.

Examinó el callejón y, de repente, posó su mirada asesina en Takeshi.

Se quedó helado. Cerró y abrió la boca un par de veces, sin dar crédito a lo que veía.

Jack estaba con ellos cuando Takeshi había recibido el disparo. Había visto cómo los túneles se sellaban e impedían que escapara. Al igual que todos los demás, lo había dado por muerto.

—¿Cómo ha logrado sobrevivir?

Nadie respondió. Ni siquiera Brock.

Sin embargo, Raziel era más observador. Reparó en el cuchillo sobre el cemento, en sus miradas clavadas en el suelo y en la fina línea de sangre en el cuello de Khalani.

En un abrir y cerrar de ojos, cargó el arma y la apuntó hacia Takeshi.

—¡NO!

Khalani no pensó. Movida únicamente por el instinto, se lanzó sobre Takeshi y lo protegió con su cuerpo.

—Apártate —siseó Raziel.

—No pienso hacerlo.

—Si no te apartas en tres segundos, os mato a los dos —sentenció Raziel sin bajar el arma.

—Raziel, espera —ordenó Spade.

—¡No! —gruñó Raziel—. Vi cómo le disparaban. Lo vi con mis propios ojos. Los crupieres lo han salvado, y no me cabe duda de que ha sido él quien los ha guiado hasta el Corazón Negro.

Curvó el dedo sobre el gatillo.

—¡Eso no es cierto! —gritó Khalani, alzando una mano para detenerlo—. No puedes hacerle daño. No recuerda nada.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Cuando el doctor Strauss me llevó a su laboratorio, me contó su plan —declaró, esforzándose por hablar—. Torturan a los prisioneros, les borran la memoria y les implantan un chip. Así los

controlan.

Unos murmullos de sorpresa resonaron en la callejuela.

Pero Adan, Serene y Winnie se acercaron a ella y formaron un pequeño muro humano.

Khalani permaneció por completo inmóvil, atenta a cualquier gesto de agresividad o movimiento hostil hacia Takeshi.

—Khalani…, ahí abajo…, ¿te torturaron? —balbuceó Serene justo cuando daba otro paso vacilante hacia ella.

—No des un paso más —espetó Raziel, apuntando a Serene.

—Si no bajas esa maldita pistola, vamos a tener un problema mucho más grande —gruñó Brock.

Lo dijo con una voz tan grave y tan cargada de furia que incluso Khalani se sorprendió.

—Ni lo sueñes. Por su culpa, han matado a varios de los nuestros. Solo tenemos una opción: exterminar la amenaza.

«Exterminar».

Como si fuera una cucaracha que debía erradicarse de la faz de la Tierra.

«Por encima de su puto cadáver».

Raziel la apuntó con el arma. Khalani se tensó, lista para embestirlo e infligir dolor.

—¡Esperad! —La voz aterrorizada de Winnie cortó el aire—. Os sirve más vivo que muerto.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? —dijo Jack, volviéndose de repente.

—Si lo que ha dicho Khalani es cierto, ¿quién sabe cuántos campos tienen los crupieres? Puede que controlen a mucha más gente…

Jack torció el gesto y Khalani se agarró a ese atisbo de duda como a un clavo ardiendo.

—¡El doctor Strauss dijo que iban a distribuir los chips por todo

Hermes! —exclamó, implorándoles que la escucharan—. Si nos ayudáis a quitarle el chip, podéis examinarlo. Incluso encontrar una cura. ¿No es eso lo que queréis? ¿No queréis proteger a Hermes y ayudar a vuestra gente?

Raziel curvó hacia abajo las comisuras de los labios mientras Jack consideraba sus palabras. El silencio se intensificó y Khalani se preparó para lo peor. Sin embargo, Spade habló:

—Creo que tiene razón, Jack.

Raziel se volvió de golpe hacia él.

—¡No me digas que estás de acuerdo con eso!

—Puede ser nuestra única pista para averiguar qué ocurre en los campos —contraatacó Spade—. Y tenemos que largarnos ya, Raz. Tu hermano necesita un médico.

Señaló a Ryder, que estaba pálido y no dejaba de parpadear, tratando de mantenerse despierto.

Khalani lo miró extrañada. «¿Su hermano?».

No sabía que Ryder y Raziel fueran familia, pero, ahora que se fijaba bien, se percató de que tenían el mismo pelo oscuro y los mismos rasgos marcados.

—A mí tampoco me gusta, Raziel. Pero creo que tiene razón —manifestó Jack.

Con la vena del cuello palpitándole, Raziel miró hacia el suelo, donde se encontraban Khalani y Takeshi. Todos retuvieron el aliento hasta que, poco a poco, bajó el arma.

—Atadlo —ordenó de inmediato Jack.

Spade asintió y se escabulló sigilosamente al interior del Corazón Negro.

Khalani iba a protestar, pero Brock se lo impidió, cortándola en seco.

—No tenemos alternativa, Khalani. Hasta que recupere la

memoria, no podemos confiar en él.

Khalani sabía que tenía razón.

Odiaba que tuviera razón.

Un temblor le recorrió el labio inferior cuando Spade reapareció por la puerta con una cuerda negra y gruesa enrollada en las manos. Khalani se negó a moverse, tensándose mientras Spade lo maniataba.

—¿Adónde vamos ahora? —le preguntó Adan a Jack, escudriñando las sombras del callejón como si esperara que otro crupier apareciera y los atacara en cualquier momento.

—Tenemos otro escondite no muy lejos de aquí. Tomaremos los vehículos que están ahí atrás. Raziel… —Jack se volvió hacia el sicario y añadió—: contacta con Lane. Infórmalo de la situación. Necesitaremos que nos ayude con Ryder y… con él.

Todo el mundo dirigió una mirada recelosa hacia Takeshi, que ahora estaba tumbado bocabajo, con las manos bien sujetas a la espalda y la mejilla sobre el cemento.

Khalani lo contempló en silencio, esperando que abriera los ojos. Rezando para que pronunciara su nombre con esa voz grave.

Pronto se despertaría. Khalani lo presentía en cada poro de su piel.

Pero ¿qué otros terrores desataría cuando eso ocurriera?

2

Pensaba que conocía la oscuridad, pero tú me arrastraste aún más hacia las sombras.

El trayecto hasta el refugio de los Ases le pareció a Khalani más tranquilo de lo esperado. El prolongado silencio le erizaba el vello de los brazos y su rodilla subía y bajaba en un gesto inconsciente, como si intuyera la catástrofe que se cernía sobre ellos.

Se dividieron en tres vehículos. En el suyo, Brock conducía, y Serene, Adan y Winnie ocupaban los asientos junto a ella.

En la parte trasera iba Takeshi, tumbado.

Khalani rezó para que nadie reparara en el hombre inconsciente, pero Jack, precavido, los condujo por callejuelas secundarias.

Desde la distancia, Khalani vio las luces resplandecientes y oyó las risotadas de los hombres y las mujeres ebrios, que cantaban derramando sus copas sobre los adoquines.

¿Lo sabían?

Seguro que sí, que lo notaban.

Ese nudo en el estómago. Ese que la mayoría tomaba por estrés o ansiedad, aunque, en realidad, era el dolor de ver a sus vecinos morir no muy lejos de donde ellos bailaban.

Winnie afirmaba que las bombas nucleares no habían sido las culpables del fin de la civilización. Lo que había causado el colapso

de la humanidad era la pérdida de empatía.

El vehículo frenó de golpe con un chirrido y Khalani salió despedida hacia delante, lo que la sacó de esos pensamientos pesarosos.

Jack se había detenido delante de un edificio de altura considerable del que sobresalía una terraza de líneas afiladas y puntiagudas. Era posible que la estructura hubiese sido blanca en el pasado, pero ahora era de un gris desvaído. Contempló la fachada, cubierta de suciedad, telarañas y ventanas tapiadas.

Mientras todos se apeaban con el máximo sigilo, miró de reojo a Elise. Parecía confusa, desubicada, y mantenía la mirada gacha, como si quisiera pasar desapercibida, ignorada y olvidada, igual que las manchas de barro en la calzada.

—¿Sigue inconsciente?

Jack se acercó y clavó su mirada impasible en Takeshi, cuyo cuerpo seguía inmóvil y cubierto por una manta.

—De momento —respondió Brock, con un tono de voz que delataba lo poco que creía que duraría esa situación.

Jack torció el gesto y se volvió hacia el decrépito edificio.

—Pues daos prisa y entradlo.

Brock y Adan fueron los afortunados de cargar con Takeshi, que medía casi dos metros de altura, por la escalinata de piedra. Adan no dejaba de maldecir por el esfuerzo.

—¿Qué diablos come? —murmuró.

Cuando alcanzaron la puerta de madera llena de telarañas, Jack llamó con los nudillos siguiendo un intrincado ritmo.

Un ventanuco, como una especie de mirilla, se deslizó hacia un lado.

Khalani no llegó a ver quién había al otro lado, pero sintió que alguien la miraba de arriba abajo con desagrado.

Acto seguido, la puerta se abrió.

Un hombre robusto vestido de negro de pies a cabeza apareció en el umbral. Tenía una barba cobriza que le llegaba al pecho. Khalani tragó saliva al reparar en el feo corte que le recorría el rostro desde el ojo derecho hasta la mejilla.

—Vamos, entrad —los apremió con una voz grave y ronca.

—Gracias, Jericho —dijo Jack, saludándolo con la cabeza y haciéndolos pasar a toda prisa.

Jericho se asomó a la silenciosa calle y miró a derecha y a izquierda. A continuación, cerró de un portazo.

Una vez dentro, Khalani sintió un escalofrío. Unas sombras oscuras danzaban en las paredes de piedra blanca del frío edificio y le llegó un extraño aroma, como de incienso.

—Por aquí.

Jericho los condujo por un estrecho pasillo. Tensa, Khalani contempló con el corazón en un puño cómo arrastraban a Takeshi por ese edificio aterrador.

Sin embargo, cuando doblaron a la izquierda al final del pasillo, se quedó atónita.

—¿Dónde estamos? —susurró Serene con admiración.

Khalani entreabrió los labios.

—Parece una… iglesia.

Unas hileras de bancos vacíos se alineaban en la vasta estancia, presidida por un altar sobre el que colgaba una enorme cruz de madera. Al alzar los ojos, Khalani vio unas hermosas vidrieras que salpicaban la piedra blanca con un caleidoscopio de colores.

No había nadie. Era un lugar tranquilo y silencioso, la antítesis de Hermes. Por un lado, la invadió un fuerte deseo de sentarse en un banco y contemplar la belleza que la rodeaba, pero aquel lugar no conocía la paz, igual que la mente de Takeshi no albergaba

recuerdos. Seguía con la cabeza caída mientras Brock y Adan lo arrastraban.

Jericho los condujo hasta una escalera de caracol que se adentraba en las profundidades de la tierra. Casi dos plantas más abajo, llegaron a un espacio común parecido al Corazón Negro.

El olor a moho y humedad la hizo toser. Una inestable lámpara de araña colgaba por encima de sus cabezas. Varios hombres y mujeres charlaban sentados a unas largas mesas.

—¡Jack! —exclamó alguien al ver aparecer al devastado grupo al pie de las escaleras.

Todos callaron.

Los hombres y mujeres se pusieron en pie tan rápido que volcaron las sillas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó un hombre de pelo cano abriendo los ojos de par en par al ver las heridas de Ryder.

—Crupieres —dijo Jack sin más, secándose el sudor de la frente con la mano—. El Corazón Negro no es seguro.

Unos gritos ahogados recorrieron la estancia.

—Pero ¿cómo puede ser? —masculló Jericho—. ¿Quién se ha ido de la lengua?

Jack, Spade y Raziel miraron de reojo a Takeshi, revelando su impotente presencia.

Khalani sintió un nudo en el estómago al ver la desconfianza en sus ojos.

Un fuerte instinto de protección se apoderó de ella. Quería llevárselo a una habitación y atrancar la puerta, pero no tenía suficiente fuerza como para arrastrarlo ella sola por el edificio.

—Bakarra… —Jack le hizo un gesto a una de las mujeres, que llevaba un traje pantalón negro, el pelo verde cortado a lo chico y el rostro lleno de *piercings*—. Por favor, llévalos a sus habitaciones.

Jericho… —El hombre corpulento que les había abierto la puerta dio un paso adelante—. Muéstrales la celda de detención. —Jack miró a Brock y Adan y añadió con un tono extraño—: Esperaremos a que despierte para interrogarlo.

Jericho inclinó la cabeza y obedeció; se encaminó hacia el fondo de la estancia tras soltar un par de gruñidos dirigidos a Brock y Adan.

Debía de significar «Venid conmigo» en cavernícola.

Con la cabeza gacha, Khalani, Winnie y Serene fueron con ellos. Jack, Spade y Raziel ayudaron a Ryder a caminar y los siguieron, un poco rezagados.

—¿Cuándo llegará Lane? —preguntó Jack.

—Mañana por la mañana —respondió Raziel con brusquedad.

—No te preocupes, Raz. Ryder es fuerte. Ha pasado por cosas peores —lo tranquilizó Spade.

Justo antes de que ya no pudiera oírlos, Khalani oyó que Jack murmuraba:

—En cuanto haya examinado a Ryder, le pediremos que le eche un vistazo a él y lo valore. Y después, decidiremos.

Preocupada, Khalani siguió adelante por el estrecho pasillo. Bakarra condujo a Elise al interior de una habitación espartana con un catre y una lámpara de techo. Una lágrima rodó temblorosa por la mejilla de la muchacha antes de que la puerta se cerrara sin más.

El miedo le atenazó el pecho cuando Bakarra les indicó con un ademán que entraran en la siguiente estancia. Decidida, Khalani desobedeció y siguió caminando tras Jericho. La preocupación y la rabia impregnaban el ambiente. Las emociones encontradas se le pegaban a la piel. Permeaban aquellas paredes de piedra.

Podía notar la tensión. Percibía las ansias de venganza.

Los Ases no permitirían que esta traición quedara impune. Y

Khalani tenía que asegurarse de que Takeshi no se convirtiera en el blanco de sus represalias.

Al llegar al final del pasillo, Jericho sacó una llave oxidada y la puerta se abrió con un crujido. Khalani abrió los ojos de par en par.

No había cama.

Ni ventanas ni retrete.

Solo una bombilla que colgaba del techo ofrecía un mínimo de luz en aquella habitación desangelada. Algo le llamó la atención: del muro de piedra sobresalían unas gruesas cadenas.

Ese lugar no era un dormitorio.

Era una prisión.

—Traedlo —ordenó Jericho.

—¿Qué estáis haciendo? —exclamó cuando Jericho inmovilizó las muñecas de Takeshi con unas gruesas argollas.

—Permanecerá en el calabozo hasta que lo interroguemos —zanjó Jericho.

—Pero…

—Khalani… —Winnie le posó con suavidad una mano sobre el hombro—. Deja que nos ayuden. Es lo que necesita.

—Pero ¿y si con esto empeora?

Le temblaba la barbilla, y estuvo a punto de romper a llorar. Actuaba basándose en que la pérdida de memoria era temporal. Algo que desaparecería en cuanto hablara con ella y la reconociera.

Pero, si despertaba encadenado, quizá obtendría el efecto contrario. La distancia entre ellos solo aumentaría, los alejaría más y más, hasta que Takeshi estuviera fuera de su alcance.

—No permitiremos que eso ocurra. No a él. —Fue Serene la que pronunció esa rotunda afirmación—. Hemos venido a esta ciudad juntos y vamos a irnos del mismo modo. Todos sabemos lo que significa para ti, pero también significa mucho para nosotros. Te

apoyaremos.

Aún sintió más ganas de llorar ante esas palabras. Y más cuando vio que no era solo su amiga la que la miraba con amor y devoción. Al volverse, advirtió los mismos sentimientos en los ojos de Winnie y Adan. Hasta Brock estaba junto a ella.

El estruendo de cadenas la obligó a prestar atención de nuevo. Jericho había terminado de encadenar a Takeshi, que ahora estaba sentado, apoyado contra el muro, con la cabeza colgando y los brazos en alto, sujetos a las argollas.

—Vamos —gruñó Jericho—. Os llevaré a vuestras habitaciones.

Los demás obedecieron, pero Khalani no se movió. Se quedó con los pies clavados al suelo y los ojos en Takeshi.

—Yo me quedo —afirmó.

Jericho frunció el ceño.

—No puedes hacer eso.

—¿Y quién me lo impide?

—Jack.

—Bien, pues transmítele este mensaje a Jack: no me importa una puta mierda lo que diga. Alguien tiene que estar aquí cuando despierte, y esa voy a ser yo.

Adan carraspeó y restregó los pies contra el suelo.

—Khalani, ¿y si te ataca de nuevo?

—Está encadenado.

Todos la miraron con incredulidad, como si ya intuyeran que las cadenas no serían suficientes para contenerlo.

Khalani suspiró, exasperada.

—Me pegaré a la pared, donde no pueda alcanzarme.

—Si te quedas, te encerraré con él. —Jericho entornó los ojos—. No traeré comida ni agua durante un tiempo. ¿Sigues estando segura?

—Segurísima —afirmó, sin que se le quebrara la voz.

En cambio, cuando Winnie, Serene y Adan la abrazaron, le temblaron las manos. Brock le dedicó un gesto de asentimiento antes de que la puerta metálica se cerrara, dejándola a solas con Takeshi.

Se volvió, observando cada centímetro de su piel. Pese a estar inconsciente, su presencia seguía siendo igual de sobrecogedora.

Tenía la cabeza ladeada y el rostro medio cubierto por el sedoso pelo negro, que dejaba entrever unos ojos cerrados y las cinceladas líneas de sus pómulos y mandíbulas. No distinguió marcas ni cicatrices en su cuerpo. Pero algo en su fría energía la hizo retroceder.

De Takeshi siempre había emanado una feroz letalidad, pero en el pasado Khalani siempre había percibido una luz en su interior, esa necesidad inquebrantable de proteger a los demás; ese niño al que le encantaba pintar, que aún seguía cuidándola.

Pero ahora todas esas partes de él habían desaparecido.

No como si faltaran.

Sino como si nunca hubieran existido.

¿Qué torturas se había visto obligado a soportar para que el diabólico implante funcionara? Al bisturí del doctor Strauss le habían bastado un par de horas para doblegarla a ella.

Y él había estado desaparecido tres días.

—Siento haberte dejado atrás —dijo en un susurro apenas audible.

Su espalda chocó contra la pared y se dejó caer al suelo.

Khalani se llevó las rodillas al pecho, las rodeó con sus delgados brazos y se encogió sobre sí misma. Tratando de no desmoronarse mientras Takeshi yacía encadenado frente a ella.

Esperó a que despertara.

Hizo todo lo posible por no dormirse.

Pero, sin su permiso, los párpados se le volvieron pesados y comenzaron a cerrarse.

Tras lo que quizá fueran horas, se despertó de repente y se secó un hilillo de saliva de la mejilla. Tenía el trasero dolorido después de haber permanecido un buen rato sentada sobre el suelo de piedra.

Al alzar la cabeza, se le tensó todo el cuerpo y se quedó inmóvil. Takeshi estaba despierto.

Y la miraba fijamente.

3

Tú naciste de la violencia. Yo la elegí.

Takeshi no parpadeó.

Siguió con los ojos oscuros clavados en ella; unos pozos negros que la atraían como un imán. Khalani percibió cierto matiz de curiosidad en ellos, pero, cuando se incorporó, Takeshi curvó la comisura del labio superior y ese destello de interés se transformó en un desprecio absoluto.

Ni siquiera en Braderhelm la había mirado de esa manera.

Como si deseara matarla con todas sus fuerzas.

Presa de la ansiedad, Khalani se clavó la uña en el muslo y se concentró en el agudo dolor. Esperó a que dijera algo, pero Takeshi parecía contentarse con ladear la cabeza y mirarla, como si estuviera imaginando un millón de maneras depravadas de hacerla sufrir.

Tomó aliento e ignoró el sentido común, que le decía que huyera a toda prisa.

Todos los huesos de su cuerpo protestaron cuando se movió para adoptar una posición más cómoda. Khalani no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba durmiendo, pero advirtió que Takeshi tenía las muñecas enrojecidas por el roce de las cadenas y que le bajaba un hilillo de sangre por el brazo.

Se aclaró la garganta seca.

—¿Cómo estás?

Él no respondió, pero aquella mirada oscura lo decía todo.

Pues claro que no estaba bien. Lo habían encadenado a un maldito muro.

—Me llamo Khalani. Khalani Kanes —añadió, confiando en que el nombre le sonara de algo o despertara en él un recuerdo repentino.

Sin embargo, Takeshi se mantuvo en silencio, sin borrar esa expresión fría y hostil de su rostro.

—¿No… no… te acuerdas de mí? —balbuceó, casi en un susurro apesadumbrado, no más alto que el sonido de un corazón al romperse en mil pedazos.

Un destello cruzó los ojos negros de Takeshi y, durante un instante, Khalani creyó vislumbrar un atisbo de reconocimiento.

—Antes no me has contestado —dijo él—. ¿Cómo sabes mi nombre?

Khalani se obligó a tomar aliento.

—Nos conocimos hace un año aproximadamente, en la prisión de Braderhelm. Yo era una reclusa, y tú estabas al mando en mi bloque. Pasamos mucho tiempo juntos. Escapamos de allí juntos. Me acompañaste hasta Hermes. Nosotros… —Se detuvo, tratando de no desmoronarse al abrirle su alma.

Takeshi la miró extrañado, y Khalani escupió las palabras.

—Estábamos muy unidos. Lo estamos —se corrigió—. Nos encerraron en un campo de detención y, justo cuando escapábamos, tú recibiste un disparo. —Se le quebró la voz, y las lágrimas que había contenido se liberaron—. Intenté volver a por ti, Takeshi. Joder si lo intenté. Habría ido hasta el centro de la Tierra para salvarte. Debes saberlo. Apenas dormía. Apenas comía. Pensaba en ti a cada instante. Sin ti siento que me falta el aire… Pero, por lo visto, no es suficiente, joder, ni de lejos. Te necesito, Takeshi. Por favor,

recuérdame. Por favor.

Khalani rompió a llorar y Takeshi la contempló en silencio, con una expresión impenetrable. Se secó las lágrimas, pero estas le seguían resbalando por las mejillas. Eran un océano en el que jamás podría ahogarse.

Sus sollozos fueron lo único que se oyó mientras guardaba silencio, esperando a que él hablara. Necesitaba que dijera algo, lo que fuera. Estaba tensa, a punto de perder los estribos y ponerse a gritar.

—Me has confundido con otra persona —declaró por fin Takeshi.

—No, eso no cierto. —Se llevó una mano al pecho—. ¿No sientes nada cuando me miras?

—¿Y por qué debería sentir algo? —Takeshi ladeó la cabeza—. No significas nada para mí.

Un puñetazo habría sido menos doloroso.

Pensaba que conocía el dolor. Que lo conocía muy bien.

Pero, al parecer, hasta en los corazones más rotos quedan zonas que aún se pueden desgarrar.

—¿No crees ni una palabra de lo que he dicho? —le preguntó, atreviéndose a alzar la mirada.

Pese a estar encadenado, Takeshi se recostó como si llevara las de ganar.

—No soy de los que se recrean en delirios y fantasías.

—¡No es una fantasía! —gritó—. Te hicieron algo. Algo para que olvidaras.

—Mi memoria está intacta.

—Bien, entonces dime: ¿cómo llegaste a Hermes?

—Tampoco estoy aquí para recrearme en tus preguntas —soltó.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Takeshi negó con la cabeza despacio y le dedicó una sonrisa

sarcástica, como si Khalani no fuera más que un simple peón al que movían sobre el tablero sin su conocimiento.

—Aunque tienes razón en algo. Presté servicio en la prisión de Braderhelm. De allí, me transfirieron a Hermes para ayudar con los campos de detención y controlar la creciente insurgencia.

Takeshi la fulminó con la mirada y Khalani se sobresaltó al ver que se inclinaba hacia delante, tirando al máximo de las cadenas metálicas, ignorando por completo el dolor que eso le provocaba en las muñecas.

—Sabemos que tu banda de rebeldes está planeando derrocar al Gobierno —siseó Takeshi—. Por fin hemos encontrado vuestro escondite, el Corazón Negro, pero conseguisteis escapar e interferisteis en mi misión.

Pronunció aquellas palabras con una voz más ronca, y Khalani estuvo segura de que, si no estuviera encadenado, habría acabado con el trabajo que había dejado a medias en el callejón.

—No soy tu enemiga, Takeshi. Ninguno de nosotros lo es —susurró.

—Qué curioso, teniendo en cuenta que soy yo el que está encadenado.

—¡Intentaste matarme! ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente. —La miró de arriba abajo con descaro, como si estuviera buscando cualquier debilidad imaginable—. Si fueras un poco más lista, no te habrías quedado a solas conmigo en la celda.

Khalani entornó los ojos y recordó que había dicho algo similar en Braderhelm.

—No te tengo miedo.

—Eso demuestra que no me conoces.

La tensión se hizo prácticamente visible en el espacio que los separaba. Khalani cerró los ojos y, durante un instante, fingió que

aquello solo era una pesadilla. En cualquier momento se despertaría y se lanzaría a sus brazos. El Takeshi real la auparía, la besaría en los labios y escucharía las dos palabras que llevaba grabadas en el alma.

Pero desear algo no era suficiente para cambiar la realidad.

El sueño se negó a materializarse y, cuando volvió a abrir los ojos, vio que Takeshi seguía mirándola como si estuviera decidiendo qué hueso le iba a romper primero.

Necesitaba una táctica nueva. Algo más que lo ayudara a recuperar la memoria.

—Solías pintar.

Takeshi se quedó inmóvil y se le dilataron las pupilas de forma imperceptible.

—Para tu madre, de niño, y ella colgaba lo que pintabas por toda la casa —susurró Khalani, permitiendo que la conmovedora historia que él le había contado en el pasado resonara por la celda como si fuera la suya propia—. Pero, cuando os mudasteis a Génesis con Hector, escondiste todas tus obras debajo de la cama.

Atónito, Takeshi ni siquiera respiraba.

—¿Cómo…? ¿Cómo sabes…? —balbuceó.

—¿Que cómo sé todo eso? —lo interrumpió Khalani, terminando la frase por él—. Porque me lo contaste tú.

Takeshi bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Eso no es cierto.

—Es cierto, Takeshi.

—¡No, no lo es! —gritó él, apretando los puños.

Pero en sus ojos se advertía la sombra de una duda. Y Khalani se lanzó de lleno.

—Tu madre te crio sola. Lo era todo para ti y, cuando no pudiste salvarla, decidiste convertirte en guardia. La culpa te carcomió

durante mucho tiempo. Te arrebataron tantas cosas… —Hizo una pausa; le temblaba el labio inferior—. Y, pese a ello, sigues siendo una de las mejores personas que conozco.

Takeshi maldijo entre dientes con los ojos clavados en el suelo.

¡Funcionaba! ¡Estaba empezando a recordar!

Pero, entonces, los alzó y endureció la mirada.

—Sé qué te propones.

—¿Qué me propongo? —respondió Khalani, alzando las manos con aire inocente.

—El doctor Strauss me avisó. Me dijo que algunos rebeldes tratarían de manipularme. Que me harían creer cosas que no eran reales. ¡Forma parte de vuestro plan para que traicione a mi gente!

—¡Nosotros somos tu gente!

—Lo único que sois es una mancha en este planeta, y antes prefiero estar muerto que verme entre vuestras filas.

Khalani no se había dado cuenta de que ambos se habían puesto en pie. Takeshi se abalanzó hacia delante, pero las cadenas le impidieron acercarse más. Con los dientes apretados, tiró de ellas con todas sus fuerzas para arrancar los grilletes que le rodeaban las muñecas. Aunque soltaron un chirrido, no cedieron.

La intención letal en su mirada era indudable.

Takeshi la odiaba.

Con todas las fibras de su ser.

Probablemente la mataría a la primera oportunidad.

Sin embargo, el hombre que tan bien conocía y al que tanto amaba estaba ahí dentro, en algún lugar. Casi podía oírlo. Aporreando las paredes de la prisión que ahora era su mente. Gritando que seguía allí. Que perseverara.

Con aire desafiante, Khalani dio unos pasos hacia él.

Takeshi soltó un gruñido y tiró de las cadenas, pero estas se

mantuvieron firmes.

Solo los separaban unos centímetros, y Khalani aprovechó para mirarlo detenidamente. El pelo moreno que el sudor le pegaba ahora a la frente. El chaleco negro y arrugado. La mandíbula rígida y los brazos musculosos que no dudarían en partirla en dos.

Solía pensar que sobrevivir a la prisión de Braderhelm sería su máxima hazaña.

Pero salvar a Takeshi de la destrucción acababa de ocupar la primera posición.

Y, mientras lo miraba, ese sentimiento que albergaba su corazón se hizo más grande. Como si en su interior pudiera caber todo un mundo.

De no ser por sus días en prisión, Khalani no habría llegado a entender nunca por qué luchaba por gente que le daba la espalda, por qué seguía adelante pese a toparse con obstáculos insuperables.

Por mucho que el viaje fuera aterrador o difícil, estaba dispuesta a darlo todo para que Takeshi volviera a ser el de antes.

Para que volviera a pintar.

Se aseguraría de ello.

—No voy a rendirme contigo —susurró—. Puede que el doctor Strauss te haya borrado la mente, pero no te ha arrancado el alma. Hagas lo que hagas, por mucho que trates de apartarme, no pienso irme. Pienso calar tan hondo en tu ser que no te quedará más remedio que recordarme.

Takeshi dejó de tirar de las cadenas. Examinó a Khalani como si fuera una presa insólita y jamás vista.

—No cuentas con que mi cuchillo te enterrará primero —afirmó.

—¿Ese es tu plan?

—Ten por seguro que sí.

—Entonces, estoy impaciente por ver quién gana.

No cabía duda de que Takeshi había percibido su miedo. Pero no recordaba lo cabezona que era Khalani, mucho más que él. Mucho más.

Y lo lista que estaba para enfrentarse a la muerte.

El odio amargo se transformó en una oscura determinación, y en los ojos de Takeshi se intuyó la promesa de que la destruiría antes de que ella lo hiciera añicos.

Y, si ese era el caso…, que empezara el puto juego.

4

El fracaso es un triunfo necesario.

—Estás mirándome de nuevo.

—Tú también —soltó ella.

Takeshi permanecía inmóvil como una estatua. Si no fuera por el destello furioso en su mirada, Khalani habría pensado que había fallecido.

—No hay nada más que valga la pena mirar aquí dentro —respondió él con gesto sombrío.

—Cuidado. Eso casi ha sonado como un cumplido.

—Vaya, no sabía que a los muertos les gustaran los cumplidos.

—No estoy muerta.

—No, aún no.

¡Eso había dolido!

Sentada en el incómodo y duro suelo, Khalani resopló y cambió de posición. Estiró las piernas y reprimió un gruñido ante la rigidez que sintió al moverlas.

Takeshi la imitó al otro lado de la celda, pero sin encogerse; se recostó contra el muro como si fuera su trono.

No, no le hacía ningún bien que, pese a estar encadenado, le resultara tan pecaminosamente atractivo.

Khalani había perdido la noción del tiempo que había pasado con

Takeshi. ¿Varias horas? ¿Quizá más? No les habían traído comida, y el estómago le rugía de forma audible.

Jericho había comentado que no les darían de comer durante un tiempo, pero ¿durante cuánto?

¿Habrían olvidado que ella también estaba en la celda?

Khalani se cruzó de brazos e hizo una mueca cuando el estómago soltó otro fuerte gorgoteo, como si una bestia tratara de abrirse camino a zarpazos.

—¿Puedes dejar de hacer esos ruidos? —espetó Takeshi.

—Oh, perdone usted. Seguro que tú controlas los rugidos de tu estómago cuando tienes hambre —contraatacó ella, cansada de su actitud.

—Pues claro. Aunque tú lo tienes fácil. Puedes salir por esa puerta e ir a buscar comida.

—Buen intento, pero no pienso ir a ningún lado.

—Oh, claro. —Ladeó la cabeza—. Menudos son los rebeldes cuando se ponen a torturar.

Khalani entornó los ojos. Y, por la cruel sonrisa que esbozó Takeshi, supo que le estaba haciendo perder los estribos.

—¿Y qué me dices de respirar? —escupió Khalani—. ¿Te parece ese un ruido aceptable?

—Puedes dejar de hacerlo cuando lo desees. Yo te avisaré.

Si le daba un pequeño puñetazo en la cabeza no le dolería mucho, ¿verdad?

—¿Por qué tengo la sensación de que te estás divirtiendo? —gruñó Khalani.

—Eres tú la que se empeña en quedarse. Yo solo me limito a devolverte el favor.

Lo dijo en tono cortante, y la miró como si las cucarachas que solían acosarla en prisión fueran mejor compañía.

Khalani estuvo a punto de contestar, pero se contuvo.

Si seguía permitiendo que la sacara de quicio, ganaría. Así que, a partir de ese momento, lo ignoraría. Aunque lo del puñetazo en la cabeza seguía resultándole una opción muy atractiva.

Takeshi se la quedó mirando y, cuando vio que se negaba a pronunciar ninguna palabra, frunció un tanto el ceño. Sin embargo, no dijo nada.

Continuaron fulminándose con la mirada mientras maquinaban planes para eliminarse el uno al otro.

La angustiante tensión podría haberse alargado durante toda una eternidad si la puerta no se hubiera abierto de golpe. Apareció Jericho, llenando el umbral con su robusta complexión y con la capa negra barriendo el suelo. En una mano llevaba una bandeja de comida y en la otra sostenía una manzana roja.

Sin previo aviso, le lanzó la fruta a Takeshi, que la atrapó sin esfuerzo pese a estar encadenado.

Cuando Jericho le tendió la bandeja, Khalani empezó a salivar.

En un platito había una pequeña porción de carne, unas patatas de aspecto extraño, dos trozos de pan y un tenedor. Se humedeció los labios cuando Jericho depositó una jarra de agua en el suelo junto a ella.

—Gracias. ¿Y él? —preguntó.

Jericho se cruzó de brazos.

—No es un invitado. Es un prisionero, y ese es el trato que recibirá.

A Khalani se le cayó el alma a los pies.

Solían tratarla así en Braderhelm. Como si ni siquiera fuera humana, sino simplemente un número que descartar y olvidar.

—Tiene que comer algo más o se morirá de hambre —afirmó, ignorando la mirada penetrante que le dedicó Takeshi.

—No es problema mío.

Jericho cerró de un portazo y se oyó el clac metálico de un cerrojo.

Khalani apoyó la cabeza contra el muro y soltó un suspiro.

Estaba muy lejos de casa, tanto que ni siquiera recordaba cómo era sentirse en paz. La había experimentado durante unos instantes. En otra celda diferente.

Qué irónico que el hombre que la había hecho sentir en la cima del mundo fuera el mismo que trataba de llevarla a la tumba.

Takeshi ignoró la manzana y se decantó por observarla con ojos de acero. Khalani no tenía ni idea de en qué estaba pensando, pero la malicia y desconfianza que irradiaba hablaban por sí mismas.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó de repente.

Khalani frunció el ceño.

—¿El qué?

—Pedir más comida para mí. Yo habría dejado que te murieras de hambre.

Al menos, seguía siendo honesto.

—Bueno… Considéralo como una prueba de que me importas. Nadie debe pasar hambre.

Aunque Takeshi hizo una mueca, como si durante toda la vida hubiera oído lo contrario, se encogió de hombros y mordió la manzana. El fuerte crujido resonó por la celda sin ventanas.

Khalani tomó el tenedor de plástico, pero algo en sus últimas palabras la carcomía.

—No te creo, por cierto —susurró casi para sus adentros.

La celda era pequeña, y él la oyó.

—¿Qué es lo que no crees?

—Que me dejarías morir de hambre. —Sus miradas se encontraron—. El Takeshi que yo conocía no habría hecho algo así,

ni siquiera cuando más me odiabas.

Sin romper el contacto visual, Takeshi dejó caer la manzana, que rodó por el suelo hasta quedar a medio camino entre ellos.

Se inclinó hacia delante con una lentitud deliberada.

—Debe de ser muy duro estar desesperada por un hombre que no existe.

—Basta —soltó Khalani, aferrándose al tenedor—. Ya basta.

—Te propongo un trato. Acércate y te diré lo que pienso.

En un gesto casi imperceptible, curvó la comisura del labio superior.

—No, gracias. Prefiero quedarme donde estoy.

Takeshi chasqueó la lengua y se recostó contra el muro.

—Qué lástima. No eres tan estúpida como pareces.

¡Oh, qué equivocado estaba! Tomaba decisiones más que cuestionables, incluso aunque a veces salieran bien.

Pero no hacía falta que él lo supiera.

—Quizá simplemente sé que estás mintiendo y que tienes un corazón más grande del que muestras a los demás.

—O igual no has aprendido a rendirte, Kanes.

Khalani abrió los ojos de par en par ante aquellas palabras tan familiares y se olvidó de la comida que tenía delante.

—¿Qué acabas de decir?

Su nombre. La había llamado por su apellido.

Sintió que se le aceleraba el pulso y que el corazón iba a salírsele del pecho.

Takeshi tensó un músculo de la mandíbula al ver su semblante, fuera el que fuese.

—¿Qué pasa?

—Me has llamado por mi apellido.

—¿Y?

—Es lo que solías hacer. —Se enderezó, incapaz de ocultar la desesperación que se filtraba en su voz—. ¿Lo recuerdas ahora?

—Eres tú la que lo ha dicho antes. Borra esa patética expresión de tu rostro.

—Pero… ¡has dicho que no he aprendido a rendirme!

Takeshi la miró como si le hubieran crecido varias cabezas.

—Sí… ¿Nadie te lo había dicho antes?

«Sí. Tú».

Khalani casi no podía respirar. Agarró el tenedor de plástico con tanta fuerza que estuvo a punto de romperlo y miró a Takeshi. Pero su rostro impertérrito le dijo que aún no recordaba nada.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos y parpadeó varias veces para hacerlas retroceder.

—Da igual.

Tragó saliva y se esforzó al máximo por controlar sus emociones. Se las arregló para llevarse un bocado de carne a la boca, pero le pareció insulsa.

Con cada minuto que pasaba, se sentía más vacía.

Fue a tomar otro bocado, pero reparó en que Takeshi no llegaba a la manzana. Sin embargo, no parecía importarle. Estaba mirándola con un codo apoyado en la rodilla y el ceño aún más fruncido. Khalani deseó poder sumergirse en su mente y comprobar si albergaba algún recuerdo de ella.

—¿Quieres la manzana? —preguntó, sin saber por qué seguía dirigiéndole la palabra; quizá fuera por su voz, que le provocaba un dolor tan dulce que le entraban ganas de envolverse con ella. Pese a todo el odio que desprendía.

—No tengo hambre —espetó.

Khalani se mordió el labio y se preguntó si su método era el adecuado. Quizá la mejor manera de hacerlo volver era desarmarlo

con amabilidad y dulzura.

Miró la comida, que apenas había tocado, y se puso en pie, no sin antes depositar el tenedor en la bandeja; no era tan estúpida como para acercarse a él con un objeto punzante. Takeshi la miró con recelo cuando se acuclilló, fuera de su alcance.

—¿Te apetece un poco de pan? —preguntó con vacilación.

Takeshi no respondió. Mantuvo la mandíbula rígida, pero miró de reojo el trozo de pan que le ofrecía.

—Está bueno —dijo para convencerlo. Khalani cogió un trozo y le dio un mordisquito—. ¿Lo ves? No está envenenado.

Cuando vio que no reaccionaba, tomó la iniciativa y le lanzó el pan. Por la manera en que se tensó, Khalani pensó que se lo devolvería del mismo modo. Pero se sorprendió al ver que se lo llevaba a la boca.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, lo hizo desaparecer.

Durante un instante, el peso que sentía en el pecho se desvaneció. Por fin le permitía cuidar de él.

Puede que fuera un acto insignificante, pero, para ella, tenía importancia.

—¿Quieres más? —le preguntó con amabilidad.

Takeshi la miró extrañado, y Khalani no supo descifrar qué pensaba. Al momento, la expresión desapareció y asintió enseguida.

Khalani se acercó un poco y desvió un instante los ojos hacia el plato.

Y Takeshi aprovechó para atacar.

Le enganchó la espalda con el empeine y la atrajo hacia él. Khalani ahogó un grito y estuvo a punto de caer de bruces, pero él la agarró del codo. De pronto, se encontró con la espalda pegada al pecho de Takeshi, que le rodeaba la garganta con un brazo.

Khalani sintió que se ahogaba. Las cadenas metálicas se le

clavaron en el cuello y la sujetaron contra su cuerpo. Takeshi le inmovilizó los brazos con la otra mano y, con un tono amenazador, le susurró al oído:

—Deberías haber huido cuando tuviste la oportunidad.

5

De todas las catástrofes, soy la más destructiva.

Khalani se retorció, tratando de zafarse de Takeshi, pero él la sujetó con firmeza y le apretó aún más la garganta.

—Yo de ti me calmaría —la amenazó, lo que le puso la piel de gallina.

—¿Qué quieres? —consiguió decir con voz áspera, apenas incapaz de hablar con el poco oxígeno que Takeshi le permitía respirar.

—Quiero que llames a tu líder. A Jack.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

Le apretó aún más el cuello, y la yema del pulgar subió y bajó cuando ella tragó saliva.

—¡Jack! —gritó Khalani.

Pero no vino nadie.

—Otra vez —ordenó Takeshi.

Presa del pánico, volvió a gritar su nombre. Cuando oyó el cerrojo de la puerta y esta se abrió, ya se había quedado afónica.

Jack estaba fuera, flanqueado por Jericho y Brock, a quienes seguía un desconocido ataviado con una bata blanca. Al ver que Takeshi estaba estrangulando a Khalani, los cuatro hombres se

quedaron atónitos y palidecieron.

—¿Qué…? —empezó a decir Jack.

—Esto es lo que va a pasar ahora —interrumpió Takeshi—. Vais a quitarme estas cadenas y saldremos de aquí.

«¿Saldremos? ¿Los dos?».

Sin embargo, no tuvo tiempo de preguntárselo, porque Takeshi continuó:

—Si no hacéis lo que os digo…, morirá.

Khalani respiró de forma entrecortada al tiempo que un escalofrío glacial le recorría las venas. Él seguía agarrándole la garganta con firmeza y presionaba su cuerpo contra el de ella, manteniéndola completamente inmóvil.

Ignoraba si estaba dispuesto a cumplir la amenaza. En lo más profundo de su ser, pensaba que el Takeshi que nunca le haría daño seguía ahí dentro.

Pero… joder… Parecía hablar en serio.

Los cuatro hombres guardaron silencio. Para su sorpresa, Brock fue el primero en reaccionar: dio un paso adelante con las palmas de las manos en alto.

—Takeshi… Soy Brock. No te conozco desde hace mucho. De hecho, podría decirse que no nos caemos muy bien. Pero, por lo que he visto, hacerle daño es lo último que deseas.

—Y dime…, Brock… —empezó a decir Takeshi, pronunciando el nombre con desprecio—. ¿Estás dispuesto a poner su vida en riesgo para probar esa teoría?

Brock vaciló y paseó la mirada por los ojos amenazadores de Takeshi y los aterrados de Khalani, que apenas se dio cuenta de que el hombre con bata se marchaba después de que Jack le susurrara algo al oído.

—Voy a empezar a contar —advirtió Takeshi con una voz más

dura que el acero—. Y, si estos grilletes no se abren antes de que llegue a tres, le romperé el cuello.

Khalani abrió los ojos como platos, incapaz de controlar el temblor en sus labios al ver que nadie se movía.

—Uno…

Asustado, Brock miró a Jack, que guardaba silencio.

—Dos…

Iba a hacerlo. Takeshi iba a matarla.

¿Y lo más triste de todo?

Que no lo odiaba por eso.

Khalani cerró los ojos y lanzó una plegaria hacia el cielo para que, si existía ese lugar, se encontraran de nuevo allí. Quizá entonces le diría todo lo que debería haberle dicho tiempo atrás.

—Tr…

—Jericho —interrumpió Jack—. Quítale los grilletes.

Mientras él seguía rodeándole el cuello con sus fuertes brazos y Khalani respiraba de forma entrecortada, Jericho se acercó de inmediato y obedeció.

Khalani dio un respingo cuando cayeron con un ruido metálico al suelo.

Con cautela, Jericho dio un paso atrás y Takeshi la obligó a ponerse en pie. Pensaba que iba a soltarla, pero siguió sujetándola con firmeza.

—Salid de la celda y pegaos al muro —ordenó.

Al principio, no se movieron, pero Jack hizo un gesto de la cabeza y los tres hombres cumplieron la orden a regañadientes.

—Camina, Kanes —le murmuró Takeshi al oído.

Khalani tragó saliva; puede que no fuera más que una alucinación, pero sintió que Takeshi le deslizaba suavemente la yema del dedo por la yugular. Le dio un empujón y no le quedó más

remedio que avanzar. Pasó ante ellos de perfil sin quitarles ojo.

El frío aire le lamió la piel, pero no era rival para el calor que la embargaba mientras Takeshi la retenía. Se apresuraron a recorrer el pasillo, haciendo parpadear las antorchas a su paso.

—Sigue avanzando —le ordenó, empujándola hacia delante.

Takeshi pensaba que su vida valía algo para los Ases, que ella sería su manera de salir de allí.

Se equivocaba.

Khalani no daba ni un céntimo por ese plan de fuga.

Para su completo asombro, cuando pasaron a toda prisa por la zona común, los Ases se pusieron en pie y tomaron las armas, pero, cuando miraron a Jack a la espera de órdenes, este alzó una mano y les indicó que las bajaran.

Eso no tenía sentido.

¿Qué estaba ocurriendo?

Siguieron recorriendo a toda prisa el pasillo mal iluminado. Pese al control que proyectaba Takeshi, Khalani sentía en la nuca los latidos desbocados de su corazón.

De repente, al llegar a la parte delantera de la iglesia, una enorme figura apareció tras una columna de mármol. Takeshi inmediatamente la empujó a un lado y le lanzó un fuerte puñetazo al atacante, pero fue demasiado tarde. La figura ya le había clavado una enorme jeringuilla en el cuello.

Takeshi la miró aturdido mientras las pupilas se le dilataban. Y, en ese instante de derrota, extendió la mano hacia ella antes de desplomarse al suelo. Completamente inconsciente.

Perpleja, Khalani vio cómo el hombre de la bata blanca abandonaba las sombras, masajeándose la nariz hinchada con un gruñido.

—Buen trabajo, Lane.

Jack apareció en la iglesia con Brock, Jericho y Spade pegados a los talones.

—Tiene un derechazo letal —dijo Lane, reprimiendo las lágrimas y sacando la jeringuilla del cuello de Takeshi.

Spade observaba de reojo su cuerpo inconsciente.

—Esperemos que no se diera muy fuerte contra el suelo.

—Jericho, cárgalo en el vehículo —le ordenó Jack al enorme guardaespaldas.

Jericho dio un paso al frente, pero Khalani lo interceptó.

—No va a ir a ningún sitio hasta que me digáis adónde lo lleváis.

—¿Cómo? —exclamó Lane—. Pero si ha tratado de matarte…

Khalani decidió ignorarlo.

De todos modos, no la habría tomado en serio.

Había visto a Takeshi matar a otros sin vacilar.

Y con ella había tenido la oportunidad, pero no lo había hecho.

—Jack… —Khalani se volvió hacia el hombre al mando—. ¿Adónde lo lleváis?

Jack, que se mantenía en posición de firmes y tenía la mandíbula tensa y un semblante implacable, señaló con el dedo al hombre de la bata.

—Lane es uno de los mejores cirujanos de Hermes. Sabe de la existencia del chip y va a sacárselo.

Sorprendido, Lane se apresuró a corregirlo.

—He dicho que lo intentaría. Si le han implantado un chip, haremos lo que podamos para sacarlo. Pero que sepáis que puede morir en el proceso.

A Khalani le fallaron las rodillas.

Morir.

Esa mera idea le resultaba insoportable.

—¿Qué posibilidades hay de que Takeshi recupere la memoria si

el chip sigue ahí dentro? —se atrevió a preguntar.

—Ninguna —respondió Lane mirando a Takeshi.

No parecía mentir.

Khalani no se movió ni un centímetro.

—No vamos a llevárnoslo muy lejos —intervino Spade—. Lane tiene un quirófano secreto. Allí es adonde van los miembros de las bandas cuando resultan heridos, y allí es donde ha curado a Ryder.

Tenían todas las respuestas, todo aquello que se suponía que la haría sentir más cómoda, más confiada. Pero la última vez que Takeshi había desaparecido de su vista, había estado a punto de perderlo para siempre.

—Khalani… —La voz de Brock atravesó la iglesia, y ella alzó la mirada, a punto de romper a llorar—. Si Takeshi, el verdadero Takeshi, estuviera aquí ahora mismo, ¿qué crees que querría? Porque, si fuera yo, no me gustaría que me hubiesen jodido la memoria. No me gustaría haber olvidado a la gente que me importa. A él tampoco le gustaría, y lo sabes.

Khalani miró al suelo, hacia el hermoso rostro de Takeshi, que permanecía tendido en el suelo, inmóvil. Tenía los ojos cerrados. No había ni rastro de odio o malicia en su expresión. Solo paz.

No tuvo que pensar mucho la respuesta.

Takeshi querría que le extrajeran el chip.

Antes moriría que permitir que alguien le hiciera olvidar todo aquello por lo que luchaba. Que lo obligara a traicionar a la gente que lo quería. Khalani soltó un fuerte suspiro y, finalmente, dio su brazo a torcer. Jericho se apresuró a alzar a Takeshi, pero ella lo detuvo.

—Espera.

Antes de que pudieran protestar, se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Estaré aquí cuando vuelvas. Te lo prometo. Y, cuando estés listo, se lo haremos pagar a todos y cada uno de ellos.

Khalani observó en silencio cómo se lo llevaban.

Las paredes de la iglesia fueron las únicas que oyeron su plegaria esa noche.

No rezaba por ella.

Rezaba por el destino del mundo si Takeshi no regresaba con vida.

6

Teme a la tinta que sangra en rojo.

Pensaba que, llegada la hora,
se me cerrarían los ojos,
que se me pararía el corazón.
Me preparé para recibir a la muerte
aferrándome a la vida.
Recé para salir victoriosa
mientras agonizaba derrotada.
Pero, cuando la hora llegó,
el corazón se detuvo
y yo me quedé atrás.

¿No lo recuerdas?
Te confié pedazos de mí,
jugaste con los límites,
redibujaste las cicatrices.
No borraste mis defectos,
pero ese peso interior
junto a ti parecía más liviano.

Ya no recuerdo la sensación
de saborear tu mismo aire,
de sentirme entera,
de enfrentarme al mundo sin temor.
Pero vi cómo te alejabas
y enterré nuestros recuerdos.
Lo que nadie sabe
es que preferiría
llorar a gritos,
postrarme de rodillas
y arrojar todos mis lápices y plumas.
Porque ¿de qué sirven estas palabras
si nunca las leerás?

Dilo.
Solo dilo.
Por favor, dilo.

Khalani estaba sentada en un banco de la iglesia, con la mirada perdida al frente y el poema apoyado en las rodillas.

El resto de los bancos estaban vacíos, al igual que habían estado todos los días anteriores desde que se habían llevado a Takeshi.

En realidad, lo de usar una iglesia como guarida era muy astuto.

Con la cantidad de depravación y violencia que abundaba en Hermes, nadie iba a entrar en el santuario para arrepentirse de sus pecados. Así que se sentaba allí, sola, con una cruz de madera como único juez de su culpa.

Khalani casi dio un brinco cuando, a su derecha, apareció una pequeña figura ataviada con una camisa azul marino dos tallas más

grande y unos pantalones negros.

—Hola —susurró Elise.

Llevaba el pelo rubio recogido en un moño despeinado. Unos mechones le envolvían el rostro y unas arrugas profundas de preocupación le surcaban la frente, lo que la hacía parecer mucho más mayor de lo que era.

—Hola —dijo Khalani en voz baja.

—¿Te importa si me siento?

Khalani enseguida le hizo sitio. Se apresuró a dar la vuelta a lo que había escrito y guardó las hojas debajo de las piernas. Acto seguido, entrelazó las manos con firmeza y miró al frente.

—¿Cuánto hace que se lo llevaron? —titubeó Elise.

—Una semana.

Las únicas noticias que había recibido eran que Lane lo había operado y que Takeshi aún estaba recuperándose. Nada más. Ni una palabra sobre si le habían quitado el chip o si había recobrado la memoria.

Pero estaba vivo.

Aunque no había perdido la esperanza, Khalani no sabía qué hacer o cómo prepararse para lo que estaba por llegar.

Todas las palabras le parecían vacías, pero, en cambio, hervía por dentro. Y el único lugar que le proporcionaba un mínimo de paz era la iglesia abandonada.

—Lo siento —susurró Elise—. Sé que tiene que resultarte muy duro. Por cómo te miraba, ya se veía que estabais muy unidos.

—¿A qué te refieres?

Elise alzó la mirada hacia los frescos y esbozó una dulce sonrisa.

—Te miraba como si no hubiese dudado ni un segundo en destruir lo que fuera, o a quien fuera, que pretendiera hacerte daño. Como si para él fueras lo más importante del mundo.

A Khalani se le humedecieron los ojos al revivir todos los instantes que había pasado junto a él.

«En otra historia, tú habrías sido mi comienzo».

Miró de reojo a Elise y vio reflejados en su semblante el mismo pesar y sufrimiento. Pese a que Khalani siempre había evitado el contacto físico, extendió un brazo y tomó la fría mano de Elise.

—Siento no haber estado contigo para consolarte por la muerte de tu padre.

A punto de romper a llorar, Elise se la apretó.

—No tienes que disculparte por nada. El doctor Strauss te había encerrado. Lo peor es que ya sabía que solo uno de nosotros saldría con vida de ese campo. Y siempre pensé que sería él.

Khalani guardó silencio durante un buen rato. Se limitó a tomarle la mano a Elise, recordándose lo bueno que era compartir el dolor.

Cuando se pierde a alguien, todos suponen que necesitas espacio. Sin embargo, no se dan cuenta de que evocar las cosas bonitas es menos doloroso que olvidarlas.

Porque, al final, resulta difícil recordar su voz. Su risa. Cómo se les iluminaba la mirada. El dolor es la prueba de que existieron.

—Apuesto a que te está observando ahora mismo. —Khalani habló con el corazón en la mano—. Y que está orgulloso de que escaparas. De que sigas adelante, por muy difícil que te resulte.

Elise frunció el ceño. Compungida, apartó la mirada.

—¿De verdad lo crees, Khalani? ¿De verdad crees que los muertos nos esperan?

—Durante mucho tiempo no lo creí —admitió Khalani con un brillo en sus ojos verdes—. Pero he conocido a gente que me ha convencido de lo contrario. En los días en que el dolor se vuelve insoportable, pienso en todos aquellos por los que aún debo vivir.

Por primera vez desde que había pisado el campo de detención,

una sonrisa sincera se abrió paso en el rostro de Elise.

Puede que fuera pequeña, pero bastaba.

Esa confianza de que alguien las esperaba.

Pero todavía no.

Todavía no, joder.

Mientras siguieran con vida, seguirían luchando hasta el final.

—Qué alegría me da verte comer, Khalani —exclamó Adan desde el lado opuesto de la mesa, señalando con la barbilla el plato casi vacío.

En los últimos días apenas había probado bocado, pero la conversación que había mantenido con Elise le había devuelto las fuerzas. La joven estaba sentada a la izquierda de Adan y también daba buena cuenta de su plato.

—Si tienes más hambre, puedes tomar un poco del mío —le ofreció Adan con amabilidad.

Elise abrió los ojos de par en par y parpadeó, como si le extrañara que alguien hubiese advertido su presencia. Se sonrojó y negó con la cabeza. Pero Adan no era de los que aceptaban un no por respuesta y deslizó un trozo de pan en su plato.

—Tengo una hermana que se enfada cuando no come, así que lo hago más bien por supervivencia.

Le guiñó un ojo a Elise, que se sonrojó aún más.

—Pero bueno, Adan, ¿cuándo fue la última vez que te acostaste con alguien? Menuda manera de ligar —se mofó Serene.

Brock escondió la sonrisa tras el vaso de cerveza.

Adan le hizo una peineta a su hermana.

—Viniendo de la persona que prefiere robar corazones a

ganárselos…

—¿Acaso no es lo mismo?

—Has dado en el clavo, Serene —elogió Winnie—. Como se suele decir, todo vale en el amor y en la guerra.

—Solo si la guerra te pone —gruñó Adan.

—No te engañes —intervino Brock recostándose en la silla—. La guerra pone a todo el mundo. ¿No crees, Serene?

El ardor en sus ojos se volvió más intenso cuando Serene lo fulminó con la mirada.

—Creo que mi comida está a punto de decorar tu cara.

—Inténtalo y te obligaré a recogerla con la lengua —la amenazó Brock esbozando una sonrisa.

Serene apretó los dientes e hizo amago de ponerse en pie.

Sin embargo, la discusión no fue a más porque en ese momento aparecieron Jack y Spade.

—Traigo noticias —anunció Jack.

—¿Sobre Takeshi?

Asintió.

—Se ha despertado.

Khalani soltó un suspiro y casi se hundió en la silla, pero Serene y Winnie la abrazaron y la apoyaron tanto como pudieron.

—¿Le han extraído el chip? ¿Recuerda algo? —se apresuró a preguntar Serene.

Jack vaciló y los observó con mirada prudente. La alegría que había embargado a Khalani empezó a deshincharse como un globo.

—Lane os lo contará todo cuando llegue —respondió de forma evasiva.

—Dime lo que sabes —reclamó Khalani, que al fin había recuperado la voz.

Jack y Spade intercambiaron una mirada nerviosa, pero, antes

de que pudieran contestar, la puerta de la iglesia se abrió. Todo el mundo alzó la cabeza ante el fuerte eco de unas botas que retumbaron en el pasillo.

Lane apareció primero, con expresión nerviosa y unos moratones en la nariz.

Y, como si fuera un sueño lejano, otra figura familiar dobló la esquina.

7

La verdad es que siempre espero lo peor.

La luz procedente de la inestable lámpara de araña parpadeó sobre los cabellos negros de Takeshi, que se encontraba bajo el umbral, con un jersey negro arremangado hasta los codos, dejando ver las venas marcadas de los brazos. Una gasa blanca apenas visible le asomaba bajo el pelo.

Tenía mejor aspecto que cuando estaba encadenado en la celda. De hecho, parecía más fuerte que nunca. Desde su rictus tenso hasta su postura inflexible, todo en él irradiaba desafío.

Khalani contuvo la respiración cuando Takeshi paseó su mirada metálica por la estancia. Se fijó en las antorchas encendidas que ardían en los muros de piedra y en los miembros de los Ases, que ocupaban la mesa del fondo y que llevaron con disimulo las manos a las armas ocultas bajo la ropa.

Y, finalmente, la posó en su mesa.

Los miró a todos y cada uno de ellos: Adan, Brock, Serene y Winnie.

Acto seguido, se detuvo en ella.

Frunció el ceño, tanto que se le formó un surco pronunciado en la frente.

Con el corazón latiendo a mil por hora, Khalani se puso en pie

despacio, obligándose a quedarse allí, inmóvil, para dejar que fuera él quien diera el primer paso.

Sin embargo, Takeshi ni se inmutó.

La miró con profunda consternación, como si fuera un enigma al que ya se había enfrentado en el pasado y que no había logrado descifrar.

—Un placer verte de vuelta, Lane —dijo Jack inclinando un poco la cabeza a modo de saludo.

—Igualmente. —Lane avanzó, con unas marcadas ojeras—. Tenemos muchas cosas de que hablar.

Aunque todo el mundo se puso tenso, Khalani siguió concentrando toda su atención única y exclusivamente en Takeshi, que la miraba con la mandíbula rígida y los puños apretados a los costados. De pronto, inclinó la cabeza hacia Lane y le susurró algo al oído. El doctor suspiró profundamente y asintió.

—¿Hay alguna habitación libre en la que pueda descansar un poco? —le preguntó Lane a Jack—. Ya he informado a Takeshi de su… condición.

«¿Cómo?».

Jack y Spade parecían igual de desconcertados, pero Jack asintió y le hizo un ademán a Jericho. Con la boca abierta de par en par, Khalani vio a Jericho conducir a Takeshi hacia el otro lado de la sala; cuando pasó junto a ella y le rozó el hombro, ni siquiera la miró ni pronunció palabra. Como si no soportara estar cerca de ella ni un segundo. Khalani empezó a respirar de forma entrecortada y Winnie le cogió la mano que tenía libre.

—¿Qué… ha pasado? —balbuceó Khalani al tiempo que se volvía hacia el doctor en busca de respuestas—. ¿Por qué se comporta así? ¿Le habéis extraído el chip? ¿Y su memoria?

—Esas son muchas preguntas…

—¡Quiero respuestas!

Ante su arrebato, uno de los Ases empuñó la pistola, pero Jack alzó la mano y lo detuvo.

—Sí, logramos extraer el chip gracias a la ayuda de unos colegas —anunció Lane.

Una oleada de alivio invadió la mesa.

—Gracias a Dios —suspiró Serene.

Pero Khalani aún seguía con el alma encogida. Lane parecía tenso, inquieto.

—¿Y su memoria? —insistió.

El doctor se peinó el fino pelo canoso con una mano.

—El cerebro es delicado, y Takeshi ha pasado por un trauma mental importante. Al parecer, le implantaron recuerdos falsos. En cuanto le quitamos el chip, su memoria sufrió una regresión. Recuerda la semana pasada, pero no los años anteriores. Es como un mecanismo de defensa: la mente se ha cerrado para protegerse de todo el sufrimiento que ha soportado.

—¡¿Ha ido a peor?! —gritó Serene—. ¿Nos está diciendo que no hay esperanza? ¿No se puede hacer nada?

—Por el momento, no podemos hacer nada más, pero aún hay esperanzas de que recupere la memoria.

—¿A qué se refiere? —preguntó Khalani con un hilillo de voz.

—Pues a que, con el tiempo, existe una posibilidad. —Al ver la intensa desesperación en sus ojos, Lane habló con cautela—. Podría recuperar la memoria mañana, la semana que viene, en una década o… tal vez nunca. Es algo que tenéis que aceptar.

Ni hablar de aceptarlo. Nunca.

El médico le había dado una mínima esperanza, y era todo lo que necesitaba para luchar hasta el final.

—¿Puedo hacer algo para ayudarlo a recordar? —preguntó.

—No lo abrumes. Bombardearlo con recuerdos a los que no puede acceder solo le sobrecargará la mente. Lo que más necesita es espacio. Y comprensión.

Khalani dirigió la mirada hacia el lugar por el que se había marchado Takeshi.

«Espacio y comprensión».

Repitió el mantra para grabárselo en el cerebro.

Con la comprensión no había problema. Podía ofrecérsela.

El problema era el espacio.

Verse obligada a mantener las distancias cuando lo único que deseaba era estar cerca de él.

—Hay algo más… —Lane se volvió hacia Jack—. No ha sido fácil, pero hemos analizado el chip, tal como nos dijiste que hiciéramos.

—¿Y?

Jack se inclinó hacia delante.

—Es increíble. Nunca he visto nada igual —susurró, con un tono de voz en el que se reflejaban el asombro y el miedo—. El chip toma el control total de la mente, arrasando a la persona y convirtiéndola en una mera marioneta. Jack… Pueden crear todo un ejército con esto.

El pánico se extendió por la estancia como el humo. Se les adhirió a la piel, les impregnó la ropa. Algunos miembros de los Ases se llevaron las manos a la boca y ahogaron un grito. Otros maldijeron entre dientes y se aferraron a sus armas, preparándose para la batalla.

Sin embargo, Jack permaneció impasible y se acarició el mentón, pensativo.

—¿Cuántos chips de estos hay ahí fuera?

—Es difícil de decir. —Lane frunció el ceño—. Primero tienen que torturar a los individuos. Y eso lleva tiempo. Ya podrían haber

sometido a cientos, pero hay algo que sí sabemos: los chips no se fabricaron en Hermes.

Jack volvió la cabeza de repente.

—¿Y dónde se fabricaron entonces?

—En Apolo.

Sorprendidas, Khalani y Serene intercambiaron una mirada.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Brock.

—Cuando los analizamos, encontramos un código que los vincula directamente con Apolo. Y no es nuevo. Ese chip tiene, al menos, cinco años.

El silencio que siguió fue tan abrumador que no se oía ni una mosca.

—¿Estás diciendo que Apolo ha estado fabricando chips que controlan la mente desde hace años? —dijo al cabo de un rato Spade, pálido como la pared—. Pero ¿por qué se los dan a Hermes? ¿Qué pretenden?

Jack se devanó los sesos, lo que hizo que una arruga se le marcara aún más en la frente. A continuación, se volvió hacia ellos.

—Brock, ¿habías oído algo de esto en Apolo?

Brock lo negó con contundencia.

—No. Y, si estuvieran reuniendo a un ejército de personas manipuladas, los incursores nos habríamos enterado.

Se les estaba pasando algo por alto, algo gordo.

Todos lo percibían.

Una presencia invisible permanecía entre ellos, siguiéndolos allá donde fueran.

Los ojos azules de Alexander Huxley aparecieron en su mente y Khalani chocó contra la mesa, derramando un vaso de agua.

Serene la miró con preocupación y enderezó el vaso.

—Khalani, ¿qué ocurre? —susurró.

El agua empezó a gotear. Khalani miró cómo el líquido caía a cámara lenta mientras más voces mostraban su desacuerdo y pedían que atacaran Apolo.

Esos ojos azules seguían ahí.

—Tenemos que recuperarnos, reagruparnos y decidir cuál será nuestro próximo movimiento —declaró Jack, alzándose en medio del ruido.

Los presentes enmudecieron y se volvieron hacia él como si fuera un faro en la oscuridad.

—De momento, lo mejor es seguir pasando desapercibidos. Tengo que volver al hospital antes de que adviertan mi ausencia —dijo Lane, aún con expresión sombría.

Le entregó el chip a Jack y se marchó, no sin antes dedicarle a Khalani una mirada extraña.

Como si le transmitiera sin palabras que, si estuviera en su piel, también se iría.

Que no se acercaría ni en sueños a Takeshi.

Pero le habían extraído el chip. Y, aunque no hubiera recuperado la memoria, Takeshi no parecía agresivo.

Pese a ello, Jack se volvió hacia su corpulento guardaespaldas.

—Jericho, quiero a alguien apostado ante su puerta día y noche. Puede que ya no tenga el chip, pero no sabemos qué secuelas le pueden quedar.

Jericho asintió con vehemencia y obedeció.

Khalani se quedó mirando la puerta de madera, entornando los ojos, anhelando con cada fibra de su ser adelantar al guarda para abrirla.

—Khalani… —Serene le tiró del brazo, sacándola de sus pensamientos en bucle—. Lo mejor será que te distraigas un poco. En vista de que no podemos salir de aquí, Brock ha sugerido que

vayamos a entrenar al sótano.

Khalani alzó una ceja hacia Brock.

—¿Todos?

—No —refunfuñó el incursor—. Le dije a Serene que, ya que estábamos, podía entrenarla. Es ella la que ha querido que fuera en grupo.

—El sufrimiento se soporta mejor en compañía —soltó Serene, devolviéndole una mirada asesina.

Brock puso los ojos en blanco. Como si se las estuviera viendo con la mujer más irritante del planeta.

Alguien solía mirarla del mismo modo y, de nuevo, Khalani desvió la vista hacia la puerta prohibida.

Hablar con él una última vez no le haría daño a nadie…

—Vamos. —Serene volvió a tirarle del brazo—. Es el momento perfecto para entrenar. Venga, Adan. Winnie, ¿te apuntas?

A la anciana se le iluminaron los ojos y se puso en pie al tiempo que se alisaba el vestido morado y unía las manos.

—Winnie estará encantada. Puede que no sea la mejor luchadora, pero es buena alumna.

—Excelente.

Serene esbozó una amplia sonrisa.

—¿Y yo, puedo ir también? —preguntó con timidez Elise, retorciéndose el dobladillo de la camiseta.

—Por supuesto. Cuantos más, mejor. ¿Verdad, Brock?

Serene le dedicó una sonrisa dulce e inocente.

El incursor ignoró el comentario y se marchó dando grandes zancadas.

Y así fue como Khalani se encontró en el sótano de una iglesia abandonada.

Se habían puesto prendas más holgadas un momento antes, en

sus habitaciones. Khalani llevaba unos pantalones cortos negros que se le adherían a los muslos, pero que, al menos, le permitían moverse. Le habría gustado que fuesen más largos, pero se anudó una sudadera gris varias tallas más grande a la cintura y, como mínimo, no iba por la iglesia enseñando el trasero.

Los cinco realizaron unos estiramientos en el suelo mientras Brock refunfuñaba entre dientes en la parte delantera.

Sin duda, estaba maldiciendo a Serene, aunque su querida amiga de pelo azul parecía crecerse cada vez que fastidiaba al incursor.

—Caramba, Khalani, ¿cómo puedes ser tan flexible? —preguntó Adan entre jadeos mientras se estiraba en apertura lateral.

Khalani apoyó la mejilla en el suelo.

—Es lo que solía hacer en Braderhelm, en la celda, cuando me aburría.

Prefirió guardarse para sí misma que Takeshi la sometía a intensos ejercicios de estiramientos antes de cada sesión.

«Un cuerpo agarrotado casi nunca gana peleas», solía decirle. A veces se preguntaba si él mismo advertía la ironía, puesto que era la persona más rígida y fría de todo Braderhelm.

—¿Estuviste en otra prisión? —preguntó Elise, esforzándose por imitar la postura de Khalani.

—Sí, todos nosotros.

Elise abrió los ojos de par en par y Serene añadió:

—Sí. Nos condenaron a todos. ¡Somos criminales! En especial, mi hermano Adan. No preguntes qué le ocurrió al otro tipo.

Aunque Adan le dedicó a su hermana una mirada enfadada, un destello de interés cruzó los ojos de Elise, que se quedó observando al ingeniero antes de volver a concentrarse en sus estiramientos. Serene le guiñó el ojo a Khalani, y esta soltó una risita. En ese

momento, Brock se puso en pie.

—Bien, vamos a hacer parejas para los ejercicios. Adan, tú vas con la chica nueva —indicó, señalando a Elise—. Winnifred, tú vienes conmigo. Y, Khalani, tú te quedas con Terror.

Serene le dedicó una peineta y se encaminó hacia ella con aire despreocupado.

—¿Te llama «Terror», en serio? —le preguntó Khalani, ladeando la cabeza.

—Yo lo llamo «Cabeza Hueca». —Serene se encogió de hombros —. Aunque «Gilipollas Masoquista» también está entre las opciones.

Se esforzó por disimular la sonrisa cuando Brock gritó:

—¡Bien! ¡Dejad de parlotear como unas cotorras! Quiero que uno de vosotros levante las dos manos mientras la otra persona practica el golpe en la mano contraria. Nada de puñetazos fuertes. Solo vamos a perfeccionar el gesto. Haced cien repeticiones por cada mano y luego cambiáis. Adelante.

Khalani se volvió hacia Serene, que sonrió con una mueca burlona y alzó las palmas de las manos.

—Dale fuerte.

Golpeó despacio, concentrándose en la técnica, tal como Takeshi le había enseñado. Más o menos a mitad del ejercicio, advirtió que Serene no dejaba de mirar a Brock, que estaba ayudando a Winnie.

Khalani también desvió la mirada hacia allí.

Winnie golpeaba las palmas de Brock con gestos lentos y los brazos temblorosos. A pesar de eso, el incursor no se lo recriminaba ni la trataba con condescendencia.

—Vamos, Winnifred, ya lo tienes —la animaba con cada uno de sus golpes—. Sigue así. Eso es —dijo con orgullo—. Termina con fuerza.

Finalmente, la anciana llegó a las cien repeticiones. Dejó caer los

brazos, empapada en sudor y con el cabello plateado pegado a la frente.

—Hacía mucho tiempo que Winnie no se esforzaba así —dijo jadeando—. Creo que no sería de mucha ayuda en una batalla.

Brock la miró con gesto adusto y le puso una mano firme sobre el hombro.

—Ni se te ocurra decir eso. No es fácil atravesar la Zona Muerta, incluso para mí, que tengo veintiséis años y llevo toda la vida entrenándome. Y tú superaste el ambiente más hostil de la Tierra con una sonrisa. Que sepas que, si tuviera que formar un equipo, puede que no acabara eligiéndote, pero te aseguro que entrarías en mi lista de candidatos.

Khalani se sorprendió ante su sinceridad. Con los ojos brillantes, Winnie articuló en silencio un «gracias».

La anciana era la clase de mujer a la que nunca tomaban en cuenta. Tenía el corazón y la mente más grandes del mundo, pero le costaba horrores plantar cara y enfrentarse a aquellos que abusaban de su autoridad.

Sin embargo, Brock lo había entendido: Winnie nunca había sido una carga para ellos.

Era su inspiración.

Una leve sonrisa tiró de las comisuras de los labios de Khalani y volvió a prestar atención a Serene, que seguía mirando a la pareja con expresión indescifrable.

—¿Estás lista? —preguntó Khalani, alzando las palmas.

—Claro —respondió Serene, parpadeando y saliendo de su ensimismamiento.

Mientras seguían entrenando, una figura familiar bajó las escaleras de dos en dos.

—Raziel… —dijo Brock, cruzándose de brazos—. No te esperaba.

Raziel llevaba unos pantalones cargo oscuros, un chaleco y una camiseta de manga larga, y el habitual pañuelo negro cubriéndole la mitad inferior del rostro. Avanzó con paso seguro, como si entrara en un bar, aunque inspeccionó con mirada astuta cada rincón del sótano, deteniéndose un instante en Khalani.

—Jack me ha dicho que estabais aquí abajo. He pensado que podría pasarme a ver cómo entrenáis.

—¿Eso es todo?

Brock lo miró con escepticismo.

—Ya sabes cómo va esto —respondió Raziel, encogiéndose de hombros—. Cuando uno pasa demasiado tiempo escondido, se pone nervioso y se mete donde no debe.

Miró de nuevo a Khalani con el rabillo del ojo.

—¿Cómo está Ryder?

Raziel desvió la mirada hacia Brock y, por primera vez, una emoción se reflejó en su rostro.

—Mi hermano sigue descansando. No ha ayudado mucho haberse pasado meses comiendo mal en un campamento de esclavos. Pero Lane asegura que se recuperará.

Desvió la mirada. Resultaba evidente que no quería seguir hablando del tema, pero Khalani no pudo evitar pronunciar las siguientes palabras:

—Lo siento.

Raziel la miró con dureza.

—¿Qué es lo que sientes?

—Aunque Ryder no nos acogió de la mejor de las formas en el campo, no dudó en ayudarnos a escapar cuando llegó el momento. Y, a pesar de que sé que culpas a Takeshi por lo ocurrido, pudo haber matado al doctor Strauss, y yo… Fui yo la que le pedí que se fuera. Pensé que, de lo contrario, no lo conseguiríamos. Ahora creo

que, si no lo hubiera hecho…

Khalani se mordió el labio y bajó la mirada, embargada por la culpa, que amenazaba con tragársela.

—Sé que no puedo cambiar lo ocurrido y que las disculpas no arreglarán nada. Pero quería que supieras que lo siento de verdad.

Un silencio opresivo se adueñó de la estancia.

Raziel era el sicario de los Ases, uno de los hombres más temidos de Hermes. Pero, cuando Khalani finalmente tuvo agallas para alzar la mirada, vio que en sus ojos brillaba una emoción contenida. Y Raziel se limitó a asentir.

Fue suficiente.

Brock carraspeó, reclamando atención.

—Venga, pasemos al siguiente ejercicio: desarmar al oponente.

Practicaron con unos cuchillos de plástico que Brock había sacado del piso superior y, esta vez, Khalani formó pareja con él. En un momento determinado, la inmovilizó abrazándola por la espalda y colocándole el cuchillo a pocos centímetros del cuello.

—Haz lo que te enseñé —le ordenó—. Inclina el peso hacia delante y así podrás soltarte.

Sin embargo, Khalani hizo otra cosa.

Juntó los brazos y le hundió el codo en el estómago.

Brock soltó una maldición y Khalani se apresuró a liberarse. Pero el incursor dirigió el cuchillo hacia su abdomen, deteniéndose justo antes de clavárselo.

—Muerta —siseó—. Deberías haberme hecho caso.

—Se me ha ocurrido una manera más rápida de zafarme. Y ha funcionado, ¿verdad?

Khalani se secó el sudor de la frente con una mano.

—Sí, durante dos segundos —se mofó Brock—. Te estabas regodeando de haberme ganado y no has pensado en el siguiente

movimiento de tu oponente. Si fuera tu enemigo de verdad, ya estarías muerta.

—Yo le daría puntos por creatividad —se mofó Raziel desde una esquina, con los brazos cruzados y un brillo en los ojos.

Durante el entrenamiento, había pasado de examinarla en silencio a criticar cada una de sus maniobras.

Era evidente que la disculpa no había servido de mucho.

—Una pregunta… —dijo Serene alzando la mano.

Brock soltó un suspiro.

—¿Qué?

—¿Puedo practicar yo también esa técnica del codo contigo? Parece una maniobra importante.

—Hemos terminado por hoy. Lo retomaremos mañana.

Brock salió de la estancia hecho una furia y Serene hizo una mueca burlona al ver que lo había sacado de quicio. Le encantaba.

Khalani se encaminó hacia su diminuto dormitorio, que era más bien como una pequeña despensa, aunque, comparado con sus anteriores celdas, podía considerarse una mansión. Tomó una toalla y un cepillo de dientes y se dirigió hacia las duchas que Jack les había mostrado. El agua le cubrió los oídos, saturando sus sentidos, y, por unos breves instantes de calma, fingió que casi cada aspecto de su vida no era una pesadilla constante. Pero, por mucho que se esforzó, los problemas no desaparecieron por el desagüe.

Después de enjabonarse, secarse y cepillarse los dientes, se puso unos pantalones de chándal grises y una sencilla camiseta blanca que le llegaba hasta el trasero.

Ya de vuelta en el dormitorio, oyó unas voces. Se asomó al pasillo y distinguió a Jack hablando con Jericho, que seguía apostado frente a la puerta de Takeshi.

Khalani tamborileó con los dedos en los muslos y clavó los ojos

en esa puerta que la atraía como si fuera un oasis en mitad del desierto. Incapaz de resistirse, dejó la toalla sobre la cama y se aventuró por el pasillo.

Ambos se volvieron al ver que se acercaba.

Khalani tragó saliva y deseó ser invisible para escurrirse entre ellos y entrar en la habitación. Pero, por la manera en que no le quitaban ojo de encima, eso no iba a ocurrir.

—Hola…

Carraspeó, frotándose las manos.

Jack se fijó en su pelo, todavía húmedo.

—Me alegro de ver que te has podido duchar. Solo Dios sabe lo mucho que lo necesitábamos después del campo de detención… —dijo con la mirada perdida, como si recordara los meses que había pasado en el campo de detención, muchos más que ella.

—¿Aún nos buscan los crupieres?

—Lo dudo mucho. Mis hombres han dejado un rastro falso en otras secciones de la ciudad y, por lo visto, han mordido el anzuelo. Sigamos recuperando fuerzas mientras podamos porque es posible que tengamos que ponernos en marcha en cualquier momento —aseguró Jack, con voz cada vez más alta.

Jericho se cuadró tras él. Khalani admiraba a Jack, la manera en que hacía que todo el mundo lo respetara y obedeciera todas y cada una de sus órdenes. Pese a haber pasado tanto tiempo en el campo de detención, había recuperado de inmediato el rol de líder. Le salía de forma natural.

—Gracias, Jack. —Khalani alzó unos ojos sinceros hacia él—. Eres un buen líder.

Jack hizo una mueca, como si una parte de él no se lo creyera del todo, pero asintió con la cabeza. Khalani miró la puerta de nuevo, y el corazón se le aceleró.

—¿Hay algún problema si hablo con él?

—Si no recuerdo mal, la última vez trató de matarte.

—Lo… sé. Pero no quiero que crea que está solo. Sería peor. Takeshi tiene que saber que algunos de nosotros seguimos preocupándonos por él, incluso si no nos recuerda. Solo serán unos pocos minutos…

Se clavó las uñas en las palmas de las manos, casi perdiendo el poco control que tenía.

Jack recapacitó acerca de lo que acababa de decir y la miró de arriba abajo. Khalani contuvo el aliento. Intuía su negativa, pero no le importaba. Encontraría la manera de franquear a Jericho.

Estaba segura de que Serene la ayudaría.

Su expresión debía de ser de pura desesperación, porque Jack dijo finalmente:

—Tienes cinco minutos, ni uno más. Y Jericho entra contigo.

—Pero…

—No es negociable. —Jack la escrutó con frialdad—. Y más te vale estar segura de esto, Khalani, porque, si te hace algo, lo pagará caro.

8

Miré al monstruo directamente a los ojos. Y me devolvió la sonrisa.

Khalani contuvo el aliento cuando entró en la habitación de Takeshi. Ya no lo retenían en una celda. La anodina estancia apenas era de las dimensiones de su dormitorio, quizá incluso más pequeña.

Jericho cerró la puerta y se apostó ante ella. Khalani avanzó un paso y, perpleja, advirtió que Takeshi no estaba tumbado en la cama, sino que se encontraba sentado en el suelo de cara al muro de piedra, dándole la espalda.

Tenía las piernas dobladas y, aunque apoyaba los codos con naturalidad en las rodillas, lo último que parecía era calmado.

Sus hombros estaban rígidos y los músculos de los antebrazos se le marcaron cuando entrelazó las manos con fuerza, como si apenas pudiera controlarse.

—Takeshi… —susurró, temiendo romper aquel silencio ensordecedor.

Él dio un respingo.

Khalani esperó a que se diera la vuelta, pero Takeshi se quedó inmóvil, con los ojos clavados en el muro, como si en él estuvieran todas las respuestas que se le escapaban.

Khalani tragó saliva y sondeó a Jericho, que custodiaba la

puerta, pero este desvió la mirada, dándole un poco de privacidad.

Cinco minutos. Ese era el tiempo que tenía.

Con el corazón desbocado, avanzó y se apostó junto a la cama. Takeshi mantenía los ojos abiertos, pero parecía ausente, con la mirada perdida. Como si estuviera atrapado en un bucle infinito.

Temblorosa, reprimió el deseo de abrazarlo. De decirle que estaba allí. Que todo iría bien. Pero se obligó conservar la calma.

—¿Te parece bien si me siento?

Se sobresaltó de nuevo. Era evidente que la había oído, pero seguía sin contestar.

Khalani se mordió el labio inferior y esperó.

Transcurrió un minuto.

Cuando se dio cuenta de que no iba a obtener ninguna respuesta, se sentó de todos modos junto a él. Aunque sus hombros no se tocaban —unos buenos centímetros los separaban—, Khalani advirtió que tensaba la mandíbula e inclinaba ligeramente el cuerpo, alejándose de ella.

—Takeshi… ¿De verdad no me recuerdas?

El doctor había confirmado que no tenía recuerdos, pero necesitaba oír la desgarradora verdad de sus labios.

La cruel energía que emanaba de su cuerpo hizo crepitar el aire entre ellos. Khalani apenas respiraba. Apenas podía pensar mientras aguardaba su respuesta.

—No —dijo él finalmente.

Khalani asintió, con la vista clavada en el muro. Si se fusionaba con la piedra, quizá él ni siquiera se diera cuenta.

Pero no podía derrumbarse.

Por ella.

Por él.

—¿Has venido a matarme? —le preguntó Takeshi con más

interés.

—Por supuesto que no. —Estuvo a punto de romper a llorar al ver la decepción en sus ojos—. ¿Por qué piensas eso?

—Algo se me escapa. —Su voz grave resonó en la estancia, y el dolor que transmitía la arrastró—. Está aquí, en los límites de mi mente —susurró con un destello en los ojos—. Hay algo o alguien que es muy importante para mí. Es como si mi corazón estuviera atado a eso, y ahora solo hay un enorme agujero. Ojalá pudiera arrancármelo.

Se llevó la mano a la camiseta y arrugó la tela, casi como si estuviera a punto de hacerlo, y Khalani extendió un brazo de inmediato para detenerlo.

Takeshi giró la cabeza, pero, aun así, Khalani la vio.

Una única lágrima le resbalaba por el rostro.

Takeshi no lloraba nunca. Era el que siempre se mostraba sereno, el que los mantenía cuerdos a todos.

Apartó la mano, pero Khalani se la agarró con firmeza, negándose a soltarlo.

—Takeshi, mírame.

Él negó con la cabeza y clavó los ojos en el suelo, como si fuera a tragarse el conflicto que sentía en su interior.

—¡Takeshi! ¡Mírame! —gritó.

Finalmente, el capitán obedeció.

La miró fijamente y Khalani vio tal agonía que tuvo que reprimir el llanto.

—Por favor, dime qué puedo hacer para arreglarlo —suplicó.

Takeshi volvió la cabeza y le soltó la mano.

—Déjame en paz.

—¡Solo trato de ayudarte!

—No quiero tu puta ayuda.

—¿Por qué no? —preguntó con un hilillo de voz.

—¡Porque, cuando te miro, me duele más!

Una angustia cruel impregnaba cada una de aquellas palabras, y Takeshi empezó a respirar de forma entrecortada, como si estuviera a punto de perder el control y fuera a sacarla de la estancia de malas maneras. Khalani miró de reojo a Jericho, que tenía la mano en la pistola, aunque no hizo intención de sacarla.

No sabía qué hacer. La distancia entre ella y Takeshi era tan vasta que le parecía imposible franquearla. Sin embargo, quizá pudiera construir un puente.

—Yo también he perdido algo.

Al oír sus palabras, la expresión de desprecio que hasta ese momento había reflejado su rostro se desvaneció, aunque siguió tenso. Khalani no pensaba que fuera a reaccionar, pero, al cabo de un minuto, soltó:

—¿Y qué has perdido?

—A alguien muy importante —susurró—. Estuve sola durante mucho tiempo. Incluso pensé en poner punto final a mi vida.

Takeshi frunció aún más el ceño, pero ella continuó.

—Pensé que, una vez muerta, quizá alguien apreciaría mi existencia. Pero ese alguien no tenía… rostro. La verdad es que no quedaba nadie para llorar mi ausencia.

Advirtió que a Takeshi le temblaba la mandíbula y que desviaba la mirada, como si no entendiera por qué aquellas palabras lo enfurecían tanto.

—Pero, entonces, conocí a una persona que me demostró que era fuerte. Que valía más que todo lo malo por lo que había pasado. Y que, si el mundo deseaba verme desaparecer, vivir podía convertirse en mi forma de rebelión.

—¿Qué ocurrió con esa persona?

—Ya no me reconoce. —Se abrazó las rodillas al pecho—. Como si fuéramos dos perfectos desconocidos.

—¿Sigues pensando en poner punto final? —preguntó, escrutándola—. ¿En librarte del dolor?

—No —se sinceró Khalani—. He aprendido que, si la vida te golpea, hay que contraatacar con más fuerza. Que no hay que permitir que lo malo gane.

Takeshi ladeó la cabeza con interés ante su terquedad y determinación y la miró a los ojos.

—Tú tampoco puedes rendirte —añadió, rezando para que, al menos, recordara sus palabras y le hiciera caso.

Prefería ser una desconocida para Takeshi y mantenerse al margen antes que ver cómo se perdía a sí mismo en el proceso de recobrar la memoria.

—Ya te reconozco… —susurró.

Khalani se quedó de piedra, incapaz de reaccionar.

—Estabas en la celda conmigo. Me diste comida. Khalani… —dijo, casi sin aliento, saboreando el nombre—. Así dijiste que te llamabas.

—Sí…

Se le hundieron los hombros al comprender que estaba hablando de lo sucedido tan solo unos días atrás.

—Pero todo lo demás es confuso —masculló con una expresión siniestra al tiempo que apretaba los dientes—. A excepción de la última semana, soy incapaz de recordar los tres últimos años de mi vida.

Al percibir que se emocionaba, Khalani le posó con cautela una mano sobre el hombro. Él se tensó, pero no se apartó.

Aunque era todo un avance, Takeshi seguía sin mirarla, como si, al hacerlo, unos puñales le atravesaran el corazón.

—No pasa nada —susurró Khalani, hablando por los dos.

—No, sí que pasa, joder.

—Tienes razón. —Khalani reconoció la triste verdad—. Sí que pasa, joder. No lo recuerdas todo, pero aquí estás. Eres Takeshi Steele. El hombre al que temen los criminales, con el que nadie quiere enfrentarse y el hombre que… —«Amo». Khalani se tragó aquella palabra—. El hombre que nunca se rinde. Y, si no recuperas la memoria, no todo está perdido —continuó, ignorando el dolor que sentía en el pecho—. Puedes crear nuevos recuerdos. Mejores.

Las palabras tenían poder y si, pese a sus esfuerzos, no conseguía nada, Khalani escribiría una historia de mil páginas sobre lo maravilloso que era.

Takeshi guardó silencio.

No sonrió; ni siquiera insinuó una sonrisa.

Pero algunas de las sombras en sus ojos retrocedieron. Ya no contemplaba el muro como si quisiera que la piedra lo emparedara. Ahora miraba al frente, como si estuviera planteándose un nuevo camino.

Khalani fue a decir algo, pero Jericho se le adelantó.

—Tus cinco minutos se han terminado —anunció con voz grave.

Khalani torció el gesto con tristeza.

No deseaba marcharse. Le habría encantado quedarse allí sentada, con Takeshi, durante días, si eso lo ayudaba a encontrar las piezas que le faltaban.

Pero no podía enfrentarse a Jericho, y necesitaba a los Ases de su lado. Khalani hizo intención de ponerse en pie, pero Takeshi la agarró de la muñeca.

Era la primera vez que la tocaba por voluntad propia.

—Lo siento —dijo de repente.

—¿El qué?

—Lo que te hice en la celda.

—No pasa nada.

—Sí que pasa —objetó—. Puede que no recuerde mucho, pero sé que no te habría matado.

Pareció sorprenderse de sus propias palabras.

Khalani alzó las comisuras de los labios y esbozó una sonrisa triste, pero Jericho los interrumpió de nuevo.

—Es hora de irse.

Takeshi fulminó al guardia con la mirada, como si estuviera a un paso de cometer un acto imperdonable, pero Khalani, que no quería crear más problemas, se puso en pie.

—Tranquilo, no te preocupes. No es la primera vez que amenazas con matarme —comentó con un ligero tono divertido, recordando las incontables ocasiones en Braderhelm en las que Takeshi aseguraba que iba a acabar con ella.

Takeshi la observó con el ceño fruncido mientras se dirigía hacia la puerta. Antes de cruzar el umbral, su voz la detuvo.

—Entonces, ¿por qué has venido a verme?

Khalani se detuvo y se dio la vuelta despacio.

Takeshi la miraba con la cabeza erguida y la espalda cuadrada, como el capitán letal que había conocido en prisión.

Lane les había pedido que no lo abrumaran con recuerdos a los que no podía acceder. Si le confesaba sus sentimientos más profundos, podría empeorarlo todo.

Sin embargo, merecía la verdad, y solo la verdad.

—Porque fuiste el único que me hizo sentir que la oscuridad era mi hogar. —Khalani tragó saliva—. Me salvaste más veces de las que puedo contar, sin importar los riesgos a los que te enfrentabas. Así que me da igual que todo esté en nuestra contra. Haré lo mismo por ti, aunque no me recuerdes.

9

Calma la mente y préstame tus gritos.

Khalani se frotó los ojos y se apoyó en el muro de piedra; apenas se tenía en pie. Estaba sola, sentada en el sótano donde habían entrenado la noche anterior.

Debería haber dormido más.

Pero su mente era un lugar retorcido donde el descanso no existía.

Pensó en Takeshi. En el chip. En Apolo.

Su ciudad natal la llamaba, recordándole a todos aquellos que había dejado atrás.

Se estaba masajeando la sien, desesperada por pensar en otra cosa, cuando los oyó.

Unos pasos.

Miró hacia las escaleras.

Una figura estaba bajando, con el rostro parcialmente oculto en las sombras. El desconocido, ataviado con un inmaculado traje negro, se ajustaba los gemelos mientras descendía los peldaños. Cuando llegó al pie de la escalera, Khalani se incorporó, boquiabierta.

—¿Ni siquiera me saludas como es debido? —preguntó Alexander Huxley con una sonrisa burlona.

—¿Qué… qué… qué…? —balbuceó Khalani.

—¿Que qué estoy haciendo aquí? Creo que debería ser yo quien formulase esa pregunta.

Khalani retrocedió y, al toparse contra el muro, dio un paso al frente con cautela.

—No. —Khalani sacudió la mano ante ella para que la visión se desvaneciera—. No eres real. Estás muerto.

—¿De verdad?

Otro paso al frente.

Se le aceleró el corazón. Ese rostro perfecto miraba a Khalani como si fuera ella la que tuviera que darle respuestas.

Cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

«No es real. No es real».

Pero, al parecer, lo había dicho en voz alta, porque el gobernador respondió:

—Soy más real de lo que crees.

Reculó de nuevo hasta el muro, incapaz de apartar la mirada de aquellos ojos azules y monstruosos.

—Solo tengo una pregunta para ti, Khalani. —Alexander se humedeció los labios, se inclinó hacia ella y le susurro al oído—: ¿Nunca te has preguntado por qué no puedes escapar de mí?

Khalani tembló como una hoja.

—Sal de mi cabeza —escupió casi sin aliento.

—¿Estás segura de que es ahí dónde estoy?

—¡Sal de mi puta cabeza!

—¿Khalani?

Una nueva voz resonó en la estancia.

Al volverse, vio que Winnie bajaba por la escalera, con el pelo cano algo revuelto y el vestido púrpura arrugado.

—¿Con quién estás hablando, querida?

Khalani miró al lugar en el que estaba el gobernador; había desaparecido.

—¿Lo has visto? —preguntó, desesperada.

—¿A quién?

—¡Al gobernador!

Temblando, Khalani se pegó al muro y se acurrucó, y Winnie se apresuró a ir hacia ella. Esperaba que la anciana la mirara con desaprobación o que le confirmara que había perdido el juicio.

Sin embargo, Winnie se acuclilló junto a ella y le tomó la mano. Khalani no pudo evitar sobresaltarse.

La anciana no le dio importancia y le apretó los dedos.

—Winnie está aquí. Cuéntale qué ha ocurrido.

Khalani vaciló.

No era normal ver muertos. Aunque, si alguien podía creerla, era Winnie. Así que tomó aliento y le describió las visiones del gobernador. Le confesó que las alucinaciones iban a peor. Que eran muy reales e intensas, tanto que Khalani ya no distinguía la realidad de las pesadillas.

—Y, ahora que lo digo en voz alta, tengo la impresión de que me estoy volviendo loca —concluyó, dándose con la cabeza contra el muro.

—No te estás volviendo loca.

—Entonces ¿qué significan? —dijo con acritud—. ¿Y si, de algún modo, estoy… conectada con él?

Khalani tenía miedo de verbalizarlo. Desde que había conocido al gobernador en Apolo, había tenido la impresión de estar vinculada con él. Pensaba que era a causa del insondable odio que le profesaba por haber asesinado a sus padres, pero quizá había algo más.

—Querida niña, todos estamos conectados con él —declaró la

anciana, clavando sus ojos en los de Khalani—. Soportamos su gobierno autoritario durante años. Nos mintió y nos prohibió la hermosa superficie. Tanto tú como Winnie lo visteis morir.

Khalani asintió ante las verdades como puños de la anciana, pero no consiguió desprenderse de la inquietante sensación de que algo no iba bien.

—¿Crees que el gobernador conocía el Proyecto Hélix?

Winnie palideció al oír el nombre del Proyecto Hélix, la misteriosa iniciativa en la que habían trabajado científicos e ingenieros de primer orden durante el Gran Colapso. El secreto que, según suponían, salvaría al mundo.

La única pista con la que contaban para averiguar más sobre el Proyecto Hélix era el diario de Timothy Talbot. En él se decía que el camino comenzaba en Prometeo, y habían descubierto que era una corporación ubicada en el antiguo estado de California.

Pero nada más.

—Timothy vivió hace trescientos años, cuando la humanidad se trasladó por primera vez al subsuelo. —Winnie se quedó pensativa—. El gobernador no podía estar vivo durante esa época.

—Eso no lo sabemos, Winnie. Era un puñetero robot —le recordó Khalani—. ¿Quién sabe cuánto tiempo duran? Podría haber estado en Apolo desde su constitución.

—Pero, si encontramos el Proyecto Hélix, ¡quizá consigamos saber la verdad! —exclamó la anciana alzando un dedo.

—O quizá nos metamos de cabeza en una trampa.

Winnie se acarició la barbilla y consideró en silencio las palabras que acababa de pronunciar Khalani. Al cabo de un rato, asintió con la cabeza.

—Tienes razón, querida. No sabemos lo que nos espera. Pero una de las cosas que Winnie aprendió en los archivos es que la

verdad nos hará libres. Y, si la puerta está cerrada, solo nosotros podemos abrirla. ¿Lo comprendes?

Khalani cambió el peso de un pie al otro y sintió un hormigueo por las piernas. Winnie parecía decidida a partir en busca de Prometeo y lista para marcharse a California al día siguiente. Pero una voz extraña le susurró a Khalani que, una vez dado ese paso, nunca volverían a ser los mismos.

Unas pisadas retumbaron escaleras abajo y las interrumpieron. La risa inconfundible de Adan reverberó en el sótano; Elise lo acompañaba. Detrás aparecieron Serene y Brock, que no se dirigían la palabra.

Casi veía la tensión que se enroscaba alrededor de sus cuerpos crispados.

Raziel también bajó las escaleras con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Khalani se sorprendió; no esperaba que siguiera asistiendo a sus sesiones de entrenamiento.

Sin embargo, Brock parecía aceptarlo y avanzó hasta colocarse al frente de la sala. Antes de hablar, posó una mirada hosca en Serene durante un instante.

—Bien, hoy trataremos de derribar al oponente. Tres segundos para darse por vencido. Trabajaremos en parejas y por turnos.

Adan y Elise fueron los primeros.

Adan se puso ante ella y se movió sin cesar y sin pronunciar palabra, algo poco habitual en él. Cuando Brock dio la señal, Khalani comprendió que Adan no deseaba pelear con Elise. En cambio, en los ojos de la muchacha ardía una determinación feroz, como si quisiera demostrar algo.

Aprovechó su estatura y conectó un par de golpes, asestando dos firmes derechazos contra el cuerpo más grande de Adan. Pero, cuando llegaba el momento de derribarlo, no dominaba del todo la

técnica y no lo conseguía. Sus movimientos se volvieron más y más erráticos cada vez que fallaba.

Adan tampoco parecía querer rematarla.

—Ya está bien de tratarla como si fuera de azúcar —soltó Brock con brusquedad.

Adan lo miró, y fue entonces cuando Elise le clavó un golpe en los huevos.

Le.

Clavó.

Un.

Golpe.

En los huevos.

Adan, cuyo rostro había adoptado un color morado, se desplomó sobre las rodillas y se abrazó el abdomen.

—Uno… Dos… Tres. Bien, Adan. Has perdido.

Elise se apartó con un gesto un tanto avergonzado, aunque en sus ojos apareció un destello triunfal. Serene soltó un silbido bajo.

—Sabía que esa chica me caía bien —comentó.

Adan se incorporó despacio, tambaleándose. Torcía el gesto como si estuviera conteniendo una arcada.

—¿Estás bien? —preguntó Khalani.

—Sí —respondió entre jadeos y medio inclinado—. Creo que me he enamorado.

Brock puso los ojos en blanco.

—Sigamos. Winnifred, te toca otra vez conmigo.

Khalani fue a protestar por lo injusto del enfrentamiento, pero la anciana no se quejó. De hecho, un destello de gratitud le iluminó los ojos al ver que Brock no la dejaba al margen y la trataba como a una igual.

Khalani debía recordarlo.

El hecho de querer proteger a alguien con toda el alma no significaba que tuvieras que hacerlo. A veces, la mejor manera de demostrar tu amor era permitir que se enfrentara al peligro por sí mismo.

Aunque Brock se contuvo con Winnie, tampoco fue indulgente. Bloqueó un golpe tras otro y fue mostrándole diferentes técnicas mientras luchaban, indicándole dónde debía atacar a continuación.

Winnie tenía el ceño fruncido y parecía totalmente concentrada. Después de diez minutos, le temblaban los brazos y las piernas y estaba empapada en sudor. Brock dio por terminado el ejercicio.

—Buen trabajo, Winnifred. Tienes que dar golpes más fuertes, con más potencia. Ya lo trabajaremos.

—Winnie se ha estado reprimiendo contigo. Ya verás la próxima vez —soltó la anciana sin aliento.

—Me muero de ganas.

Brock alzó las comisuras de los labios, esbozando una sonrisa poco habitual en él.

Justo cuando Khalani se preparaba para el siguiente enfrentamiento, se oyó un sonido y todos prestaron atención.

Una figura imponente bajaba por las escaleras, con el cabello negro tan brillante que parecía satén. Con la espalda cuadrada, la mirada fija y las manos en los bolsillos, tenía la actitud de alguien capaz de enfrentarse al mundo entero, pero que había preferido no hacerlo.

Khalani contuvo la respiración cuando Takeshi pisó el suelo polvoriento y escudriñó la sala con aire temible.

Raziel se llevó la mano a la pistola.

—¿Qué haces aquí?

Takeshi lo miró sin atisbo de miedo.

—¿No es evidente?

—¿Quién te ha dado permiso para bajar?

—Un hombre llamado Jack.

Raziel lo miró extrañado y estaba a punto de rebatirlo cuando una pequeña figura pasó ante él y se lanzó al cuello de Takeshi.

—Winnie siente mucho haberte atizado con un taburete. Aunque lo merecías… —dijo la anciana aún sin aliento, estrujándolo un poco más.

Takeshi se quedó en pie, inmóvil y boquiabierto, con los brazos completamente rígidos a los costados del cuerpo. Cuando Adan se acercó y le dio un par de palmadas en la espalda, casi pareció que iba a salir disparado escaleras arriba.

—¿Qué tal estás, tío? ¿Aún tienes el cerebro frito o qué? —preguntó con cierta inquietud.

Serene puso los ojos en blanco.

—Adan, creo que eres la persona que más se alegra de haber olvidado.

A continuación, saludó a Takeshi con un ademán.

Takeshi tragó saliva y trató de apartarse de Winnie, pero la anciana siguió abrazándolo con firmeza.

Khalani permaneció inmóvil.

Takeshi estaba tan acostumbrado a tener enemigos a su alrededor que no quería asustarlo y que se marchara.

O, al menos, eso se decía para sus adentros.

Si la rechazaba de nuevo, no sabía si podría soportarlo.

—Winnie… —dijo Brock en voz baja—. Déjalo respirar.

Finalmente, la anciana se apartó y clavó la mirada en Takeshi.

—A Winnie la recuerdas, ¿verdad?

Él abrió la boca; iba a decir claramente que no. En cambio, vaciló durante un segundo y frunció ligeramente el ceño.

—¿No eras la bibliotecaria de la prisión?

—¡Exacto! —exclamó la anciana dando una palmada—. Winnie estuvo ahí encerrada durante mucho tiempo. ¿Y no recuerdas a nadie más?

Takeshi paseó la mirada por todos ellos mientras apretaba los labios, pero Winnie era la única que había estado encarcelada en Braderhelm más de tres años. No obstante, cuando la mirada de Takeshi se posó en Khalani, se puso rígido y le palpitó una vena en la sien, como si su cerebro se fragmentara.

—¡No pasa nada! —interrumpió Winnie al percibir que el ambiente volvía a enrarecerse—. Ya lo recordarás. Pero no olvides que las cosas que buscamos suelen estar, por lo general, delante de nuestras narices.

Aún más desconcertado, Takeshi se encaminó hacia un rincón y se fundió con las sombras.

Pese a que Lane les había asegurado que ya no suponía una amenaza, Brock le lanzó una mirada recelosa. Raziel, por su parte, no despegó la mano de la pistola que mantenía enfundada mientras Takeshi observaba la escena apoyado contra la pared como si fuera un depredador silencioso.

Khalani se revolvió inquieta cuando posó de nuevo los ojos en ella.

Casi como si estuviera esperando algo.

Pero ¿el qué?

Brock carraspeó con el fin de disipar la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Bien, y ahora que el capitán ha decidido honrarnos con su presencia, volvamos a lo nuestro —dijo con tono seco—. Los siguientes en combatir serán…

—Serene y Raziel —lo interrumpió Serene con determinación mientras hacía crujir el cuello a ambos lados.

Un destello amenazador atravesó la furiosa mirada de Brock.

—No. Tú combates contra Khalani, Terror —zanjó.

Serene agitó la mano con desdén.

—Bah, Khalani me vencerá sin problemas —respondió, con un atisbo de orgullo que hizo que Khalani sintiera una cálida y repentina punzada en el pecho. A continuación, Serene miró a Raziel y añadió —: Pero seguro que aprenderé mucho más de una persona cuya profesión es combatir y que puede lanzarme por los aires con más facilidad. No te ofendas, cariño —remató hacia Khalani.

—En absoluto —murmuró esta, esbozando una sonrisa.

Habría apostado su siguiente comida a que aquello no tenía nada que ver con aprender a pelear, sino más con fastidiar a cierto incursor que, en ese momento, parecía dispuesto a clavarle un puñetazo a la pared.

Raziel resopló, encantado con la situación.

Sin embargo, cuando dio un paso al frente, Brock levantó una mano.

—No hace falta, Raz. Yo me encargo.

—No. Soy yo la que elige, y quiero que sea él —replicó Serene, recogiéndose el cabello azul en un moño desordenado e ignorando por completo la expresión furiosa del incursor.

—Ya la has oído, Brock. Tranquilo, que no golpearé demasiado fuerte —aseguró Raziel, sonriendo ampliamente y chasqueando los nudillos.

Khalani no se habría sorprendido si Brock se hubiese echado a Serene al hombro y la hubiese encerrado en algún lugar.

Pero el incursor se limitó a cuadrarse de espaldas.

—¿Eso es lo que quieres? Pues muy bien.

Brock retrocedió y le dedicó una mirada asesina a Raziel, que se quedó en pie, con expresión serena y despreocupada.

Serene tragó saliva, hecha un manojo de nervios de repente.

—¿Estás lista, tesoro? —preguntó Raziel poniéndose en guardia.

Serene no pronunció palabra; se limitó a asentir y adoptó la misma postura.

Raziel era más bajo que Takeshi y que Brock, pero Khalani sabía que era un error subestimarlo. Cuando ella y Takeshi habían ido con él al casino, la gente de Hermes lo miraba con puro miedo.

—Con las mismas reglas —anunció Brock—. Tres segundos para darse por vencido. Ya.

Serene se lanzó de inmediato, soltando golpes aquí y allá, igual que había hecho Khalani en las primeras sesiones con Takeshi. Raziel suspiró y bloqueó todos los ataques con facilidad y cierto aire indolente. Su expresión relajada solo echó más leña a la furia ardiente de Serene.

La joven apretó los dientes y lanzó un puñetazo salvaje, pero Raziel lo esquivó y le golpeó la mejilla. No había sido un puñetazo fuerte, pero Serene retrocedió, con lágrimas en los ojos.

Y, en ese mismo instante, Brock se abalanzó sobre Raziel y le estrelló un puño en la cara.

Raziel cayó al suelo y empezó a sangrar por la nariz. Sin embargo, en lugar de enfadarse, soltó una carcajada.

—¿Qué te pasa, incursor? Ya te he dicho que no golpearía fuerte —se mofó, lamiéndose el labio ensangrentado.

—Vuestro combate ha terminado —gruñó Brock con los nudillos blancos y esforzándose por contenerse.

Khalani jamás lo había visto tan furioso.

—Aún no. No me he rendido —protestó Serene, levantando la barbilla.

—He dicho que el combate ha terminado.

Como si un demonio lo hubiera poseído, Brock volvió la cabeza

hacia Serene, jadeando.

Serene le sostuvo su mirada desafiante al tiempo que se le formaba en los ojos una tormenta que prometía arrasar con todo.

Khalani avanzó un par de centímetros, dispuesta a intervenir.

Pero, entonces, Serene esbozó una sonrisa maliciosa.

—Vaya, por fin demuestras tener agallas.

Serene dio media vuelta y empezó a subir las escaleras.

—No me sigas —le dijo a Adan.

Cuando el sonido de sus pasos se extinguió, Brock soltó una maldición y se contuvo para no ir tras ella, sin duda comprendiendo que solo empeoraría la situación.

Raziel se limpió la nariz ensangrentada y, como si nada, se incorporó de un salto.

—Bueno, no ha estado mal. Si no os importa, voy a buscar algo de comer —anunció con una sonrisa despreocupada.

Desapareció escaleras arriba, y nadie se movió durante un largo minuto.

Adan y Brock seguían mirando hacia allí, planteándose salir corriendo tras Serene. Winnie murmuraba para sus adentros sobre «las locuras que se hacen por amor». Y Takeshi guardaba silencio en su rincón oscuro, observando con calma cómo aquella familia disfuncional parecía desmoronarse ante él.

—Bueno, entonces… —Khalani dio un paso torpe hacia delante —. ¿Lo dejamos aquí por hoy?

—Aún no. Tú no has combatido —respondió Brock aún medio enfadado, peinándose el pelo con los dedos.

—Vale. Y… ¿con quién peleo?

Con un suspiro exasperado, Brock se plantó ante ella, pero Takeshi se despegó de la pared.

—Yo me encargo.

A Khalani le flaquearon las piernas cuando se colocó frente a ella. Aunque su semblante era impenetrable, el ardor en sus ojos casi la quemaba.

—¿Estás segura? —preguntó Brock, recordando que Takeshi había tratado de matarla—. Creo que será mejor que lo haga yo.

Pero, cuando Brock dio un paso, Takeshi lo fulminó con la mirada. Despacio.

—Solo te lo diré una vez: apártate —ordenó con un susurro asesino.

Brock metió la mano en el bolsillo en busca del cuchillo, pero Khalani le hizo un gesto con la barbilla.

—No pasa nada, Brock. Lucharé con él.

Brock vaciló unos instantes; no cabía duda de que lo consideraba un disparate. Pero, cuando vio que ninguno de los dos se movía, se hizo a un lado refunfuñando entre dientes.

Khalani clavó la mirada en Takeshi.

Él separó un poco los pies y se quedó inmóvil como una estatua. Sin embargo, la miró de arriba abajo: desde las botas, deteniéndose un segundo en la tela oscura que se le ajustaba al muslo, hasta la ceñida camiseta gris sin mangas y el leve movimiento que hacía con la garganta al tragar.

Khalani se preguntó qué estaría viendo.

¿A una chica ingenua fuera de su elemento?

¿O a una criminal lista para enfrentarse a su destino?

Esperaba que fuera lo segundo, porque no pensaba contenerse. Y, por la forma en que Takeshi bajó la cabeza, él tampoco.

—¡Luchad! —ordenó Brock.

Comenzaron a dar vueltas en círculo, ambos esperando a que el otro se decidiera a atacar. Sin perder el contacto visual, Khalani imitó su baile de pies y repasó mentalmente cada lección que él le había

enseñado.

Takeshi hizo amago de golpearla, y ella retrocedió. A continuación, lo imitó y él se inclinó hacia atrás. Ninguno parecía dispuesto a dar el primer paso.

—He estado pensando en lo que estuvimos hablando…

Ella entornó los ojos. No pensaba dejar que la distrajera.

—Dices que, en el pasado, traté de matarte. En cambio, me miras como si me desearas.

Khalani se sonrojó sin dejar de girar en círculo.

—¿Es dolor lo que buscas? —preguntó con una voz más baja, más grave.

Khalani sintió que perdía la concentración y que se le tensaban los dedos.

Takeshi ladeó la cabeza, como si le estuviera clavando con saña un cuchillo en la piel.

—¿O es que estás desesperada?

Y entonces ella le asestó un puñetazo.

Takeshi lo había estado esperando y se apresuró a bloquear el golpe que Khalani había dirigido hacia su cuerpo; en cambio, no se esperaba el que encajó en la mandíbula.

El crujido resonó por toda la estancia.

El capitán abrió ligeramente los ojos. No recordaba que todo lo que sabía se lo había enseñado él.

Advirtiendo la ironía, Khalani lo aprovechó.

Alimentada por una combinación de dolor y rabia, se dispuso a atacar de nuevo.

Pero, esta vez, Takeshi esquivó los golpes con una facilidad casi insultante. Khalani realizó un rápido baile de pies y encadenó un derechazo tras otro. Takeshi los bloqueó todos sin tan siquiera despeinarse.

Aun así, en su mirada apareció un destello. Un reconocimiento. Cierto respeto.

Pero para Khalani no era suficiente.

Le pisó el tobillo con saña, tratando de hacerle daño, pero Takeshi ya había anticipado su siguiente movimiento. Cuando falló el puñetazo, él la cogió del hombro y, con un movimiento rápido, la desequilibró. Ambos cayeron al suelo.

Khalani apretó los dientes y se retorció. Takeshi dejó caer todo su peso sobre su espalda y le inmovilizó los codos.

—Ríndete —ordenó con firmeza en voz baja.

—Ni lo sueñes —siseó Khalani.

Echó la cabeza hacia atrás y le golpeó la nariz.

Takeshi apretó aún más, negándose a soltarla.

—Ríndete, Kanes.

Su tono fue letal, tanto que Brock dio un paso al frente, listo para intervenir si era necesario.

Sin embargo, aquello solo era asunto suyo. Y Khalani lo sabía. Takeshi no solo le estaba pidiendo que se rindiera. Le estaba pidiendo que dejara de luchar por él. Que lo dejara en paz en ese abismo oscuro.

Pues ya podía esperar a que el infierno se congelara.

—Si quieres que me rinda, tendrás que hacerme daño —susurró ella con voz ronca.

El rostro de Takeshi se descompuso. La furia desapareció y dio paso a la duda, y, después, a la resignación.

—De acuerdo.

Le agarró el hombro y, con un único movimiento, se lo dislocó.

Un intenso dolor le recorrió el brazo, y Khalani profirió un grito.

Takeshi la soltó al instante, pero ella permaneció con la mejilla pegada al suelo, jadeando y con el corazón palpitándole en el

hombro.

Adan y Winnie corrieron hacia ella y la ayudaron a incorporarse. Brock se cruzó de brazos y fulminó a Takeshi con la mirada. Khalani no pasó por alto el destello de reproche que también le dirigió a ella por haberlo provocado.

—¿Estás bien, Khalani? —preguntó Adan, atónito.

—Sí —respondió ella.

Se le dilataron las fosas nasales y se agarró el hombro dolorido.

—Winnie debería atizarte con otro taburete —murmuró la anciana, dedicándole una mirada asesina al capitán.

Takeshi se mantuvo a cierta distancia, con expresión indescifrable. Su respiración era irregular y en sus ojos parecía librarse una feroz batalla. Como si no pudiera decidirse entre abrazarla y gritar con ella o sumergirse de nuevo en las sombras y desaparecer para siempre.

De repente, sus miradas se cruzaron. Khalani no supo decir qué había visto Takeshi en su expresión. Tal vez rabia. O quizá un amor perdido.

Él tensó la mandíbula y no acortó la distancia que los separaba.

Más bien al contrario: abandonó la sala, alejándose aún más.

10

Cuanto más grande es el corazón, más sufre.

Takeshi

La sensación más peculiar e insoportable era sentirse un extraño en su propio cuerpo.

Takeshi siempre presumía de su autocontrol.

Y no porque le gustara, sino porque era necesario. Cuando se dejaba llevar por su temperamento, corría la sangre y los cuerpos llovían a su alrededor como aquellos aguaceros que imaginaba cuando no era más que un niño solitario.

Jamás había sentido la lluvia en la piel.

Aunque ya no estaba muy seguro de qué creer.

Sentado en el pequeño catre que le habían proporcionado los Ases, se restregó la cara con las manos.

No quería quedarse quieto. Quería arrancarse el cerebro. No soportaba albergar algo tan inútil en su interior.

Recordaba haber crecido en la oscura ciudad de Apolo. Recordaba haber trabajado como capitán en Braderhelm. Recordaba a los prisioneros y cómo castigaba a aquellos que se pasaban de la raya. Dormir. Levantarse. Repetir.

Y después…

Nada.

El resto era un lienzo en blanco, como hojear un libro en busca de un capítulo y encontrarse con que le habían arrancado las páginas.

Lo último que recordaba era que se había despertado en Hermes y que el doctor Strauss le había ordenado destruir a los Ases y capturar al criminal que los lideraba, Jack, para juzgarlo.

Y, en cuanto hubo recibido la misión, Takeshi sintió una necesidad imperiosa de cumplirla. Ni siquiera se había planteado cuestionarla.

Pero cuando esa joven, hermosa y peligrosa a partes iguales, gritó su nombre en el exterior del escondite de los Ases, algo amenazador se revolvió en su interior. Su voz era como un puñetazo en el abdomen que lo había dejado aturdido, y solo podía pensar en destruirla.

Sin embargo, no lo había conseguido, y había caído en manos enemigas.

Cuando despertó, su primer plan había sido matarlos a todos e informar al doctor Strauss.

Con quien más deseaba acabar era con ella.

Con esa chica que se atrevía a aparecer en su diminuta celda afirmando que lo había conocido en la prisión de Braderhelm.

Nada más verla, pensó que era una farsante.

Takeshi habría recordado a una chica como ella.

Era una completa desconocida. No le inspiraba confianza. En cambio, por alguna razón inexplicable, el corazón le decía lo contrario. Latía en su pecho como un tambor, y tenía que esforzarse para no acercarse a ella.

Cuando la había mirado a los ojos, de su interior había salido un oscuro rugido.

Pero había preferido ignorar ese extraño eco y considerar a esa chica insignificante como lo que era: un medio para sus fines y una plaga que erradicar.

Al menos, eso se repetía una y otra vez en la celda.

«Cumple con tu cometido. Te entrenaron para ser un soldado, así que compórtate como tal. Obedece».

Pero ignorarla podía casi equipararse a convencer a sus pulmones de que no respiraran nunca más. Era una criatura cautivadora. Sus ojos parecían las estrellas que nunca había visto. Y, cuanto más hablaba, más quería desentrañar sus pensamientos y memorizar todos sus miedos.

Los enemigos habían acertado al elegirla. Era una distracción perfecta, escogida con cuidado para hacerlo capitular.

Solo tenía una opción: aplastarla antes de que ella lo doblegara primero.

Sin embargo, cuando ya había forjado un plan de fuga, se le ocurrió una idea más perversa: llevársela. Atarla. Convertirla en su prisionera, solo suya, y extraer todos los secretos enterrados detrás de esos ojos.

Una lástima que al final las cosas no salieran bien. Tras caer inconsciente, se había despertado en una improvisada cama de hospital, rodeado de médicos con batas blancas.

Lane era la única persona que se atrevía a hablar con él. Los demás estaban demasiado aterrorizados. Una reacción inteligente.

El médico le había informado enseguida de que lo habían sometido a una operación para extraer un chip que le habían implantado en el cerebro. Dijo que el chip había creado falsos recuerdos y que tenía como objetivo controlarlo mentalmente.

Takeshi se había negado a creerlo.

Pero, entonces, Lane le había mostrado el vídeo de la cirugía.

Takeshi había estado a punto de matar a todos y cada uno de los presentes.

¿Quién había osado insertarle un dispositivo sin su permiso?

Se sintió tan violado que soltó un rugido. El pulso se le aceleró hasta tal punto que Lane se había visto obligado a sedarlo.

Cuando se despertó de nuevo, Lane estaba sentado junto a él y lo miraba con compasión. Le dijo que la única manera de recuperar la memoria era con tiempo y paciencia.

Dos cosas de las que Takeshi carecía.

Sus sangrientos planes no esperaban a nadie.

Quienquiera que se hubiera atrevido a invadir su mente lo pagaría caro, tanto que hasta se arrepentiría de haberlo siquiera mirado. La tierra se hundiría ante la furia de su venganza.

Pensó de nuevo en la chica de pelo castaño con esos ojos llenos de una tristeza infinita. Se le encogía el alma cada vez que la miraba, pero, en cierto modo, le resultaba más doloroso no verla.

Era exasperante.

Esa clase de conexión era una total y completa debilidad. Una vulnerabilidad que los enemigos no dudarían en utilizar contra él. Y no iba a dejar que eso sucediera.

Así que había trazado un plan. La estudiaría, aprendería todos sus defectos. Y cuando, en el sótano, se le había presentado la oportunidad perfecta para cortar de raíz la conexión, Takeshi la había aprovechado.

Aunque era imposible que la chica lo derrotara, debía decir en su favor que sabía luchar. Reconocía esa expresión fiera en sus ojos verdes, la misma furia que ardía a fuego lento en su corazón muerto y que le hacía desear sus labios, solo para ver si ella le devolvería el mordisco.

En cambio, esos pensamientos peligrosos solo lo habían

reafirmado en su objetivo: humillarla para que lo dejara en paz para siempre.

Pero ella se había negado a rendirse y lo había retado a hacerle daño.

Takeshi no tenía ni idea de por qué sus palabras habían causado aquella reacción visceral en él. La mera idea de hacerle daño le resultaba paralizante. Por eso le había dislocado el hombro. Para demostrarse a sí mismo que era capaz de hacerlo, que no le importaba.

Pero, después, cuando ella lo había mirado…

Nunca había visto tanto tormento y traición reflejados en un par de ojos. La voz oscura en su interior le había ordenado a gritos que se cortara el brazo por haberle hecho daño.

Takeshi sintió que una descarga eléctrica le recorría el cuerpo y apretó los puños.

Se estaba desmoronando, poco a poco. Necesitaba luchar. Matar.

Encontrar todo lo que había perdido.

Se llevó las manos a la cabeza y, desesperado, se tiró del pelo para que el dolor lo distrajera.

«Contrólate», gruñó para sus adentros.

No se conseguía venganza con compasión por uno mismo.

La victoria siempre pasaba por la punta de un cuchillo.

Takeshi alzó la mirada y la posó en el oscuro muro de piedra mientras trazaba un plan. No podía confiar en nadie, solo en sí mismo. Esa era su única certeza.

Ignoraba si los Ases le mentían. Si sus recuerdos eran verdaderos o falsos. Lo que sí sabía era que alguien creía que podían profanar su cuerpo e irse de rositas.

Qué equivocados estaban.

Así que confeccionó una lista.

Una lista de enemigos potenciales. Una que comprendía a todas las personas de Hermes, incluida la chica, por mucho que, extrañamente, la deseara.

Observaría. Escucharía. Hablaría si era necesario. Y descubriría quién había sido el responsable de su calvario.

Tacharía algunos nombres.

Añadiría otros.

Pero que Dios se apiadara del último que quedara.

Porque lo que sus ojos verían antes de cerrarse para siempre serían los de Takeshi acompañándolo al infierno.

11

No temo a los fuertes. Temo a los que la gente subestima.

Khalani soltó una maldición. Otra vez.

Lane le acarició suavemente el hombro, y el agudo dolor hizo que se le ensancharan las fosas nasales.

—Relájate. Contaré hasta tres y entonces lo recolocaré.

Khalani asintió, enterrando el dolor y el miedo en los recovecos más profundos de la mente.

—Uno…

¡Crac!

Lane le giró el hombro. Khalani soltó un grito ante el crujido audible y el intenso dolor.

—¡Has dicho a la de tres! —exclamó con voz ronca y tono de reproche.

—Es mejor si no te lo esperas. —Lane se encogió de hombros—. La buena noticia es que no es grave. Trata de no utilizar el brazo a menos que no sea estrictamente necesario.

Le colocó un cabestrillo y se marchó poco después para acompañar a Jack a una reunión que los Ases celebraban esa misma noche.

Khalani se quedó sola, sin otro entretenimiento que sus

pensamientos. Que no dejaban de regresar a Takeshi.

Por una milésima de segundo durante su combate, creyó vislumbrar un destello de deseo en sus ojos y recordó las sesiones de entrenamiento en Braderhelm.

El constante tira y afloja que había definido toda su relación.

La esperanza la había embargado.

Pero, cuando él le había dislocado el hombro, esas estúpidas fantasías se habían desvanecido. Aunque, para ser justos, había sido ella la que se lo había pedido.

Y, esta vez, no había tratado de matarla ni de secuestrarla.

En vista de lo poco que estaba progresando, soltó un gruñido, deseosa de enterrar la cabeza bajo la almohada y no volver a respirar.

Justo en ese momento, llamaron a la puerta con unos suaves golpecitos.

Un pelo azul asomó en el umbral y, acto seguido, apareció una pálida Serene. Echó un único vistazo al hombro de Khalani y se cruzó de brazos.

—Si le meto la cabeza a Takeshi en una batidora, ¿crees que recordará más rápido?

Khalani soltó un bufido.

—Llevo ya un rato convenciéndome de que golpearle la cabeza tampoco hará que recupere la memoria.

—Seguramente tienes razón —murmuró Serene, sentándose en la cama—. Putos hombres. No puedes vivir con ellos…

—Ni tampoco sin ellos —remató Khalani.

Serene torció el gesto y juntó las yemas de los dedos, un gesto que solía hacer cuando estaba nerviosa.

Últimamente lo hacía más a menudo.

—Serene…, ¿qué hay entre tú y Brock?

—¿A qué te refieres? —se apresuró a responder con los ojos azules abiertos de par en par—. No hay nada entre Brock y yo.

Khalani la miró con complicidad, y Serene soltó un suspiro.

—No hay mucho que contar —gruñó, como si fuera eso precisamente lo que le molestara—. Cuando tú y Takeshi os marchasteis al campo de detención, Brock pasaba más tiempo con nosotros, aunque seguía siendo igual de irritante, egocéntrico y misógino. Pero, de repente, empezó a mostrarse… amable. Me servía el desayuno. Me esperaba para comer… Se pasaba el día preguntándome si estaba bien porque me veía preocupada.

A Khalani se le formó un nudo en el estómago, pero Serene continuó.

—Y entonces, un día, me besó.

—¡¿Cómo?! —exclamó, incorporándose de golpe e ignorando la punzada de dolor en el hombro.

—¡Lo sé, lo sé! —Serene se restregó los ojos—. En cambio, al día siguiente, ¡se comportó como si nada hubiera ocurrido! —Se apoyó en la pared—. Así que he tratado de ponerlo celoso, y la verdad es que desperdiciar mi preciosa materia gris en él me hace sentir estúpida.

—No digas eso —la animó Khalani—. Si es tan imbécil como para no ver lo extraordinaria que eres, entonces ya te besaré yo para que se ponga celoso.

—Sí, claro. —Serene soltó una carcajada—. Y entonces Takeshi perdería los estribos. No me sorprendería nada que os hubierais acostado en ese campo.

Khalani sintió que se sonrojaba.

—¡No puede ser! —exclamó Serene, atónita.

—Bueno, hicimos… algunas cosas. Pero no todo. —Khalani bajó la mirada hacia las sábanas con pena y se mordió las uñas—. Yo

quería, pero lo que es más triste es que me alegro de no haberlo hecho, porque ahora ni siquiera lo recordaría.

Al ver que estaba a punto de romper a llorar, Serene la envolvió en un abrazo, esquivando el hombro maltrecho.

—Ya, ya… Se recuperará, ya verás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no estás sola en esto. Y Takeshi tampoco. Pero, si te vuelve a hacer daño, con recuerdos o sin ellos, le cortaré los huevos y te los daré como regalo entre hermanas.

Las carcajadas hicieron que a Khalani le temblara el hombro dolorido y se abrazó aún más a Serene.

—Das un poco de miedo cuando te enfadas.

—Lo sé. —Serene sonrió—. Y, si Brock no va con cuidado, los suyos irán en una bolsa junto a los de Takeshi.

Habían transcurrido dos semanas.

Las únicas noticias que les había dado Jack eran que las calles continuaban siendo peligrosas y que tenían que seguir escondidos.

Así que se habían dedicado a entrenar en el sótano. Excepto Khalani, que, con el hombro en cabestrillo, básicamente se limitaba a observar.

Esa misma mañana, Lane se lo había quitado por fin.

Raziel los acompañaba en la mayoría de las sesiones. Pero Takeshi no.

Se quedaba en su habitación, solo, y Khalani nunca lo veía.

Era como si lo hiciera a propósito, como si buscara no cruzarse con ella cuando iba a por comida o a ducharse. Incluso un día Khalani se pasó horas vigilando su puerta, pero no salió en ningún

momento.

La inquietud y los nervios llegaron a su fin cuando Raziel anunció que iban a saltarse el entrenamiento para acudir a una reunión de emergencia de los Ases.

Todos se apresuraron a subir las escaleras hacia la zona común.

Sin embargo, a Khalani le fallaron las piernas al ver lo que los esperaba.

La estancia que normalmente utilizaban como comedor estaba dispuesta de un modo diferente, y había una mesa larga. Jack la presidía, con Jericho a su izquierda y Spade a la derecha. Otros Ases ocupaban los asientos restantes, incluido Ryder, más pálido de lo habitual, pero, por lo visto, completamente recuperado de la herida de bala.

Todo el mundo ponía cara de póquer. El grupo se sentó y Khalani se aferró a la silla cuando vio que Takeshi entraba en la estancia.

La ropa negra se le ceñía al cuerpo como una segunda piel y le marcaba todos los músculos. En sus ojos se apreciaba un destello cruel, casi salvaje, y el cabello húmedo le caía sobre la frente, como si acabara de salir de la ducha.

Khalani advirtió que varias Ases le lanzaban miraditas. No las culpaba. Era imposible no admirar la cruda belleza de Takeshi.

Aunque Khalani no le quitó ojo, casi como si quisiera taladrarlo con la mirada, él no le devolvió el gesto y se acomodó en el extremo opuesto de la mesa, de espaldas a la pared. Tenía los hombros tensos, rígidos, y escrutaba con mirada calculadora a todos los presentes, uno por uno, como si estuviera elaborando una especie de inventario mental.

Pero ¿para qué?

—Bien, ahora que ya estamos todos, podemos empezar. —Jack alzó la voz, obligando a todo el mundo a prestar atención—.

Nuestros espías nos han informado de que han vuelto a destinar a los crupieres al campo de detención. No sabemos la razón, pero sospechamos que quieren implantarles los chips y utilizarlos para aniquilar no solo a las bandas, sino a todo Hermes.

Los murmullos recorrieron la mesa; por el contrario, Khalani y su grupo permanecieron en silencio. Ya lo habían vivido antes, y las similitudes entre las dos ciudades le provocaron un escalofrío.

Los ojos azul claro del gobernador aparecieron de nuevo ante ella y sacudió la cabeza.

«Déjame en paz».

—¿Y por qué iban a hacer eso? —preguntó uno de los Ases, con las pupilas dilatadas—. ¿Por qué querrían destruir Hermes?

—No estamos seguros, pero hemos confirmado que en Apolo se están produciendo sucesos similares. Y las ciudades del subsuelo están demasiado cerca para que sea una coincidencia. Solo tenemos una opción: actuar.

—¿Y qué esperáis que hagamos? —Raziel se inclinó hacia delante.

—Los crupieres nos superan en número, diez a uno, y no dejan de reclutar a más gente —dijo Jack—. Lane estima que el doctor Strauss y su equipo tardarán un mes en implantar todos los chips y formar a su ejército de soldados descerebrados. Y, entonces, será demasiado tarde. No podemos esperar a que ellos den el primer paso. Tenemos que atacar ahora que son más vulnerables.

Jack alzó los ojos hacia Takeshi y después los posó sobre Khalani y su grupo.

—Sabemos que los chips se fabricaron en Apolo. Lane y su equipo intentaron hackear el código para ver si había alguna manera de desconectarlos, pero fue en vano. ¿Alguien sabe dónde pueden almacenar los chips en Apolo?

—En los laboratorios de I+R —contestó Adam al instante.

Los laboratorios de Investigación y Recursos.

Pocos los habían pisado. Los laboratorios controlaban las granjas subterráneas y clonaban la comida que después se suministraba a Apolo. Era allí donde había trabajado Derek antes de descubrir el inminente fallo en los cultivos y de que lo encarcelaran.

—No disponemos de efectivos para irrumpir de nuevo en el campo de detención —confesó Jack con aire sombrío—. E, incluso si entráramos y matáramos al doctor Strauss, Apolo seguiría enviando esos chips a Hermes y no romperíamos el ciclo. Nuestra única opción es viajar a Apolo, infiltrarnos en ese laboratorio y destruir todos los chips.

—Pero ¿cómo se supone que vamos a entrar? —preguntó Brock, enderezándose.

Jack se cruzó de brazos y adoptó una expresión aún más seria.

—Volaremos la cúpula de Génesis.

Todos se quedaron boquiabiertos.

Era un plan absurdo. Un disparate.

—¡Es una misión suicida!

—¡La radiación nos matará!

—Yo no pienso poner un pie en la Zona Muerta.

Todas las voces se confundieron, y los pulmones de Khalani empezaron a trabajar con más rapidez. Empezó a escarbar una grieta en la mesa de madera. Su mente le estaba jugando una mala pasada: veía una y otra vez la imagen de la cabeza desgarrada de Alexander Huxley rodando por la arena.

Empezó a sentir calambres y se encogió, abrazándose el pecho.

—¿Va todo bien? —preguntó Serene.

Khalani se humedeció los labios y asintió, tratando de controlar la respiración. Notaba la mirada de Takeshi clavada en ella, pero no

podía dejarle ver el miedo que sentía.

—¡Silencio!

El grito de Jack atravesó la estancia y todos enmudecieron.

—Nos han informado de que no hay radiación en la superficie. Spade se ha presentado voluntario para comprobarlo —anunció Jack, señalando al hombre que era su mano derecha.

Spade se puso en pie y se alisó el traje blanco y reluciente.

—He comprobado las lecturas tres veces. No hay radiación.

—Eso es imposible. —Uno de los hombres golpeó la mesa con los puños con aire asustado—. ¡Nos aseguraron que regresaríamos a la superficie en cuanto fuera segura!

—Y, claro, nuestro Gobierno no sería capaz de mentirnos, ¿verdad? —dijo Brock poniendo los ojos en blanco.

Se hizo el silencio. Muchos Ases negaron con la cabeza, incapaces de creer que habían vivido en una mentira, al igual que Khalani y el resto de los ciudadanos de Apolo.

—Solo he conocido el subsuelo —susurró Bakarra con incredulidad.

—Sé que es difícil de aceptar —continuó Jack—, pero he ordenado a nuestros espías que empiecen a reunir lo necesario para abrir una brecha en la cúpula. Y, en cuanto lo tengamos, emprenderemos el trayecto de dos semanas hasta Apolo.

Se inclinó sobre la mesa, con la cabeza gacha y los ojos hundidos por el tiempo que había pasado en el campo de detención.

—Sé que pido mucho —dijo—. Pero no podemos seguir ocultándonos. Los que nos gobiernan nos han mantenido en las sombras, nos han privado de nuestra libertad y ahora tratan de robarnos nuestras mentes. Es nuestra oportunidad para hacérselo pagar con sangre.

—Pero ¡lo más probable es que muramos, Jack! ¿Es eso lo que

quieres? —exclamó una mujer casi a voz en grito.

—Tienes razón. No sé si sobreviviremos. Pero sé lo que ocurrirá si todos nos quedamos sentados sin hacer nada. —Jack tomó aliento y alzó su mirada de acero para dar rienda suelta a su premonición—: Secuestrarán y matarán a más de los nuestros. Y yo prefiero morir antes que convertirme en una máquina.

Khalani miró a Takeshi. Aunque tenía el rostro crispado, permanecía inmóvil, sumido en un mundo de pensamientos sombríos. Deseó poder sumergirse en él y explorar cada rincón.

—¿Alguien prefiere no participar? —preguntó Spade, escudriñando la sala.

Las rodillas se movieron nerviosas, los dedos tamborilearon y se oyeron murmullos bajos. Pero nadie se negó. Incluso los que habían protestado se mostraban entusiasmados y tenían los ojos brillantes.

Khalani respiró su descontento.

Saboreó la rebelión.

—Khalani —le susurró Winnie al oído—. ¿Y Prometeo? Tenemos que ir a la sede de Prometeo.

Khalani desvió la mirada hacia Elise, que jugueteaba distraída con el viejo anillo de su padre, el que tenía la inscripción «Corp. Prometeo». Cuando Adan había buscado en los antiguos archivos de Hermes, había descubierto a unas pocas personas que mencionaban la Corporación Prometeo como su empleo anterior.

Era posible que encontraran las respuestas sobre el Proyecto Hélix en la antigua California, y Khalani le había prometido a la anciana que irían, pero no podía librarse de ese aciago presentimiento. Algo en lo más profundo de su ser le advertía de que no fueran. Nunca.

—Iremos, Winnie —respondió Khalani en un susurro, mientras se retorcía los dedos bajo la mesa para ocultar su inquietud—. Pero

primero tenemos que ayudar a Apolo.

Aunque dejó caer los hombros y la desilusión se reflejó en sus ojos, la anciana asintió despacio.

—Entonces, queda decidido. —Jack suspiró aliviado—. Dentro de dos semanas, emprenderemos el largo camino por la Zona Muerta.

—No viajaremos todos juntos —lo interrumpió Khalani con el corazón desbocado al recordar al compañero que habían dejado en el desierto y en quien no había dejado de pensar en todo ese tiempo.

—¿A qué te refieres?

Todos prestaron atención, incluido Takeshi.

—De camino a Hermes, nos topamos con una tribu. Se hacen llamar Oasis. Para llegar hasta aquí, nos vimos obligados a dejar a uno de los nuestros atrás. Nuestro grupo partirá antes para recogerlo. Después, nos reuniremos con vosotros a las puertas de Apolo.

—¿Y cómo puedes saber que sigue vivo? —cortó Raziel.

—Está vivo —espetó ella.

—Khalani tiene razón —la apoyó Adan, entrelazando las manos —. No abandonaremos a Derek. Además, trabajó en los laboratorios de Investigación y Recursos y seguro que conoce la mejor manera de entrar.

Jack vaciló un instante y miró de reojo a Spade, que asintió sutilmente con la cabeza.

—De acuerdo —accedió a regañadientes—. ¿Quién de vosotros formará parte de la avanzadilla?

Serene, Winnie y Adan se presentaron de inmediato voluntarios, y Brock no tardó en unirse.

—Yo también voy —declaró Elise con dulzura, y Adan le dedicó una sonrisa.

Jack juntó las manos.

—Eso hace seis…

—Siete.

Khalani tragó saliva al oír la voz grave al otro extremo de la mesa.

—¿Estás seguro? —se extrañó Lane—. Acabas de someterte a una cirugía mayor y aún estás recuperándote…

—No estoy pidiendo permiso —afirmó Takeshi con una voz peligrosamente baja.

El ambiente se volvió eléctrico.

Jack se frotó la barbilla, considerando todos los aspectos.

—Muy bien —dijo al fin—. Partiréis mañana los siete. Nos vemos dentro de dos semanas delante de la cúpula.

Khalani y su familia tomaron aliento. Habían estado tanto tiempo en Hermes que apenas podían creer que esa fuera su última noche allí.

Sin embargo, la Ciudad del Pecado nunca había sido realmente su hogar.

Todos los caminos conducían de vuelta a Apolo.

Y, por mucho que odiara la ciudad que la había visto nacer y todo lo que representaba, no podía dar la espalda a todos los inocentes que aún vivían allí. A las miles de familias que pronto morirían a causa del fallo en los cultivos.

Puede que a otros les diera igual.

Puede que esa fuera la opción más fácil.

Pero, para que el cambio se produzca, alguien tiene que soñar con lo que el mundo puede ser… y dejar de aceptar lo que ha sido.

12

Sigo teniendo esperanzas en el mañana, aunque
no esté garantizado.

Hermes era la ciudad que nunca dormía. En las calles, las deslumbrantes luces lanzaban destellos y trepaban por el techo de la caverna como si fueran los ecos de una celebración.

Khalani contempló desde la distancia a los cientos de hombres y mujeres que bebían y reían a mandíbula batiente, tratando de ahogar sus problemas en océanos de alcohol. Había algo infinitamente triste en la escena. Avanzaron a toda prisa por las callejuelas, amparados por la oscuridad.

Nadie pronunció palabra mientras se alejaban del alboroto y de toda aquella gente, que creía que ocultarse bajo las sábanas del placer era suficiente para enmascarar su opresión.

En la mayoría de los casos, funcionaba.

Pero quedaban unos pocos elegidos que sabían que la sed de oro no servía de nada. Un día, aquellos inmorales que pisaban al prójimo en beneficio propio pagarían las consecuencias.

Aunque ese día no sería hoy; ni siquiera dentro de una semana. Tal vez la hora del juicio se haga esperar, pero siempre llega.

—Ya estamos.

Spade alzó la voz por encima del viento aullante mientras

detenía en seco el vehículo, sacándolos de sus pensamientos. Khalani se agarró a Serene para evitar salir despedida, mientras que Winnie soltó una risita alegre y se apeó de un brinco, como si se bajara de un tiovivo.

—Conduces como un tarado —dijo Serene jadeando y con el pelo encrespado como si acabara de recibir una descarga eléctrica.

—Cuando sabes conducir uno de estos, es normal que te guste pisar el acelerador y hacerlo ronronear —respondió Spade, esbozando una sonrisa y apeándose con agilidad.

Brock lo fulminó con la mirada y se unió a ellos, cargado con una pesada bolsa de lona llena de armas. Parte del trato con Oasis era traerles armas, y Jack les había proporcionado lo que había podido.

—¿Quién se llevará el otro vehículo?

—Uno de nuestros chicos está esperando aquí cerca y lo conducirá hasta otro refugio.

Spade recogió sus pertenencias y se enderezó cuan alto era.

Khalani se echó una mochila con agua, comida y ropa de recambio al hombro lesionado. Refunfuñó, pero no protestó. No pensaba permitir que nadie le aligerara la carga.

De repente, sintió que el peso desaparecía.

Dio media vuelta y se encontró con Takeshi, que se cernía sobre ella. El capitán no pronunció palabra.

Apenas la miró.

Sencillamente, abrió la mochila y empezó a introducir parte de su contenido en la suya. Para cuando se la devolvió lanzándosela, casi no pesaba nada.

—Pero ¿qué crees que estás haciendo? —preguntó con irritación Khalani.

—¿A ti qué te parece?

—¿De verdad me estás ayudando?

Khalani fue incapaz de ocultar la sorpresa.

Quizá esa era su manera de pedir perdón por haberle dislocado el hombro. Quizá ya no tenía que preocuparse de que le apeteciera cortarle la garganta en la Zona Muerta.

—Deja de mirarme así —dijo él con aire enfadado—. Lo hago por mi propio bien. Me daría algo si fueras un lastre y nos retrasaras.

Giró sobre sus talones sin añadir más y se unió a Spade en la rejilla del alcantarillado, cargando con la pesada mochila como si estuviera llena de plumas.

Le habría dado un puñetazo. Uno de los buenos.

Seguro que la situación no empeoraba por eso.

—Winnie conoce esa mirada.

La anciana apareció a la derecha de Khalani.

—¿Qué mirada?

—La de una persona enamorada que no se da cuenta de que lo está.

—Eso lo dudo —resopló Khalani sonrojándose—. Más bien sueño con apuñalarlo esta noche.

—Winnie no hablaba de ti, querida Khalani. —Los labios de la anciana se curvaron en una sonrisa y, mirando a Takeshi, añadió—: Estaba hablando de él.

Spade les indicó que subieran por la escalerilla. Mientras ascendía hacia la superficie, solo podía agradecer el hecho de no cargar con tanto peso. Pero ¿se lo admitiría al hombre que tenía justo debajo?

Ni en sueños.

Sin embargo, mentiría si dijera que no sacaba el trasero un poco al subir. Esbozó una sonrisa maliciosa cuando oyó que a Takeshi se

le escapaba una maldición.

Si la idea de Taskeshi era hacerle la vida imposible, ella le pagaría con la misma moneda.

—Este tufo se me ha pegado al pelo. Nunca podré quitármelo de encima.

Serene arrugó la nariz mientras trepaba por la escalerilla.

—Siempre puedes cortártelo —sugirió Spade—. O teñírtelo de verde para que vaya a juego con el olor.

—No se va a hacer nada en el pelo —contraatacó Brock.

—Si no recuerdo mal, me llamaste «encanto» y dijiste que no te gustaba mi pelo.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Elise.

—Porque los hombres son estúpidos y recurren a tonterías cuando tienen demasiado miedo de expresar lo que sienten.

—Cierto, muy cierto, Serene —intervino la anciana—. Winnie no sabe cómo han logrado sobrevivir tanto.

—Pensaba que te pondrías de mi parte, mujer —gruñó Brock por encima de ella.

—Winnie está de tu parte. Y estará encantada de avisarte cuando tu terquedad y orgullo ensombrezcan tu inteligencia —le espetó la anciana con una sonrisa.

Khalani soltó una risita entre dientes. Justo en ese momento, el pie le resbaló en uno de los peldaños y se golpeó la rodilla contra el metal. Antes de que cayera al abismo, un brazo fuerte le rodeó la cintura.

Una oleada de adrenalina la recorrió al ver que Takeshi subía un par de peldaños a la velocidad del rayo y la sujetaba contra él, evitando que cayera. Percibió el ligero aroma de jabón y empezó a respirar de forma entrecortada mientras él la aferraba aún más fuerte. La camiseta beis se le levantó un poco y el pulgar de Takeshi

le rozó una zona de la cintura que había quedado al descubierto.

Khalani miró hacia abajo y sintió que se mareaba.

—No mires abajo —ordenó.

Por lo visto, Takeshi ni siquiera se había dado cuenta de que estaba trazando círculos en su piel con el pulgar. Era un movimiento suave, endiabladamente íntimo pese a estar a cientos de metros de altura.

—Agárrate y sube. No te soltaré.

—Ya, y yo me lo creo —murmuró Khalani, pero se agarró a las barras metálicas con la vista nublada hasta que solo vio los rasgos afilados de Takeshi.

—Pues créete esto, Kanes: si tengo que matar, prefiero utilizar las manos —susurró con un tono dulcemente letal, sin dejar de mirarla—. Jamás permitiría que la gravedad se llevase el mérito.

—No es que eso me tranquilice mucho…

Khalani tragó saliva cuando sintió que el pulgar se deslizaba hacia sus costillas, moviéndose por debajo de la camiseta y acercándose a su pecho. El corazón le latió desbocado y supo que él percibía los latidos bajo las yemas de sus dedos.

—¿Y cuándo he dicho yo que quería tranquilizarte? —susurró en su oído.

El calor se esfumó. Con un movimiento ágil, Takeshi apartó los dedos, y los últimos treinta segundos se desvanecieron, como si hubiese sido un sueño.

Khalani tomó aliento, ignorando la tensión contenida y rezando para que los otros no hubieran notado nada. Ambos siguieron ascendiendo sin pronunciar palabra, aunque Khalani sentía su presencia implacable mucho más cerca que antes. Como si de verdad estuviera dispuesto a no dejarla caer.

Tampoco es que fuera a probar esa hipótesis.

Spade abrió la tapa que daba a la superficie y los rayos de sol la cegaron. Al ver lo cerca que estaban, todos apresuraron el paso. Cuando Khalani llegó a la cima, Spade y Brock la alzaron como si nada y la sacaron de la alcantarilla.

Ante ella aparecieron las magníficas ruinas de Las Vegas. Los edificios y vehículos abandonados los rodearon como si fueran un recuerdo perdido.

Khalani deseó poder ver cómo había sido la ciudad en el pasado, cuando la gente pensaba que vivir en medio del desierto no era una condena, sino toda una novedad.

Takeshi fue el último en salir de la alcantarilla. Lo hizo con agilidad y, a diferencia de los demás, que estaban sucios y desaliñados, se las había arreglado para tener un aspecto presentable, incluso cautivador. Sin embargo, cuando echó un vistazo hacia las ruinas que lo rodeaban, se produjo un cambio en él. Alzó la mirada hacia el cielo y… se quedó completamente inmóvil.

Khalani comprendió la razón.

Takeshi no recordaba los últimos tres años de su vida, así que era la primera vez que veía el sol en todo su esplendor.

Intuyendo la intimidad del momento, desvió la mirada por respeto y le dio espacio. Se concentró en Spade, que sacaba un pequeño dispositivo del bolsillo.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Es un contador Geiger —respondió con la mirada clavada en la máquina—. Se utiliza para detectar y medir la radiación.

—¿No dijo Jack que ya la habíais medido?

—Así es. Solo me estoy asegurando de que todo sigue igual. —Spade guardó el medidor en el bolsillo de nuevo y chasqueó los dedos hacia Brock—. ¿Tienes el *walkie*?

—Sí.

Brock sacó el pequeño aparato de la mochila.

—No olvidéis utilizarlo antes de llegar a Apolo —le recordó Spade —. Tenemos que contactar antes de romper la cúpula.

Brock asintió con firmeza, aferrándose al *walkie* que le había dado Jack como si no fuera a permitir que nadie se lo arrebatara, ni siquiera un ejército entero.

—De acuerdo. Aquí se separan nuestros caminos. Si todo va según lo previsto, os veo dentro de unas pocas semanas.

Spade escrutó las ruinas con la mandíbula tensa.

—No te preocupes por nosotros —dijo Serene a modo de despedida—. Ya hemos sobrevivido a la Zona Muerta una vez. Seguro que podemos volver a hacerlo.

—Yo no lo tendría tan claro —murmuró Spade. A continuación, abrió la mochila y añadió—: Pero, antes de iros, tomad.

Todos se quedaron atónitos al ver que sacaba cuatro pistolas más y se las entregaba a Brock. Khalani abrió los ojos de par en par cuando el incursor se volvió hacia ella en primer lugar.

Al sentir el contacto metálico de la pistola, reparó en que Takeshi la miraba. El peso y el poder familiares del arma le provocaron un escalofrío.

Brock le tendió otra a Adan. Por un segundo, Khalani pensó que quizá le daría la última a Takeshi, quien, sin duda, era más hábil en su manejo. Pero Brock aún no se fiaba de él, y todos se quedaron perplejos cuando se la ofreció a Serene.

—No hagas que me arrepienta —fue todo lo que dijo.

Un destello repentino brilló en los ojos de Serene y, por primera vez, no replicó con sarcasmo. Asintió con la cabeza y, mientras guardaba la pistola en la mochila, le dio las gracias en voz baja por la confianza que había depositado en ella.

—¿Estáis seguros de que necesitamos las armas? —preguntó

Elise con prudencia, examinando los edificios en ruinas con asombro.

—Claro que las necesitáis —respondió Spade con tanta seriedad que incluso Khalani se preocupó—. ¿Queréis saber por qué la llaman la Zona Muerta?

—¿Por la radiación? —aventuró Adan.

—No. La radiación estaba por toda la superficie. La llaman la Zona Muerta porque se camina sobre cientos de personas sin saberlo. Se dice que aquellos que cruzan el desierto ni siquiera ven los cuerpos de los caídos. La arena se los ha tragado.

Khalani se restregó los brazos. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral desde la nuca, como si las almas de todos esos muertos la observaran, esperando a que la arena se la tragara y la devolviera a la tierra de la que provenía.

—Aquí fuera no hay normas, solo vida y muerte —concluyó Spade, encaminándose hacia la alcantarilla.

Antes de regresar a la ciudad subterránea, les dio un último consejo:

—Y, llegado el momento, será mejor que no dudéis en apretar el gatillo.

13

Cuando la noche llega a su fin, las palabras que debería haberte dicho brillan con mayor intensidad.

El sol les quemaba la piel mientras avanzaban por la carretera desolada; la tierra los recibía con su abrazo abrasador.

Elise, boquiabierta, no dejaba de mirar hacia el luminoso cielo, haciendo visera con la mano. Khalani recordó qué había experimentado la primera vez que había pisado la superficie.

—¿Llegas a acostumbrarte? —preguntó Elise, dando voz a su asombro.

—La verdad es que no —respondió Adan, que caminaba junto a ella—. El calor es una mierda. Siendo sincero, no sé cómo lo soportaban los humanos antes del Gran Colapso.

—En las casas tenían aire frío que soplaba a todas horas. Algunos incluso construyeron unas piscinas en los jardines para refrescarse, o eso ha leído Winnie —afirmó la anciana alegremente.

—Pues qué manera de malgastar agua —apuntó Serene.

—Es lo que pasa cuando tienes mucho de algo y crees que nunca se acabará —dijo Winnie.

Brock resopló en señal de acuerdo. Cuando se detuvieron en el primer pozo, Khalani bebió tan deprisa que se atragantó. Encorvada

y jadeando, tosió con fuerza, pero entonces un par de botas negras aparecieron ante ella.

Una mano enorme le propinó varias palmadas en la espalda, hasta que tomó aliento bruscamente y pudo respirar de nuevo. Cuando alzó la mirada para dar las gracias, las palabras se perdieron en su garganta al ver a Takeshi Steele bloqueando el sol y mirándola con expresión irritada.

—Sé lo que te propones —le dijo.

Khalani se enderezó y se secó el agua de la boca.

—¿El qué, si puede saberse?

—Quieres hacerte daño para obligarme a reaccionar. Te pones en peligro de muerte para que empiece a preocuparme y a creer tus mentiras sobre… nosotros.

Escupió la última palabra como si fuera algo repugnante.

Khalani se quedó boquiabierta ante su osadía. Retiró todo lo que había dicho sobre la especie masculina. Eran estúpidos, exasperantes y solo habían sobrevivido desquiciando a todo el mundo a su alrededor… para así parecer ellos los normales.

—¿De verdad crees que casi me he caído de una escalera y me he atragantado para hacerte reaccionar?

Decirlo en voz alta no le quitó las ganas de darle un puñetazo. Advirtió que los demás habían dejado de hablar.

—Exacto. Es la única explicación para que responda de este modo.

Takeshi hinchó el pecho; estaba tan acostumbrado a controlar sus emociones que la posibilidad de que su corazón lo traicionara no se le pasaba por la cabeza.

—Puede que tengas razón —susurró Khalani.

Quizá se había planteado la situación de la manera equivocada.

—Si te pido perdón, ¿me perdonarías? —dijo en tono inocente.

—No.

Todo el cuerpo de Takeshi se tensó cuando Khalani se acercó a él.

—¿Ni siquiera si te lo pido por favor?

—Menos entonces.

Solo unos pocos centímetros los separaban, y Khalani se atrevió a posar una mano en su hombro.

—No me toques —gruñó Takeshi.

Pero ella lo ignoró y, con la otra mano, se levantó la camiseta y se secó el rostro perlado de sudor. Sintió la mirada ardiente de Takeshi, completamente desconcertado, sobre su piel desnuda.

Y, entonces, Khalani le clavó la rodilla en la entrepierna.

Takeshi se encorvó y su rostro adoptó un tono verde poco saludable mientras maldecía en voz alta.

—Cuando quiera que reacciones, lo sabrás —siseó.

Sin añadir más, giró sobre sus talones y se encaminó hacia el pozo para llenar la cantimplora, ignorando las miradas de perplejidad y las expresiones boquiabiertas de los demás.

La risa queda de Brock rompió el silencio.

—Recuérdame que no haga nada para caerte mal.

—Ya lo has hecho —dijo Serene con una sonrisa mientras miraba a Takeshi.

Una vena en el cuello del capitán palpitó al incorporarse. Lentamente, se dirigió hacia el pozo como un fatídico presagio de perdición. Pero Khalani alzó la barbilla y lo fulminó con una mirada igual de furiosa.

Con el rostro crispado, Takeshi agarró la cantimplora despacio, se inclinó sobre la espita y la llenó de agua. Los otros lo observaron con cautela, esperando su reacción mientras Khalani se preparaba mentalmente para una nueva ronda de desafíos.

—Un consejo. —Alzó la mirada y la clavó en ella—. Si concentras más fuerza en la rodilla, harás que tu oponente tarde más en levantarse.

—¿Ahora me das trucos para la próxima vez que te comportes como un gilipollas conmigo?

—Solo te doy ventaja. —En sus ojos brilló un destello amenazador—. Vuelve a hacerlo y beberás arena en lugar de agua.

Ambos se fulminaron con la mirada y la hostilidad invadió el ambiente como una bomba a punto de explotar.

Serene rompió el abrumador silencio.

—Quién te ha visto y quién te ve, capitán, hablando en lugar de utilizar el cuchillo. Eso es lo que yo llamo una evolución del personaje.

A continuación, alzó una mano para chocar los cinco.

Takeshi emprendió la marcha dando grandes zancadas, claramente disgustado.

—Así es él —se mofó Serene, llenando la cantimplora hasta el borde.

Khalani pescó a Brock mirando a Serene con anhelo antes de seguir a Takeshi. Adan y Elise los imitaron.

Y, cuando Winnie se acercó y le apretó suavemente la mano a Khalani, sintió una extraña calidez en el pecho que no tenía nada que ver con el sol.

Por primera vez en semanas, parecía que su familia disfuncional estaba reunida de nuevo.

La majestuosa bola de fuego desapareció por el horizonte, dando paso a la calma de la oscuridad. Brock dijo que era hora de dormir y

todos se acomodaron en la carretera, entre coches abandonados.

Khalani se apoyó contra una puerta metálica y contempló el cielo nocturno, que estaba despejado. Estudió las decenas de puntitos que brillaban como si fueran faroles lejanos.

Estrellas.

Así las había llamado Winnie.

Seguía mirando al firmamento cuando la anciana, que se encontraba junto a ella, soltó un fuerte suspiro.

—Nadie te dice nada sobre las rodillas cuando te haces mayor —refunfuñó acercándose a Khalani y haciéndose un ovillo.

—Nadie te dice nada sobre muchas cosas cuando te haces mayor —replicó ella en un susurro, con la mirada perdida, mientras una brisa fresca recorría el desierto.

Se sumergió en el pozo de sus propios recuerdos, evocando ese instante en que había contemplado el cielo nocturno junto a otra persona.

Una persona que había decidido dormir lejos del grupo.

Takeshi estaba apoyado de espaldas contra un coche negro, con las piernas estiradas. Quizá acabara cerrando los ojos, pero Khalani sabía que, aunque Brock fuera el encargado de hacer guardia, Takeshi no iba a dormirse.

Sintió cómo la observaba de arriba abajo, sin duda catalogando todas y cada una de las formas en que podría hacerla sufrir en aquella larga carretera.

No le devolvió la mirada. No soportaba tanto sufrimiento.

Khalani no podía admirar ese hermoso rostro de rasgos angulados ni sus músculos marcados sin sentir que aquellos recios brazos la rodeaban.

Amar a alguien que no recordaba ni por asomo que existías era una tortura que no le deseaba ni a su peor enemigo.

—Khalani… —susurró Winnie.

—¿Sí?

—Sabes que no es culpa tuya, ¿verdad?

Se puso rígida.

—¿El qué?

—Lo que le ha pasado a Takeshi —respondió la anciana.

Khalani tomó una piedra del suelo y la hizo girar entre sus dedos, pensando en darle una nueva forma, en moldearla de nuevo para que fuera más fuerte.

—Sí, lo sé —dijo en voz baja.

—Winnie no te cree.

El instinto le dijo que pusiera fin a la conversación, que huyera de allí. Se mostraba fría e imperturbable, pero, en su interior, era como una madeja de lana que se iba desenredando poco a poco.

Tirando del hilo.

Tirando.

Tirando.

Hasta que ya no quedaba nada.

Solo el vacío y recuerdos inútiles.

Siguió jugueteando con la piedra, y no se dio cuenta de que estaba temblando hasta que Winnie posó con firmeza una mano sobre la suya y la sacó de la oscuridad en la que se había sumido para hacerla regresar al presente.

—Tú también mereces que te salven —murmuró la anciana.

Khalani la miró extrañada.

—Pero ¿qué…?

—Le contaste a Winnie que el doctor Strauss también te torturó. Y que Takeshi te había rescatado. Que te había liberado.

El agujero invisible de su alma se hizo más grande. Tragó saliva e intentó mantener el control.

Desvió la mirada hacia las sombras en las que estaba sentado Takeshi. Tan cerca y, a la vez, tan lejos.

—¿Preferirías haber sido tú la que se quedó atrás? —preguntó Winnie.

—Pues claro —respondió sin pensar, con todas sus emociones desbordadas, como si fueran rocas enormes que rodaban colina abajo—. Ha pasado por tanto… Nos ha salvado muchas veces. Debería haber sido yo. Debería haber sido yo, joder.

Khalani se mordió el labio, tratando de contener las lágrimas que estaban listas para volver a la tierra.

—¿Ves esas estrellas? —preguntó la anciana.

Aunque se sorprendió por el cambio de tema, Khalani echó la cabeza atrás y contempló el cielo oscuro e infinito.

—Encontremos una que se mueva.

Winnie frunció el ceño con aire concentrado mientras escudriñaba el vasto espacio.

—¿Se mueven?

—Los antiguos académicos las llamaban estrellas fugaces. Son rocas enormes y colosales que vuelan… ¡Allí! —señaló la anciana con entusiasmo.

Una estela blanca brilló en el cielo. Khalani abrió la boca, y Winnie murmuró algo inaudible, cerrando los ojos.

—Listo. Está hecho.

—¿El qué?

—Winnie ha pedido un deseo. —La anciana le dedicó una sonrisa tímida y le apretó aún más la mano—. Su deseo es que llegues a verte como te ven los demás. Quizá entonces comprendas lo necesaria que eres en realidad.

Khalani reprimió las lágrimas y Winnie la abrazó. Le había hecho saber que, por mucho que ella pensara que todo aquello que

anhelaba no importaba, lo fundamental era que alguien sí lo hacía. Y que quizá un día, cuando su vida llegara al final, estaría llena de amor por sí misma.

—¿Puedo…? —Se sorbió la nariz—. ¿Puedo yo también formular un deseo?

—Claro que sí. A ver si vemos otra.

Khalani alzó los ojos hacia el cielo envuelta en los brazos de su segunda madre. Esperaron un rato, rodeadas del silencio del mundo, hasta que la vieron. Una diminuta estela de esperanza que cruzaba el universo.

Winnie se volvió hacia ella y susurró:

—No digas lo que pides.

Khalani asintió y se devanó los sesos en busca de un deseo: que su familia tuviera salud, que todos llegaran a Apolo y regresan sanos y salvos…

Sin embargo, un rostro no dejaba de aparecérsele.

«Deseo que Takeshi lo tenga todo. Sus recuerdos. Una vida llena de esperanza, amor y felicidad que compense todo el dolor que ha padecido. Aunque no sea a mi lado».

14

¿Qué es el corazón, sino una tierra baldía de amor?

Khalani advirtió que Takeshi se mantenía en la retaguardia, cerrando el grupo, mientras recorrían aquella desangelada carretera, zigzagueando entre los vehículos vacíos que salpicaban el paisaje.

Los rayos de sol se reflejaban en su pelo negro formando un halo y hacían destacar sus ojos negros. Allá donde otros se habrían desmoronado ante el peso de lo desconocido, Takeshi se movía como pez en el agua.

Extrañada, Khalani se percató de que se examinaba las manos fijamente y aminoró la marcha a propósito.

Takeshi la miró confundido, pero, cuando Khalani se acercó, se tensó con desconfianza.

—¿Por qué no dejas de mirarte las manos? —le preguntó con voz calmada, evitando que sonara a amenaza.

Takeshi no respondió.

La escrutó con aún mayor recelo y apresuró el paso, pero Khalani lo siguió. Cuando se dio cuenta de que no iba a librarse de ella así como así, suspiró.

—Estoy buscando señales.

—¿Qué tipo de señales?

—Envenenamiento por radiación —murmuró mirándose la palma de la mano, casi deseoso de que apareciera una erupción dolorosa que se lo confirmara.

Khalani finalmente lo entendió.

Con sus recuerdos perdidos, Takeshi seguía creyendo que la superficie estaba contaminada.

—Pues no vas a encontrar ninguna —aseguró ella.

—Pero ¿cómo es posible?

—El gobernador de Apolo dijo que había radiación, pero ya no es así. Aunque tampoco es que fuera muy digno de confianza, en vista de que era un robot.

—¿Un qué?

Takeshi se detuvo en seco. Le temblaban los dedos y parecía a punto de perder el control. Khalani lo imitó y se enfrentó a su desconcierto. Quizá no fuera el mejor momento para contárselo todo, pero algo en su interior la empujó a seguir adelante.

—¿Estás listo para oír lo que de verdad ha ocurrido los últimos años? —preguntó.

Takeshi tensó la mandíbula. Desplazó de forma casi imperceptible el peso del cuerpo, como si prefiriera abandonarla allí, en la carretera, antes que escuchar una sola palabra de lo que pensaba decirle. Sin embargo, volvió a mirarse las manos, claramente devanándose los sesos con la mentira de la radiación.

Por último, alzó la vista y accedió.

—Adelante.

Khalani tomó aliento. Era su oportunidad. Su pequeño deseo brillando entre las nubes oscuras.

Sin perder un segundo, le contó todo lo que había sucedido en Apolo. Mientras seguían caminando sobre el cemento agrietado, le relató cómo se habían conocido en Braderhelm. El fallo en los

cultivos. Génesis. Su huida a Hermes. Cómo se habían infiltrado en un campo de detención.

Todo lo que los había llevado hasta ese momento.

Bueno…, casi todo.

—¿Y qué hay del resto? —preguntó Takeshi.

Había guardado silencio, absorbiendo todas y cada una de sus palabras.

Khalani se retorció las manos.

—¿A qué te refieres?

—Cuando estábamos en la celda, insinuaste que estábamos… ¿unidos? —Frunció el ceño, como si no estuviera seguro de haber elegido la palabra correcta.

No lo había hecho. Estaban más que unidos.

Pero aún no estaba preparado para comprender las profundidades de su corazón.

—Sí. —Khalani carraspeó—. Estábamos unidos.

—Cuéntamelo.

—¿Por qué? ¿Acaso me creerías?

—No sé qué creer —admitió en voz baja, torturado por aquella sencilla y oscura verdad.

—Sé que ahora mismo no confías en muchas cosas… —Khalani tragó saliva—. Pero puedes confiar en mí.

Takeshi negó con la cabeza.

—Eres la persona en quien menos confío.

—¿Yo? ¿Por qué? —se sorprendió Khalani.

Takeshi soltó una carcajada amarga.

—Si no hay radiación, entonces mis superiores me mintieron. No puedo negarlo. Pero eso no significa que tú no me estés mintiendo también.

—Menuda gilipollez. ¿Y qué hay de todo lo que te acabo de

contar? ¡Te he hablado de Apolo y de Braderhelm! ¡Eso significa que digo la verdad!

—O… que eres una espía y tienes información que usas en mi contra.

—En serio, para alguien tan atractivo, eres de lo más estúpido. ¿Lo sabías?

—Soy consciente de mi aspecto. —Se encogió de hombros—. Pero no sabía que te afectaba.

—No me afecta —mintió—. Solo estoy señalando de forma objetiva algo que a otros puede gustarles…, ya me entiendes.

Hizo un ademán, y él alzó solo una ceja.

—Creo que no te sigo. Por favor, explícate.

—Uf, déjalo.

Se alejó a grandes zancadas, preguntándose en qué momento había creído que esa conversación era una buena idea.

Todas sus «buenas ideas» deberían acabar en un ataúd.

—Tendré que añadir un «Se altera fácilmente» a la lista —dijo Takeshi, alcanzándola gracias a sus piernas exageradamente largas.

—¿Qué lista? —espetó ella.

—Mi lista de objetivos —respondió con calma, pese a que en sus ojos se percibía un frío glacial—. Estoy catalogando las debilidades de mis enemigos para saber la manera de acabar con ellos.

—Ah, claro. Se me había olvidado que sigues soñando con matarme —dijo ella, simulando cortarse la garganta.

—Yo no sueño con eso.

Lo pronunció con una voz tan baja que Khalani creyó haberlo imaginado. Sin embargo, Takeshi no añadió más y se limitó a llevar la vista al frente, con la mirada perdida.

—Bueno, me lo estoy pasando muy bien, pero creo que voy a seguir caminando —refunfuñó ella.

Lo que realmente deseaba era enterrar la cabeza en la arena y no volver a sacarla para respirar nunca más.

—Espera —le pidió antes de que alcanzara al grupo—. Aún no has terminado de contarme el resto.

Esos ojos negros como el carbón la atravesaron.

Como si necesitara oír más.

—¿Qué quieres saber?

Muy a su pesar, lo miró de nuevo y casi tropezó con la puerta metálica de un vehículo, tirada en medio de la carretera.

Takeshi se apresuró a extender un brazo y a sujetarla del codo. Pero la soltó igual de rápido, alejándose incluso más que antes.

—Si lo que me has contado es verdad —dijo sin rodeos—, respóndeme a esta pregunta: ¿por qué me acerqué a ti si eras una prisionera?

—No lo sé… —Khalani soltó un suspiro—. Tuve una pelea en Braderhelm y necesitaba aprender a defenderme. Cuando te pregunté si querías entrenarme, te negaste.

Recordó la resignación de Takeshi cuando la visitó en la enfermería.

—Creo que te apiadaste de mí y aceptaste —continuó.

—¿Yo te enseñé a luchar? —preguntó extrañado.

—Sí. Cada semana me entrenabas en el sótano. Al principio nos odiábamos, pero, con el tiempo, empezamos a soportarnos, hasta el punto de que ya no queríamos apuñalarnos. Estuvimos así algún tiempo y, entonces, algo cambió.

—¿El qué?

—Un guardia me atacó.

—¿Qué?

Se volvió de repente hacia ella.

El ambiente se cargó de electricidad y Takeshi adoptó una

expresión furiosa. Pero Khalani no comprendió la razón.

—No te preocupes. —Hizo un ademán para quitarle importancia —. Fue hace mucho tiempo.

—¿Te…? —La nuez de Adán se le movió al tragar saliva—. ¿No te…?

—No. Lo mataste antes de que pudiera hacerlo.

—Bien.

Asintió con la cabeza, como si fuera lo mínimo aceptable. Khalani se sorprendió ante esa brutal honestidad. Pensaba que, para él, era igual de insignificante que los miles de millones de granos de arena que pisaban cada día.

—¿Y bien? ¿Ahora me crees? —preguntó.

Takeshi hizo una pausa, considerando su respuesta.

—Si alguien te dijera que los últimos años de tu vida no existen…, que todo lo que consideras cierto es una mentira…, ¿lo creerías?

Khalani alzó la mirada hacia la comitiva que los precedía, hacia los suyos, que la mantenían cuerda y en el presente. Hasta la presencia oscura e imponente de Takeshi la hacía sentir protegida y la abrasaba más que el sol sobre sus cabezas.

Khalani sabía que aquello no tenía ningún sentido. Pero no le importaba.

—Si alguien me dijera que esto no es real, les diría que se ahogaran en veneno.

La respuesta no ayudaba a su causa, pero le habían contado tantas mentiras que lo único que Takeshi merecía era oír la verdad durante el resto de su vida.

—¿Qué ocurrió después de que el guardia te atacara? —preguntó.

—Muchas cosas.

—Di lo que tengas que decir, Kanes. —La fulminó con la mirada —. No tendrás otra ocasión de convencerme.

Sintió tanta presión que le flaquearon las piernas. Pero tenía que aprovechar la oportunidad. No se rendiría, ni siquiera cuando el mundo se derrumbara a su alrededor.

Así que, entre susurros, Khalani se lo contó.

Takeshi escuchó con atención y con el ceño fruncido su delicada y peligrosa historia. Las miradas llenas de deseo en prisión. La fiereza con que él la protegía. Los momentos compartidos en secreto.

Se lo contó todo, excepto las dos palabras que emergían de los vestigios de su corazón; no se atrevió a pronunciarlas.

Siendo honesta, quizá nunca encontrara las agallas para hacerlo. Sin embargo, esa posibilidad quedaba fuera de toda consideración hasta que Takeshi la recordara.

Cuando Khalani terminó, él guardó silencio, inmóvil y con la mandíbula tensa. Estaba rígido y contenido, como si lo único que controlara fuera su cuerpo.

—Gracias por contarme tu historia —dijo al fin.

Acto seguido, emprendió la marcha, alejándose más y más de ella.

«Tu historia».

No la de ambos.

Solo la de ella.

En algún momento, había cometido un error. Estaba segura.

Khalani repasó todo lo que había dicho, buscando el momento en que se había equivocado. Mientras se lo contaba todo, había sentido tal sintonía entre ellos que, por primera vez, parecía que Takeshi volvía a ser el de antes.

Y ahora…

Avanzaba por esa carretera desolada como un hombre tramando una venganza infernal. Con la mirada al frente, jugueteaba con algo en el bolsillo, como si un millón de pensamientos le cruzaran la mente.

Y ella los tenía vetados todos.

Aunque sus ojos ardían cuando la miraba, como si, en secreto, deseara ser igual de necesario para ella que su aliento, no se dejaba guiar por esos impulsos.

Había escogido alejarse para siempre, y la nueva distancia entre ellos era mayor de lo que había sido jamás.

Y Khalani no solo estaba perdiendo el juicio.

También estaba empezando a perder la fe.

15

Mis pesadillas sonríen incluso cuando estoy despierta.

—¿Podemos parar un rato? —pidió Elise, quitándose las zapatillas.

Khalani se sobresaltó al ver que tenía los calcetines empapados de sangre.

No le apetecía en absoluto comprobar cómo estaban los suyos. Se había acostumbrado al dolor punzante de las ampollas abiertas hasta el punto de que ni las sentía.

—El Caf está cerca. Nos detendremos allí —anunció Brock, tomando un largo trago de agua antes de seguir adelante.

—¿Qué demonios es el Caf? —preguntó Serene entre jadeos, tratando de no perder el ritmo.

—Es uno de los puntos de referencia de los incursores. Entenderás el nombre cuando lo veas.

Y así fue: al llegar a la cima de una colina, vieron un valle a sus pies en el que había un pequeño edificio. Se apresuraron a llegar hasta él, desesperados por resguardarse del sol sofocante.

La estructura de una sola planta tenía todas las ventanas rotas. Puede que en el pasado la fachada de piedra gris brillara y destacara en medio del desierto, pero ahora estaba cubierta de polvo y arena.

Todos alzaron la mirada hacia el letrero enorme y medio roto que colgaba en ella.

«CAF».

Le faltaban el resto de las letras, borradas tiempo atrás por la historia.

—¿Estás seguro de que no va a derrumbarse? —tanteó Elise.

—Sí. La mayoría de los incursores hacen un alto aquí durante el trayecto. Vamos.

Brock tomó la delantera y cruzó el umbral. En el marco de la puerta había unas extrañas abrasiones.

Khalani lo siguió con el estómago en un puño, preguntándose cómo se habrían producido esas quemaduras.

¿Habría gente dentro cuando se hicieron?

Bebió un poco de agua. En el interior del edificio hacía calor. El espacio era un caos, con mesas y sillas de madera volcadas por todos lados. Al fondo, vio una larga barra que le llegaba a la cintura, con una caja registradora rota encima, totalmente vacía.

La mirada depredadora de Takeshi escudriñó la estancia, y todos sus músculos se tensaron, como si su cuerpo se preparara para derramar sangre.

Pero Spade tenía razón. En la Zona Muerta no quedaba nada con vida.

—Qué acogedor —comentó Winnie, provocando miradas de incredulidad.

Elise se acercó poco a poco a una silla volcada y la contempló como si fuera un regalo del cielo. Después de enderezarla, se sentó con un suspiro y una sonrisa le iluminó la cara.

—Qué bien, ¿eh? —dijo Adan.

—Mejor que el sexo.

—En eso estoy de acuerdo.

Serene alzó otra silla y también suspiró cuando se dejó caer sobre ella.

—Pues debéis de haber tenido unas experiencias terribles —soltó Brock desde un rincón.

—Yo nunca he dicho eso —objetó Serene.

—Poco ha faltado.

—Probablemente tú ni siquiera sepas qué es eso —dijo, haciendo hincapié en la última palabra y cruzándose de brazos.

—Apuesto a que lo disfruto mucho más que tú —replicó Brock, imitándola y alzando las comisuras de los labios con malicia.

Serene se sonrojó e hizo ademán de tirarle una silla a la cabeza.

Khalani buscó a Takeshi, que se había acomodado junto a una de las ventanas rotas. Le temblaba ligeramente el labio y esbozaba una hermosa y poco habitual sonrisa que la obligó a apartar la mirada antes de que él se diera cuenta.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí? —preguntó Adan mientras Brock observaba cómo se hacía de noche.

—Una media hora o así, y después…

Clinc.

El sonido inconfundible de algo metálico que había caído al suelo resonó por todo el edificio. Sin embargo, no se había movido nadie.

Todos se tensaron y clavaron los ojos en una puerta cerrada en el extremo opuesto de la estancia. Volvió a oírse un sonido, seguido de una maldición.

No estaban solos. Había alguien más en el edificio.

—¿Qué demonios…? —Serene palideció.

Takeshi y Brock fueron hacia allí con idénticos movimientos. Brock sacó la pistola, y Takeshi desenvainó un largo cuchillo.

Incluso aunque no confiaran plenamente el uno en el otro, Takeshi lo miró y asintió con la cabeza.

Brock le dio una patada a la puerta.

Ante ellos apareció un hombre, sentado sobre el suelo de azulejos de la trastienda. Llevaba una barba negra descuidada y tenía la piel muy bronceada. Iba ataviado con una camisa blanca hecha jirones y tenía el aspecto de quien se ha pasado semanas vagando por la peligrosa carretera. El hombre alzó la mirada y abrió los ojos de par en par. De pronto, una sonrisa de alivio se extendió por su rostro y dejó a la vista varios huecos en la dentadura.

—No esperaba ver a tantos viajeros.

—¿Quién eres? —preguntó Brock con aire amenazador.

El desconocido no se sintió intimidado por el arma.

—Me llamo Gentry. —Trató de incorporarse, pero no lo consiguió —. Si no te importa, ¿podrías pasarme esas vendas de ahí?

Señaló hacia un rollo de vendas blancas en una estantería de plástico.

Brock lo miró con suspicacia.

—¿Para qué las necesitas?

—Me he roto el tobillo. Sabía que encontraría provisiones aquí.

Gentry se encogió de hombros y trató de incorporarse de nuevo, pero, al doblar el tobillo, soltó un gruñido y se dejó caer otra vez contra la pared.

—No parece roto —dijo Takeshi, entornando los ojos con suspicacia.

—Lo peor está bajo los pantalones —insistió Gentry, moviéndose de nuevo con una mueca.

—¿Ibas camino de Oasis? —preguntó Adan, incapaz de ocultar la compasión que sentía.

El hombre se volvió hacia él entusiasmado.

—¡Sí! ¿Vosotros también?

—No. Solo nos hemos detenido a descansar, pero ya nos íbamos.

Con un ademán, Brock les indicó a todos que se dirigieran hacia la puerta.

—¡Esperad! —suplicó Gentry extendiendo un brazo—. ¿Podéis ayudarme?

Algo en el interior de Khalani se revolvió al ver al maltrecho hombre en el suelo. Miró a Winnie, que tenía la misma expresión indecisa, y fue a dar un paso, pero Takeshi enseguida se interpuso.

—No.

—No lo dices en serio.

—Lo digo muy en serio.

—Por favor —continuaba suplicando el hombre en el trastero—. No podéis dejarme así.

—Tiene razón. No podemos dejarlo —dijo Khalani.

—No vas a acercarte a él, Kanes.

Takeshi clavó sus ojos negros en ella. Khalani se planteó darle una patada en la entrepierna, pero un atisbo de locura en su mirada le advirtió de que la tumbaría al suelo si lo intentaba.

—Estoy con Takeshi —interrumpió Brock—. Quizá miente.

—¡No miento! ¡Tenéis que creerme! —gritó el hombre, empezando a temblar—. Si me abandonáis, moriré.

—Si nos marchamos, no sobrevivirá —objetó Khalani—. ¿Y si está diciendo la verdad?

Sus miradas indiferentes le dijeron que no les importaba lo más mínimo.

El mundo había conseguido cambiarlos.

Pero Khalani se negaba a que también pudiera con ella.

Trató de rebasar a Takeshi, pero el capitán permaneció inmóvil, cortándole el paso como si fuera un muro impenetrable.

—Te sacaré de aquí a rastras si hace falta —refunfuñó.

—¿Y qué más te da? No significo nada para ti. ¿No es eso lo que

me dijiste? —Lanzó esas palabras peligrosas como si fueran un arma.

Takeshi contuvo la rabia y le tembló un músculo de la mandíbula, pero no lo negó.

—¿Y bien? —insistió—. Demuéstralo.

Takeshi negó ligeramente con la cabeza mientras le suplicaba con ojos furiosos que lo dejara estar. Pero Khalani aún no había terminado.

—Ahora no tengas miedo —lo espoleó—. Dime que no te importo una mierda, Takeshi.

—¡No me importas! —rugió finalmente.

—Entonces, ¡demuéstralo!

Takeshi murmuró algo ininteligible entre dientes y se marchó dando grandes zancadas. Al pasar junto a ella, le golpeó el hombro y le rozó levemente el bolsillo con la mano antes de perderse de vista.

Con el corazón encogido, Khalani soltó un profundo suspiro, pero se mantuvo firme.

Las mejores decisiones no siempre eran las más seguras. Y si, al tomarlas, tenía que enfrentarse a su desprecio, lo haría. No pensaba dejar de ser quien era ni cambiar su forma de ser.

Ni siquiera por la persona que amaba.

Alzó la barbilla y avanzó con paso decidido. Brock curvó los labios en una mueca de desaprobación, pero no se interpuso.

Gentry la miró de arriba abajo, sonriendo de nuevo. Khalani tragó saliva; no le gustaba la forma en que su mirada se detenía en ciertas partes de su cuerpo.

Aunque puede que llevara mucho tiempo en el desierto… ¿Quién sabía cuánto tiempo había pasado solo?

—Gracias —susurró el hombre—. ¿Cómo te llamas?

Ella se acuclilló ante él, guardando las distancias. Aunque su

primera reacción fue darle un nombre falso, no era más que una pregunta inocente.

—Kanes —respondió en voz baja tomando las vendas.

Cuando el hombre extendió la mano, Khalani vio un rastro de tinta negra en la parte inferior de su brazo.

Un tatuaje.

Apartó enseguida la mano con las vendas y el hombre frunció el ceño, claramente irritado.

—¿Dónde te hiciste ese tatuaje? —le preguntó.

El desconocido contuvo el aliento.

—Me lo hice hace cinco años, cuando vivía en Oasis.

—Vi uno igual allí.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Khalani se tensó—. Pero no lo llevaba uno de sus habitantes, sino uno de sus atacantes. Los Pecadores.

El hombre le sostuvo la mirada. Ninguno de los dos se atrevió a moverse ni a sonreír. Era un enfrentamiento silencioso en el que ambos esperaban a que el otro diera el primer paso.

A la velocidad del rayo, Gentry saltó hacia ella.

Khalani llevó la mano al bolsillo para sacar la pistola, pero cerró los dedos en torno al mango de un cuchillo. Sin pensarlo, lo sacó y le asestó un golpe al desconocido, que profirió un grito al ver que le había cercenado uno de los dedos.

La sangre roja y brillante goteó hasta el suelo. El hombre gruñó, tratando de atrapar a Khalani con la otra mano.

De repente, se oyó el sonido del gatillo de un arma.

—Si te mueves un milímetro, te vuelo la tapa de los sesos —rugió Brock.

Khalani permaneció inmóvil, como si la orden también fuera para ella.

Advirtió movimiento a sus espaldas, pero no se atrevía a apartar la mirada de Gentry.

Ya no era el hombre indefenso de antes. Ya no suplicaba ni sonreía. En sus ojos solo brillaba una profunda furia.

—¿Quién eres? —preguntó Brock.

El hombre no respondió.

—¿Perteneces a los Pecadores? —insistió el incursor.

Gentry siguió con su actitud terca y guardó silencio, mirando la pistola como si fuera un bolígrafo que lo señalaba.

—Seguro que sí —dijo Khalani—. Tú y los tuyos tratasteis de matar a los ciudadanos de Oasis sin razón alguna.

Al oír aquello, Gentry desvió de repente su mirada asesina hacia ella y empezó a reír, casi hasta ahogarse.

—¿Sin razón alguna? —jadeó—. No tienes ni idea, ¿verdad?

Negó con la cabeza, aún sonriendo.

—¿Sobre qué? ¡Dímelo! —exigió Khalani.

—Te propongo algo. Yo vuelvo con los Pecadores, tú me acompañas y te cuento lo que quieras de Oasis. Incluso te diré su secretito.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

El hombre curvó el labio superior, esbozando una sonrisa maliciosa.

—Si compartes mi cama durante unas noches y te portas bien, hasta puede que te diga…

¡Pum!

Khalani se sobresaltó cuando una bala le atravesó la cabeza al desconocido.

Pero no había sido la pistola de Brock.

Se volvió y vio a Takeshi, que aferraba un revólver con expresión asesina.

El cuerpo del hombre se desplomó al suelo.

—¿Has perdido el juicio? ¡Lo habríamos podido torturar para sacarle información! —explotó Brock.

—No os habría dicho nada —aseguró Takeshi con frialdad mientras bajaba la pistola.

—Eso no lo sabes.

—Sé reconocer a un hombre que no teme a la muerte.

—Deberíamos haberlo discutido antes —soltó Brock mientras ayudaba a Khalani a ponerse en pie.

Antes de que ella se alejara con disimulo, la mirada penetrante de Takeshi se posó en la mano de Brock.

—No necesito discutir nada contigo —declaró Takeshi en un inquietante tono glacial—. Era una lacra y no merecía respirar ni un segundo más.

Desvió la mirada hacia el cadáver, como si quisiera dispararle de nuevo.

—¿Y de dónde has sacado la pistola si puede saberse? —masculló Brock—. No recuerdo haberte dado una.

Takeshi la guardó en el bolsillo.

—No me la has dado.

16

¿Reconoces mis heridas y cicatrices en las tuyas?

Khalani acarició el mango del cuchillo.

Cuando, al pasar junto a ella, Takeshi le había golpeado el hombro, había notado algo. ¿Había sido él quien se lo había deslizado en su bolsillo? ¿Para protegerla?

Sintió que el corazón le daba un vuelco, pese a que el cerebro le decía que lo ignorara.

Tenían como misión salvar Apolo.

Pero ella tenía una propia: salvar a Takeshi.

Por desgracia, esa persona en concreto no quería que la rescataran.

Desde el incidente con el hombre, Takeshi había guardado las distancias con ella tanto como había podido. Como si tratara de demostrarse a sí mismo que no le importaba.

Los días habían ido transcurriendo sin que pronunciara palabra, y Khalani había tenido que esforzarse para no lanzarle el cuchillo. Pero había seguido adelante, fingiendo que esa frialdad no la irritaba.

Ese era el juego.

Fingir que todo iba bien.

Sin embargo, a medida que se acercaban a Oasis, una energía extraña se había instaurado en el grupo.

Brock fruncía el ceño de forma permanente. Adan no contaba ni un solo chiste. Serene se abrazaba a la mochila. Elise se mordía el labio sin parar. Y Winnie se guardaba sus fantásticas historias para sus adentros y miraba al suelo en lugar de al horizonte.

Khalani se arrebujó en la ropa, protegiéndose del frío. Estaba contemplando la media luna que colgaba sobre sus cabezas cuando algo apareció en la distancia.

Una sombra que se cernía sobre el paisaje. Completamente distinta de las muchas colinas que habían dejado atrás.

—¿Qué es? —preguntó Elise.

—El muro de Oasis. Rodea toda la ciudad —respondió Brock, comprobando de nuevo la pistola antes de guardársela en el bolsillo.

La enorme silueta oscura era sobrecogedora. El muro casi rozaba las nubes; debían de haberse pasado años apilando piedras para conseguir esa altura.

Khalani no tenía ni idea de cómo lo habían construido ni de cómo los Pecadores lo habían escalado en el último ataque.

—¿Pensáis que es buena idea? —preguntó Adan.

—¿A qué te refieres?

—Ya habéis oído a ese tipo. ¿Creéis que Oasis guarda un secreto?

—Bueno, no duró lo suficiente como para sacarnos de dudas —gruñó Brock.

Takeshi ignoró el comentario. Contemplaba el muro con aire desconcertado, como si estuviera buscando algo. Una respuesta escondida en la oscuridad.

Khalani se preguntó si no estaría empezando a recordar.

Si no intuía que ya había visto ese lugar en el pasado…

—La última vez que estuvimos aquí, noté algo raro —comentó Adan, mirando a su alrededor con preocupación.

—Nos dieron refugio y comida —replicó Serene tratando de levantar los ánimos.

Pero su voz no fue más que un susurro.

Había algo raro al otro lado de ese muro.

Todos podían percibirlo.

Las casas. El comportamiento de la gente.

Todo era demasiado perfecto.

—No importa —dijo Khalani finalmente—. Derek está ahí dentro. Vamos a buscarlo, les entregamos las armas y nos vamos.

Todos asintieron; ninguno pensaba quedarse más de lo estrictamente necesario.

Al acercarse al muro, unas luces parpadearon. Varias figuras, armas en alto, aparecieron en la parte superior.

Estaban a unos treinta metros de Oasis cuando un silbido cortó el aire. Una decena de flechas se estrellaron de repente en la arena, a pocos centímetros de sus pies.

—¡Queremos hablar con la jefa! —gritó Khalani con todas sus fuerzas, intentando transmitir firmeza.

Pero nadie respondió.

—¡Decidle a la jefa que hemos traído las armas que nos pidió!

La puerta permaneció cerrada y el ambiente en silencio, excepto por el viento que les agitaba los cabellos. Adan se movió, como si fuera a salir corriendo, pero otra flecha se clavó en el suelo junto a él.

Se quedó inmóvil y maldijo entre dientes.

Era un error. No deberían haber regresado.

Justo en ese momento, se escuchó un chirrido y las descomunales puertas metálicas se abrieron. Tras ellas apareció una mujer de intensos cabellos pelirrojos, ataviada con una camiseta de tirantes que hacía resaltar sus tríceps y una capa color granate

ondeando tras ella.

La jefa.

La flanqueaban unos guerreros que blandían sus lanzas. Khalani reconoció a Patreus y a su antiguo guardián, Ferren.

Sin embargo, no había ni rastro de Derek.

—¿Acaso la luna nos engaña? —preguntó la jefa con una mueca de incredulidad al tiempo que avanzaban—. Habéis regresado muy pronto.

—Os prometimos que lo haríamos —respondió Khalani, mirando de reojo las armas que aún los apuntaban.

—Eso es cierto. Aunque debo confesar que no creía que cumplierais vuestra parte del trato. —La jefa soltó una risita y dirigió la mirada hacia la enorme bolsa de lona negra que Brock sostenía—. ¿Nos habéis traído las armas?

—Así es.

—Estamos en deuda con vosotros.

Ferren fue a coger la bolsa, pero Brock la apartó.

—Primero queremos ver a Derek —declaró.

La jefa frunció el ceño, pero enseguida asintió.

—Por supuesto. Seguidme.

Los condujo a través del tranquilo pueblo, y a Khalani no le quedó más remedio que sorprenderse. Cuando se habían marchado, Oasis humeaba, reducido a escombros a causa del ataque de los Pecadores. Aunque algunas casas todavía no estaban reconstruidas, la mayoría de las acogedoras viviendas de una sola planta parecían intactas. Sus intensos colores brillaban bajo la luz de la luna y las pequeñas vallas de madera blanca cercaban los jardines delanteros.

«Avenida Feliz».

El letrero, que en otros tiempos había caído al suelo, colgaba ahora orgulloso en la calle.

—Qué rápido lo habéis reconstruido todo —se asombró Khalani.

—En Oasis sabemos trabajar como uno solo por un objetivo común. —La jefa sonrió con amabilidad—. Cuando uno de los nuestros cae, todos nos esforzamos por cubrir el vacío y construir una comunidad mejor. Eso es lo que nos define. Lo que nos hace mejores personas —enfatizó, alzando las manos en un gesto grandioso.

La sinceridad impregnaba sus palabras y la calidez en sus ojos era innegable.

Pero aún no habían visto a Derek.

Impaciente, Khalani tamborileó con los dedos sobre el muslo mientras recorrían la tranquila calle. Takeshi prestaba atención a todo a su alrededor con la mano en el bolsillo, justo donde guardaba el arma, y un aire desconfiado.

Y ella no lo culpaba.

Al final de la calle, Khalani reconoció la casa amarilla en la que se habían alojado en el pasado.

Antes estaba desvencijada, con una valla a la que le faltaban varios postes y un balancín de madera roto en el porche. Pero ahora parecía que la habían pintado de nuevo: una reluciente valla blanca rodeaba el jardín y un sólido balancín lucía con orgullo en el exterior.

—Vaya, qué cambiado está… —susurró Serene.

—Ha sido Derek. —La jefa sonrió—. Un hombre muy inteligente. Muy amable. Me sorprende que no sea…, bueno…, de aquí.

Al oír aquellas palabras, Patreus la miró de reojo.

Khalani no tuvo tiempo de preguntar a qué había venido eso porque la puerta de la casita se abrió.

Derek apareció bajo el umbral y se quedó inmóvil.

Sorprendido, abrió los ojos de par en par y la emoción hizo que se tensara.

—¡Habéis regresado! —exclamó, y su voz resonó en el espacio que los separaba mientras esbozaba la sonrisa más grande que Khalani jamás había visto.

Ella, Serene, Adan y Winnie salieron corriendo hacia él a la vez. Al encontrarse en el jardín, se fundieron en un abrazo.

—¿De verdad pensabas que íbamos a abandonarte? —le preguntó Serene, estrujándolo.

—Pensé que quizá os habíais olvidado de mí.

Una lágrima le resbaló por el rostro mientras los estrechaba aún más contra sí, como si temiera que todo fuera un sueño.

—Eso nunca —dijo Khalani, ignorando a la multitud que los observaba.

Se abrazaron como si estuvieran solos, como si no hubiera nadie a su alrededor, compensando todo el tiempo que habían pasado separados.

De repente, oyeron unos pasos. Brock le dio una palmada en la espalda a Derek.

—Qué bien que estés vivo.

Puede que fueran las palabras más amables que le había dedicado jamás, y Derek soltó una carcajada y tiró de él para abrazarlo también. Serene sonrió al ver que Brock balbuceaba por la falta de costumbre ante esas muestras de afecto, pero, aun así, le dio unas palmaditas torpes en la espalda.

—Takeshi… —Derek suspiró aliviado y se acercó a él—. No puedo creer que esté diciendo esto, pero me alegro de verte.

Khalani tragó saliva cuando Derek fue a abrazarlo, pero Takeshi dio un paso atrás y adoptó una repentina expresión cautelosa. Completamente rígido, mantuvo las manos en los bolsillos.

Khalani intervino con rapidez y agarró a Derek del brazo.

—Han pasado muchas cosas desde que nos fuimos. Después te

lo contaremos todo.

Derek ladeó la cabeza, extrañado; ignoraba la pérdida de memoria de Takeshi. Sin embargo, dio media vuelta y los condujo al interior de la casa. La jefa carraspeó antes de que entraran.

Brock soltó un suspiro y depositó la pesada bolsa a sus pies.

—Ahí están todas las armas —declaró, cruzándose de brazos—. Creo que no tendréis problemas en acabar con cualquier Pecador que se interponga en vuestro camino.

La jefa echó un vistazo al interior de la bolsa, y un destello de satisfacción brilló en sus ojos. A continuación, se la entregó a Patreus, que esbozó una sonrisa quizá por primera vez en su vida.

A Khalani se le aceleró el pulso.

—Descansad. Habéis hecho un largo viaje y vais a necesitar fuerzas para mañana —dijo la jefa con una voz más animada.

—No vamos a quedarnos mucho tiempo. Tenemos planeado reemprender la marcha dentro de una hora o poco más —respondió Khalani.

—Tonterías. —La jefa rechazó la idea con un ademán—. Es peligroso viajar de noche. Aquí disponéis de alojamiento y podéis ducharos. ¿Por qué no lo aprovecháis y descansáis?

—Razón no le falta —susurró Serene.

Khalani miró a los demás. Todos parecían exhaustos. Brock le sostuvo la mirada y suspiró al ver la respuesta en sus ojos.

—Una noche —espetó Brock—. Pero nos iremos mañana a primera hora.

—¡Magnífico! —La jefa dio una palmada—. Que descanséis.

Se apresuró a marcharse, con los hombres pegados a sus talones. Ferren les dedicó un asentimiento y una leve sonrisa.

Patreus no los miró en ningún momento. No perdía de vista la bolsa, como si protegiera un tesoro, un auténtico botín. Aunque a

Khalani le sorprendió el entusiasmo, no era asunto suyo juzgar lo que hacía la gente del desierto.

Mañana por la mañana ellos ya no estarían allí, sino camino de Apolo.

«¿Estás segura de eso?».

La voz del gobernador resonó en su oído.

Khalani giró bruscamente la cabeza y echó un vistazo a su alrededor, pero todos ya estaban entrando en la casa, como si no hubieran oído nada. Takeshi era el único que se había fijado en que ella no se había movido.

Se detuvo y la observó sin pronunciar palabra mientras escudriñaba con mirada frenética cada sombra. Pero el gobernador no estaba por ninguna parte.

Le temblaron las manos.

Las visiones iban a peor. Su voz era cada vez más fuerte. Más real.

Como si se estuviera convirtiendo en algo más que un simple delirio.

—Kanes.

Era la primera vez que Takeshi le hablaba en días.

Khalani alzó la cabeza, y él frunció el ceño al ver la intensa desesperación en sus ojos.

—¿Qué ocurre?

No podía explicarle la verdad. De todos modos, no la creería.

—No es nada.

Trató de pasar ante él camino de la casa, pero Takeshi, en toda su envergadura, se lo impidió y le cortó el paso. Reclamando su atención. Como si fuera dueño de ese pequeño espacio del mundo y ella, solo una mera invitada.

—¿Por qué estás tan asustada? —preguntó él.

—¿Cómo sabes que lo estoy?

—Lo veo en tus ojos.

—Me sorprende que puedas ver algo cuando lo único que has hecho esta última semana es ignorarme —soltó Khalani con desprecio.

Takeshi se cernió sobre ella, como si sobrepasarla en altura no bastara. Quería respirar su mismo aliento.

—No necesito prestarte atención. Invades todos mis pensamientos cuando estoy despierto.

Su susurro era más frío que el viento que agitaba su ropa.

—Lo dices como si fuera una enfermedad —refunfuñó Khalani.

—Si te das por aludida…

—Vaya, ¿el chip te ha enseñado a bromear?

Era un golpe bajo, pero Takeshi lo ignoró encogiéndose de hombros.

—Si te resulto tan repulsivo, Kanes, ¿por qué sigues mirándome?

Khalani balbuceó; no se lo esperaba.

—Yo… yo… no te miro.

Sí lo hacía.

—Sí que lo haces. —Ladeó la cabeza—. Tratas de disimularlo y crees que no me doy cuenta. Murmuras sobre mí con tus amigos. Parece que estés obsesionada.

—¡Ja! ¡Quién fue a hablar! —masculló ella invadiendo su espacio —. ¿Por qué me metiste un cuchillo en el bolsillo? Si no te conociera, habría pensado que te importaba, y mucho.

—No te confundas. Me vi obligado a salvarnos de tu imprudencia. Que sepas, Kanes, que, si alguien va a matarte, voy a ser yo.

—Deberías practicar esa frase frente al espejo. Puede que entonces te crea.

Sus ardientes ojos negros la atraparon aún más.

—¿Crees que presionarme te va a servir de algo?

—Prefiero presionar a esconderme.

La respiración se les aceleró cada vez más; estaban bailando en el borde de un abismo peligroso. Una batalla interminable que amenazaba con consumirlos a ambos.

—Si sigues así, acabarás haciéndote daño —le advirtió él.

Como si no lo supiera ya.

Takeshi le había dicho algo parecido bajo la lluvia, no muy lejos del mismo lugar en el que se encontraban.

Y ahí estaban todavía las cicatrices, recordándole que las palabras cortan más que los cuchillos.

Son como clavos que golpean una tabla de madera.

Puedes haberlo dicho en serio o no. Disculparte.

Pero, cuando sacas los clavos, los agujeros siguen ahí.

Khalani y Takeshi habían pasado por mucho, por más de lo que cualquier pareja debería soportar. Y si continuaban, con toda probabilidad acabarían destruyéndose o metidos en una bolsa para transportar cadáveres.

Sin embargo, él iluminaba su oscuridad. Creía en ella, incluso cuando Khalani había perdido toda esperanza.

Y ella veía la bondad en él. Aunque él no llegara a verla.

—Creo que lo soportaré —susurró.

Solo unos pocos centímetros los separaban. Sin siquiera darse cuenta, se acercaron.

Y, sin una pizca de instinto de supervivencia, Khalani se inclinó hacia él y lo besó.

17

Nunca había notado los espacios vacíos entre mis
dedos hasta que te conocí.

Khalani ni siquiera se planteó las posibles consecuencias.

Fue un gesto completamente instintivo.

Rozó sus inflexibles labios, obligándolo a abrirlos. Takeshi se quedó petrificado, más inmóvil que el muro que los rodeaba.

Khalani mantuvo los brazos a los costados, muy consciente de que, si hacía cualquier movimiento, podía ocurrir algo terrible. Pero, cuando le lamió el labio inferior, Takeshi tomó aliento con brusquedad, aspirando toda su alma.

Prácticamente temblaba, a punto de perder su tan estudiada compostura.

Y, cuando ella repitió el gesto, todo ese autocontrol se hizo añicos.

Takeshi la agarró con una mano de la garganta.

Khalani tragó saliva al notar que sus dedos se la apretaban y acariciaban la piel delicada. Estaba en una situación precaria: podía romperle el cuello con facilidad, pero Takeshi le introdujo la lengua en la boca y la atrajo hacia él, como si el espacio que los separaba le resultara insoportable.

Khalani ahogó un grito cuando su boca se estrelló contra la suya

con furia, dando y recibiendo con la misma intensidad.

El beso no era dulce ni cariñoso. Era pura dominación.

Takeshi devoraba su miedo. Y ella bebía de su embriaguez.

La obligó a echarse hacia atrás mientras mantenía la otra mano inmóvil a un lado del cuerpo y la besaba desatado. Khalani gimió entre sus labios con el mismo deseo carnal.

Porque, en ese momento oscuro, sus cuerpos se entrelazaron, y olvidó los motivos que los habían separado.

Era suyo.

Sin discusión.

Takeshi siguió buscando y provocando los sonidos de su rendición y, en cuanto advirtió que a Khalani le faltaba el aire, disminuyó la presión en la garganta y se la masajeó, obligándola a respirar para él.

Para poder tomar aún más.

Para convertirla en su sustento.

Incapaz de contener su retorcido deseo mucho más, Khalani le rodeó el cuello con las manos. Pero, en cuanto lo rozó, Takeshi se apartó con un gesto brusco.

Al igual que ella, respiraba entrecortadamente, y la determinación en su mirada vaciló.

Khalani permaneció inmóvil y miró esos enormes ojos.

Ninguno de los dos se movió.

Ninguno pronunció palabra.

La incómoda tensión se acrecentó, llenando el firmamento.

Khalani fue a decir algo, pero ¿el qué?

«¿Siento haberte besado?».

«¿Entiendo que quieras matarme, porque, ahora mismo, yo quiero hacer lo mismo?».

«¿Ahora me recuerdas?».

Sin embargo, Takeshi no le dio oportunidad de decir nada. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la casa, dejándola allí plantada.

Khalani se pasó una mano temblorosa por el pelo enmarañado. No sabía qué pensar. Qué sentir.

Se había marchado con el rostro desgarrado, deformado por el desprecio.

Aun así, durante un instante, Takeshi la había tenido entre sus brazos como si hubiera recobrado la memoria. La había besado como si necesitara recuperar todos los segundos que habían pasado separados. Puede que no tuviera aún recuerdos, pero esa parte de él que se preocupaba por ella, esa parte que habría hecho lo que fuera por ella, seguía ahí.

Lo sabía.

La mayoría de la gente habría pensado que era una ingenua, que estaba desesperada. Quizá con razón. Pero, por una vez, aceptaba de buen grado la enfermedad de la esperanza. Porque esa chispa era lo único que le quedaba para superar sus miedos, y no podía extinguirse.

Cuando Khalani atravesó el umbral de la puerta, Serene fue de inmediato a su encuentro.

—¿Estás bien? Hemos pensado que si os dábamos a ti y a Takeshi un poco de tiempo a solas podría ayudarlo a…, ya sabes.

Serene se señaló la cabeza, imitando una descarga eléctrica.

—Sí. Todo genial.

—¿Seguro? —Serene lanzó una mirada recelosa por encima del hombro—. Takeshi parece estar a punto de matarnos a todos con ese cuchillo.

Khalani siguió su mirada.

Takeshi estaba en un rincón al fondo de la sala de estar,

apoyando la espalda y un pie en la pared de papel pintado de lunares rosas. Ahí empezaba y terminaba su calma.

Golpeaba el cuchillo contra la palma de la mano.

Con la mirada clavada en la vieja moqueta, haciendo girar inconscientemente la hoja entre los dedos.

Y a la velocidad a la que lo hacía, Khalani se extrañó de que no se los cercenara.

—Me parece que la he cagado —susurró Khalani.

Serene le prestó atención.

—¿A qué te refieres?

—Le he dado un beso.

—¡¿Cómo?! —se sorprendió Serene, agarrándola de la mano y atrayéndola a un lugar donde nadie pudiera oírlas—. ¿Y qué tal ha ido?

—Sigo con vida. Es positivo.

Hasta a ella le sonaba patético. Pero Serene asintió con seriedad.

—Creo que podemos considerarlo una victoria parcial.

—Ah, aquí estás… —Derek se acercó y abrazó a Khalani, aupándola del suelo.

Llevaba un pantalón de chándal de color tostado y una túnica beis, y el pelo revuelto como si se acabara de levantar de la siesta.

Khalani soltó una risita, hasta que advirtió que Takeshi dejaba de prestar atención a la moqueta, fulminaba con la mirada los brazos de Derek, que la rodeaban, y cambiaba el cuchillo hacia su mano dominante.

Pero la sonrisa bobalicona de Derek no se borró de su rostro, incapaz de percibir la tensión que invadía la estancia. La depositó de nuevo en el suelo y tiró de ella para que lo acompañara.

—Vamos a ponernos al día. Os estábamos esperando.

Se reunieron con los demás. Una lámpara verde colgaba del

techo e iluminaba la sala de estar con un suave resplandor amarillo. Las fotografías de familias sonrientes en las paredes la hicieron sentir como si estuviera penetrando en el espacio privado de otra persona.

Elise estaba contemplándolas con aire melancólico mientras jugueteaba con el anillo de su padre.

Serene se dejó caer entre Adan y Winnie en el sofá de piel cuarteada del centro de la estancia. Khalani se sentó en un mullido sillón con una extraña palanca de madera en uno de los lados.

—Mirad esto.

Derek tiró de la palanca.

Khalani dio un chillido cuando la parte inferior de la butaca se levantó de repente hasta la altura de sus caderas.

—Winnie recuerda haber leído algo sobre esto… ¡Ah, sí! —exclamó la anciana, chasqueando la lengua—. Sillón reclinable, así es como lo llamaban.

—Es una obra de ingeniería extraordinaria —susurró Adan, examinando el extraño invento como si estuviera preparándose para construir uno.

—Sí, es mi favorita —afirmó Derek con una sonrisa—. Después de un duro día de trabajo, tomo una ducha y me siento aquí.

Khalani se levantó de inmediato para cedérselo.

—Hablando de trabajo… —Serene miró a Derek—. ¿Qué te han pedido que hagas desde que nos fuimos?

Derek se sentó en el lugar que Khalani había dejado libre y suspiró.

—Jardinería.

Un silencio opresivo invadió la estancia.

—Jardinería… —repitió Brock con un tono monótono.

—Sí…, ¿por qué ponéis esa cara?

—De todas las cosas para las que podían necesitar a un científico, jamás habría dicho que la jardinería fuera su prioridad.

—De hecho, tiene lógica. —Adan se acarició la barbilla—. La jefa dijo que conseguían la comida en ciudades cercanas, pero seguro que no les durará para siempre. Si consiguen cultivar, pueden mantener Oasis durante mucho más tiempo.

—Exacto. Aunque eso no es todo. —Derek bajó el reposapiés y se inclinó hacia delante—. También me han hecho trabajar en algo más grande. Oasis ha estado intentando hacer funcionar los vehículos de la superficie. Pero ¿qué les falta a los coches?

—¿Gente que sepa cómo arreglarlos y conducirlos? —intervino Serene.

Brock puso los ojos en blanco.

—Gasolina —respondió Winnie.

—¡Exacto! —asintió Derek—. Pero en las gasolineras de la superficie ya no queda. Y ahí es donde entran los cultivos. Han estado plantando maíz y patatas para conseguir etanol, pero no han conseguido convertirlo en gasolina. Así que los he ayudado.

—¿Has creado gasolina con maíz?

—He perfeccionado el proceso de destilación. Deberían tener al menos un coche disponible pronto, pero ya veremos.

Derek se mordió los labios y se frotó las manos.

—Vaya… —Serene le dio un golpecito en el brazo—. Has hecho un buen trabajo. Mejor que cualquiera de nosotros.

Takeshi, aún apoyado en la pared, guardaba silencio, escuchando y observando la casa mientras todos animaban a Derek.

Sin embargo, Khalani se había quedado con la mosca detrás de la oreja.

De niña, las plantas le encantaban. Quería convertirse en jardinera, aunque esos puestos estaban reservados para los

científicos de más alto nivel.

—¿Y de dónde han sacado las semillas? —preguntó.

Derek la miró extrañado.

—¿A qué te refieres?

—Las plantaciones ya estaban en marcha desde mucho antes de que llegáramos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cómo consiguieron acceder al banco de semillas?

Los bancos de semillas eran las posesiones más valiosas de las ciudades del subsuelo. Albergaban millones de semillas que podían crecer y desarrollarse con luz artificial en espacios reducidos.

Por lo que Khalani sabía, solo existían bajo tierra.

—No se me ocurrió preguntar… —Derek arrugó la frente—. Supuse que conseguían las semillas en las incursiones. O que las tenían desde el principio.

—¿Desde el principio de qué?

—Del Gran Colapso. —Echó un vistazo a su alrededor con desconfianza y después se inclinó aún más—. Cuando le pregunté a la jefa cuánto tiempo llevaban aquí fuera, evitó contestar. Así que yo diría que sus antepasados son los supervivientes originales del Gran Colapso. La gente a la que no le concedieron un lugar en el subsuelo.

—¿Y por qué no iba a responderte a eso? ¿Qué esconden?

—No lo sé. —Derek se pellizcó el puente de la nariz—. Pero se han portado bien conmigo. Hasta diría que demasiado bien. Por lo que he visto, son gente pacífica.

—No me fío. —Brock entornó los ojos hacia la puerta principal, como si estuviera planteándose atrancarla—. Quiero que nos vayamos lo antes posible.

Derek retorció las manos y dejó caer los hombros.

—Lo entiendo…, pero os mentiría si dijera que quiero irme. Oasis tiene electricidad gracias a paneles solares. Agua. Ropa limpia. Un trabajo en el que creo y en el que mis conocimientos sirven de algo. Pero prefiero estar con vosotros que quedarme solo.

—No volveremos a irnos sin ti —zanjó Khalani con rotundidad, al tiempo que apartaba de su mente el interrogante de las semillas.

En cualquier caso, ya no importaba; iban a marcharse.

—¿Y qué me decís de vosotros? —Derek paseó la mirada por todos ellos—. ¿Qué ocurrió después de que os fuerais?

Al principio, nadie se atrevió a pronunciar palabra.

Khalani se volvió hacia Takeshi, cuya mirada oscura se clavó en ella como un hierro candente.

Era la clase de hombre que no se limitaba a mirarte sin más, sino que memorizaba cada centímetro de tu piel hasta que conocía tu cuerpo mejor que tú misma.

Casi podía oírlo en su mente, desafiándola a hablar.

«¿Qué vas a contar? ¿La versión de mí a la que tú tanto te aferras o la verdad: que nunca nos hemos conocido, y que me besaste en un intento inútil de reavivar una relación que nunca ha existido?».

La voz era tan fuerte que hizo emerger sus propias inseguridades.

«Un hombre como Takeshi nunca se fijaría en ti».

«Eres demasiado inestable».

«Demasiado obstinada».

«Demasiado débil».

La lista no terminaba jamás.

Pero Khalani ya había experimentado el abismo de la ansiedad y la depresión. Y no había sucumbido. Tomó aliento, aspirando toda la negatividad antes de purgarla de su cuerpo.

—Yo te lo contaré.

Derek escuchó con atención a Khalani, que relató todo el viaje hasta Hermes, su paso por el campo de detención, cómo conocieron a Elise y su fuga. Lo relató todo con tal intensidad que, cuando llegó a la parte de Takeshi, desvió de forma instintiva la mirada hacia él y se sorprendió al ver que ya no estaba allí.

—Se ha marchado a inspeccionar la casa —respondió Serene, adivinando a la perfección lo que pensaba.

—¿De verdad no recuerda nada? —preguntó Derek boquiabierto.

Khalani se pellizcó la piel alrededor de las uñas.

—Nada, pero el doctor asegura que, con el tiempo, puede recobrar la memoria.

Aunque su voz estaba llena de esperanza, en el fondo, el miedo que sentía no dejaba de crecer, como si fuera una montaña en expansión. Parecía que, con cada día que pasaba, las posibilidades de que recuperara la memoria disminuían. Y el beso podría haber empeorado muchísimo la situación.

—Entonces, ¿el plan es volar la cúpula de Génesis, llegar al Laboratorio de Investigación y Recursos y desactivar los chips? —preguntó Derek cuando ella terminó, más blanco que la pared.

—Ese sería un resumen, sí —confirmó Brock.

—Acceder a esos laboratorios no va a ser fácil. —Derek tragó saliva—. Aunque quizá podamos lograrlo si somos los suficientes. Pero hay muchas probabilidades de morir.

—¿Qué probabilidad dirías?

—¿De morir? Un setenta y cinco por ciento o algo así.

Serene soltó una carcajada.

—Es la mejor cifra que hemos tenido desde que nos metieron en la cárcel.

Su comentario alivió la tensión, y Derek se pellizcó el puente de

la nariz.

—Supongo que tienes razón. Ahora descansemos. Mañana iremos a por provisiones y después partiremos.

Los demás se mostraron enseguida de acuerdo, y, agotados, se dispersaron hacia los dormitorios.

Khalani y Winnie compartieron una habitación, mientras que Serene y Elise se dirigieron a la otra. Derek aseguró que él dormiría en la silla reclinable, que le parecía mucho más cómoda que las camas. Adan ocupó el sofá, y Brock dispuso una sábana y una almohada en el suelo.

Derek también se las ofreció a Takeshi, pero este se lo quedó mirando sin pronunciar palabra y prosiguió con su minucioso registro de la casa.

—No te preocupes —le dijo Serene a Derek, dándole una palmada en la espalda—. Ya vendrá.

Khalani no sabía qué estaba buscando.

Gente escondida. Cámaras. Debilidades.

Sin embargo, cuando esa noche se acostó en la cómoda cama junto a Winnie, advirtió una sombra por la rendija de la puerta cerrada del dormitorio y percibió un sonido suave y amortiguado, como si una persona muy corpulenta acabara de apoyar la espalda contra la madera.

Le dio la impresión de que no era para evitar que salieran, sino para impedir que alguien entrara. Sintió entonces que el peso en su pecho desaparecía y, por primera vez en mucho tiempo, Khalani se durmió sin aferrar un arma.

18

Transformas mis aguas caóticas en mares de calma.

Takeshi

Hizo bailar el cuchillo con delicadeza entre sus dedos, girándolo despacio una y otra vez. Tenía los hombros tensos y la espalda apoyada firmemente contra la madera.

No comprendía del todo esa necesidad imperiosa de hacer guardia ante su puerta. Se lo había explicado a sí mismo diciendo que era para no perder de vista al adversario, a esa muchachita con una inquietante habilidad para meterse en su cabeza hasta el punto de ocupar todos sus pensamientos.

Cuando se despertaba, sus ojos la encontraban sin querer.

Cuando escaneaba el horizonte en busca de amenazas, el instinto lo obligaba a acercarse a ella.

Sin embargo, cuando sus labios se habían rozado…, un sentimiento furioso y visceral lo había desbordado por completo.

Era una mentirosa. Una criminal, como el resto de los Ases. Trataba de emponzoñarle la mente y destruirlo desde dentro. Eso era lo que Takeshi se repetía una y otra vez, como una plegaria obsesiva.

Pero su sabor era demasiado adictivo.

Cuando su lengua lujuriosa había acariciado la suya, fue como si alguien hubiera activado una bomba.

Cuando la besó, había sentido que estaba haciendo lo correcto.

Como si fuera lo que tendría que haber hecho desde siempre.

En un instante de locura, pensó en pasar la eternidad postrado de rodillas ante ella y deleitarse durante el resto de su vida.

Ah, qué sonidos salían de su garganta… Esos gemidos que se habían liberado cuando la había inclinado hacia atrás y la había hecho suya… eran suficientes para vencer hasta al hombre más fuerte.

Si en ese instante ella le hubiese pedido el Sol, Takeshi habría encontrado la manera de arrancarlo del cielo.

Pero, cuando ella le rodeó el cuello, un atisbo de cordura regresó a su mente.

Había recordado en brazos de quién estaba.

Y lo peligrosamente cerca que estaba del punto de no retorno.

Había tenido que hacer de tripas corazón para apartarse. Y, aunque había dado media vuelta y se había marchado, una voz en su interior le pedía que regresara. Le gritaba lo estúpido que era.

Por el momento, Takeshi había conseguido controlar esa extraña vocecilla hasta volverla insignificante, una mera molestia. Pero, cuanto más tiempo pasaba con ella, más intensa se volvía.

Era una tortura. Exasperante.

No podía dejar de mirarla. Y se daba cuenta de lo inestable que se volvía en su presencia.

Lo que más lo asustaba era que empezaba a plantearse si quizá lo que Khalani le había contado era cierto.

¿Y si estaban realmente en el mismo bando y él la había olvidado? ¿Y si estaban tan unidos como afirmaba?

¿Sabía que él no era de los que hacían las cosas a medias? Si, en algún momento, elegía a una mujer como compañera, lo daría todo por ella.

Su fuerza. Su poder. Su corazón.

No le faltaría nada.

Pero la idea de escoger a Khalani Kanes le resultaba ridícula.

Era irritante. Obstinada. Imprudente. Insolente. Tenía cero instinto de supervivencia.

Pero sí, se veía obligado a disimular su reacción al ver esa determinación en sus ojos, la inteligencia que demostraba en sus palabras y la forma en que su presencia lo descolocaba por completo.

Y sí, poseía una fortaleza silenciosa que lo desconcertaba. Cuando hablaba, los demás prestaban atención. Apenas hacía unas semanas que conocía a Khalani, pero ya se había dado cuenta de lo importantes que eran para ella los que la rodeaban, incluso demasiado.

Era, sin duda, hermosa en todos los sentidos posibles.

Pero terca. Molesta. Obstinada. Respondona.

Takeshi se cruzó de brazos y siguió acallando los adjetivos positivos con negativos, que murmuraba entre dientes.

Y, sin embargo, ahí estaba, ante su puerta.

Jugueteó con el cuchillo y se recordó qué hacía allí.

Solo él podía tocarla.

Solo él podía matarla.

Nadie más.

El sentimiento era tan intenso que Takeshi apretó con más fuerza el arma, casi deseando que un intruso tratara de entrar en la habitación y le diera una excusa para liberar la agonía y el tormento que sentía.

Justo en ese momento, unas botas resonaron en el pasillo. Takeshi se humedeció los labios y empuñó el arma, preparado para derramar un poco de sangre.

Pero reconoció la figura robusta de Brock, su supuesto guía a través de la Zona Muerta.

No le gustaba ese tipo.

Sus ojos marrones eran demasiado inquisitivos y miraba a Khalani como si fuera su aliada.

Y eso bastaba para irritarlo.

—¿Te importa si te acompaño? —preguntó Brock en voz baja.

—Sí.

Brock soltó una risita y se sentó junto a él de todos modos.

Cabrón.

—Ya veo que no has cambiado.

El incursor suspiró y estiró las piernas, llevándose las manos a la nuca.

—No te comportes como si me conocieras —gruñó Takeshi, incapaz de soportar su presencia y deseando que lo dejara en paz.

Estaba harto de toda esa gente que actuaba como si fueran sus amigos.

Takeshi prefería estar solo, aislado. Dejar que otros te conocieran terminaba siempre en traición.

Brock ladeó la cabeza.

—¿De verdad no nos recuerdas? ¿A ninguno de nosotros?

—Ojalá dejarais de preguntarme eso.

—¿Por qué?

Takeshi frunció los labios. En otras circunstancias, habría evitado el interrogatorio marchándose, pero eso dejaría la puerta sin vigilancia.

Alguien como Brock podría entrar mientras dormía.

Y eso era inaceptable.

—Porque no es cierto —repitió.

Hizo girar el cuchillo cada vez más rápido, y casi estuvo a punto de cortarse un dedo.

Pero Takeshi quería sangre, aunque fuera la suya.

Prefería concentrarse en cualquier otra cosa antes que en ese tema.

—Ah, por eso te sientas frente a la puerta de su habitación —observó Brock con malicia.

—Se está bien aquí. Corre el aire.

—Estamos dentro de una casa.

—Veo que eres muy observador.

—Mira, colega, a nosotros miéntenos todo lo que quieras —dijo Brock—. Pero trata de no mentirte a ti mismo.

—No recuerdo haberte pedido consejo —espetó Takeshi con un tono de evidente amenaza.

—Mejor, porque no te estaba dando ninguno —replicó Brock.

Eso hizo que detuviera sus movimientos.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—Es difícil pegar ojo en un lugar como este. Hay que estar alerta.

Brock tensó la mandíbula mientras echaba una ojeada a su alrededor, y Takeshi reparó en el arma que llevaba en el bolsillo.

No le preocupaba.

Si Brock hacía la menor intención de sacarla, le cercenaría la carótida en un abrir y cerrar de ojos.

—Y, además, verte de mal humor siempre me alegra el día —dijo Brock.

La sombra de una sonrisa le cruzó el rostro.

Takeshi no pudo evitar que se le alzaran las comisuras de los

labios. Para su sorpresa, la brutal sinceridad del incursor alivió un poco la tensión del pasillo y, por un instante, dejó de lado la posibilidad de asesinarlo.

—Qué raro que no estés vigilando la otra puerta —comentó Takeshi.

—¿Por qué dices eso?

—Por su amiga. La de cabello azul. Siempre la estás mirando.

Brock lo fulminó con la mirada, y Takeshi comprendió que había conseguido una pequeña victoria.

—¿Es un tema delicado?

—No hay tema y punto —zanjó Brock.

—¿Cómo era eso que has dicho? No logro recordarlo —ironizó Takeshi al tiempo que alzaba la vista, pensativo—. ¿Algo así como que puedes mentir a los demás, pero no a ti mismo?

—Te lo estás pasando bien, ¿verdad?

—Creo que no me lo he pasado mejor en toda la noche.

Brock suspiró y volvió a mirar hacia la otra puerta. Durante el día, ocultaba bien sus sentimientos, pero, por la noche, Takeshi percibía el deseo y la angustia en sus ojos.

—Es difícil mantenerme alejado de ella —admitió Brock.

—¿Por qué?

—Porque soy un idiota.

—Ni que lo digas.

Brock lo miró con ojos entornados, pero hizo caso omiso del comentario.

—Los incursores llevamos una vida solitaria… —Soltó un suspiro —. Nos entrenan para no relacionarnos. El trabajo es más fácil si no echas nada de menos. Pero Serene me lo pone difícil. Me preocupa que caiga en un hoyo o que, por su culpa, se nos trague una tormenta de arena. No escucha. Va de listilla y siempre tiene algo

que decir.

—Así que la alejas —concluyó Takeshi, verbalizando lo que era evidente.

—Si consigo que me odie, puede que se olvide de mí y ambos nos salvemos.

Brock bajó la voz, y Takeshi advirtió que miraba de soslayo la puerta.

—¿Y qué tal te está yendo?

—Bueno, considerando que estamos los dos aquí tirados en el suelo compartiendo nuestros putos sentimientos, diría que bastante mal.

Takeshi resopló, resistiéndose a admitir que estaba de acuerdo.

Se suponía que a él todo eso le daba igual.

Pero, a pesar de la antipatía que sentían el uno por el otro, en esos segundos de silencio se forjó entre ellos una especie de vínculo que, sin duda, desaparecería al amanecer.

Pero, por ahora, era suficiente.

—Así que también fuiste prisionero en Braderhelm —dijo Takeshi, sorprendiéndose de sus deseos de seguir charlando.

—Sí.

Takeshi se había encargado de memorizar a cada prisionero de Braderhelm. Sus fortalezas. Sus debilidades. Era su trabajo. Y el hecho de que todo el grupo, excepto Elise, afirmara haber estado allí lo hacía hervir por dentro.

Había reconocido a la anciana a duras penas, pero no recordaba a nadie más.

Quizá todo formaba parte del plan: sembrar pistas, ganarse su confianza y hacerle creer su historia.

El corazón le latía desbocado en el pecho y no sabía qué pensar. La visión se le volvió borrosa y ladeó un poco el cuerpo.

«Recupera el control. Recupera el control. Recupera el con…».

—¡Eh! —Brock chasqueó los dedos y su voz cortante atravesó la confusión que sentía.

Jadeando, Takeshi recuperó la visión poco a poco. Al bajar la mirada, reparó en que se había cortado la palma al apretar demasiado el cuchillo.

—Mierda —murmuró, intentando limpiarse la sangre en los pantalones, pero el corte era más profundo de lo que pensaba.

Sin decir una palabra, Brock se puso en pie y desapareció. Regresó momentos después con una toalla y un paño blanco. Se lo lanzó todo a Takeshi, que se secó la sangre y presionó la herida con el paño.

—¿Estás bien? —preguntó Brock.

Takeshi asintió. Soltó un largo suspiro y echó la cabeza atrás, apoyándola contra la puerta. Le llegaron unos suaves ronquidos procedentes del dormitorio, y, por alguna razón, ese sonido alivió un poco la tensión que sentía en los músculos.

—Si te apetecía derramar un poco de sangre, podrías haberme pedido un combate —comentó Brock.

—Ahora mismo, nadie que luchara contra mí saldría bien parado.

Takeshi no alardeaba. Últimamente estaba de tan mal humor que era la verdad.

Brock se encogió de hombros y se puso en pie.

—Pues yo creo que los amigos están para darse puñetazos de vez en cuando.

—¿Eso es lo que somos? —Alzó la mirada despacio, más aterrorizado de lo que debería ante la palabra «amigo».

—No somos amigos —respondió Brock con honestidad, alejándose por el pasillo para apostarse frente a la puerta de su propia obsesión—. Pero, a veces, pienso que podríamos haberlo

sido.

19

El mundo esperó a que respirara antes de
ahogarme de nuevo.

—¡Khalani, despierta!

Soltó un gemido en la almohada. Tenía el cuerpo pegado al colchón y las piernas entumecidas después de una semana de trayecto.

No pensaba moverse a menos que alguien se estuviera muriendo.

—Ya ha amanecido. ¡Es hora de levantarse!

De repente, alguien tiró de las sábanas. Con los ojos aún cerrados, trató desesperadamente de taparse de nuevo, pero solo encontró aire.

—Winnie… —gruñó—. Por fin dormimos en una cama. ¿No podemos quedarnos un ratito más?

—No, no y no.

La anciana hizo hincapié en cada palabra golpeándola en la cabeza con la almohada.

—¡Vale, vale, ya me levanto!

Khalani salió de la cama mientras Winnie bailaba por el dormitorio.

—Brilla el sol. Hace un día precioso y los pajaritos cantan.

—Ya no quedan pájaros, Winnie.

Khalani se frotó los ojos.

—¡Puede que no! Pero algún día habrá.

Eso le pareció difícil, puesto que todos los animales se habían extinguido trescientos años atrás.

La anciana dio una palmada, directa al grano.

—Vamos, querida, muévete. Winnie ya se ha aseado y ha encontrado este bonito vestido púrpura en el armario.

Dio una vuelta para mostrárselo, y el vestido de estampado floreado le ondeó suavemente sobre los tobillos. Khalani se preparó para ir a la ducha sin poder evitar una sonrisa.

No había nadie haciendo guardia ante su puerta.

Cuando atravesó la sala de estar, se encontró con Takeshi y Brock, sentados uno en cada extremo del sofá. No hablaban, aunque tampoco se respiraba tensión entre ellos.

Casi parecía como si estuvieran… ¿disfrutando de la compañía mutua?

No. Imposible.

Cuando se volvieron hacia ella, advirtió que ambos tenían los ojos inyectados en sangre, como si se hubieran pasado la noche en vela.

—Descansen.

Hizo un saludo militar y siguió adelante, ignorando el vuelco que había sentido en el estómago cuando su mirada se había cruzado durante medio segundo con la de Takeshi.

Se estaba quedando sin ideas para hacerle recobrar la memoria. Hablar con él no había servido de nada. Besarlo, desde luego, tampoco había servido de nada.

La única opción que le quedaba era la paciencia.

Khalani podía ser paciente.

…

…

…

Pensándolo mejor, quizá fuera hora de idear un nuevo plan.

Se enjabonó rápidamente y se puso la ropa que había encontrado en la cómoda: unos apretados pantalones cortos de licra de color beis y una camiseta sin mangas azul que se le ceñía al torso. Tomó aliento y se miró al espejo. Ahora tenía los músculos de los brazos y las piernas más definidos, y sus curvas se habían vuelto más voluptuosas desde que había sido liberada.

Quizá sí que había otra manera de llamar su atención y hacerle recordar.

Regresó a la sala de estar y, al pasar ante ellos, Khalani arqueó con disimulo la espalda y sacó el trasero.

La mirada sombría de Takeshi se deslizó por todo su cuerpo menudo. Sin pestañear.

Permaneció sentado en el sofá, sin tan siquiera moverse, aunque tensó todos y cada uno de sus exquisitos músculos. Como si quisiera arrancarse los ojos, pero no pudiera hacerlo.

Khalani siguió adelante con la cabeza bien alta, fingiendo que no había notado que la miraba. La risita que soltó Brock entre dientes no fue de ayuda.

—¿Por qué caminas como si te estuvieras cagando?

Serene salió de la habitación y Khalani se volvió de golpe.

—Estaba…, ejem…, déjalo estar —balbuceó, poniéndose roja como un tomate—. ¿Qué tal has dormido?

—Como un tronco. Estaba soñando algo muy bonito, pero supongo que ya dormiré cuando me muera.

Serene se encogió de hombros y se dejó caer en el espacio que separaba a Takeshi y Brock.

De forma sutil, Brock se alejó de ella tanto como pudo, casi inclinándose sobre el reposabrazos. Le lanzó una mirada misteriosa a Takeshi, pero este se limitó a negar con la cabeza.

Khalani se sorprendió ante la curiosa interacción.

Una vez que todos se hubieron despertado y aseado, Ferren apareció en la puerta con la cabeza bien alta, agarrando la lanza como si estuviera listo para entrar en combate.

—La jefa requiere vuestra presencia en el claro.

Todos se miraron extrañados. El plan era partir a primera hora de la mañana, pero, en su ausencia, Derek no había sufrido daño alguno y Oasis no les había dado ningún motivo para desconfiar.

Sin pronunciar palabra, todos se dijeron que no ocurriría nada por una última charla, y aceptaron.

Mientras recorrían la avenida Feliz, les llegó el sonido de unas carcajadas infantiles. Los niños jugaban a la pelota en el exterior de aquellas casas tan bonitas. Unas pocas parejas paseaban de la mano. Khalani vislumbró a varias mujeres que tendían la colada en los patios traseros.

Pero la paz se rompió cuando, a lo lejos, se oyó el sonido de unos disparos.

Khalani dio un respingo y miró asustada a Ferren, esperando que blandiera la lanza y cargara. Sin embargo, el escolta pareció no inmutarse y continuó caminando.

Takeshi se acercó a ella, acariciando la pistola que llevaba en el bolsillo. Cuando alcanzaron la cima de la colina y llegaron al claro, descubrieron el origen del alboroto.

Unos reclutas vestidos de negro estaban alineados en tres filas, y los del frente entornaban los ojos y disparaban a unas dianas blancas a unos treinta metros de distancia. Por las miradas asesinas que les lanzaba Patreus, la exasperación que desprendía la jefa y las

dianas sin marca, no parecía que estuviera yendo muy bien.

—No. No. ¡NO! —gruñó Patreus, colocándose en frente de la fila y haciéndolos recular—. Sabéis que vuestro objetivo es dar en la diana, ¿verdad? Pues no me estáis dando motivos de alegría… ¡porque todos disparáis en la misma dirección!

—Sí, señor —murmuraron los reclutas.

—Juro por la diosa de la luna que el siguiente grupo va a pasar la noche aquí hasta que sus culos patéticos no empiecen a mostrar algún progreso.

Furioso, Patreus se situó de nuevo junto a la jefa.

—No hay nada que hacer, jefa. No tenemos suficientes hombres para hacer una incursión esta noche. Tendremos que posponerla hasta que mejoren con las pistolas.

—Podemos utilizar las lanzas —murmuró ella, poco convencida.

—En el último asalto, faltó poco para que acabaran todos muertos —le recordó—. Los Pecadores han reforzado sus efectivos, y Ansel ha intensificado los ataques a nuestros suministros.

La jefa se pellizcó los labios con la vista clavada en el suelo, pensativa.

Cuando Ferren carraspeó para denotar su presencia, alzó la mirada y se obligó a forzar una sonrisa que no se reflejó en sus ojos.

—Bienvenidos de nuevo. Espero que hayáis descansado.

—Así ha sido —se apresuró a responder Khalani—. Gracias por mantener tu palabra y haber cuidado de Derek.

—Ha sido un placer. Nos ha ayudado mucho —dijo la jefa, tensándose un poco.

—¿Qué sucede? —preguntó Derek.

—Tenemos que asaltar la ciudad más cercana en busca de provisiones. —Lo miró con inquietud—. ¿Cuánto falta para que un vehículo pueda recorrer una larga distancia?

—Creo que dentro de un par de días tendré la cantidad necesaria de etanol.

La jefa soltó una maldición y se pasó una mano por la encrespada melena pelirroja.

—Tenemos que reabastecernos pronto o agotaremos el resto de las cosechas. Se está levantando viento y, si retrasamos la incursión, las tormentas de arena podrían dejarnos completamente fuera de combate. Pero, por desgracia, tenemos un problema mayor.

Miró a los reclutas, que estaban disparando hacia las dianas y seguían fallando el tiro.

—En serio, son malísimos —comentó Brock.

Aunque la jefa y Patreus lo fulminaron con la mirada, se encontraban en tal aprieto que eran incapaces de negar la verdad.

—Ansel y sus Pecadores nos han atacado en nuestras dos últimas incursiones. Perdimos a muchos hombres y mujeres valiosos. —Patreus apretó los puños—. No podemos permitirnos que eso vuelva a suceder, y necesitamos guerreros que protejan Oasis. Pero, si les encomendamos la misión a estos reclutas, lo más probable es que acaben matándose entre ellos.

Unos disparos al azar rompieron el silencio que había invadido el ambiente y los reclutas soltaron gruñidos de frustración.

—A menos que… —dijo la jefa al tiempo que alzaba la mirada hacia ellos— alguno de vosotros quiera ayudarnos.

—No —espetó Brock al instante—. Nos vamos hoy.

—Pero, si no nos ayudáis, ¡nuestro pueblo se morirá de hambre! Solo necesitamos a tres de vosotros, nada más.

—Y lo sentimos de verdad, pero hemos cumplido con nuestra parte del trato.

—Derek… —La jefa se volvió con expresión implorante—. Ya sabes lo que puede ofrecer nuestra comunidad. Somos buena gente.

¿Vas a dejar que suframos? Aún puedes sernos útil.

—Basta —soltó Brock—. No lo manipules haciéndolo sentir culpable.

El rostro de Derek reflejó sus sentimientos encontrados. Khalani sabía que deseaba marcharse con ellos, pero era evidente que le angustiaba abandonar a la gente que le había dado cobijo durante el último mes.

Se alzaron más voces beligerantes, pero Khalani dejó de oírlas.

Desvió la mirada hacia la avenida Feliz y vio a los niños jugando sin miedo, sonriendo hacia sus padres, que habían conseguido crear algo en la superficie por lo que valía la pena luchar.

Por muchos secretos que escondiera Oasis, entre sus muros seguía brillando una luz. Una chispa que llevaba apagada desde antes del Gran Colapso.

Y, si Khalani se marchaba y los abandonaba a su suerte, no sería mucho mejor que el gobernador.

—Yo os ayudaré —declaró, alzando la voz entre el alboroto.

Todos la miraron atónitos.

—No, Khalani. Dentro de una semana y media tenemos que estar en otro sitio —objetó Brock, negando con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo durará el asalto? —le preguntó a la jefa.

—Dos días como mucho. Partiremos al anochecer para reducir el riesgo de que nos detecten. Si todo va bien, estarás de vuelta enseguida.

Khalani se volvió hacia Brock.

—Tendremos tiempo de sobra para hacer el trayecto.

—No. No es buena idea —masculló.

Khalani lo ignoró y desvió la mirada hacia la única persona del grupo que había pasado más tiempo en Oasis y que, por tanto, tenía más conocimiento de causa.

—¿Tú qué opinas, Derek?

—Yo… creo que no vendrían mal un par de días más. Podría terminar el etanol antes de marcharnos —respondió Derek con tono evasivo, permitiéndose albergar la esperanza de quedarse.

—Entonces, iré. —Khalani miró a la jefa—. Ahora sois uno más en el asalto.

Patreus resopló y se cruzó de brazos.

—¿De verdad puedes disparar una pistola?

Una respuesta le burbujeó en la garganta, pero tenía una manera mejor de decírselo.

Khalani se encaminó hacia uno de los reclutas y le arrebató la pistola. Apuntó hacia la diana, aferrándose al arma letal y respirando despacio. Tal como Takeshi le había enseñado tiempo atrás, se concentró en un punto y apretó el gatillo.

La bala no dio en el centro de la diana, pero impactó en la parte exterior. Sin añadir palabra, le devolvió la pistola al recluta, que la miraba sorprendido.

Patreus se había quedado perplejo. Brock soltó una maldición entre dientes al tiempo que la jefa alzaba levemente las comisuras de los labios.

Takeshi la observó con la cabeza ladeada. Había dejado de fingir que se aburría.

—Bienvenida al equipo. —La jefa asintió y se volvió hacia el resto del grupo—. Necesitamos a dos más. ¿Alguien es bueno con un arma?

No había pasado ni medio segundo cuando Takeshi, abandonando su lugar en la retaguardia, dio un paso al frente y se situó junto a Khalani. Aunque sus brazos no se rozaban, podía sentir las ráfagas de calor que emanaban de él.

Khalani contuvo la respiración y se preguntó si, al igual que ella,

Takeshi sería consciente de cada milímetro cuadrado que los separaba.

—¿Alguien más? —preguntó la jefa.

Serene avanzó.

—Ni en tus putos sueños —dijo Brock.

Le tomó el brazo para devolverla al grupo, pero Serene se zafó de él.

—Suéltame.

—No vas a ir.

—Oh, sí que lo haré.

El rostro de Brock adoptó un tono rojo poco saludable.

—Tienes tres segundos para retirarte o yo mismo te arrastraré hasta la casa y te ataré a la cama.

—Eso es muy perverso.

—Uno… —advirtió.

Nadie movió un pelo, y Brock hizo crujir el cuello.

—Dos…

Serene tragó saliva.

—Tres…

—¡Vale, vale! Te propongo un trato.

Brock se detuvo, con los puños apretados.

—Me quedaré aquí y no armaré más lío. —Serene alzó la mirada —. Pero tú tienes que acompañar a Khalani.

—¿Por qué?

—Porque eres nuestro segundo mejor tirador.

—¿El segundo? —Dio un paso atrás, ofendido—. ¿Y quién cojones es el primero?

Serene se limitó a señalar con la cabeza a Takeshi, que tuvo el descaro de sonreír con malicia.

—Hay otro motivo por el que quiero que vayas —añadió Serene

en voz baja.

—¿Y qué otro motivo podría haber?

Brock alzó las manos.

—Porque confío en ti. Y porque te lo estoy pidiendo educadamente. ¿Por favor?

Brock la miró, atónito. Era evidente que no se lo esperaba. Puede que solo hubieran pasado unos pocos segundos, pero el incursor pareció considerar sus palabras durante toda una eternidad.

—De acuerdo —suspiró al fin—. Iré.

Una sonrisa sincera iluminó el rostro de Serene al tiempo que se abalanzaba sobre Khalani para abrazarla.

—Será mejor que regreses sana y salva —susurró, dándole un beso en la mejilla.

Asintió con la cabeza hacia Takeshi y se volvió para darle una palmada a Brock en la espalda. Pero el incursor la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos.

Serene ahogó un grito y, sin pensarlo, le correspondió. Sin embargo, enseguida se separaron; había sido el abrazo más rápido de la historia.

—¿Qué te parece? ¿Es factible?

La jefa se volvió hacia Patreus, que mantenía una expresión rígida y sombría.

—Servirán —admitió a regañadientes, soltando un suspiro.

—Bien, entonces está decidido —declaró la jefa un poco más tranquila—. Ferren será el encargado de liderar el asalto. Os dirá todo lo que necesitáis saber. Comed algo y descansad. En cuanto se ponga el sol, cruzaréis el muro.

—Entendido —dijo Khalani, preparándose para el trayecto.

—Bien. —La jefa paseó una mirada seria por cada uno de ellos —. Y aseguraos de volver con vida.

20

Creo que una parte de mí siempre te buscará.

Khalani torcía el gesto cada vez que sus maltrechas botas pisaban la arena dorada. Solía disfrutar contemplando la resplandeciente luna, el único objeto capaz de hipnotizar a cualquiera y robarle toda su atención. Sin embargo, esa noche, más bien era un faro luminoso que podía revelar su ubicación a los Pecadores.

Observó las escasas nubes en el cielo y suplicó para sus adentros que aparecieran muchas más y que los ocultaran.

—¿Estás bien? —preguntó Ferren, acercándose a ella.

—Sí —respondió de forma automática, deseosa de que el temblor de sus manos se calmara—. ¿Cuánto falta para llegar?

Habían partido horas atrás, y el sol ya se había ocultado en el horizonte desde hacía un buen rato. Khalani se restregó las manos en el cárdigan negro que le habían prestado cuando la noche los envolvió en un frío abrazo.

—No llegaremos a la ciudad hasta el amanecer —respondió Ferren—. Asegúrate de que no te quedas rezagada.

Al ver que asentía, se apresuró a unirse a los que encabezaban la comitiva. Le susurró algo a un hombre de pelo castaño cortado casi al ras. El hombre escudriñó el horizonte y rápidamente negó con la cabeza, lo que provocó que Ferren soltara un suspiro de alivio.

Prosiguieron la marcha en silencio. Khalani empezaba a sentir calambres en las piernas. Las botas se hundían en la arena y le pesaban, como si pisara barro. Pero Ferren y el resto de los guerreros siguieron con paso ligero e implacable, como si estuvieran acostumbrados a recorrer la Zona Muerta.

A su espalda, notó que Brock la miraba con fastidio. No sabía si era porque veía sus esfuerzos para seguir el ritmo o porque se había visto obligado a unirse a su pequeña excursión. Sin duda, era por ambas cosas, entre otros motivos que Khalani desconocía.

Takeshi caminaba a un par de metros de ella. No parecía que le faltara el aliento. Su nivel de resistencia no tenía rival, pero, pese a que podría haber encabezado el grupo y marcar un ritmo agotador, prefería mantenerla en su campo de visión.

Khalani no permitió que su enfado hiciera mella en ella. Trató de no obsesionarse con sus motivos para acompañarlos. Interpretar las razones de Takeshi era tan productivo como esperar que el desierto se convirtiera en mar.

Pero no dejaba de darle vueltas a algo: no se había presentado voluntario para el asalto hasta que ella lo había hecho.

¿Acaso las partes enterradas de sí mismo seguían queriendo protegerla? ¿Era consciente de que tenía justo a su lado a la persona que lo sacrificaría todo por él?

—¿Ya te has hartado de mirar, Kanes?

Khalani se sorprendió cuando Takeshi desvió su ominosa mirada hacia ella.

—No… te estaba mirando.

—Sí, ya…

—Solo estaba observando el paisaje —mintió.

—Oh, claro. Este paisaje tan cambiante —se burló—. ¿Crees que la arena de esa duna es diferente de la que estás pisando ahora

mismo?

—No estoy segura. ¿Qué te parece si caminas el kilómetro y medio que hay hasta allí y me lo dices?

Una de las guerreras más avanzadas fulminó con la mirada a Khalani, advirtiéndola de que estaba hablando con un tono demasiado alto. Khalani gruñó entre dientes y trató de no concentrarse en los molestos granos de arena que se le metían en los calcetines.

—Estás nerviosa —comentó Takeshi acercándose a ella.

Su primera reacción fue contraatacar, pero algo le dijo que eso era exactamente lo que él deseaba.

Se negó a responder.

—¿Pasó algo durante el trayecto? —insistió él—. ¿Algo en tu versión de los hechos?

No pensaba abrir el pico por mucho que le leyera la mente.

El disgusto se reflejó en los rasgos afilados de Takeshi.

—Si crees que ignorándome te creeré antes, olvídalo.

Ojalá.

Khalani se metió las manos en los bolsillos y mantuvo la mirada al frente. Takeshi soltó un suspiro exasperado.

Qué extraño. Por lo general, la prefería callada.

Caminaron sin pronunciar palabra durante otros cinco minutos.

—¿Por qué has venido? —dijo él finalmente.

La pregunta la desconcertó.

—¿A qué te refieres?

—La mayoría de la gente huye de sus miedos. Pero tú te obstinas en lanzarte hacia ellos. ¿Por qué?

Rodeados de la oscuridad, su voz aterciopelada le resultaba aún más íntima.

—¿Qué te hace pensar que tengo miedo?

La observó de reojo con complicidad, como si fuera un libro abierto para él. Khalani se vio obligada a desviar la mirada antes de cometer una estupidez.

Como besarlo.

—¿Estás nervioso? —contraatacó con una pregunta, intentando que la conversación dejara de girar sobre sí misma.

—No.

—¿Existe algo que te dé miedo?

—Unas cuantas cosas —admitió.

—¿Cuáles? —preguntó Khalani mirándolo a los ojos.

—Ni que te las fuera a decir…

—Sé guardar un secreto.

—Me alegro.

—Vale —resopló—. Pues dime tus razones para venir.

—Creía que eran evidentes.

—¿Para protegerme?

Antes de que pudiera tragárselas, esas palabras llenas de esperanza se le escaparon de los labios.

—¿Qué demonios te hace pensar eso? —dijo él con una voz estremecedora al tiempo que ladeaba la cabeza.

Pensándolo bien, tampoco lo había negado.

—Dímelas tú.

—Buen intento. —Negó con la cabeza y unos mechones de pelo negro le cayeron sobre la frente—. Dime las tuyas primero. Y puede que después te diga yo las mías.

Khalani soltó un suspiro y llevó la mirada al frente, al vasto desierto que los rodeaba.

—No es tan complicado. Oasis necesitaba ayuda.

—Había otros en el grupo que podrían haberse presentado voluntarios.

—Prefiero arriesgarme yo a los demás.

—¿Por qué?

—Porque los quiero —admitió, aferrándose a las correas de la mochila que llevaba a la espalda.

—¿Tu amor por ellos es más grande que el que sientes por ti misma? —preguntó atónito.

—¿No es esa la única manera de amar que existe?

Temiendo haber revelado demasiado, Khalani se cruzó de brazos y un denso silencio se extendió entre ellos.

De todas sus debilidades, él era la más grande.

Y no por el daño que pudiera causarle.

Sino por todas las formas en que se rendiría ante él.

—Me has preguntado por qué he venido —dijo Takeshi finalmente—. Quería vigilarte.

—Lo que imaginaba. —Soltó un profundo suspiro y dejó caer los hombros—. Soy tu enemiga y no puedes confiar en mí, bla, bla, bla.

Takeshi curvó de forma casi imperceptible las comisuras de los labios.

—Es cierto —susurró, inclinándose hacia ella con un destello peligroso en los ojos—. Pero aún no he acabado contigo. Así que, como no confío en que sepas guardarte las espaldas…, alguien tiene que hacerlo.

La sutil amenaza la dejó sin aliento. Takeshi no añadió ni una palabra más ni le dio oportunidad de responder. Se limitó a alejarse, dejándola perpleja.

Ferren se llevó un dedo a los labios y los siete se agacharon detrás de un edificio derrumbado.

Khalani se aferró a la pistola, apuntándola hacia el suelo de arena mientras escudriñaba la zona desierta.

El sol había empezado a salir y los iluminaba con sus exiguos rayos.

El aire les llegaba cargado de arena y polvo mientras esperaban en los confines de un pueblo abandonado.

—La tienda está al final de la calle —susurró Ferren con la espalda rígida—. Pegaos a los edificios. ¿Listos?

Todos asintieron con evidente tensión. Especialmente Takeshi.

Con mirada furiosa, se agarraba a la pistola como si fuera una extensión de sí mismo.

Khalani sintió la adrenalina en las venas al rodear los edificios destruidos. Había una calle principal, pero, a diferencia de Oasis, en ese pueblo no había parterres ni césped decorando la polvorienta calzada. Ni niños que reían mientras bailaban entre las casas.

Cualquier atisbo de paz y consuelo se había esfumado tiempo atrás.

Durante una milésima de segundo, una visión apareció en su mente. Cientos de personas deambulaban por las calles, celebrando algo mientras unas coloridas bolas de fuego explotaban en el aire. Asombrada, se quedó inmóvil, pero la escena se esfumó con la misma velocidad que había llegado, revelando ante ella un páramo inhóspito de edificios en ruinas.

Titubeó un instante al andar y enseguida sintió que Takeshi se pegaba a ella.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Khalani negó con la cabeza.

—Nada.

Era evidente que el calor y la deshidratación le estaban pasando factura.

Takeshi entornó los ojos con aire inquisitivo, pero no añadió nada más. Khalani alcanzó a Brock. El olor rancio de los escombros le llenaba los pulmones mientras Ferren conducía la avanzadilla por el flanco derecho del pueblo, cerca de las ventanas rotas de los edificios. El lugar le recordaba de forma espeluznante a una imagen de una antigua ciudad del Oeste que había visto en un libro de historia.

Captó un leve movimiento a su izquierda. Levantó el arma por puro instinto, pero solo era un matojo empujado por el viento. Bajó despacio la pistola, con el corazón latiéndole en los oídos.

En las calles de esa aldea desierta no había coches. Echó un vistazo por una de las ventanas rotas y advirtió que no quedaban muebles en el interior de los edificios. Lo habían desvalijado todo. Como si la gente hubiera salido despavorida de allí por alguna razón.

Khalani deseó que Ferren avanzara más deprisa.

No era la única.

Los otros tres guerreros se tensaban ante el más mínimo roce de las botas con la arena y alzaban las armas cada vez que el viento ululaba, animándolos a abandonar.

Pero continuaron avanzando, ignorando el extraño presentimiento que les gritaba que salieran corriendo de allí.

Hasta Takeshi, que por lo general guardaba las distancias, se pegó a ella.

Finalmente, alcanzaron el edificio que tenían como objetivo. Era de mayores dimensiones que el resto: tenía un porche de madera lleno de columnas y un letrero amarillo colgado al otro lado de la ventana.

«Almacenes Hills: Cerrado. ¡Dispararemos a todo el que se acerque!».

Khalani tragó saliva, pero Ferren hizo un ademán para quitarle importancia.

—Ese letrero tiene cientos de años. Nuestros rastreadores creen que puede haber comida enlatada en la parte trasera. Vosotros dos, vigilad la entrada —les ordenó Ferren a Khalani y Takeshi—. El resto, venid conmigo.

Los demás guerreros se apresuraron a entrar tras él. Brock fue el único que vaciló, pero Takeshi asintió con firmeza.

Khalani se tensó cuando la maltrecha puerta, cuyas bisagras apenas la sostenían, se cerró detrás de Brock con un fuerte crujido. Desvió la mirada hacia Takeshi, que no se parecía en nada al bondadoso hombre que la había ayudado en el campo de detención, sino más bien lo contrario: el aterrador capitán que había arrancado la cabeza del gobernador escudriñaba la carretera y los edificios abandonados con una precisión glacial.

De repente, se colocó con sigilo entre ella y la calle principal al tiempo que agarraba la pistola.

—¿Qué sucede? —susurró.

—Algo no va bien.

Khalani percibió en su voz una violencia latente.

Sin hacer ruido, también empuñó el arma.

Excepto por unos pocos sonidos amortiguados que llegaban desde el interior del edificio, todo estaba en silencio. El sol continuaba su ascenso, exponiéndolos de forma gradual.

Khalani se volvió hacia la puerta.

¿Por qué tardaban tanto?

Justo cuando se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja, un destello de luz le cruzó el rostro. Entornó los ojos, y otro destello la deslumbró.

—Takeshi…

Él se volvió, levantando el arma al advertir otro haz de luz.

—Quédate aquí —ordenó en voz baja.

Avanzó un paso, pero se detuvo en seco.

Una pequeña figura salió de una callejuela oscura al otro lado de la calzada. A Khalani se le desbocó el corazón, incapaz de dar crédito a lo que veía.

Era una criatura.

El niño no podía tener más de siete años. Iba descalzo, llevaba un sucio saco de arpillera beis y estaba tan delgado que se le marcaban todos los huesos. Una melena rubia y desgreñada le llegaba a los hombros, y los observaba con expresión sombría y el rostro cubierto de polvo. El chiquillo abrió la boca despacio. Estaban demasiado lejos para oírlo, pero parecía que articulaba una sola palabra: «Socorro».

Un fuerte instinto hizo que Khalani se abalanzara hacia él, pero Takeshi la agarró de inmediato y la frenó. Negó con un rápido movimiento de cabeza sin apartar la mirada del niño, que ahora lloraba.

El raquítico chiquillo dio un paso vacilante hacia ellos, pero una figura invisible lo arrastró de vuelta al callejón.

Unos aullidos agonizantes rasgaron el aire.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Khalani con voz ronca.

Esquivó rápidamente a Takeshi y ya casi había conseguido cruzar la calle cuando él la aupó del suelo y la puso tras de sí sin apenas esfuerzo.

—Entra en la tienda —gruñó, apuntando la pistola hacia la callejuela.

Khalani aún tenía la vista puesta al frente cuando captó otro leve movimiento.

Se volvió justo para ver que alguien apuntaba a Takeshi con una pistola.

No tuvo tiempo de disparar.

Solo pudo gritar:

—¡Cuidado!

Se abalanzó sobre Takeshi y lo apartó. Sintió que algo le golpeaba el cuello antes de caer al suelo.

Con la vista puesta en el despejado cielo azul y la espalda en la arena, Khalani parpadeó. Por instinto, se llevó una mano a la nuca, esperando encontrar la cálida viscosidad de la sangre, pero, en lugar de eso, sintió algo grueso y afilado clavado en la piel.

El rostro consternado de Takeshi apareció sobre ella. El horror se reflejó en su semblante cuando sacó un grueso dardo.

—Joder, Kanes, levántate —le ordenó con la voz quebrada mientras lanzaba el dardo a un lado y la ayudaba a ponerse en pie.

Khalani abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno. A cada milisegundo que pasaba, sus extremidades se volvían más pesadas y respiraba más despacio mientras la tierra seguía arrastrándola hacia sus profundidades…, dándole la bienvenida a casa.

Era agradable.

Caer en un sueño profundo mientras contemplaba algo tan hermoso.

«Podría morir así», pensó Khalani, con una lágrima asomándole a las comisuras de los ojos.

—¡LEVÁNTATE, KANES!

«No puedo».

Takeshi siguió con la mirada la lágrima que le resbaló por la mejilla, y su expresión cambió.

Una furia oscura le nubló la visión y alzó lentamente la cabeza.

Lo único que pudo hacer Khalani fue contemplar cómo la rabia más profunda tomaba el control.

Takeshi levantó el arma y abrió fuego.

Se oyeron gritos, y más disparos estallaron en el aire.

Un dardo le impactó en el pecho.

Takeshi se estremeció, pero siguió disparando, como dominado por una poderosa tormenta, listo para castigar al mundo.

Otra lágrima se le deslizó por el rostro al ver que, en represalia, varios dardos lo alcanzaban.

Khalani se esforzó por mover los labios y pronunciar una súplica desesperada.

«Vete. Déjame».

Sin embargo, lo único que salió de ellos fue un gemido apenas audible.

Takeshi se acuclilló junto a ella, protegiéndola con su cuerpo y negándose a abandonarla mientras seguía disparando sin cesar. Otra ráfaga de dardos le dio de lleno, y su rodilla cedió, postrándolo en la arena.

«¡VETE!».

Pero él no escuchaba esos gritos silenciosos que le desgarraban el pecho.

Y Khalani permaneció allí, inerte e indefensa, viendo cómo el robusto cuerpo de Takeshi se tambaleaba y se desplomaba.

Su mejilla golpeó el suelo junto a ella, y ambos se miraron, incapaces de hablar o salvarse. Con un esfuerzo hercúleo, Takeshi deslizó lentamente la mano sobre la arena hasta que la punta de uno de sus dedos rozó los de Khalani.

A lo lejos oyó unos gritos, pero los sonidos le llegaban amortiguados, como si estuviera bajo el agua. Se concentró en los dedos de Takeshi, que rozaban los suyos y la mantenían en el presente.

Esa pequeña conexión era lo único que la animaba a seguir respirando.

Pero, de repente, una bolsa le cubrió la cabeza.

Y todo se volvió negro.

21

Cantaré por ti si tú gritas por mí.

Khalani se despertó sobresaltada en la oscuridad de una tienda.

Parpadeó, aturdida, mientras trataba de analizar lo que la rodeaba.

¿Dónde demonios estaba?

Advirtió de forma vaga que se encontraba sentada en una silla de metal. Echó un vistazo a su alrededor, buscando frenéticamente a Takeshi en el pequeño espacio, pero allí no había nadie. La lona marrón de la tienda aleteaba despacio, dejando pasar un atisbo minúsculo de luz.

Trató de ponerse en pie, pero tenía las piernas atadas a la silla y una gruesa cuerda le rodeaba todo el cuerpo. Apretando los dientes, intentó liberarse, pero los nudos eran imposibles de aflojar y tenía los brazos sujetos a la espalda.

Después de diez minutos de esfuerzos que la dejaron sin energía, se desmoronó en la silla.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado.

Ni de si Takeshi seguía con vida.

—¡¿Hola?! —gritó.

El aleteo de la lona provocado por el viento fue la única respuesta.

Escudriñó el pequeño espacio, tratando de encontrar algo que pudiera serle de utilidad. Para su sorpresa, vio la mochila al otro lado de la tienda, a solo un metro de ella.

Quizá el cuchillo aún seguía en su interior.

Retorció los brazos con el fin de sacar las manos, pero la cuerda le apretaba tanto que casi le cortaba la circulación.

Pero la mochila estaba tan cerca… Tenía que seguir intentándolo.

Khalani se balanceó de un lado a otro, tratando de ganar impulso para volcar la silla. Cayó de costado contra el suelo. Las cuerdas que la amarraban no se habían movido ni un centímetro.

—Mierda —masculló.

Aunque se encontraba en una situación aún peor, se arrastró como pudo en dirección a la mochila.

En ese preciso momento, dos hombres entraron en la tienda.

En la posición en la que estaba, con la cabeza apoyada en el suelo, apenas tenía ángulo para ver quién había entrado, pero oyó que uno soltaba una risita.

—Vaya…, ¿así que intentando escapar?

Uno de los desconocidos se colocó a su espalda, fuera de su campo de visión. Sintió que la levantaban y enderezaban la silla. La cuerda le raspó la piel y se estremeció al oír un golpe amortiguado, que resonó por toda la tienda.

Un hombre bajito y rubio, con la piel bronceada y una cicatriz que le partía la ceja derecha, se dejó caer frente a ella en una silla metálica idéntica a la suya. Llevaba unos pantalones marrones y una túnica de color blanco roto con las mangas cortadas a la altura de los hombros, lo que permitía ver unos antebrazos musculosos cubiertos de unos tatuajes negros con motivos geométricos.

Se quedó sentado en la silla con aire tranquilo, con las manos entrelazadas y apoyadas en el regazo.

—Sé que venís de Oasis —afirmó, desnudándola con unos ojos brillantes y pequeños—. Pero no os he reconocido, ni a ti ni a tu amigo. Así que o eres una de sus reclutas… o eres otra cosa —añadió con voz más severa.

Le hizo una señal al hombre que había detrás de ella. Khalani oyó un ligero clic. Al volver un poco la cabeza, pudo advertir que aquel bruto había sacado una afilada navaja de muelle. Asustada, vio que daba un paso hacia ella.

—No sé quién crees que soy, pero no lo soy.

Presa del pánico, Khalani respiró de forma entrecortada mientras la enorme silueta del hombre se acercaba.

—Eso ya lo veremos —respondió el rubio de forma críptica antes de dedicarle a su cómplice un nuevo gesto de asentimiento con la cabeza.

Khalani solo oyó sus jadeos mientras trataba de zafarse. El hombre la agarró de la muñeca. Un momento después, sintió que clavaba la navaja en el antebrazo y empezaba a hacerle un corte en la piel. Sus gritos resonaron por toda la tienda mientras la hoja se hundía cada vez más. Temblando de pies a cabeza, Khalani le pidió al hombre que estaba sentado ante ella que parara, pero este se mostró impasible.

Finalmente, tras unos segundos de calvario, apartaron la navaja y le dejaron recuperar el aliento durante unos instantes. Pero, a continuación, el hombre se arrodilló y le abrió la herida.

Khalani profirió un grito agónico.

No tenía ni idea de qué le estaban haciendo.

No quería saberlo. Lo único que quería era no sentir ese dolor.

Necesitaba a Takeshi.

Unas lágrimas de tristeza le resbalaron por el rostro.

Al cabo de un rato, el hombre que estaba a su espalda la dejó en

paz y le dirigió un gesto al rubio sentado ante ella. Khalani no pudo verlo.

—¿Estás seguro? ¿Igual que el otro? —preguntó extrañado.

—Sí, Ansel.

Se le heló la sangre.

«Ansel».

Recordó todo lo que la jefa había dicho sobre él.

Era el líder de los Pecadores. Un hombre violento. Un caníbal.

Las manos le temblaron aún más, y sintió la calidez de la sangre, que le resbalaba por la muñeca mientras Ansel se acariciaba el mentón con la vista clavada en el suelo.

—¿Cómo habéis acabado en Oasis?

Ansel alzó su mirada escrutadora y clavó los ojos en los de Khalani.

—No pienso decirte una mierda hasta que vea al hombre al que habéis disparado. ¿Está en una tienda diferente? ¿Adónde habéis llevado a los otros?

Khalani se esforzó por no sonar desesperada.

—El resto del grupo ha escapado. Solo os hemos capturado a vosotros dos. Pero es curioso… —Ansel ladeó la cabeza—. Él ha pronunciado las mismas palabras.

—Así que ¿está aquí?

El corazón empezó a latirle de forma desbocada mientras Ansel esbozaba una cruel sonrisa.

—Dime lo que quiero saber y te permitiré verlo.

Khalani tensó la mandíbula al ver que Ansel se recostaba en la silla como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Sin embargo, un destelló de impaciencia en los ojos azules lo traicionó. Parecía muy interesado en lo que creía que Khalani sabía, fuera lo que fuese. Tenía que escoger sus palabras con cuidado si

querían salir con vida.

—Estábamos viajando por la Zona Muerta cuando contactamos con Oasis. Nos permitieron quedarnos con ellos.

—¿Viajando desde dónde?

Khalani vaciló.

—Desde Apolo.

Ese detalle le llamó la atención, y Ansel se irguió en la silla y se inclinó hacia ella.

—¿La ciudad subterránea?

—Sí.

—¿Esa gente sigue con vida?

Lo miró extrañada.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Limítate a responder.

—Sí. Hasta donde yo sé, siguen con vida.

—Interesante —musitó pensativo.

—¿Qué quieres? —se atrevió a preguntar.

Ansel no respondió y sacó despreocupadamente un cuchillo afilado del bolsillo trasero. Khalani se puso rígida, anticipando el insoportable dolor, pero, en lugar de cortarle la garganta, el hombre se puso a limpiarse las uñas. Khalani tragó saliva al ver la hoja brillante.

—Quiero que mi pueblo encuentre la prosperidad en la superficie —dijo al fin Ansel—. Y, cuando Oasis desaparezca del mapa, por fin podremos empezar a reconstruir y ser más poderosos de lo que nuestros ancestros jamás se atrevieron a soñar.

Lo pronunció con voz fuerte, haciendo hincapié en cada palabra, y el otro hombre en la tienda se irguió, orgulloso.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con Oasis? —preguntó Khalani, confundida—. Ellos también quieren la paz.

Ambos hombres estallaron en una sonora carcajada, y Ansel se limpió una lágrima invisible de la comisura del ojo.

—Ah, no tienes ni idea, ¿verdad? Estoy seguro de que también te han dicho que somos caníbales, ¿a que sí? —Khalani guardó silencio—. Lo que imaginaba.

—Pero ¡si sois vosotros los que tratáis de matarlos! —gritó ella—. Lo vi con mis propios ojos.

Recordó el hedor de la madera ardiendo. La mujer que había extendido la mano hacia Khalani justo antes de que una flecha la atravesara.

Ansel torció el gesto.

—Solo me arrepiento de haber dejado a tantos con vida. Aunque eso no durará mucho. En la próxima incursión acabaremos con ellos. ¿Quieres saber por qué estoy tan seguro? —Khalani no respondió, negándose a participar en sus juegos mentales—. Porque tú vas a ayudarme a hacerlo.

Ante esa afirmación, Khalani echó la cabeza hacia atrás de golpe.

—No tienes ni idea de a quién tienes delante si crees que voy a ayudarte.

La espantosa sonrisa del hombre se ensanchó.

—Hablas con valentía para ser una chica atada a una silla.

—Y ahí estás tú, pidiéndole a esa chica que libre tus batallas. Tus antepasados estarían de lo más orgullosos —replicó ella.

La sonrisa cruel se le borró del rostro.

El otro hombre apareció ante ella y la abofeteó. La cabeza se le fue hacia un lado, y Khalani se pasó la lengua por el labio. Sintió el sabor metálico de la sangre en la boca.

Ansel se arrellanó en la silla con aire engreído, disfrutando al verla sufrir.

—¿Piensas comportarte ahora?

Khalani escupió sangre sobre el suelo frente a él.

Él se puso en pie, levantando la navaja con gesto tranquilo.

Mientras se acercaba con un brillo retorcido en los ojos, Khalani trató de zafarse.

—¿Sabes lo fácil que me resultaría acabar contigo? —Le acarició la piel del abdomen con la hoja del cuchillo, no lo suficiente como para atravesarla, pero dejando claro que solo necesitaba un empujoncito para destriparla como a un cerdo clonado—. No me haría perder el sueño, te lo aseguro —susurró, deslizándoselo ahora por el torso—. Si la jefa insiste en llamarnos caníbales, quizá deberíamos darle un motivo.

Con las pupilas dilatadas, Khalani miró a Ansel, que se había agachado ante ella, poniéndose a su altura y deleitándose con su miedo como si fuera un banquete.

—Tienes suerte de que te tenga reservada otra cosa —masculló el Pecador.

Khalani se estremeció al ver que cerraba de golpe la navaja, provocando un sonido que retumbó en la tienda como un disparo.

—Nuestro plan es destruir su preciado muro, aunque eso llevará meses. Pero ¿contigo de nuestro lado? No tardaremos ni un par de días en acabar con ellos.

—No puedes obligarme a ayudarte —escupió Khalani.

—Oh, lo harás, te lo aseguro.

Ansel se inclinó hacia ella y le sujetó la barbilla. Khalani trató de apartarse, pero él la agarró aún con más firmeza, clavándole los dedos.

—Si decides no cooperar, nos cargaremos a tu amigo. Aunque eso ya lo sabías, ¿verdad?

El corazón empezó a latirle desbocado y la sangre le hirvió hasta

niveles catastróficos. Si se atrevían a tocarle un pelo a Takeshi o a cualquiera de los miembros de su familia, Khalani encontraría la manera de utilizar ese cuchillo para arrancarle la lengua y hacer que se la tragara.

—Pero voy a contarte un secretito. —Un destello de diversión le cruzó los ojos—. No necesitaré convencerte para que les hagas daño. En cuanto descubras la verdad sobre Oasis, me suplicarás que los mate.

—¿Y qué verdad es esa?

—Bueno, bueno… —La soltó y movió un dedo ante ella—. Nadie la cree hasta que la ven con sus propios ojos. Cuando regreses a Oasis, ve a casa de la jefa. Asegúrate de que ella no te ve. Tiene una biblioteca y, en cuanto abras *Olimpo*, verás los álbumes de fotos.

Khalani frunció el ceño, perpleja.

—¿Y qué se supone que tengo que encontrar?

—Lo sabrás en cuanto lo veas. En un día, estarás de vuelta en tu querida ciudad. Mañana por la noche, después de que hayas descubierto la verdad, le dirás a la jefa que convoque a todo el mundo en el comedor para un importante anuncio. Pero tú, en lugar de ir al comedor, nos abrirás las puertas del muro. Por lo general, solo hay dos guerreros en la entrada inferior. Ocúpate de ellos y nosotros haremos el resto.

Khalani se quedó sin aliento, sintiendo que Ansel la acorralaba y le envenenaba la mente con mentiras y amenazas. Una oscura energía emanaba de él y ponía en alerta todos sus sentidos. Solo con su presencia ya se le erizaba la piel.

Había conocido a muchos hombres en el breve tiempo que había pasado en la Tierra.

No albergaba duda alguna de que Ansel era de los peores.

En cambio, también sabía que, a menos que aceptara su plan retorcido, no los soltaría, ni a ella ni a Takeshi.

—De acuerdo. Trato hecho —dijo entre dientes.

—Eres una chica lista —respondió él, dándole una palmada en la pierna.

De no haber estado maniatada, le habría estampado una patada en toda la cara.

—Y, por si estás pensando en traicionarme —añadió Ansel con aire despreocupado—, que sepas que, si no abres las puertas, encontraremos otra forma de entrar en la ciudad. Tengo a hombres apostados día y noche al otro lado del muro que no dudarán en eliminar a cualquiera que lo cruce. Y, en cuanto entremos, no nos limitaremos a matar a todo el mundo. Los torturaremos ante ti. Y, después de eso, mis hombres se divertirán contigo como si fueras un *souvenir* y tiraremos lo que quede de ti en el desierto.

El monstruo en su interior se despertó.

Un ardiente fuego le inundó el pecho y le impidió hablar. Khalani estudió cada centímetro del rostro de Ansel y se lo grabó en la mente, esperando que él hiciera lo mismo.

Porque llegaría el día en que lo mataría.

—Bien, ahora asiente como una buena chica si lo has entendido —susurró él.

Aunque tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no escupirle de nuevo, lo fulminó con la mirada y obedeció en silencio. Ansel le hizo una señal al otro hombre, que se colocó ante ella y empezó a desatarla.

En cuanto se vio libre, Khalani se puso en pie y se frotó las muñecas, que tenía en carne viva. Unas gotas de sangre aún le brotaban de la herida del brazo.

Pero a Ansel pareció no importarle y no le ofreció ninguna

venda.

—Sígueme —ordenó, volviéndose hacia la salida de la tienda.

Khalani contuvo la respiración. No deseaba pasar ni un segundo más en su presencia.

—¿Adónde vamos?

—¿No querías ver a tu amigo?

22

Una vida despiadada merece una muerte despiadada.

Deslumbrada por el sol, Khalani hizo visera con una mano. Pero, cuando los ojos por fin se le acostumbraron a la luz, se quedó inmóvil.

La retenían en un asentamiento en el desierto formado por cientos de tiendas azules y rojas. En el centro había un edificio alto y ruinoso. Era gris y parecía uno de esos castillos del pasado, coronado por unas torretas que se cernían sobre la aldea. En unas letras desvaídas en la parte delantera se leía «Casino».

¿Era uno de los edificios originales del Gran Colapso?

—Sigue andando —ladró Ansel.

El hombre que estaba tras ella la empujó con la punta del cuchillo.

Un intenso calor emanaba de la arena bajo sus pies. Ansel la condujo a paso ligero a través de las tiendas y Khalani advirtió que la gente dejaba lo que estaba haciendo para observar a la comitiva.

En Oasis, había luz entre los muros. Cierta esperanza de seguridad y de un futuro mejor.

Sin embargo, los Pecadores poseían una dureza que la impulsaba a empuñar un arma. Los hombres y las mujeres estaban muy

bronceados e iban ataviados con un atuendo de combate de color arena que se fundía con el desierto. Y todos ellos miraban a Khalani como si quisieran desollarla y colgarla de la alambrada con púas que rodeaba la pequeña aldea.

A diferencia de Oasis, no se veía ni rastro de electricidad. Parecía que vivían en la pobreza y sus rostros estaban cansados, como si no hubieran conocido un día sin conflicto.

Después de recorrer un largo trecho que no hizo más que empeorar las ampollas de Khalani, Ansel se detuvo al fin delante de una tienda azul más pequeña. Soltó un silbido bajo y apareció un hombre delgado que jugueteaba con un cuchillo.

—¿Ha accedido? —le preguntó Ansel.

—No exactamente, señor —respondió el hombre tragando saliva.

—¿Cómo?

—Ha dicho que no colaborará a menos que le traigamos a la chica sana y salva. Y que, si ve que le hemos tocado un pelo, él mismo se encargará, ejem…

Vaciló y desvió la mirada.

—Continúa —ordenó Ansel, entornando los ojos.

—Pues que él mismo se encargará de sacarnos los órganos y atarnos con ellos. Y que entraremos en el infierno con ellos colgados al cuello para que los demonios no nos dejen descansar en paz…, señor.

Khalani reprimió una sonrisa.

Ansel apretó los puños a los costados.

—Qué majo —afirmó con la mandíbula tensa al tiempo que fulminaba a Khalani con la mirada.

Habría dado todo lo que tenía por ver a Takeshi repartiendo su versión de la justicia.

No obstante, cuando entraron en la tienda, el alma se le cayó a

los pies.

Takeshi se encontraba sentado en una silla, maniatado, al igual que había estado ella. En el brazo tenía una herida similar y la sangre le goteaba sobre las cuerdas que le sujetaban las muñecas. Y lo que era peor: Khalani advirtió varios cortes abiertos que le desfiguraban el rostro.

—Takeshi…

Se apresuró a ir hacia él y se dejó caer de rodillas.

—Kanes… —dijo él con voz rasposa, visiblemente aliviado.

Sin embargo, cuando advirtió la marca en su mejilla, se puso rígido. La examinó de arriba abajo con una mirada glacial, lenta y deliberada. Y, con cada nueva herida que descubría, su expresión se fue transformando, hasta que no quedó ni rastro de cortesía en él y su aspecto se pareció más al de un monstruo que al de un hombre.

La silla metálica emitió un chirrido agudo cuando tiró de las ataduras con una fuerza increíble, casi a punto de romperlas, lo que hizo que los presentes empuñaran las armas e intercambiaran miradas inquietas.

Pero Khalani tenía la atención puesta en una mujer bajita que llevaba una mitad del pelo rapado y la otra mitad, peinado en intrincadas trenzas de rizos castaños que le rozaban la mejilla.

Se fijó en los nudillos de metal que llevaba… teñidos de sangre fresca.

Los estaba limpiando la mar de tranquila cuando Khalani se abalanzó sobre ella y le asestó un puñetazo en la cara.

Se desató el caos. La mujer se llevó las manos al rostro y cayó al suelo. Aun así, Khalani no se detuvo. Continuó propinándole golpes, cada uno más salvaje que el anterior.

Los gritos invadieron la tienda, como si fueran balas afiladas que trataban de alcanzar su furia. Pero todo a su alrededor se había

teñido de rojo y Khalani siguió golpeándola.

Unos fuertes brazos la rodearon y alguien la obligó a retroceder, lanzándola contra el suelo. Se puso en pie tambaleándose mientras uno de los hombres ayudaba a la mujer a incorporarse. Ya se le estaba hinchando un ojo y tenía un feo corte en el labio.

No era suficiente.

Ni de lejos.

Khalani dio otro paso al frente, pero uno de los hombres le propinó un revés. La cabeza se le fue hacia un lado al tiempo que un rugido ensordecedor le invadía los oídos.

Escupió sangre y se volvió hacia el hombre rapado que la había abofeteado y que ahora se cernía sobre ella. El uniforme beis se le ceñía a los hombros sujetado tan solo por unos pocos hilos.

—¿Cómo te atreves a tocar a uno de los nuestros? —masculló.

—No es lo único que me gustaría hacer.

Percibió movimiento por el rabillo del ojo; el joven que había hablado con Ansel se encontraba a tan solo un paso y llevaba un cuchillo colgado del cinturón. El instinto pudo más que la lógica. Khalani giró sobre sí misma y lo golpeó en la garganta, arrebatándole el arma. Todos ahogaron un grito al ver que la agarraba, dispuesta a atacar.

—¡Kanes, no! —gritó Takeshi.

Pero era demasiado tarde.

Ya había decidido matar a la mujer. Porque una cosa era que le hicieran daño a ella, y otra muy diferente que se ensañaran con él.

—Suéltalo —oyó que decía Ansel antes de que hubiera tenido tiempo de lanzar el cuchillo.

Al volverse hacia él, vio que apuntaba a la sien de Takeshi con el cañón de una pistola.

Pese a que le tembló todo el cuerpo, Ansel no apartó el arma

letal.

Takeshi se mantuvo inmóvil. La recorrió de arriba abajo con una mirada infernal, sin mostrar la menor preocupación por la amenaza inminente. En la silla, pareció hacerse más grande, como si su cuerpo no fuera capaz de contener la furia que hervía en su interior.

Por una vez, compartían la misma determinación violenta.

En cambio, Ansel sonreía. Había encontrado su mayor debilidad.

Khalani dejó caer el cuchillo, que impactó contra el suelo con un golpe sordo, casi como si se burlara de ellos.

Ansel siguió apuntando a Takeshi un segundo más, jugando con sus emociones, dejándole claro quién mandaba allí. A continuación, apartó el cañón.

—Ansel, deberíamos acabar con ellos —gruñó el hombre rapado, tensándose como si estuviera a punto de partirla en dos.

—Los necesito vivos —respondió Ansel.

—¿Por qué?

—Porque van a abrirnos las puertas del muro de Oasis.

Todos guardaron silencio.

—Una vez que esos herejes desaparezcan de la faz de la Tierra —continuó Ansel, acariciando el cañón de la pistola—, podremos tomar su ciudad y reconstruir la superficie bajo mi mando.

Khalani preferiría morir antes que permitir que eso sucediera.

Pero tenía que escapar con Takeshi y regresar a Oasis cuanto antes. Para prevenirlos.

—Pero ¡no podemos confiar en ellos! —insistió el hombre, rojo de furia.

—No es necesario. La chica ya sabe lo que pasará si falla —dijo Ansel, dando un paso al frente y apuntándola con una calma escalofriante—. Además, es curiosa por naturaleza. No podrá evitar buscar la verdad. Y entonces… se dará cuenta de que estamos en el

mismo bando.

A Khalani le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes: ni muerta estaría en el mismo bando que los Pecadores.

—Ya he aceptado tus condiciones —dijo, irguiendo la cabeza y ensanchando las fosas nasales—. Ahora suéltalo.

Ansel sopesó sus palabras un instante y, a continuación, le indicó a uno de los hombres que liberara a Takeshi.

—¿En serio vas a dejar que se marchen? —protestó el hombre rapado, dando un paso amenazador hacia ella.

—¿Estás cuestionando mis decisiones? —Ansel giró ligeramente el arma.

De inmediato, el guardia bajó la mirada.

—Nunca me atrevería a hacer eso.

—Ya lo imaginaba. Ahora obedece antes de que te destierre a las arenas.

El hombre apretó la mandíbula y se apresuró a cortar las cuerdas. En cuanto Takeshi quedó libre, Ansel apuntó el arma hacia Khalani.

—Un solo movimiento en falso y la mato aquí mismo —escupió, con la voz cargada de veneno—. Y después… dejaré que Samson se divierta con su cadáver.

Takeshi se incorporó despacio, cerniéndose sobre Ansel. La tienda se volvió demasiado pequeña, incapaz de contener la tensión que emanaba de él, como si fuera a aniquilarlos a todos. Con decisión, dio un paso al frente, ignorando por completo las armas que lo apuntaban. Se inclinó y murmuró algo en voz baja. Khalani no pudo oírlo, pero Ansel palideció y la mano le tembló de forma evidente.

Antes de retroceder, Takeshi lo miró con sus ojos negros un instante más, dejando que sus palabras calaran.

A continuación, fue hacia Khalani, atravesando la tienda en un par de zancadas. El fuego que albergaba en la mirada se mitigó.

—¿Estás bien? —susurró, envolviéndole la mejilla con la mano.

Aunque la herida le latía, la furiosa adrenalina que le bombeaba por las venas estaba empezando a calmarse. Khalani seguía respirando y, en el fondo, nunca se había sentido más llena de vida.

—Sí —exhaló, perdiéndose en esos ojos infinitos que podían hacer desaparecer el mundo entero.

Podría haberse quedado atrapada en ese instante para siempre, pero Takeshi la tomó de la mano y la arrastró hacia la salida.

Ansel les cortó el paso.

—Os entregaremos vuestras mochilas con el agua justa para llegar a Oasis en la puerta. Id hacia el oeste. Si intentáis desviaros, moriréis.

Takeshi se tensó, controlándose. Parecía querer destrozar a Ansel con sus propias manos. Pero los superaban en número, así que su venganza tendría que esperar.

—Entendido —gruñó, dándole un empujón al pasar.

—No lo olvidéis. —La voz cruel de Ansel los siguió mientras se apresuraban a abandonar la tienda—. Id a la biblioteca. Tenéis hasta mañana por la noche. Después, abrid las puertas.

23

El mundo me dejó el corazón exhausto. Pero la fe
me mantuvo firme.

Takeshi le agarró la mano con firmeza y se dirigieron a toda prisa hacia los confines de la aldea. Mientras dejaban atrás las coloridas tiendas, Khalani echó un vistazo por encima del hombro hacia el antiguo casino.

—No te pares —la riñó Takeshi, forzándola a concentrarse en lo que tenían delante.

Atravesaron el asentamiento con Takeshi casi tirando de malos modos de ella y obligándola a correr para mantener el ritmo de sus grandes zancadas. Khalani lo miró extrañada y advirtió que contraía con rabia la mandíbula.

—Estoy a punto de dar media vuelta y asesinar a todos y cada uno de los que estaban en esa tienda y, después, hacer lo mismo con el resto de los habitantes de esa aldea —aseguró con voz ronca.

Khalani no se lo discutió.

En las partes más profundas y torturadas de su alma, deseaba ver arder a los Pecadores. Sin embargo, no había tiempo para desatar y saciar sus ansias de venganza. Tenían que avisar a la jefa antes de que fuera demasiado tarde.

Khalani aceleró el paso cuando se aproximaron a la barrera que

cercaba la aldea. Las puntas afiladas de unas lanzas sobresalían de la alambrada. Palideció al ver lo que había clavado en ellas.

Cabezas.

Numerosas cabezas con la boca abierta… La agonía congelada en el tiempo.

¿Quiénes eran?

¿Viajeros como ellos?

¿Habitantes de Oasis?

Cuando finalmente llegaron ante la puerta, los recibió uno de los hombres de Ansel, que ordenó a los guardias que la abriesen.

—Tomad. —El hombre bajito les tiró las mochilas a los pies y retrocedió de inmediato—. Será mejor que os pongáis en marcha. Y no olvidéis lo que os ha dicho Ansel.

Khalani y Takeshi no necesitaban oír nada más. Recogieron las bolsas, las cargaron y se dispusieron a enfrentarse al sol del desierto.

Si hubieran aguzado el oído, habrían escuchado unos gritos fantasmagóricos en la distancia que, desde la sangrienta alambrada, les advertían de que no volvieran nunca a ese lugar.

Los pies se les hundían en la arena. Khalani notaba el cuerpo empapado en sudor mientras se alejaba al máximo de aquella atroz aldea.

Un desierto compuesto de colinas y valles los rodeaba. A diferencia del trayecto desde Apolo, no había ninguna carretera que marcara el camino.

Los Pecadores vivían en medio de la nada.

Absorto y con expresión sombría, Takeshi le permitió marcar el

ritmo en dirección oeste. Hicieron un alto, y el capitán le vendó la herida del brazo con una camiseta de recambio que llevaba en la mochila. A continuación, rasgó un trozo de tela negra e hizo lo mismo con la suya. Después, siguieron adelante.

Al notar que el viento se levantaba y que la arena empezaba a azotarles el rostro, Khalani rebuscó en la mochila y suspiró con alivio al comprobar que los Pecadores, pese a que les habían quitado las armas, no habían tocado su pañuelo ni el cuaderno.

Se envolvió enseguida la cabeza con la tela suave, cubriéndose la boca para protegerse de los elementos. Takeshi hizo lo mismo con un pañuelo negro. Khalani no pudo evitar mirar su rostro medio oculto cuando alzó la cabeza despacio.

De algún modo, la máscara oscura lo volvía aún más magnético, más misterioso. El capitán se enderezó y reemprendió la marcha, como si el desierto fuera su hábitat natural.

Ella, en cambio, no dejaba de encorvarse y esforzarse al máximo para que esa tierra baldía no la escupiera.

Caminaron sin parar, dejando el recuerdo de las huellas de sus botas en la arena. Avanzaba sujetándose la tela del pañuelo al cuello y con la cabeza gacha.

Takeshi le pisaba los talones. Sin quejarse. Sin flaquear.

Disponían de una cantidad limitada de agua. No tenían más provisiones.

Probablemente, él habría llegado a Oasis antes del atardecer de no ser porque Khalani lo retrasaba. Sin embargo, el capitán no se apartaba de su lado, aun sin ser consciente de que su sola presencia mantenía a raya su angustia.

De repente, alzó una mano y le indicó que se detuviera. Khalani obedeció, extrañada. Takeshi tenía la mirada clavada en el flanco izquierdo y escudriñaba la distancia. Ella siguió la dirección de sus

ojos entornados y se quedó boquiabierta.

La áspera arena ya no estaba en el suelo. No muy lejos de donde se encontraban, una parte del desierto se elevaba hacia el cielo formando una columna. Giraba y giraba a un ritmo caótico y avanzaba lentamente, como si fuera un monstruo solitario y errante.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—No tengo ni idea.

—¿Crees que viene hacia aquí?

Sin proponérselo, Khalani lo agarró del brazo, y Takeshi frunció el ceño en dirección a su mano. Ruborizada, se apresuró a soltarlo.

—Lo siento.

—No pasa nada —aseguró él con voz grave.

La observó casi como si la desnudara. Casi como si estuviera a punto de cruzar los límites.

Khalani tragó saliva, y Takeshi siguió con la mirada el movimiento de su garganta. Dio un paso atrás, sobresaltado, como saliendo de un trance, y desvió de nuevo la atención hacia la tormenta giratoria, como si nada hubiera ocurrido.

—No parece que vaya a cambiar de dirección. Tenemos que seguir.

Ella asintió, consciente de lo infinito que era el pequeño espacio que los separaba.

Quizá ese fuera su destino.

Un paso más y el fuego entre ellos calcinaría los vestigios de la joven que había sido.

La idea le pareció tan violenta y peligrosa como el torbellino de arena que, como si custodiara la Zona Muerta, parecía seguirlos sin quitarles ojo de encima.

Pero ella ya no quería seguir siendo la misma.

No quería seguir siendo esa chica que luchaba por encontrarle

sentido a la vida, esa chica resentida con los que la habían traído a este mundo cruel.

Durante mucho tiempo, Khalani no había creído en Dios. De hecho, lo odiaba con todas sus fuerzas por permitir toda aquella destrucción en el mundo. Por dejar que el mal ganara y haberle hecho cargar a ella con toda esa angustia.

En cambio, algo la había impulsado a seguir luchando. Siempre había pensado que los obstáculos iban a acabar con ella, pero quizá tuvieran otro propósito. Durante sus entrenamientos, Takeshi nunca le había permitido conformarse con lo fácil. Añadía repeticiones, aumentaba el peso, subía la dificultad. Porque sabía mejor que nadie que, para crecer, era necesario mortificarse.

Pese al dolor, siguieron caminando por la superficie devastada.

Resistiendo.

—¿En qué piensas? —preguntó de repente Takeshi al advertir su mirada melancólica, perdida en el cielo azul.

—En nada. Solo estoy agradecida.

—Agradecida… ¿por qué?

—Por estar viva. Hubo un tiempo en que no deseaba estarlo. —Recordó esos días durante su encarcelamiento en Braderhelm en los que no le habría importado morir—. Supongo que me alegro de que mis deseos no se hicieran realidad.

Takeshi reflexionó sobre sus palabras sin decir nada, pero con un mar entero de preguntas borboteando en sus ojos.

Como si deseara decir muchas cosas. Como si no quisiera admitir muchas otras.

Khalani respetó su silencio.

Tras un trecho de camino, se sentaron a beber agua.

Después de haber dado unos cuantos sorbos, Khalani fue a ponerse en pie, pero Takeshi tiró de la correa de su mochila y la

obligó a sentarse de nuevo.

—Necesitas descansar, Kanes.

—Estoy bien —replicó, ignorando su cuerpo dolorido.

Takeshi no aceptó un no por respuesta. Sujetó la correa con firmeza, y Khalani comprendió al instante que no la dejaría ir a ninguna parte. Así que se dedicó a tamborilear con los dedos sobre la arena, impaciente por retomar la marcha. Takeshi, en cambio, bebió despacio con aire satisfecho.

Ella sacó de la mochila el cuaderno y el bolígrafo. Pasó las páginas de lo que había escrito en el pasado hasta que apareció una en blanco.

La presencia de Takeshi, que estaba a medio metro de distancia, la hizo vacilar. Siempre había escrito a solas, pero las palabras revoloteaban en su mente y pugnaban por salir.

En todas partes te busqué.
En la oscuridad que me llamaba,
en los ríos de tinta que surcaban la página,
en el cielo, cuando alcé los ojos por primera vez.
Tú debiste ver el dolor en mi sonrisa,
oír los gritos que nunca abandonaron mi garganta
y ver mis lágrimas solitarias.

En todas partes te busqué.
Cuando el pozo en mi interior se secó,
arañé sus paredes con ardor
en busca de respuestas
para las razones de mi sufrimiento,
de esa fe inquebrantable

pese a todas mis incertidumbres.

Hasta que un día miré a mis espaldas
y contemplé una estela de batallas.
Creía haber muerto un millón de veces,
pero la verdad se reveló ante mí:
había aprendido un millón de formas de vivir,
a bailar en un jardín de odio,
a llorar cuando solo sentía amor,
a rendirme sin más, alzando las manos.
Y entonces comprendí
que siempre había buscado
a alguien que ya estaba en mí.

—¿Qué estás escribiendo?

Khalani casi dio un brinco al notar que Takeshi la miraba con curiosidad. De inmediato, se llevó el cuaderno al pecho.

—Nada.

—Nada —repitió.

—Exacto.

—Pues, mira por dónde, me encanta ver la nada.

Se recostó sobre la arena, fingiendo desinterés.

Pero a ella no la engañaba.

La llama del deseo ardía silenciosa en los ojos de Takeshi. Khalani no quería que ese fuego intimidante se proyectara en su cuaderno. Que descubriera lo patética que era.

Takeshi debió de percibir su pánico porque se inclinó hacia ella, tan cerca que podría haberla besado, acelerándole el corazón hasta tal punto que estaba segura de que él lo oía.

—¿Me lo enseñas, por favor, Kanes?

—Has dicho «por favor» —murmuró, atónita.

—Así es.

—Tú nunca pides las cosas por favor.

Takeshi curvó las comisuras de los labios y esbozó una leve sonrisa.

—Has despertado mi curiosidad. No la desperdicies.

—¿Por qué quieres leerlo?

—¿Necesito una razón?

—Sí.

Khalani entornó los ojos y Takeshi guardó silencio, pensativo.

—Durante un instante, has mirado el cuaderno y has sonreído. Me gustaría saber por qué… para conocer mejor a mi adversario —añadió, quitándole importancia.

Se le aceleró la respiración.

La poesía eran fragmentos de su alma al desnudo. Nunca se había mostrado tan vulnerable con nadie. Ni siquiera en los días en que Takeshi la reconocía.

Pero el capitán parecía sinceramente intrigado y en sus ojos leyó que no iba a juzgarla ni a burlarse de ella. Quería conocerla del todo, de verdad. Y quizá, solo quizá…, eso ayudaría a acercar posiciones.

Antes de cambiar de opinión, le tendió con gesto tímido el cuaderno. Takeshi enarcó las cejas con sorpresa. No se lo esperaba.

—¿Estás segura?

—Cógelo antes de que me arrepienta. Y solo mira esa página. Quizá te deje leer el resto… otro día.

«Cuando me recuerdes».

Takeshi asintió con la cabeza de manera solemne.

Mientras leía, Khalani miró hacia otro lado y se concentró en la

arena que se deslizaba entre sus dedos. Tenía los nervios a flor de piel y a punto estuvo de arrebatarle el cuaderno de las manos.

Unos minutos después, reunió el valor para mirarlo.

Takeshi tenía los labios un tanto entreabiertos y los ojos clavados en la página.

—Nunca he leído nada igual —susurró.

No le había gustado en absoluto.

Era horrible.

Debería regalarle los poemas al desierto y condenarlos al olvido.

—Es precioso —afirmó con vehemencia, observándola como nunca antes lo había hecho.

Un atardecer magnífico bañaba a Takeshi en un fondo de tonalidades naranjas, rojas y ocres y, por un instante, Khalani sintió que estaba en el paraíso.

—¿Lo dices en serio? —se atrevió a preguntar, un poco más animada, creyendo que lo había oído mal.

—Sí. ¿Dónde aprendiste a escribir así?

Khalani suspiró, evocando un nombre que ocupaba un lugar especial en su corazón.

—Fue gracias a Douglas.

Cuando el sol ya se ocultaba en el horizonte, reemprendieron el trayecto hacia Oasis y Khalani le relató la historia de Douglas y del libro de poesía, y de cómo Winnie la había animado a escribir para superar la tristeza.

A aportar algo al mundo que valiera la pena recordar.

Takeshi dejó que hablara sin preguntar, prestando atención a cada una de sus palabras, incluso si estas desafiaban sus ideas preconcebidas.

La noche cayó, y ellos siguieron hablando de poesía, de lo que podrían haber hecho antes del Gran Colapso. Por primera vez en

mucho tiempo, sintió que la hostilidad entre ambos se había esfumado, que habían depuesto las armas…, al menos por un día.

Y, cuando el intimidante muro de Oasis apareció en la distancia, Khalani vaciló.

—¿Estás bien? —le preguntó Takeshi.

—Sí… Es solo que… tengo la intuición de que todo va a cambiar en cuanto crucemos esas puertas.

Takeshi asintió, como si su mente le hubiera susurrado las mismas palabras. Sin embargo, clavó la vista al frente, dispuesto a enfrentarse a cualquier obstáculo.

A derrotar al mismísimo mundo si este se interponía en su camino.

—Ya descansaremos cuando terminemos.

Sí.

Solo descansarían cuando terminaran.

24

Grita las verdades que imploran ser susurradas.

La luna ya presidía el cielo cuando llegaron ante el muro. Khalani agitó visiblemente las manos, desesperada por indicarles a los hombres y mujeres que lo custodiaban que no dispararan.

A lo lejos, se oyeron unos gritos. Miró inquieta a Takeshi, que se pegó a ella, preparándose para el combate. Pero unos instantes después, tras un fuerte chirrido, las puertas se abrieron.

Winnie fue la primera cara que vio.

—¡Khalani! —exclamó la anciana, corriendo hacia ella a la velocidad que le permitían sus cansadas piernas.

Se encontraron a medio camino y se fundieron en un abrazo.

—Nos dijeron que habíais muerto —declaró con un hilillo de voz —. Pero Winnie no lo creyó.

—No es tan fácil acabar conmigo —susurró Khalani, estrechándola aún más entre sus brazos y sintiendo que su corazón, antes vacío, rebosaba de alegría de nuevo.

Derek fue el siguiente en abrazarla, casi aupándola del suelo.

—A partir de ahora, ya puedes ir olvidándote de las incursiones —exclamó, mirándola con unos ojos enrojecidos e hinchados.

Los tres se fundieron en un abrazo, y Takeshi se mantuvo a cierta distancia, rígido y tenso.

Winnie se apartó y se encaminó lentamente hacia él con una expresión dulce grabada en el rostro. Al ver que se acercaba, Takeshi tragó saliva, más incómodo que si tuviera una pistola apuntándole a la sien.

—Gracias —susurró la anciana.

—¿Por qué? —preguntó Takeshi, confundido.

Winnie curvó los labios en una radiante sonrisa y le dio un abrazo.

—Por cuidarla. Por haber vuelto sanos y salvos.

Takeshi la miró desde arriba, como si la diminuta anciana fuera a arrancarle el corazón. Con gesto tímido, acabó por darle unas palmaditas en la espalda.

A Khalani, que observaba la escena en silencio, se le hizo un nudo en la garganta. Quizá fuera un gesto de lo más insignificante, pero el hecho de verlos así, abrazados, suponía una victoria mayor que las que ella había conseguido.

—Me alegro de verte por aquí de nuevo, colega. Si quieres puedo aplicarte un ungüento en esos cortes.

Derek señaló con el mentón las costras que se le habían formado sobre las heridas que tenía en el rostro.

—No.

A Derek le cambió la cara, y Takeshi vaciló.

—Es decir, puedo hacerlo yo mismo. Pero estaré encantado de que me prestes el ungüento… Gracias —añadió, tragando saliva y forzando una sonrisa.

La jefa apareció en ese momento haciendo ondear su capa granate. La acompañaba Patreus, que iba ataviado con su uniforme de combate.

—No voy a mentiros —dijo la jefa con aire sorprendido—. Cuando los otros informaron de que los Pecadores os habían

capturado, os di por muertos.

—Durante un segundo, nosotros pensamos lo mismo.

Khalani se peinó el pelo con una mano temblorosa y miró de reojo a la jefa, recordando las palabras de Ansel. Pero la culpa se adueñó de ella.

Ese demonio de hombre no era digno de su confianza. Las cabezas en la alambrada de los Pecadores ya lo decían todo.

—¿Qué habéis visto en su asentamiento? —Patreus los miró entusiasmado—. ¿Os cruzasteis con Ansel? ¿Qué os han dicho? ¿Y por qué os han dejado con vida?

—Calma, Patreus. —La jefa alzó la mano—. Han tenido una noche muy larga y parecen agotados. Dejémosles descansar. Mañana por la mañana nos darán las respuestas que buscamos.

Patreus torció el gesto. Resultaba evidente que deseaba interrogarlos, pero soltó un bufido y se alejó, refunfuñando entre dientes.

Khalani se puso de puntillas y miró a lo lejos en busca de caras familiares.

—No están aquí —anunció la jefa.

—¿Y dónde están?

—Al ver que no regresabais, vuestros cuatro amigos casi desvalijaron nuestro arsenal de armas y fueron a buscaros. Ferren y un par de mis guerreros los han acompañado con la esperanza de encontrar vuestro rastro. Cuento que estarán de vuelta dentro de unas horas.

Khalani tensó la mandíbula, conteniéndose para no empezar a maldecir a la luna. ¿Cómo se les ocurría correr ese riesgo?

Si hubiese muerto a manos de los Pecadores, lo último que habría deseado es que el resto de su familia corriera la misma suerte.

Empezó a respirar con dificultad y Winnie se acercó a ella.

—Khalani, querida… Vamos, pareces agotada. A la cama.

La anciana la tomó del brazo y la condujo por Oasis.

Con cada paso que daba y que la alejaba del desierto, sentía que cometía un grave error. Ahí fuera había personas buscándola, personas que eran importantes para ella. Casi dio media vuelta, pero una mirada a Takeshi le bastó para saber que no se lo permitiría.

Al llegar a la casa, Derek, consciente de que estaban hambrientos, les dio unas hogazas de pan y abrió unas judías enlatadas.

Khalani engulló la comida y, después, fue a ducharse. Con los ojos abiertos, se quedó bajo el chorro de agua mientras el polvo, el sudor y la mugre desaparecían por el desagüe.

«Ve a la biblioteca. Busca los álbumes de fotos».

Se restregó el cuerpo, tratando de borrar esas palabras.

Era todo parte del plan de Ansel.

Obligarla a traicionar a Oasis.

Pero ¿qué tenía de malo ir a la biblioteca y comprobarlo, solo para quedarse tranquila?

Cerró el grifo con un gesto brusco y se secó. Toda la situación la superaba. Necesitaba dormir.

Ya lo resolvería al día siguiente.

Winnie apareció con una sonrisa radiante justo cuando Khalani salía, vestida con ropa limpia.

—Winnie dormirá en otro sitio esta noche —anunció.

Khalani se extrañó.

—¿No vas a quedarte conmigo?

—Has tenido un día agotador y te mereces tener toda la cama para ti sola. No te preocupes por Winnie. Ya dormirá en el sofá.

—¡Ni hablar! —gritó Derek desde el otro extremo del pasillo—.

Duerme en la otra habitación, Winnie. Yo me quedo con el sofá.

Derek no aceptó un no como respuesta, y la anciana se encaminó hacia el otro dormitorio soltando un suspiro y murmurando algo sobre lo mandones que eran los hombres.

A Khalani no le gustaba dormir sola, pero la cama le pareció de lo más acogedora. Se cubrió con las sábanas y se hundió en ella. Cerró los ojos, dispuesta a sumirse en un agradable sueño.

«Ve a la biblioteca».

«En cuanto descubras la verdad, me suplicarás que los mate».

Exasperada, se cubrió la cabeza con la almohada, apretándola más y más.

«Ignóralo. Duerme».

Una hora más tarde, Khalani seguía sin conciliar el sueño; ya lo había dejado por imposible. Miraba el techo, aferrándose a la colcha mientras repetía una y otra vez las palabras de Ansel. Y, desde un rincón de su mente, unos penetrantes ojos azules la observaban, juzgando las capas de su locura.

De repente, alguien llamó con un discreto golpe en la puerta.

—Adelante.

Con un crujido, la puerta se abrió y, para su sorpresa, Takeshi asomó la cabeza.

Khalani se incorporó en la cama.

—Takeshi, ¿qué haces aquí?

—Imaginaba que tú tampoco podías dormir.

Llevaba un pantalón negro de chándal y una túnica sin mangas, con lo que todos los músculos de sus brazos quedaban al descubierto. Cerró la puerta con suavidad y entró, llenando el espacio, absorbiendo el aire de la estancia.

O quizá fuera ella la que no podía respirar en su presencia.

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo he sentido. —Takeshi apoyó la espalda en la puerta de madera y se deslizó hasta el suelo—. ¿Qué ocurre?

—No puedo dejar de darle vueltas —dijo, retorciéndose los dedos—. ¿Y tú? ¿Qué excusa tienes?

—No me gusta dormir.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Por la noche tengo unos… sueños extraños —confesó en voz baja—. Me dan dolor de cabeza. Unos recuerdos que no son míos y que no tienen sentido.

Pronunció aquellas palabras con cierta dureza y crueldad, aunque ya no parecía el hombre peligroso que quería matarla. Allí sentado, con los codos apoyados en las rodillas, era como si más bien necesitara a alguien con quien hablar.

—Lo siento —susurró Khalani.

—No es culpa tuya.

Parecía haberlo dicho en serio, y Khalani sintió que algo sanaba en su interior.

—¿Me ves en esos sueños?

—No lo sé. Todo es muy confuso. Borroso.

Apretó los puños y llevó la cabeza hacia atrás, como si quisiera gritar, pero se limitó a aspirar por la nariz y a reprimir todo el dolor que sentía.

Khalani se abrazó las rodillas al pecho y comprendió que estaba igual de perdido que ella.

—Ojalá pudiera desconectarme de todo —susurró ella.

—¿De qué?

—De mi mente. Del mundo. No sé…, de todo.

—¿Y qué harías con toda esa libertad?

Khalani alzó los ojos y vio la respuesta que vivía en los límites de sus sueños dibujada en el techo blanco.

—Plantaría un jardín. Con todas las flores del mundo. Y lo cuidaría.

Se encontró con la mirada ardiente de Takeshi, cuyos pensamientos eran aún un completo misterio para ella. Sin embargo, advirtió que relajaba los hombros, como si ese sueño también le diera paz.

—¿Me ves en ese sueño?

Khalani se asombró al darse cuenta de que le devolvía la pregunta que ella le había hecho antes.

—¿Quieres estar ahí?

Como respuesta, Takeshi se encogió de hombros. Aunque su rostro quedaba oculto por las sombras, Khalani habría jurado que una sonrisa pícara había asomado a esos labios carnosos que callaban.

Decidió seguirle el juego.

—Estarías en otra habitación. En tu estudio de pintura.

Ni siquiera tuvo que pensarlo.

La escena en su mente se transformó en una visión de Takeshi apareciendo en el jardín y rodeándola con los brazos, besándole la mejilla mientras le mostraba un nuevo cuadro.

Un santuario de paz que solo existía en la ficción.

La sonrisa que le había iluminado el rostro se esfumó poco a poco y la realidad la abrumó, arañando y dando zarpazos como si fuera un monstruo.

No se veía ni rastro de ese futuro, por muy hermoso que fuera.

—Olvídalo. Vas a pensar que es una estupidez —murmuró.

—No —respondió Takeshi mirando hacia el techo, como si también lo estuviera imaginando—. Suena… bonito.

«Sí, ¿verdad?».

Se quedaron allí, en un silencio apacible, fantaseando con todas

las vidas que podrían haber tenido si la suerte hubiese estado de su lado.

—Kanes…

—¿Sí…?

—Siento haberme comportado como un capullo. Solo quería… —Las palabras se le atragantaron y negó con la cabeza—. Sé que no te importa, pero… lo siento.

—Sí me importa —susurró Khalani con el corazón desbocado por esa demostración inesperada de vulnerabilidad—. Pero lo entiendo. Sé que no ha sido fácil para ti.

Takeshi frunció el ceño, como si se sintiera más cómodo con ella contratacando que respondiendo con amabilidad.

—¿Puedo preguntarte algo? —añadió.

Tomó aliento, buscando las agallas antes de que la luna desapareciera del cielo y se llevara ese instante.

—¿El qué, Kanes?

—¿Empiezas a recordar…, aunque sea algo?

Takeshi la miró fijamente con esos ojos ardientes. Pero permaneció inmóvil. Como si creyera que, de lo contrario, ese instante tan frágil de paz se haría añicos.

—Ayer, cuando te dispararon…, vi algo —admitió con voz grave.

—¿Qué?

Khalani se inclinó hacia delante, dejando caer las mantas.

—Tuve una visión. Yo corría por Braderhelm. Estaba muy angustiado. Una angustia que no había sentido desde que mi madre…

Takeshi hizo una pausa, tratando de no perder el control. En sus ojos se reflejaban la rabia y el miedo.

—Oye… —dijo Khalani, tratando de arrastrarlo de nuevo al presente.

Al ver que se negaba a mirarla, bajó de la cama y se sentó junto a él, recostándose también en la puerta. Con cautela, extendió el brazo y se lo apoyó en la pierna.

—No estás atrapado en un sueño. Estás justo aquí. Conmigo.

Takeshi tomó aliento bruscamente y Khalani retiró la mano. Sin embargo, él bajó la mirada y apretó los labios, como decepcionado por que lo hubiera hecho.

—Había alguien en el suelo —continuó diciendo, con la mirada perdida al frente—. Al acercarme, la visión se vuelve más borrosa. Estoy en la cama, y hay alguien a mi lado durmiendo. No puedo ladear la cabeza y comprobar quién es. Lo único que noto es que uno de sus dedos me roza el meñique. Y ya no estoy tan enfadado. Me siento… lleno, completo.

Takeshi se volvió hacia ella y sus rostros quedaron a tan solo unos centímetros.

—¿Te has sentido alguna vez así?

—Sí —suspiró Khalani conteniendo el aliento.

—¿Era yo?

—Siempre has sido tú.

Takeshi tragó saliva, pero enseguida se echó hacia atrás con brusquedad y negó con la cabeza.

—Joder, ¿qué estoy haciendo?

—Quédate aquí conmigo, Takeshi. Confía en mí.

—Pero ¡si ni siquiera confío en mí mismo, Kanes! —exclamó.

Jadeando, cerró los ojos, como si esa fuera la única manera de escapar del infierno que experimentaba.

—Solo quiero pasar una noche sin oír todas esas voces en mi cabeza —dijo con aspereza—. Una noche en la que no crea que estoy perdiendo la razón y que no piense en destruirlo todo.

—Entonces, utilízame.

Se volvió de repente hacia ella, como si no la hubiera oído bien.

—¿Qué acabas de decir?

Khalani tragó saliva. En lo más profundo de su ser, sabía que era una pésima idea, pero, por alguna razón, se mantuvo firme. Eran dos almas retorcidas buscando algo para seguir cuerdas.

—Si quieres olvidarte de todo, utilízame.

Un fuego implacable ardió en los ojos de Takeshi, pero desvió la mirada, desechando la idea.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Sé exactamente lo que estoy pidiendo —admitió Khalani—. No tengo todas las respuestas. No sé cómo arreglar lo que se rompió en nuestra relación. Pero quizá podamos fingir que no todo a nuestro alrededor se está desmoronando. Solo por esta noche.

Takeshi permaneció inquietantemente inmóvil, esperando a que retirara sus palabras. Pero Khalani ya le había entregado el alma.

Solo necesitaba que él recogiera los pedazos.

—Te daré una oportunidad más para cambiar de opinión —concedió Takeshi con un tono calmado, casi amenazador, volviéndose hacia ella—. Una última oportunidad.

La advertencia quedó suspendida en el aire, y Khalani alzó la barbilla, reafirmándose en su decisión.

—Bien, pues aquí sigo. Así que… ¿qué vas a hacer al respecto?

Se le escapó un grito cuando, de pronto, Takeshi la levantó del suelo con un movimiento rápido y ágil y la sentó a horcajadas sobre sus piernas.

La agarró de las caderas con unas manos firmes y seguras.

Parecía demasiado tranquilo, como si la tuviera exactamente donde quería, en el lugar en que debía estar. Khalani reparó en que un intenso deseo le hacía temblar la mandíbula. Se inclinó hacia ella, invadiendo su espacio y obligándola a prestarle toda su atención.

—Has tomado la decisión equivocada —susurró.

—¿Por qué? —consiguió decir ella mientras le acariciaba el cuello con la punta de la nariz.

—Porque voy a hacer que te derritas.

Le pasó la lengua por la yugular, que latía desatada.

Khalani apoyó la frente en la puerta, jadeando y con la piel erizada. Como si un fuego se avivara en su interior.

Takeshi le rodeó la nuca con una mano al tiempo que, con la otra, la acercaba hasta que ni un centímetro separaba sus cuerpos.

Khalani sentía todo su ser.

Takeshi le mordió el cuello, lo que le provocó una punzada aguda de dolor, pero después chupó con dulzura el lugar del mordisco, y Khalani soltó un gemido. Rápidamente, le cubrió la boca con la suya para evitar que alguien pudiera oír los sonidos que se le escapaban de los labios. Entrelazaron las lenguas, luchando por controlarse. Las manos de Takeshi se adaptaron a su cuerpo, y ella le cogió el rostro, moviendo las caderas con tanto frenesí que Takeshi soltó un gruñido ronco y se puso en pie, sujetándole con firmeza las piernas.

Siguió besándola camino de la cama y la depositó sobre las sábanas. Inclinándose sobre ella, la miró como si fuera la única persona en la superficie a la que valiera la pena contemplar.

A Khalani no le gustó la distancia que los separaba y lo atrajo hacia sí, pero él la tomó de las muñecas y se las sujetó con firmeza a ambos lados de la cabeza.

—Ni hablar, Kanes. Hoy es mi turno.

La voz grave de Takeshi la recorrió y la hizo sentir ingrávida.

Asintió con un gesto, y él se dirigió hacia el pie de la cama mirándola con una pasión implacable. Es posible que lo hubiese estado ocultando, pero, por una vez, le permitía ver su intenso deseo.

—Quítate los pantalones —ordenó.

Khalani se humedeció los labios con el corazón desbocado.

—¿No quieres hacerlo tú por mí?

Él curvó lentamente los labios en una sonrisa.

—Prefiero que tú tengas el control. Así, cuando esta noche te hagas añicos por mí, sabremos que fue elección tuya.

Sintió que sus palabras se le inyectaban en las venas. Takeshi se negó a seguir adelante hasta que ella cediera.

Y Khalani había llegado demasiado lejos como para rendirse.

Se quitó los pantalones con calma, haciéndolo esperar mientras dejaba expuestos sus muslos. Takeshi no apartó la mirada y siguió todos sus movimientos sin parpadear.

Cuando se quedó desnuda de cintura para abajo, Khalani advirtió que contenía el aliento.

En silencio, la examinó con expresión inescrutable. Ella se puso nerviosa, carcomida por su mutismo.

Pero, entonces, él dijo:

—Sabía que ibas a ser mi perdición.

Se inclinó y con un gesto decidido tiró de ella, de modo que quedó justo frente a él.

Nervios.

Excitación.

Anticipación.

Khalani experimentaba todas y cada una de las emociones posibles.

Él se puso de rodillas.

Se le aceleró la respiración; iba a derretirse. Le agarró los muslos con sus fuertes manos y le abrió las piernas. Khalani esperó, percibiendo su penetrante mirada sobre ella. En ese momento, le habría gustado sumergirse en su mente y verse a través de sus ojos.

Para comprender el poder que tenía sobre él.

Pero enseguida sintió sus labios y soltó una exclamación.

Él se detuvo bruscamente y la miró por entre las piernas con los ojos entornados.

—Si no quieres despertar a nadie, será mejor que no grites. ¿O prefieres que te amordace?

Khalani apenas podía respirar, y mucho menos pronunciar palabra.

Así que le hizo una peineta.

Takeshi soltó una oscura carcajada entre dientes y se sumergió de nuevo en la profundidad de su mundo.

Era implacable.

Insaciable.

Cuando se concentró en la pequeña maraña de nervios, Khalani se mordió los labios para contener los gemidos.

Él la memorizó. Descubrió cuáles eran sus puntos débiles y los atacó con una precisión despiadada hasta hacerla sentir que su cuerpo no le pertenecía.

Se lo entregaba sin reservas.

Takeshi no dejó de estudiar su respuesta. Cada jadeo. Lo que la hacía gemir y clavar las uñas en las sábanas. Y, en cuanto hundió su largo dedo en ella, Khalani se sintió en la gloria.

—Takeshi… —exhaló con voz temblorosa—. No puedo… soportarlo.

—Sí puedes. Y lo harás.

Encontró un nuevo punto que le proporcionó tanto placer que Khalani se tensó y soltó un grito. Pero él agarró con más fuerza sus piernas temblorosas, como si no hubiera nada más en el mundo.

Cuando por fin las convulsiones cesaron, Takeshi se puso en pie, con los labios brillantes.

—Ven aquí, Takeshi… —le susurró Khalani sin aliento.

Abrió los brazos, deseosa de responderle del mismo modo.

Sin embargo, Takeshi, que aún jadeaba, frunció el ceño. Lo atrajo hacia ella y vio en su semblante una emoción inexplicable. Como si lo único que deseara fuera que ella lo estrechara entre sus brazos.

Aun así, no se movió.

—Takeshi… —repitió, sintiendo que se le escapaba.

En sus ojos ardientes se adivinaba un dolor más profundo.

Sin pronunciar palabra, Takeshi se levantó y salió de la habitación.

Dando un portazo.

25

Cuanto más trates de entender el mundo, más enloquecerás.

La dejó allí.

¿Qué clase de hombre le da a una chica el mejor orgasmo de su vida y después se va?

Takeshi se había arrodillado y la había hecho disfrutar como ningún otro hombre en su vida. Khalani pensó que quizá habían conseguido un gran avance. Pero en lo que no había logrado avanzar nada era en su capacidad de aguantar sus gilipolleces.

Se recogió el pelo en un moño desordenado, tirando de los mechones hasta que le dolió el cuero cabelludo. No tenía ni idea de cómo iban a comportarse sin que nadie se diera cuenta de lo que había ocurrido entre ellos esa misma noche.

Lo que prácticamente le había suplicado que hiciera.

Había sido él el que se había presentado en su dormitorio, permitiéndose mostrar su vulnerabilidad. El que había compartido cosas, algo que jamás habría hecho de considerarla su enemiga. Pero Khalani ya se había hartado de que se acercara a ella cuando le convenía y después la dejara tirada.

A partir de ahora, iba a pagarle con la misma moneda.

Khalani tomó aliento y se alisó la ropa, preparándose para

enfrentarse al mundo. Sin embargo, en cuanto salió del dormitorio, alguien se abalanzó sobre ella.

—¿Tienes idea de lo mucho que nos ha costado no echar la puerta abajo y darte un bofetón por preocuparnos de esta manera? —se quejó Serene, abrazándola y estrujándola hasta que le dolieron las costillas.

Khalani le devolvió el abrazo, y Adan y Elise, que aparecieron por la esquina, soltaron un suspiro de alivio.

—Pregunté por vosotros cuando regresamos, pero la jefa dijo que habíais salido a buscarnos. ¿Por qué hicisteis eso? —exclamó Khalani.

—¡Pues para salvar vuestros malditos culos! —gritó Serene, exasperada—. De no ser por Brock, que me sacó a rastras como un neandertal diciendo que tenías que descansar, habría tirado la puerta abajo. Joder, le he tenido que prometer que no me acercaría a tu habitación para que me dejara volver.

Khalani miró a Brock, que se apoyaba en el umbral. Observaba a Serene de un modo extraño, entre irritado y embobado, como si creyera que, aunque tuviera la oportunidad de hacer que fuera más dócil y dulce, no cambiaría absolutamente nada.

El incursor se volvió justo cuando Takeshi salía del baño con el pelo mojado y una toalla rodeándole las caderas. Khalani no pudo evitar pasear la mirada por su torso esculpido. Unas gotas de agua le resbalaron por los abdominales cuando sacudió la cabeza.

Se quedó sin palabras.

La noche regresó a su mente de golpe. Todo. Cómo la había hecho sentir… y cómo se había marchado después.

Takeshi la miró y tensó la mandíbula al ver su expresión de enfado. Durante un segundo pareció que iba a acercarse, como si fuera a decirle algo. Pero se detuvo en mitad del pasillo y apretó los

labios.

—¿Puedes ponerte algo de ropa? —le soltó Khalani.

—¿Por qué? —Takeshi se apoyó contra la pared—. ¿Acaso te distraigo?

«Sí».

—¡No! Es solo que tenemos que hablar. Todos. Y es de esas conversaciones con ropa.

—Bah, eso puede esperar. —Serene desechó la idea con un ademán—. Necesito que me contéis enseguida qué os pasó. Dicen que los Pecadores os retuvieron, pero ¡no nos dejaron ir a rescataros! Llevo días con el corazón en un puño, sin poder probar bocado. ¡Ah, qué bien que hayáis vuelto! Me alegro mucho, pero también me da mucha rabia no haber podido estar allí para ayudaros…

—Respira, Terror, y déjalos hablar.

Brock interrumpió el discurso atropellado de Serene. Tenía ojeras, lo que indicaba que la preocupación tampoco le había dejado pegar ojo.

Winnie y Derek se unieron a ellos en el corto pasillo.

Khalani, tratando de ignorar a Takeshi lo mejor que pudo, les contó todo lo ocurrido desde su secuestro hasta que escaparon, pasando por el momento en que había vuelto en sí en el campamento de los Pecadores y el trato que les había propuesto Ansel.

—¿Crees que Ansel decía la verdad? ¿Que nos esconden algo? —preguntó Adan con aire pensativo.

—A mí me parece poco probable —afirmó Derek—. He vivido con ellos y no he visto nada extraño. Ya os he dicho que son buena gente.

—Eso da igual. No podemos dejarlo al azar. Tenemos que

comprobarlo —dijo Brock, dando voz a lo que Khalani no se atrevía a pronunciar.

—¿Y qué hacemos entonces? —Derek alzó las manos y la voz—. ¿No vamos a informar a la jefa de que los Pecadores van a atacar esta noche?

—Yo no he dicho eso.

—Pues es lo que ha parecido.

—En cualquier caso, Khalani ha dicho que los Pecadores van a atacar de todas formas —señaló Serene—. ¿Qué vamos a hacer cuando eso ocurra? ¿Marcharnos?

—No —respondió Takeshi con frialdad—. Los mataremos.

El ambiente se cargó de electricidad.

Khalani sabía que Takeshi no iba a dejar pasar sin más que aquel hombre la hubiera golpeado. Y, a decir verdad, ella tampoco.

Sin embargo, las perturbadoras palabras de Ansel aún resonaban en su mente.

Solo había una manera de parar todo aquello.

—Hay que ir a la biblioteca —anunció—. No estoy diciendo que abandonemos Oasis a su suerte… —le aseguró Khalani a Derek antes de que este protestara—. Pero tenemos que averiguar la verdad.

—Winnie está contigo, Khalani.

La anciana levantó los pulgares y Khalani no pudo evitar sonreír pese a la inquietud que la embargaba.

Serene, Adan y Elise se mostraron de acuerdo. Takeshi guardó silencio, pero asintió con la cabeza, y sus ojos negros decían que estaba preparado para la batalla.

Resignado, Derek suspiró, masajeándose la nuca.

—Supongo que no hay otra opción —admitió.

Sin demora, empezaron a trazar un plan.

—Vale, entonces, Brock, Adan, Elise y yo vamos al campo de entrenamiento en busca de la jefa y Patreus, y vosotros entráis en la biblioteca mientras nosotros los entretenemos —resumió Serene pensativa—. ¿Me podéis decir otra vez cómo hacemos eso?

—Habla con ella de lo que sea, Terror. Seguro que eso la distraerá —dijo Brock, poniendo los ojos en blanco—. Se te da bien marear la perdiz.

—Derek, ¿sabes dónde está la biblioteca? —preguntó Khalani antes de que Serene replicara.

—Sí —respondió, tragando saliva—. Estuve en casa de la jefa, y una de las estancias parecía una biblioteca, aunque no entré en ella.

—Perfecto. Tú me acompañarás.

—Yo también me apunto —dijo Takeshi, dando un tempestuoso paso al frente.

—No. —Khalani lo fulminó con la mirada y lo detuvo en seco—. Derek y yo nos las arreglaremos.

—No estaría mal que Takeshi nos acompañara —dijo Derek, paseando la mirada entre ellos—. Si nos descubren fisgoneando, quizá tengamos que luchar.

Takeshi enarcó las cejas, desafiándola a rebatirlo.

Khalani suspiró con exasperación.

—De acuerdo.

—Pues Winnie también se apunta —añadió alegremente la anciana.

Khalani se volvió hacia ella, extrañada.

—¿Cómo?

—Winnie no será una carga.

—Nunca lo has sido —aseguró Khalani—, pero es demasiado peligroso.

—Pues más motivos para que os acompañe. —La anciana esbozó

una sonrisa—. Si hay alguien que sepa moverse en una biblioteca, esa es la vieja Winnie.

Incapaz de discutírselo, Khalani dio su brazo a torcer.

—Será como en los viejos tiempos —susurró Winnie, golpeándole con picardía el hombro.

Pero Khalani no estaba tan animada. Solo rezaba para que Ansel estuviera mintiendo y que sus miedos no fueran más que paranoias sin sentido.

De lo contrario, no tenía ni idea de qué harían.

El sol ya casi salía por el horizonte y proyectaba un débil y brumoso resplandor en el frío ambiente. Khalani se encontraba en la calzada de la avenida Feliz, sumida en un silencio inquietante, con Winnie a su lado. Derek encabezaba la marcha, y Takeshi iba unos pasos más atrás, vestido todo de negro con su atuendo deportivo.

Aunque percibía los ojos oscuros de Takeshi clavados en su espalda, se obligó a mirar con decisión al frente y a no pedirle explicaciones por lo de la noche anterior.

Khalani se frotó los brazos, tratando de ignorar el malestar que eso le producía y de concentrarse en la misión. Al observar el muro, advirtió que había más centinelas de lo habitual.

¿Y si los veían entrar en casa de la jefa?

¿Y si Serene y los demás no eran capaces de distraerlos el tiempo suficiente?

—¿Va todo bien, querida?

Winnie señaló los arañazos que Khalani se había hecho al rascarse la piel con demasiada intensidad.

—Sí. —Se apresuró a llevarse las manos a los bolsillos—. Solo un

poco nerviosa.

—¿Has dormido bien?

—Sí. —Carraspeó—. ¿Y tú?

—Gran parte de la noche sí. —La anciana ladeó la cabeza—. Pero Winnie oyó unos ruidos extraños procedentes de tu dormitorio.

Khalani se sonrojó.

—Ah, ¿sí? Quizá fuera… el viento.

—No pasa nada, mi niña —aseguró, dándole una palmadita en el hombro—. Winnie ha tenido sus escarceos con varios hombres…

—Oh, no. Por favor, Winnie. No quiero oírlo.

—Pero lo más importante… —continuó diciendo la anciana, alzando un dedo— es que os amáis, ¿verdad?

Khalani no necesitó responder. En sus ojos se reflejaba la verdad. Podía estar furiosa con Takeshi. Querer lanzarlo por un acantilado.

Pero lo amaba.

Y, pasara lo que pasase, siempre lo amaría.

Winnie le cogió una mano entre las suyas y se la llevó al pecho mientras seguían avanzando por la calzada.

—El amor es la fuerza más poderosa. Debería abrumarte. Asombrarte. Calmar todas tus nubes tormentosas. Pero incluso en el cielo más despejado puede formarse un huracán. Así que debes ir con cuidado.

Khalani no tenía ni idea de qué era un huracán.

—¿Con qué? —preguntó.

—Con no perderte en esa furia salvaje. La devoción que demuestran vuestros ojos rivaliza con la propia Tierra, y ambos sois igual de intensos. Cuando esas dos fuerzas chocan, ocurren cosas maravillosas. Pero también pueden destruir el mundo en un instante. —La voz de la anciana adoptó un tono de advertencia—. Depende

de ti decidir qué camino tomarán.

—No lo entiendo, Winnie. —Khalani negó con la cabeza—. Solo somos dos personas. No podemos influir en lo que ocurre en el mundo.

—Estamos a las puertas de un cambio, Khalani. ¿No lo notas? —dijo la anciana, recalcando las palabras mientras miraba el amanecer —. ¿No notas la tensión en el ambiente, una dolorosa punzada en tus entrañas que te dice que pronto todo será muy diferente?

Sorprendida, Khalani guardó silencio, dejando que las palabras de la anciana calaran en ella. Llevaba meses sintiéndose así, pero había sido incapaz de verbalizarlo.

—Hasta una sola persona puede cambiarlo todo —dijo Winnie—. En la superficie, todo es posible. Y, en algún momento, puede que te toque a ti elegir.

—Elegir, ¿el qué?

Winnie se inclinó hacia ella.

—Quién permanecerá en la oscuridad.

—Hemos llegado —anunció Derek.

Khalani lo miró. Concentrada como estaba en la conversación con Winnie, no se había percatado de que se habían detenido justo delante de la casa más grande de Oasis.

No la había visto antes porque estaba algo apartada y pegada al muro.

Al contrario que las otras casas, de estilo retro, la vivienda de la jefa era de aspecto moderno. Estaba pintada de negro y tenía elegantes ventanas de cristales tintados que se extendían a lo largo de toda la segunda planta.

Se acercaron con sigilo, mirando a un lado y a otro por si aparecía alguien, pero la calle estaba desierta.

Derek trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada.

—¿Hay manera de entrar por la parte trasera? —preguntó Khalani en voz baja.

Derek se mordió el labio inferior.

—No lo sé.

—¿Rompemos una ventana?

—Puede que salte una alarma.

—¿Qué hacemos? —susurró Winnie.

—Deberíamos volver. —Derek echó un vistazo a su alrededor, visiblemente nervioso—. Van a pillarnos si nos quedamos aquí…

Clac.

La puerta se abrió de repente, cortesía de Takeshi, que había arrancado el pomo de una patada mientras ellos discutían.

—¿Entramos o qué?

Takeshi señaló el interior con un ademán.

—De esta no salimos vivos —murmuró Derek mientras los cuatro atravesaban el umbral de puntillas, pisando el suelo de madera.

La entrada estaba decorada con unas columnas de madera y una gran escalinata que, dividida en distintos tramos, conducía hacia las diferentes alas de la casa. Khalani dio un respingo cuando el suelo crujió bajo su peso, pero la jefa no irrumpió por la puerta principal ni bajó corriendo las escaleras.

El plan estaba funcionando. Pero no tenían mucho tiempo.

—¿Dónde está la biblioteca?

Se volvió hacia Derek con los nervios a flor de piel.

—En la segunda planta —respondió él—. Tenemos que movernos rápido.

Se apresuraron a subir las escaleras de dos en dos. Derek dobló a la derecha en el rellano y avanzaron por el pasillo. Fueron dejando atrás un dormitorio tras otro y, por el rabillo del ojo, Khalani vio el interior de los que tenían la puerta abierta.

Era extraño. Las camas de las habitaciones estaban cubiertas con láminas de plástico, como si nunca se hubieran utilizado.

Continuaron hasta que, finalmente, se plantaron ante una puerta de caoba. Derek hizo girar el pomo. Khalani estaba segura de que Takeshi no tendría más remedio que utilizar de nuevo la fuerza bruta, pero, para su asombro, se abrió sin dificultad.

La biblioteca era mucho más pequeña de lo que había imaginado en un primer momento, con una chimenea apagada y vacía y un escritorio diminuto de caoba. Cientos de libros se alineaban en varias estanterías.

—¿Qué estamos buscando en concreto? —preguntó Derek.

—Ansel mencionó algo así como «Olimpo». No tengo ni idea de qué significa eso, pero dijo que buscáramos álbumes de fotos. —Soltó un sonoro suspiro—. Lo mejor será que cada uno elija una estantería.

Se apresuraron a obedecer.

Khalani se puso de puntillas mientras hojeaba varios libros, todos ellos llenos de páginas de texto.

Ni un solo álbum de fotos.

Casi veinte minutos después de búsqueda infructuosa, decidieron lanzar al suelo los libros que descartaban.

—Khalani, Ansel te mintió. Aquí no hay nada —dijo Derek volviéndose hacia ella.

—Aún no hemos terminado de examinarlos todos —respondió, comprobando los libros del estante inferior.

El sentido común le decía que Derek tenía razón. Ya llevaban en la casa más tiempo del que habían planeado. El sol iba ganando altura y sus rayos comenzaban a iluminar la biblioteca.

Pero algo, una sensación extraña en el pecho, le decía que siguiera buscando y le impedía marcharse.

—La jefa regresará en cualquier momento. Tenemos que irnos —insistió Derek.

Estaba a punto de responder cuando un lomo con relucientes letras doradas captó su atención.

Los Dioses Griegos del Olimpo.

Khalani cogió el libro y, en cuanto lo sacó del estante, se oyó un claro clic.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Winnie.

En un abrir y cerrar de ojos, Takeshi acudió a su lado.

—Ha sonado como si se activara un mecanismo —dijo.

A continuación, empujó la estantería, revelando una estancia secreta.

Entraron todos en un cuarto apenas iluminado. A la izquierda había dos estanterías y, al otro lado, un amplio escritorio sobre el que se apilaban decenas de papeles.

Sin embargo, lo que los dejó helados fueron las pantallas.

Un gran número de televisores se apilaban unos encima de otros, mostrando imágenes en vivo y en directo de Oasis.

Los hombres que custodiaban el muro.

El campo de entrenamiento.

—¡Oh, Dios mío! —Derek palideció—. ¿Eso es nuestra casa?

Se acercaron a la pantalla superior y enseguida reconocieron el sofá de la sala de estar. Khalani contempló el resto de los aparatos con horror.

—¡Mierda! —exclamó Takeshi, asestando un puñetazo contra la pared.

En una de las pantallas se veían imágenes en directo del dormitorio de Khalani.

La joven retrocedió un paso, con las piernas temblorosas, y una arcada le subió por la garganta.

Winnie se acercó al escritorio y empezó a revisar los papeles.

—«Los Pecadores han desbaratado nuestros intentos de recolonización» —leyó en el primero—. «Orden de exterminio».

La anciana se apresuró a hojear el resto de los documentos.

—«La expansión se ha suspendido. Solicitud de recursos denegada». —Alzó la mirada—. Winnie no comprende qué significa esto.

—Concentrémonos en encontrar los álbumes de fotos —sugirió Khalani—. Tienen que estar por aquí.

Fue a toda prisa hacia las estanterías. Winnie y Takeshi se unieron a ella y los tres empezaron a revisar frenéticamente los libros.

Derek observaba las pantallas con ojos desorbitados.

—Tíos… —Todos se volvieron cuando, con voz aterrada, señaló la pantalla izquierda—. La jefa y Patreus han salido del campo de entrenamiento. Vienen hacia aquí.

Apenas hubo pronunciado esas palabras, Khalani se concentró de nuevo en los libros. Aún no podían irse. La jefa los había estado espiando todo el tiempo. Tenía que descubrir qué más ocultaban.

Vio una especie de cuaderno, blanco y voluminoso. Lo abrió y, al hacerlo, descubrió decenas de fotografías.

—¡Creo que lo tengo! —exclamó.

Khalani examinó las imágenes, confundida. Varias familias posaban en el exterior de unas casas que, extrañamente, se parecían mucho a las de Oasis.

Debajo de cada fotografía había un año.

«1991. 1992. 1993».

—¡Winnie ha encontrado otro!

La anciana sacó otro álbum polvoriento del estante inferior. Pero Khalani siguió hojeando el blanco. No reconocía a nadie.

Pasó una página tras otra hasta que llegó a la última.

En ella se veía a dos mujeres muy sonrientes sentadas en un balancín.

Khalani se quedó atónita.

—¿No es…?

—La jefa —respondió Takeshi por encima de su hombro, examinando la fotografía con los ojos entornados.

Aunque esbozaba una extraña sonrisa, no cabía duda de que era ella. La mujer a su derecha parecía Ari, la que había curado a Winnie la primera vez que habían pisado Oasis.

Bajó la mirada y leyó el año.

«2035».

—Dos mil treinta y cinco… —dijo frunciendo el ceño—. Hace más de trescientos años. No puede ser. Algo se nos escapa.

—¡Khalani! —exclamó Winnie.

Cerró el libro de golpe y se volvió hacia la anciana, a la que le temblaban las manos.

—¿Qué sucede, Winnie? —susurró.

Blanca como la pared, la anciana la miró con los ojos abiertos de par en par y una expresión desconcertada.

Alzó el álbum para mostrárselo.

Khalani se acercó.

Era un primer plano de una muchacha sonriente, aunque la sonrisa no se reflejaba del todo en sus ojos. La joven miraba hacia arriba con una extraña mezcla de intensidad y fervor, como si deseara romper con sus propias manos las rocas de la ciudad del subsuelo que la rodeaba.

Khalani conocía muy bien ese rostro.

Era el suyo.

26

La verdad nos destruirá a todos.

Se quedó boquiabierta. El corazón ya no le latía desbocado, sino que se le había parado por completo.

No podía apartar la mirada de la fotografía. La muchacha tenía el mismo rostro ovalado, la misma nariz, los mismos labios y la misma sonrisa. Incluso el brillo de sus ojos se correspondía con el que Khalani veía cada mañana en el espejo.

Pero no era ella.

No podía serlo.

Alzó la mirada hacia Winnie y Takeshi, buscando una explicación que la tranquilizara. Confiando en que uno de ellos dijera que esa fotografía no significaba nada.

Que era una mera coincidencia que esa joven se pareciera tanto a ella.

Que mucha gente en el mundo se parecía.

Pero Winnie seguía pálida, inmóvil. Y, junto a ella, Takeshi contenía el aliento, sin apartar los ojos oscuros de la imagen, examinando cada detalle. Y, cuando la miró, Khalani vio la respuesta en su semblante serio.

—No. —Khalani le quitó importancia con un gesto—. Es… es… Está claro que es falsa.

—Querida niña… —susurró Winnie.

Era la primera vez que veía el miedo reflejado en el rostro de la anciana. No por sí misma, sino por Khalani.

Derek se acercó para comprobarlo con sus propios ojos.

—No entiendo nada. ¿Por qué tienen una foto tuya los de Oasis?

—¡Joder, que no soy yo!

—Kanes… —Takeshi dio un paso hacia ella, con cautela, como si fuera una bomba a punto de explotar—. Tranquilízate.

—¡Ja! «Tranquilízate». ¿Quieres que me tranquilice? —repitió con incredulidad.

Le flaquearon las piernas y estuvo a punto de desplomarse. Takeshi fue a sujetarla con expresión preocupada, pero ella lo detuvo alzando la mano.

No podría soportar que nadie la sostuviera.

Porque apenas era capaz de sostenerse a sí misma.

—¿De verdad piensas que esa de la foto soy yo? —le preguntó sin rodeos.

—No… lo sé, Kanes.

—Pues claro que no lo sabes. No sabes una puta mierda ni recuerdas nada.

—Khalani… —la riñó Winnie.

Las palabras lo habían golpeado como si fueran puñales, y Takeshi dio un respingo. Sin embargo, Khalani no obtuvo la reacción que buscaba. El capitán mantuvo sus emociones bajo un control férreo, lo que hizo que se cabreara aún más.

—Sé que estás furiosa —le dijo con voz calmada—. Pero tenemos que irnos antes de que la jefa aparezca. Regresaremos a la casa y lo resolveremos todo. Juntos.

—¿Juntos? —Khalani soltó un bufido—. ¿Desde cuándo estamos juntos? Veo más tu espalda que tu cara. ¿Por qué debería

importarme una mierda lo que tengas que decir?

—Tienes razón. Me lo merezco. —Takeshi respiró de forma entrecortada—. Y puedes odiarme con toda tu alma. Pero ahora no es el momento. Tenemos que salir de aquí.

—Eso no va a pasar —dijo la jefa, entrando por la puerta con el arma desenfundada.

Observó la escena y, al reparar en que Khalani sostenía el álbum, se le descompuso el rostro.

—¿Qué te contó Ansel? —suspiró.

—La verdad —escupió Khalani—. Que sois unos mentirosos.

—Habéis estado espiándonos todo el tiempo. ¿Cómo habéis podido hacernos eso? —gritó Derek, incapaz de ocultar lo traicionado que se sentía.

—No pienso disculparme por proteger a mi pueblo —declaró.

Takeshi se mantenía rígido junto a Khalani, con la mirada clavada en la jefa. Y en la salida tras ella.

—¿Y qué nos dices de esto?

Khalani alzó el álbum.

—No lo entenderías.

—Ah, ¿no? ¡Prueba a explicarlo! —exclamó temblando, casi a punto de perder los estribos y sin importarle la pistola que la apuntaba—. ¿Por qué hay una foto tuya de hace trescientos años? ¿Y por qué cojones hay una foto de alguien que se parece a mí?

—¿A ti? —La jefa frunció el ceño—. No… lo sé. Me prohibieron mirar el álbum negro.

—¿Quién? —preguntó Takeshi.

—No puedo contestar a eso.

Era evidente que Takeshi ya estaba harto de la situación y dio un paso al frente con agresividad, pero la jefa amartilló el arma.

Aunque no lo apuntó a él, sino a Khalani. Y eso lo frenó en seco.

—Yo no quería que fuera así —dijo la jefa con voz temblorosa y sinceramente arrepentida—. Guardamos nuestro secreto porque no teníamos alternativa. Cuando le dije la verdad a Ansel, se desató la guerra. No puedo arriesgarme a que se pierdan más vidas. Lo siento.

—¡Dinos qué significa! —bramó Khalani.

Pero, por muchas explicaciones que le diera, ya nunca sabría qué era verdad y qué no. La naturaleza de su realidad se había escurrido como si fueran granos de arena entre las manos.

—Puedes confiar en nosotros —le aseguró Winnie a la jefa con dulzura.

—Me temo que ya es demasiado tarde para eso. —La jefa se volvió hacia la salida sin dejar de apuntarlos con la pistola—. ¡Patreus! ¡Ahora!

De pronto, mientras ella salía, alguien lanzó unos botes de gas al interior y el sombrío cuarto se llenó de humo. Corrieron los cuatro hacia la puerta metálica, pero los habían encerrado. Un hedor fétido, sulfúrico, impregnó el aire a su alrededor mientras aporreaban la puerta y gritaban.

—¡Dejadnos salir!

—¡Por favor!

Nadie respondió.

Winnie y Derek empezaron a toser violentamente, y se oyó un golpe sordo. Khalani se volvió justo a tiempo de ver a la anciana desplomarse, inconsciente.

—¡Winnie!

Trató de levantarla, pero no tenía tanta fuerza.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. El humo enseguida inundó la estancia sin ventanas, y Khalani se cubrió la boca sin dejar de toser. Al cabo de un segundo, Derek también cayó al suelo.

—¡Derek! —gritó.

Takeshi embistió la puerta metálica con el hombro, furioso. La aporreó y le dio patadas. Pero, pese a su increíble fuerza, no cedió. Cuando oyó los lamentos de Khalani, corrió hacia ella de inmediato.

Con un gesto rápido, se quitó la camiseta y le cubrió la boca y la nariz. Su aroma cálido le dio un instante de consuelo, pero el humo seguía desgarrándole la garganta y el pecho.

—Trata de no respirar el humo, Kanes.

Pese a que también tosía, parecía haberse olvidado de sí mismo y solo le prestaba atención a ella.

La tomó en brazos y la llevó al rincón más alejado de los botes, aunque, para entonces, todo ya se estaba fundiendo a negro para Khalani.

—No, no… Vamos… —Con expresión aterrorizada, le dio unas suaves palmadas en las mejillas—. Quédate conmigo.

Khalani deseaba quedarse con él.

Dios, lo deseaba con toda el alma.

Pero su mente y su cuerpo estaban cayendo al vacío, y no podía hacer nada para evitarlo. Lo último que vio antes de que la oscuridad la engullera por completo fue una lágrima rodando por el rostro ensombrecido de Takeshi.

—Khalani, querida.

Una voz dulce, como una melodía lejana, le llegó a los oídos.

—Despierta.

Abrió los ojos de golpe. Estaba sentada en el suelo de una habitación fría, casi en penumbra, con una única lámpara colgando de forma precaria sobre su cabeza.

—¿Winnie? —parpadeó, buscando un rayo de esperanza en la oscuridad.

—Aquí —respondió la voz de la anciana desde el otro lado de la estancia.

Estaba sentada, con la espalda apoyada contra un poste metálico.

Khalani se inclinó hacia delante de inmediato, pero sintió que algo tiraba de ella hacia atrás. Entornando los ojos, comprendió que, al igual que Winnie, estaba encadenada a una tubería.

No había ni rastro de Takeshi ni de Derek.

Escudriñó el pequeño espacio en busca de una salida y, cuando reparó en la escalera desvencijada, Khalani soltó un gemido y echó la cabeza atrás, golpeándola contra el metal.

—¿Qué ocurre, Khalani? ¿Sabes dónde estamos? —preguntó Winnie, alterada.

—Aquí nos interrogaron la primera vez que pisamos Oasis.

—¿Qué crees que va a pasar ahora?

—No lo sé. Tenemos que salir de aquí y encontrar a los demás —dijo tirando de las ataduras de nuevo.

El dolor que sintió en los hombros le hizo rechinar los dientes.

Pero tenían que escapar.

Tenía que contárselo a los demás. Khalani no tenía idea de cuánto tiempo llevaban inconscientes, y Ansel atacaría esa noche. Si no les abría la puerta, los Pecadores encontrarían la forma de franquear el muro y de matarlos a todos.

Tiró con más fuerza de las cadenas, y estuvo casi a punto de dislocarse el hombro otra vez, pero entonces oyó unas botas toscas que bajaban por las escaleras.

Se le revolvieron las entrañas al ver a la jefa, que se detenía en el último escalón. Venía sola y desarmada, salvo por la silla de

madera que arrastraba tras de sí.

Khalani se tensó, preparándose mentalmente para lo peor; ya había sobrevivido a un dolor inimaginable a manos del doctor Strauss.

Pero que Winnie también estuviera allí atada…

Una sombra cruzó el rostro de la jefa cuando colocó la silla en el centro de la estancia, soltando un suspiro pesado, como si cargara con un peso insoportable sobre los hombros.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Khalani, incapaz de ocultar el pánico que sentía.

—Patreus y los guardias los están vigilando.

—Te juro que si les haces algo…

—Jamás hemos pretendido haceros daño —espetó la jefa, ofendida—. No nos educaron así.

Khalani enarcó las cejas, incrédula.

—Y, exactamente, ¿cómo os educaron?

La jefa vaciló y se sentó despacio; inclinó la cabeza y apoyó los codos en las rodillas entrelazando las manos. Winnie fue la encargada de romper el silencio.

—No pareces muy diferente de todos nosotros, pero lo eres, ¿verdad?

—Ojalá pudiera decir que no. —La jefa torció el gesto—. Pero, cuanto más estoy en este mundo, más me doy cuenta de lo mucho que nos parecemos, pese a que no fuera eso lo que se pretendía.

Winnie frunció el ceño, pero guardó silencio, como si supiera que, con el más leve susurro, la jefa dejaría de darles las respuestas que tanto necesitaban.

—Quiero contaros una historia. —La jefa las miró, exhausta y compungida—. Sé que tenéis muchas preguntas, pero solo os pido que escuchéis lo que tengo que decir.

Khalani habría preferido ver cómo la empalaban con una espada a oír más mentiras. Pero, atadas como estaban, no tenían alternativa.

—La primera vez que fallecí, tenía veintiún años.

Adoptó una expresión vacía, con la mirada perdida, como si recordara un mundo que ellas solo habían visto en los libros de historia.

—Fue antes del Gran Colapso. Crecí en una pequeña comunidad a las afueras de Las Vegas. Tenía una familia. Una hermana. Un perro. Y sueños…, aunque ya no recuerdo cuáles eran.

Tragó saliva, con la voz cargada de una profunda melancolía.

—Recuerdo que, cuando empezó la guerra, yo iba a la universidad. Se produjeron protestas. Redadas masivas. Los bancos cerraron de la noche a la mañana. Y, cuando el presidente envió el ejército a las ciudades y empezaron a matarnos, el pánico se apoderó de todos.

»No estaba claro quién había lanzado los misiles primero. Mi hermana me hablaba de teorías sobre que nuestro propio país detonaba bombas nucleares en el oeste para deshacerse de sus opositores. Pero luego los ataques se extendieron. Cuando un polvo negro cubrió el sol, supimos que era el final.

»Nos quedamos sin luz. Todo el mundo empezó a acaparar comida. Atrancó las puertas. La gente mataba por una gota de agua en el frío desierto. Vi a mi familia desaparecer hasta que solo quedamos mi hermana y yo. Estábamos en los huesos, demasiado débiles incluso para levantar la cabeza del colchón. Abrazadas, exhalamos nuestro último aliento.

»Vi mi alma abandonar mi cuerpo y elevarse hacia una luz lejana. Mis ojos se cerraron por última vez. Hasta que, un día, alguien me los hizo abrir de nuevo.

Khalani escuchaba con total atención, casi sin respirar.

—Me desperté desnuda en un tanque de cristal. Había un hombre ante mí. No lo había visto nunca, pero me ordenó que hablara. Por alguna razón, no podía mover los labios. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero era como si me los hubieran sellado con pegamento. Escribió algo antes de tirar de una palanca. Solté un grito agónico al sentir una descarga eléctrica. Y entonces me dejó de latir el corazón.

»Esa fue la segunda vez que fallecí.

»La tercera vez, me desperté y me preguntó cómo me llamaba. Pero no lo recordaba. Cuando le dije que no lo sabía, volvió a matarme. Lo mismo ocurrió durante días. Quizá años, no lo recuerdo… —Le temblaron las manos y se le quebró la voz—. Cuando por fin fui capaz de relatarle toda mi vida, me explicó por qué me habían traído de vuelta. No estaba viva. No realmente. Había recuperado mi cuerpo en descomposición y había fabricado un clon exacto de la persona que era en el pasado. Dijo que esa había sido la parte fácil. La difícil había sido hacerme recobrar la memoria. En mi cerebro se conservaban partes en perfecto estado, y había trabajado sin descanso día y noche para recrearme hasta obtener una versión perfecta de mi yo original. Pero me pidió que recordara que no era humana, sino algo mejor.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Khalani.

—No lo sé… —La jefa frunció el ceño—. Solo se me permitía dirigirme a él como «Padre». No sé de dónde venía.

—Pero ¿por qué te trajo de vuelta? —preguntó Winnie.

—Para repoblar la Tierra.

La anciana se quedó boquiabierta, pero la jefa continuó.

—Yo fui su primer clon. En cuanto me hubo perfeccionado, hizo otros. Nos ordenaron fundar nuestra primera ciudad, Oasis. Nos

proporcionó todo lo necesario: comida, provisiones y medicamentos. Y nos encomendó construir más ciudades por toda la Zona Muerta. Éramos pacíficos; lo llevábamos grabado en el código. Eso es lo que nos diferencia de los humanos —afirmó la jefa, como si se lo hubieran dicho muchas veces—. Pero, de pronto, un grupo de cincuenta humanos encontró nuestra ciudad. Eran descendientes de la gente que vivía en Las Vegas, la Ciudad del Pecado. No sabía qué hacer. Informé a Padre a través de una máquina de faxes que nos había dado. Él me recomendó que fuéramos con cuidado y nos advirtió de que, si descubrían quiénes éramos en realidad, tratarían de matarnos. No lo creí. Sus lecciones pacíficas habían arraigado en mí, e hicimos todo lo posible por acoger a los Pecadores en nuestra comunidad con la esperanza de que nos ayudaran a repoblar el mundo. Pero el joven Ansel sospechaba algo. Un día, entró en la biblioteca y descubrió las fotos. Cuando le confesé la verdad, Ansel y el resto de los Pecadores nos robaron las pistolas y mataron a la mayoría de los míos antes de escapar. Ese fue el motivo de que construyéramos el muro. Desde entonces, nuestro objetivo ha sido sobrevivir.

La jefa negó con la cabeza, como si ese momento constituyera el mayor fracaso de su vida.

—Cuando le conté a Padre lo que había pasado, envió a Patreus para enseñarnos a luchar y para matar a los Pecadores. Pero nuestra gente era pacífica; no estaba hecha para la guerra, y yo nunca di la orden de atacar a Ansel. Cuando se lo dije a Padre, se puso furioso y dejó de enviarnos semillas y provisiones. Dijo que éramos igual que los humanos… y nos abandonó.

La jefa ahogó un suspiro y se llevó las manos al rostro, casi sollozando.

Khalani estaba atónita.

Esa historia increíble cobró alas en su mente, provocando un torbellino de nuevas preguntas.

¿Quién era ese tal «Padre» que había mencionado?

¿De dónde venía?

¿Cuántos clones había ahí fuera?

Miró a la apesadumbrada jefa con un único deseo: acercarse a ella y abrazarla. Pero, de inmediato, sintió ganas de golpearse la cabeza contra el poste metálico ante la idea.

¿Qué cojones le ocurría? La jefa las había atado y había estado espiándolos a todos.

No era humana.

Khalani se lo repitió para sus adentros como si fuera un mantra.

Aunque, si ella no lo era, quizá Khalani tampoco lo fuera.

—¿Por qué está mi foto ahí abajo? —preguntó con voz ronca, casi en un suspiro.

—Ya te lo he dicho, no lo sé. —La jefa la miró con severidad—. Padre dejó ese álbum en Oasis porque no quería que lo encontraran en su ciudad.

—Pero, entonces, ¿soy como tú? ¿Soy un… clon?

Se estremeció. No deseaba conocer la respuesta, pero necesitaba oírla.

—¿Tienes recuerdos de una vida previa? —preguntó la jefa.

Khalani reflexionó un buen rato antes de contestar.

Tenía pesadillas de bombas nucleares que caían sobre ciudades, pero nada como lo que había descrito la jefa. No recordaba claramente ninguna vida antes del Gran Colapso.

—No —admitió al fin.

—Entonces no creo que lo seas.

—Pero ¡eso no explica por qué está mi fotografía ahí abajo! ¡Ni qué hacíais espiándonos!

—Tenía que asegurarme de que no ibais a causarnos ningún daño. Era mi obligación después de lo ocurrido con Ansel.

—Pero ¡tú tienes que saber algo!

—¡Yo no sé nada! —gritó la jefa con las manos temblorosas.

Se quedaron atónitas ante su furia.

—¡Esto no tenía que pasar! —La jefa se puso en pie, completamente pálida, y volcó la silla—. ¡He muerto mil veces y he deseado morir mil más! ¡Y solo lo acepté porque quería la paz! ¡Y, ahora, Ansel está justo fuera de la ciudad, estamos solos y mi gente va a morir! ¡Si no hubiera nacido, esto nunca habría pasado! —exclamó, hecha un mar de lágrimas.

Sus sollozos resonaron en la estancia.

—No es culpa tuya.

Como si tuviera unas alas invisibles, el susurro de Winnie voló y atravesó su pesar.

La jefa desvió la atención hacia ella y la miró con ojos angustiados.

—¿Qué has dicho?

—Lo que ocurrió no fue culpa tuya —repitió la anciana con rotundidad y firmeza—. El hombre al que llamas «Padre» no es tu padre. Ningún padre haría sufrir tanto a su hijo. Es él el que es diferente de nosotros. No tú.

—Pero ¿cómo puede ser? Fue la persona que me dio de nuevo la vida y me dijo que ya no era humana.

Le tembló la mandíbula, como si deseara que eso no fuera verdad.

—¿A que tu corazón late igual que el nuestro?

—Sí, pero incluso los animales tienen corazón.

—Bien, ahora, dime: cuando te encuentras con alguien herido, cuando viste el sol por primera vez, cuando le sonríes a tu

hermana…, ¿dónde lo sientes? —insistió Winnie.

La jefa no respondió, ahogada por la emoción.

—Creo que ya sabes a qué me refiero. —Un destello cruzó los ojos de la anciana—. Ahora, dime: ¿no harías cualquier cosa por tu familia? ¿Por los tuyos?

—Por supuesto —respondió la jefa con aire decidido.

—¿Lo ves? —La anciana sonrió, mirándola con calidez—. No te has mantenido con vida solo gracias a tus recuerdos. Siempre te has preocupado por hacer lo correcto. Tu parte humana te ha guiado todo este tiempo sin que lo supieras.

Khalani se quedó perpleja ante la fuerza de las palabras de Winnie, plagadas de ideas que ni siquiera se había atrevido a imaginar.

No era la sangre que le corría por las venas ni las piernas con las que caminaba lo que marcaba la diferencia. Quizá lo que la hacía sentirse viva era la conexión que compartía con Winnie. La forma en que miraba a sus amigos. La intimidad entre ella y Takeshi cuando se quedaban solos.

La jefa sorbió por la nariz, desgarrada por el llanto, como si experimentara la misma sensación de plenitud que ella.

Khalani alzó los ojos hacia el techo. Tenía respuestas a sus preguntas. Y, por primera vez, supo qué hacer.

—¿Cómo te llamas? —Carraspeó—. ¿Cómo te llamabas antes del Gran Colapso.

—Penny. Me llamaba… Me llamo Penny —susurró la jefa.

—Bien, Penny, si nos desatas, podemos ayudarte.

Penny empezó a pasearse por la habitación, visiblemente nerviosa.

—La última vez que le confesé la verdad a alguien, nos mataron. ¿Cómo sé que vosotros no haréis lo mismo?

—Porque Winnie tiene razón. —Khalani miró a su segunda madre, que le devolvió un asentimiento, animándola a que continuara con una mirada de amor en los ojos—. Quizá no seamos tan diferentes. Yo también haría cualquier cosa por mi familia. Cuando estuve con Ansel, nos hicieron daño para obtener información, algo que tú nunca has hecho. Tú nos has protegido, y salvaste a Winnie cuando no tenías por qué hacerlo. Incluso cuando te ordenaron cometer una atrocidad, escogiste la opción correcta. No me importa en qué siglo hayas nacido. Eres mejor que la mayoría de las personas que conozco. Así que, si no tengo más remedio que elegir entre el bando de Ansel y el tuyo, elijo el tuyo.

Hablaba en serio.

Nadie podía decidir dónde empezaba su historia. Ni cuándo o cómo abandonarían este mundo. Lo que marcaba la diferencia era qué persona elegían ser.

Penny observó atentamente a Khalani y a Winnie, poniendo a prueba su sinceridad. Tras un minuto, soltó un profundo suspiro, como si hubiera estado conteniendo ese aire durante muchísimo tiempo.

Sacó un par de llaves de bronce, se encaminó hacia la anciana y le quitó las cadenas. Cuando liberó a Khalani, esta se frotó las muñecas. Al alzar la mirada, se sorprendió al ver que Penny le tendía una mano.

Dudó un instante, comprendiendo lo que significaba estrecharla. Pero Winnie tenía razón.

Un nuevo amanecer se acercaba, y sus elecciones lo cambiarían todo.

Khalani aceptó la mano tendida de Penny.

27

Volvería a soportar todo ese dolor solo por estar contigo.

Penny las condujo de vuelta a la casa, en cuyo exterior había apostada una decena de guardias. Al ver que Winnie y Khalani la acompañaban, Patreus se quedó atónito.

—Pe-pero, je-je-jefa… —tartamudeó, llevando la mano a la pistola—. ¿Por qué las has liberado?

—Han venido a ayudarnos —dijo Penny con firmeza—. Dame las llaves.

Khalani reparó en que había unas cadenas que rodeaban el pomo de la puerta, que las ventanas estaban rotas y que el suelo estaba cubierto de cristales.

—¿Se lo has contado?

—Todo.

—Pero Padre dijo que no debíamos confiar en los humanos, jefa —insistió Patreus—. Son violentos, desleales…

—¡Padre no está aquí! —zanjó Penny.

Los otros guerreros se volvieron de repente hacia ella.

—No solo nos abandonó, sino que también mintió —dijo—. No todos los humanos son bestias violentas y destructoras. Esta gente es buena y pacífica, igual que intentamos serlo nosotros. Pero

tenemos la guerra a las puertas y o bien nos unimos contra el enemigo común, o bien nos marchitamos y morimos como hicimos cientos de años atrás. —Penny alzó la mirada hacia la luna, que brilló sobre ella como si la animara a continuar—. Es hora de olvidarnos de nuestras diferencias y de unirnos. Y, cuando esta batalla final termine, podremos derribar nuestros muros y construir un futuro juntos en la superficie.

Unos murmullos se extendieron entre los guerreros, que asintieron en señal de acuerdo. Pero Patreus siguió refunfuñando y fulminó con la mirada a Khalani y a Winnie, como si pensara que las habían enviado para matarlos a todos.

—Abre la puerta —ordenó Penny una vez más.

—No es buena idea, jefa.

La tensión entre ellos se podía cortar con un cuchillo. Todo el mundo guardó silencio y permaneció inmóvil, hasta que Ferren dio un paso al frente.

—¡¿Qué haces, Ferren?! ¡Vuelve de inmediato a tu puesto! —soltó Patreus.

—No —replicó Ferren—. Acepté enfrentarme a los Pecadores porque Ansel asesinó a los nuestros. Pero ellos… —Señaló a Khalani y Winnie—. No son enemigos. Si tenemos que volver a combatir, me sentiré muy honrado de estar en su bando.

La convicción y pasión con las que pronunció esas palabras llenaron de orgullo a Khalani.

Incluso los ojos de Penny brillaban a la luz de la luna.

Ferren quitó las cadenas de la puerta principal, que cayeron al suelo con un fuerte sonido metálico. Khalani se puso tensa al pasar junto a Patreus, casi esperando que sacara la pistola y disparara, pero se limitó a refunfuñar entre dientes y a marcharse hecho una furia.

—Entra —le dijo Penny con un leve gesto de asentimiento.

En cuanto abrió la puerta, un coro de voces estalló.

—¡Aquí están!

—¡Os dábamos por muertas!

—¡Apartaos de ellas!

Unos brazos la arrastraron al interior, y Serene, Derek, Adan y Elise la envolvieron en un abrazo sofocante que la dejó sin aliento.

—¡Estás bien! —exclamó Elise.

—Tenemos que parar con esta mierda de los secuestros —murmuró Serene en su otro oído.

—¿Puedo matar ahora a la jefa? —gruñó Adan, volviéndose hacia Penny.

—¡No! —gritaron al unísono Khalani y Winnie, extendiendo las manos—. Está de nuestro lado.

—¿Cómo? ¡Nos gaseó!

Derek, con los puños apretados a los costados del cuerpo, fulminó a la jefa con una mirada glacial.

—No esperéis una disculpa, porque no la habrá. —Penny alzó la vista—. Era la única forma de separaros sin tener que enfrentarnos a vosotros.

—Sí, ya, y ahora me dirás que no has estado espiándonos, ¿verdad? Dame una buena razón para que no te parta la cara ahora mismo —exigió Serene apretando los puños.

—Estoy con ella —intervino Brock, emergiendo de la oscuridad y fulminando con la mirada a Penny, que retrocedió un paso.

—¡¡¡Esperad!!! —Khalani se situó ante la jefa al percibir la rabia acumulada—. La jefa puede explicarlo. ¿Dónde está Takeshi?

Miró hacia el interior de la casa, sorprendida de que no fuera el primero en lanzar amenazas de muerte.

—Despertamos todos aquí —explicó Derek—. Patreus dijo que

nadie podía salir. Pero Takeshi, ejem, no se tomó muy bien esa parte.

Los demás intercambiaron una mirada incómoda.

—¿Dónde está? ¿Le ha pasado algo? —preguntó Khalani, presa del pánico.

—Está bien. —Adan le apretó el hombro—. Pero, cuando Patreus le prohibió verte, se le fue un poco la pinza.

—¿Un poco? —Serene resopló—. Noqueó a uno de los guardias y empezó a tirar muebles contra las ventanas para escapar. Brock tuvo que tumbarlo literalmente para evitar que los guardias le dispararan. Aun así, Adán y Derek tuvieron que ayudarlo a reducirlo. Nos hemos visto obligados a maniatarlo para que no acabara matándose.

Una oleada de calidez la recorrió al darse cuenta de que no era la única que haría lo imposible por salvar a Takeshi de sí mismo.

Le gustara o no al capitán, formaba parte de la familia.

—Seguro que eres la única que puede calmarlo —añadió Serene mirando fijamente a Khalani—. Sigue amenazando con destripar a todo el mundo y colgarlos bocabajo de las entrañas. Y, siendo sincera, hasta me apetece verlo.

Serene lanzó una mirada retorcida hacia la jefa.

—Puedo explicarlo, y lo haré, igual que se lo he contado a ellas —dijo Penny.

Pero Khalani ya no estaba allí.

Se había abierto paso entre ellos a toda prisa hasta la sala de estar. Al oír un gemido, se detuvo en seco.

Takeshi estaba atado a una silla. Unas gruesas cuerdas le rodeaban el pecho y las piernas y respiraba de forma entrecortada. De inmediato posó en ella sus ojos oscuros.

—Kanes… —La miró de arriba abajo con desesperación—. ¿Qué te han hecho?

Khalani sintió el calor en sus entrañas; el recuerdo de la noche anterior aún estaba fresco. Takeshi la miraba como si fuera a cometer una locura ante la más mínima señal de que le hubieran tocado un pelo.

Y eso le provocaba… una extraña sensación en el pecho.

—Estoy bien —aseguró en voz baja, sin saber muy bien qué hacer.

—Quítame estas putas cuerdas —gruñó Takeshi.

Brock apareció con un cuchillo y empezó a cortar las gruesas ataduras. En cuanto quedó libre, Takeshi clavó la mirada en la jefa, que acababa de entrar en la estancia.

En un abrir y cerrar de ojos, le arrebató el cuchillo a Brock y lo lanzó hacia ella. La hoja se incrustó en la pared, a un centímetro de la cabeza de Penny.

Una gota de sangre le cayó del lóbulo de la oreja.

—Considéralo una última advertencia. Si vuelves a poner en peligro a Kanes o a cualquiera de ellos… —la advirtió Takeshi mientras señalaba a Winnie y a los demás—, te trincharé hasta que quedes irreconocible y esparciré los trozos por el desierto.

Penny apretó tanto los labios que se le pusieron blancos, y Brock sonrió como un tarado.

Khalani soltó una risa nerviosa.

—No está hablando en serio —mintió, tratando de rebajar la tensión.

—Estoy hablando muy en serio.

—No te preocupes. No me ofendo. Yo haría lo mismo por mi gente. —Penny se irguió y, con firmeza, añadió—: Por eso necesitamos vuestra ayuda.

Takeshi se cruzó de brazos, como si ayudar fuera lo último que se planteara, pero enseguida llegaron los demás y, pese a su

evidente desconfianza, Penny relató su procedencia y su misión en Oasis sin que nadie la interrumpiera.

Todos prestaron atención, perplejos.

—¿Así que todos los de este pueblo sois clones? ¿Incluso los niños? —preguntó Serene, completamente pálida.

—Todos, excepto vosotros.

—¿Os hacéis viejos? ¿Podéis… morir? —susurró Elise con un hilillo de voz.

—Sí. Podemos morir igual que cualquier humano, pero envejecemos más despacio.

—¿Por qué estaba la foto de Khalani allá abajo?

La voz de Takeshi cortó el aire como el cuchillo que había lanzado unos minutos antes. Pero no miraba a Khalani, sino que apuntaba con toda su furia directamente a la jefa.

—No tengo ni idea. —Penny negó con la cabeza—. Nunca tuve acceso a esos archivos. Pero si estás preocupado por si es un clon…

—Me importa una mierda si es un clon, humana o medio animal —gruñó—. Lo que quiero saber es quién puso su foto ahí.

Khalani sintió que le daba un vuelco el corazón. Ella apenas podía soportar la idea de no ser humana, y Takeshi hablaba como si no importara.

—Padre debió de poner su foto con las demás —sugirió Penny.

—¿Y dónde está ese tal «Padre»?

Penny vaciló, tragando con dificultad.

—No he vuelto a verlo desde que abandoné el laboratorio. Y, después de lo que ocurrió con Ansel y los Pecadores, cortó toda comunicación con Oasis.

Takeshi llevó su mirada calculadora al suelo y se sumió en sus pensamientos.

—Y bien, ¿para qué nos necesitáis? —preguntó Brock.

—Los Pecadores nos atacarán esta noche —anunció Penny—. Necesitamos vuestra ayuda para detenerlos.

—¿Y por qué vamos a jugarnos el cuello por alguien que nos ha estado mintiendo todo este tiempo? ¿Por gente que ni siquiera es verdaderamente humana? —replicó él.

Se produjo un silencio ensordecedor.

Penny vaciló de nuevo y desvió la mirada. Como si la sabiduría que Winnie le había transmitido la hubiera abandonado ante el peso de esa conversación.

—¿Qué diferencia hay, Brock? —Khalani no pudo evitar intervenir —. ¿Y si yo fuera como ellos? ¿Querrías que muriera?

A su lado, Takeshi se puso rígido, pero, para su asombro, Brock soltó un bufido, como si fuera una pregunta de lo más estúpida.

—Ya sabes que eso me importa una mierda. Que lo único que me importa eres tú. Que confío en ti. Pero en ellos no confío, y en la persona que los trajo aquí, tampoco.

Señaló a Penny con un ademán.

—Sigues sin comprenderlo, Brock —insistió Khalani—. No importa de dónde vengamos o quién nos trajo al mundo. Esta gente podría haber dejado morir a Winnie, pero no lo hicieron. Podrían no habernos dado comida y cobijo, o no cuidar de Derek, pero lo hicieron. Nos han protegido, pese a saber que no somos como ellos. Y, si ahora les diéramos la espalda, creo que no tendríamos derecho a considerarnos humanos.

Todos guardaron silencio de nuevo, sopesando sus palabras.

Quizá no estaban de acuerdo. Quizá incluso la odiaran por ello. Pero prefería luchar por lo que creía antes que cruzar los brazos y seguir adelante.

Serene dio un paso al frente y, con lágrimas en los ojos, abrazó a Khalani.

—Me da igual lo de la fotografía. Eres mi hermana, siempre lo serás y te seguiré adonde sea.

La estrechó con fuerza entre sus brazos y, emocionada, Khalani estuvo a punto de romper a llorar.

A continuación, Serene se volvió hacia Takeshi, que, aunque no pronunció palabra, le prestó atención entornando los ojos.

—Bien, ya que vamos a pelear, ¿me prestas tu arma? —preguntó Serene.

—Sabes perfectamente que el único hombre que va a darte un arma soy yo —siseó Brock, dando un paso al frente.

Aunque Serene puso los ojos en blanco, esbozó una leve sonrisa.

A continuación, Brock miró a Takeshi.

—Siento el puñetazo de antes.

—Has tenido suerte de que fuerais tres contra uno —replicó Takeshi con un tono glacial.

Sin embargo, no parecía incómodo ni furioso.

—¿Revancha después de acabar con los Pecadores?

Takeshi asintió con la cabeza y le lanzó una mirada de depredador.

—Entonces, ¿vais a ayudarnos?, ¿de verdad? ¿Todos? —preguntó Penny con las manos entrelazadas, mientras un destello contagioso de esperanza asomaba a sus ojos, quizá por primera vez en años.

—Somos una piña, jefa —dijo Adan, rodeándole los hombros a Khalani con el brazo—. Si uno de nosotros se mete en una pelea, nos metemos todos.

28

Desato la misma devastación que me forjó.

Khalani alzó la mirada hacia la luna llena, preguntándose si sabía de la violencia que pronto se desataría bajo su resplandor.

Se frotó los brazos cuando la fría brisa traspasó el atuendo negro que llevaba y se cubrió la cabeza con la capucha de la capa. Era la manera de esconderse del mundo antes de someter a juicio todos sus pecados.

Pese a que creía firmemente que ayudar a Oasis era la elección correcta, la inquietud hacía que le flaquearan las piernas. Desvió la mirada hacia los guerreros que se habían quedado vigilando en lo alto del muro. Si los hubiera hecho bajar, habría levantado las sospechas de Ansel.

Para que el plan funcionara, todos los Pecadores tenían que entrar en Oasis.

Tragó saliva al observar a esos pocos voluntarios que probablemente morirían esa misma noche, sacrificándose por sus seres queridos.

Si Khalani no cumplía la misión que tenía encomendada, su coraje no serviría de nada. Sintió un repentino dolor de cabeza y parpadeó varias veces, dejando caer los hombros.

No. Otra vez no.

El gobernador Huxley apareció ante ella. Khalani se restregó la frente, tratando de ahuyentar la visión, pero él esbozó una sonrisa.

—Ah, has escogido salvar las vidas de unos clones antes que las de unos humanos. ¿Estás segura de que es la decisión correcta? —preguntó.

Khalani negó con la cabeza y trató de ignorar esa voz repugnante.

El gobernador chasqueó la lengua y se acercó más a ella.

—Crees que me perjudicas, pero ¿y si te dijera que mi deseo es matar a los Pecadores?

—¡Déjame en paz!

—Kanes.

La visión del gobernador desapareció.

Con la respiración agitada, Khalani se volvió y vio que Takeshi surgía de las sombras.

El uniforme negro se le ceñía a los músculos fornidos; llevaba dos pistolas sujetas a ambos lados del cuerpo y un sinfín de cuchillos debajo del chaleco. Avanzó hacia ella con una determinación implacable, sin dejar de mirarla y sin perder de vista la puerta.

Con todas aquellas armas y con la manera en que se fundía con la noche, parecía un ángel destructor.

—¿Estás bien? —preguntó, frunciendo el ceño ante su expresión, fuera la que fuese.

—Sí.

Con un nudo en el estómago, Khalani miró hacia el lugar que había ocupado el gobernador. Ya no estaba, pero sus palabras seguían allí, y no pudo evitar preguntarse si no cometían un error.

—¿Estás segura de que quieres participar? —preguntó de nuevo Takeshi.

Khalani asintió, tratando de disimular su miedo, pero Takeshi lo

percibió.

—Puedes esperar en el comedor con Winnie, Derek y las demás familias. Estarás más segura allí.

—No pienso esconderme. Tú me enseñaste a luchar.

—No lo recuerdo.

—Eso no significa que no ocurriera —replicó Khalani.

Al ver su expresión atormentada, se arrepintió de inmediato. Incapaz de reprimirse, se acercó a él, pero, justo en ese momento, una gota le cayó sobre la nariz.

Y después otra en la mejilla.

Ambos alzaron el rostro hacia el cielo.

Las nubes oscuras estallaron en un feroz aguacero. Khalani echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos; quizá esa fuera la última vez que experimentaba las lágrimas de la Tierra.

—Esto ya lo he vivido —murmuró Takeshi.

Khalani oyó aquel susurro lejano, casi ahogado por la lluvia.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sobresaltándose cuando un relámpago cruzó el cielo.

—He visto algo. Una visión. Llovía, y tú corrías hacia mí. —Parpadeó y entreabrió los labios—. ¿Sucedió de verdad, o es mi mente, que me juega malas pasadas?

Khalani no podía creerlo.

Estaba recordando.

Si sobrevivían a esa noche, quizá Takeshi conseguiría reunir las piezas perdidas.

—Sucedió —dijo con un hilillo de voz mientras unas gotas le resbalaban por las mejillas—. ¿Recuerdas algo más?

—Gritos —murmuró apretando la mandíbula—. Cuando sueño cada noche, lo único que oigo son gritos.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién grita?

—Creo que yo.

Extrañada, Khalani se puso tensa.

No recordaba que eso hubiera sucedido…

—¡Ahí están! Se acercan al muro por el norte. ¡Preparaos para abrir la puerta! —gritó una voz desde arriba.

—Vete, Kanes —ordenó Takeshi con severidad.

Sin embargo, Khalani salió disparada hacia la gran rueda conectada mediante cuerdas a la puerta. Miró por encima del hombro, pero Takeshi ya se había desvanecido en la oscuridad. Aun así, sentía su mirada vigilante entre las sombras.

Posó la mano sobre la rueda de madera y, con un hormigueo recorriéndole los brazos, esperó la señal mientras se contenía para no salir huyendo.

«Puedes hacerlo».

«Puedes hacerlo».

Los segundos se volvieron infinitos.

La lluvia no amainaba.

Ya tenía toda la ropa empapada. Estuvo a punto de agacharse y de cubrirse la cabeza cuando un relámpago blanco como la nieve zigzagueó en el cielo.

Y justo entonces los vio.

Tres destellos blancos desde lo alto del muro.

Khalani giró la rueda. Apretó los dientes al comprobar que el mecanismo era mucho más pesado de lo que esperaba. Pero la adrenalina bombeó por sus extremidades y la obligó a seguir empujando una y otra vez mientras la puerta se abría con un chirrido.

Ató las cuerdas y, temblando de nervios, desvió la mirada más allá, hacia la Zona Muerta.

Esperó.

Y esperó.

Un fuerte golpe seco resonó cerca de ella. Y después otro.

Retrocedió apresuradamente cuando los cuerpos de los guerreros que vigilaban el muro cayeron al suelo, acribillados a flechazos. Las lágrimas le humedecieron los ojos al ver que otros hombres y mujeres, cuyas vidas habían sido borradas en un instante, se desplomaban a su alrededor.

En menos de un minuto, solo quedó una persona en el muro, oculta a la vista.

Justo cuando iba a salir corriendo, una silueta solitaria apareció en la entrada. El desconocido iba cubierto de barro de pies a cabeza, y Khalani solo distinguía el blanco de sus ojos.

Contuvo el aliento y se acercó despacio, levantando las manos. El desconocido la miró con evidente desconfianza y acercó una mano al costado, pero no le disparó. Cuando Khalani se encontraba a tan solo unos pasos, le indicó con un gesto que se detuviera.

—¿Has seguido todas las instrucciones de Ansel? —preguntó con voz rasposa.

Un escalofrío la recorrió.

—Sí. —Se obligó a mantener la calma—. Están en el comedor, tal como me pidió. Pero tenéis que daros prisa. Tengo que regresar antes de que se den cuenta de que me he ido.

El desconocido consideró sus palabras durante un instante y, acto seguido, ladeó la cabeza con un gesto algo animal mientras ella se mordisqueaba el labio inferior.

El hombre emitió un silbido muy bajo.

Aparecieron más figuras.

Decenas, por no decir cientos, de hombres y mujeres cruzaron la puerta armados con lanzas, pistolas y arcos.

En el centro estaba Ansel.

Khalani se tensó cuando vio que se acercaba tranquilamente hacia ella con su uniforme de combate negro, un cuchillo afilado en la mano izquierda y una pistola en la derecha. Esbozó una sonrisa de dientes amarillos y relucientes.

—Bien, así que… has descubierto su secretito —afirmó fulminándola con la mirada.

—Sí. —Khalani alzó la barbilla—. Y he comprendido que eran ellos los que mentían. Pero sus mentiras terminan aquí. En la superficie no hay lugar para las máquinas, solo para nosotros.

—No podría estar más de acuerdo.

Ansel chasqueó la lengua e invadió su espacio personal. La piel se le erizó cuando se inclinó hacia ella.

—Cuando todo esto termine… —le susurró al oído—, puedes ayudar en nuestros esfuerzos de repoblación.

A Khalani le temblaron las manos y tuvo que controlarse con todas sus fuerzas para no coger un cuchillo y rebanarle la garganta.

—Estoy dispuesta a discutirlo —dijo con un ligero gesto de asentimiento—. Asegúrate de que tu gente no ataque la casa azul del fondo. Es donde están mis amigos humanos.

—No lo haremos, siempre y cuando no se entrometan en nuestro camino —respondió él, sonriendo con suficiencia.

Khalani intuyó que mentía.

Con un ademán, Ansel ordenó el avance.

Khalani retrocedió justo cuando la horda de Pecadores pasaba corriendo ante ella, con los rostros transformados por la promesa de violencia y sangre, dispuestos a encontrarse con la muerte. Los observó cruzar la puerta con los nervios a flor de piel.

Desvió los ojos hacia el suelo, resbaladizo por otra razón aparte de la lluvia.

Un destello terrible atravesó el cielo.

—¡Ansel! —gritó un Pecador.

Alguien había disparado una flecha de fuego desde el muro. Todos alzaron la vista hacia allí, atónitos, y Khalani solo les vio el blanco de los ojos antes de que una mano robusta le rodeara la cintura y tirara de ella.

La flecha golpeó el aceite y todo el sendero prendió fuego.

Unos gritos aterradores invadieron el aire. Decenas de Pecadores rodaban por el suelo mientras las llamas lamían sus cuerpos convulsos.

Un cuerno resonó con fuerza, y los guerreros de Oasis, que se habían mantenido ocultos, surgieron de las sombras rugiendo con las armas en alto.

—¡Matadlos! —bramó Ansel.

Se oyeron disparos y se desató el caos.

Khalani miró fijamente a Takeshi a los ojos, permitiendo que la tenacidad, la furia y las llamas que contenían la anclaran. Él empuñó su cuchillo favorito y la pistola, y se humedeció los labios con el semblante transformado por la sed de sangre.

—Es tu última oportunidad para que te saque de aquí —dijo.

Sin embargo, ella tomó el arma, y él asintió, como si no esperara menos.

—Vamos —respondió Khalani jadeando y uniéndose a la batalla.

Las hojas metálicas de las armas chocaban a su alrededor al ritmo de los truenos que retumbaban sobre sus cabezas. El suelo estaba cubierto de cuerpos carbonizados, y varios Pecadores seguían luchando pese a las quemaduras supurantes.

Uno de los guerreros de Oasis lanzó un grito y arremetió cuchillo en mano, pero un Pecador le abrió un agujero en el pecho y lo abatió al instante.

Aunque el fuego los había debilitado, Ansel y los suyos seguían

superándolos en número.

Uno de los Pecadores levantó la pistola, pero Takeshi fue más rápido y le disparó en la cabeza. Tres más se lanzaron contra ellos, y Khalani los apuntó con el arma y empezó a disparar.

Le temblaban las manos mientras los cuerpos caían al suelo.

Se puso de puntillas, esforzándose por buscar a sus amigos más allá del fuego y del aguacero, cuando oyó un fuerte silbido.

Se volvió justo para ver que un hombre corpulento que blandía una maza ensangrentada se precipitaba hacia ella, haciéndola girar a pocos centímetros de su rostro. Khalani la evitó agachándose, pero el hombre volvió a atacar con rapidez. Antes de que pudiera clavársela en la cabeza, Takeshi se abalanzó sobre ella y la protegió con su cuerpo al tiempo que bloqueaba la maza con el cuchillo.

A continuación, derribó al hombre y le rajó la garganta. Dos Pecadores arremetieron contra él y lo obligaron a agazaparse y desenvainar un segundo cuchillo para un combate cuerpo a cuerpo. Por el rabillo del ojo, Khalani vislumbró un destello metálico que venía hacia ella desde el cielo y se apresuró a rodar hacia la derecha. Se incorporó al tiempo que una chica armada con una guadaña se abatía sobre ella.

Aunque Khalani alzó el arma, no fue lo bastante rápida. De un golpe, la chica hizo volar la pistola y arremetió con la guadaña. Khalani dio un salto atrás, evitando que el afilado metal le rozara el abdomen. Empuñó el cuchillo y, aunque le temblaban los brazos, apretó los dientes y se enfrentó a ella.

Ambas dibujaron un arco con las armas. Khalani fue a asestarle un golpe, pero la chica giró sobre sí misma, llevando la guadaña hacia abajo. Antes de que pudiera agacharse, la punta del metal le alcanzó un hombro, y Khalani soltó un grito.

—¡KANES!

Khalani oyó el rugido de Takeshi y desvió la mirada hacia allí durante un segundo. Pese a que peleaba contra un adversario, no le quitaba ojo. Intentó abrirse paso a golpes de espada, pero su atacante le asestó un puñetazo brutal en la sien.

Sin dejar de mirarla, cayó tambaleándose al suelo.

No.

Khalani atacó de nuevo a la chica con el cuchillo, pero esta lo esquivó con un salto y trastabilló ligeramente. Aprovechando la oportunidad, se abalanzó sobre ella y le barrió la pierna que le servía de apoyo, una maniobra que había aprendido de Takeshi. La chica perdió el equilibrio y cayó al suelo. Khalani se preparó para clavarle el cuchillo en el corazón, pero vaciló al ver el terror en los ojos de la muchacha.

El cuchillo se detuvo, incapaz de dar el último paso.

En cambio, la muchacha agarró el arma y la apuntó hacia su cuello. Decidida, Khalani le rodeó la muñeca y le hundió la hoja del cuchillo en la garganta.

La sangre borboteó en la boca de la chica y la luz en sus ojos fue apagándose poco a poco al tiempo que la guadaña caía al suelo con estrépito.

Khalani se incorporó y buscó a Takeshi entre el caos.

Finalmente lo vio.

Había conseguido vencer a su oponente: le había arrancado la espada de las manos y lo había degollado. El hombre se sujetaba la yugular con los ojos muy abiertos, ahogándose en su propia sangre mientras la lluvia lo empapaba.

Suspiró aliviada al ver que Takeshi se erguía, al parecer ileso. Su mirada implacable recorrió el caos que los rodeaba hasta localizarla, y la mirada se le suavizó en medio de la confusión y las llamas. Pasó por encima del hombre agonizante y corrió hacia ella, pero una

figura emergió a sus espaldas.

—¡Takeshi, cuidado! —gritó Khalani al tiempo que un hombre le apuntaba con una pistola a la cabeza.

Takeshi se volvió demasiado tarde.

29

El dolor es la única enfermedad que no tiene cura.

Khalani soltó un grito de puro y absoluto terror.

Sin embargo, justo en el preciso momento en que el Pecador apretaba el gatillo, apareció una figura corpulenta blandiendo una espada y le cortó la mano. La pistola cayó al suelo, y la bala le pasó por encima de la cabeza.

Patreus llevó la espada hacia el estómago del hombre y lo remató. Con el rostro salpicado de sangre, miró a Takeshi y alzó el mentón.

Pero, entonces, abrió los ojos de par en par y empezó a temblar al tiempo que una lanza le atravesaba el pecho.

Atónita, Khalani vio a Patreus caer de rodillas con una expresión de claro arrepentimiento en el semblante. El Pecador agazapado detrás de él le apoyó un cuchillo en el cuello con la mirada desquiciada. Pero, en un santiamén, Takeshi le lanzó el suyo y le dio en un ojo.

Medio mareada, Khalani se tambaleó mientras el Pecador se desplomaba, aunque no perdió de vista el cuerpo inmóvil de Patreus. Takeshi se apresuró a acercarse a ella.

—¿Estás bien?

Tenía un pequeño corte en el hombro, pero nada más. En ese

preciso momento, reparó en la sangre que le caía del brazo.

—¡Takeshi, estás herido!

—No es nada… —se apresuró a decir él.

Al ver que torcía el gesto, Khalani le acarició el bíceps. Iba a rasgar un trozo de su ropa para envolvérselo, pero un grito animal atravesó el aire. Ambos se volvieron a tiempo de ver a Penny cayendo de rodillas al intentar esquivar a dos oponentes. Ferren estaba cerca y trataba de llegar hasta ella.

—Takeshi… —susurró Khalani con voz ronca.

—No te separes de mí.

No era necesario que se lo dijera. Takeshi sacó otro cuchillo del chaleco y, sin pronunciar palabra, se encaminó hacia allí, cercenando y abatiendo con toda la brutalidad del mundo a todo aquel que se cruzara en su camino, como si la herida de su brazo no fuera más que un rasguño.

Como una ola, su furia aterradora los engullía a todos y a todo.

Khalani trató de no mirar los cadáveres en el suelo. Pecadores y habitantes de Oasis se apilaban, unos encima de otros. El acero chocaba con estrépito, los disparos silbaban y el humo y la intensa lluvia hacían imposible decir quién llevaba las de ganar.

Se acercaron a la jefa, que se enfrentaba a dos asaltantes y apenas conseguía mantener la posición. Khalani echó un vistazo a su alrededor y entonces los vio.

Brock blandía el cuchillo y mataba a cualquiera que se atreviera a acercarse a él o a Serene. Con un brillo amenazador en los ojos, Serene disparó a un hombre que trataba de abalanzarse sobre Brock por la espalda.

Adan se encontraba varios metros más allá, blandiendo una lanza con manos temblorosas mientras Elise embestía con un cuchillo a cualquiera que se le pusiera delante, como si fuera un

animal rabioso extinto. En ese momento, Khalani vio que resbalaba en un charco de sangre y lluvia y que hacía una mueca de dolor. La rodilla se le había torcido de forma antinatural.

Aceleró el paso.

Llegaron hasta Penny, y Takeshi se lanzó al combate sin pensarlo dos veces. A una velocidad implacable, abatió y masacró a los Pecadores mientras la jefa se ponía en pie y retomaba la lucha.

Khalani se volvió hacia Elise, que, tambaleándose, apenas conseguía incorporarse. Por el rabillo del ojo, vio que Ansel se encaminaba hacia allí. Adan, que seguía luchando con su oponente, trató de avisarla y gritó su nombre.

Pero Ansel empuñó la pistola.

Presa de un pánico absoluto, Khalani rompió a correr por la calzada ensangrentada, tratando de cubrir la distancia que los separaba. Cuando pudo ver claramente a Ansel, alzó el cuchillo, se apresuró a apuntarlo hacia él y lo lanzó a través de la tormenta.

Falló.

—¡NO!

Khalani alzó las manos, como si pudiera detener el tiempo. Pero aquella enorme pesadilla siguió su curso: Ansel apretó el gatillo y le disparó a Elise en la cabeza.

Khalani se detuvo en seco, completamente inmóvil, mientras veía desplomarse el cuerpo de Elise; sus ojos, muy abiertos, capturaban para siempre su último instante en la superficie.

Los sonidos se desvanecieron a su alrededor. La batalla desapareció.

Sintió que salía de su propio cuerpo mientras Ansel se alejaba con una macabra sonrisa grabada en el rostro.

No oyó el rugido gutural de Adan ni vio cómo derribaba a Ansel. Pero el líder de los Pecadores le dio un cabezazo en la frente, se le

subió encima y empezó a propinarle puñetazos. Adan trató de cubrirse, pero Ansel descargaba sin piedad, preparándose para acabar con él.

Khalani se movió sin pensar y agarró una guadaña abandonada en el barro.

Su empatía por la humanidad se había esfumado.

Se movió como si fuera una máquina sin control.

Pisoteó el suelo con fuerza, sin preocuparse por los cuerpos que aplastaba a su paso.

Ansel estaba alzando de nuevo la pistola justo cuando ella levantó la pesada hoja y la dejó caer sobre su espalda.

El Pecador gritó y se convulsionó. Pero Khalani no demostró compasión: alzó la guadaña otra vez y lo atravesó de nuevo.

Con el segundo golpe, Ansel se desplomó y exhaló su último suspiro. Jadeando y temblando, Khalani vio a Adan apartar de un empujón el cuerpo sin vida.

Los últimos sonidos de la batalla se fueron disipando, pero se oyó un sollozo desgarrador cuando Adan corrió hacia el cuerpo de Elise. Cayó de rodillas y las lágrimas que le resbalaban por el rostro se mezclaron con la lluvia.

Khalani se acercó en silencio, completamente aturdida. Dejó caer el arma y se acuclilló junto a Elise, empapada y aún temblando.

Elise era la única amiga que había hecho en Hermes. De no ser por ella, puede que nunca hubiera salido del campo de detención. Era considerada, amable y leal.

No merecía morir.

Y, si Khalani hubiese prestado más atención, si hubiese tenido mejor puntería, si no los hubiera convencido para enfrentarse a los Pecadores, no habría ocurrido.

Se desplomó, incapaz de soportar la culpa.

Adan la rodeó con los brazos, sus llantos se unieron y Khalani fue incapaz de decir quién era el que lloraba o el que temblaba.

A su alrededor, los guerreros de Oasis que habían sobrevivido al ataque gritaban los nombres de sus compañeros caídos. Serene y Brock se acercaron lentamente, sin poder ocultar en los rostros salpicados de sangre la sorpresa y el pesar que sentían.

Khalani notó la presencia de Takeshi antes de verlo.

Permitió que sus amigos la consolaran y guardó una respetuosa distancia. Pero, cuando vio el cadáver de Elise en el suelo, apretó los puños y soltó una maldición hacia la tormenta, como si deseara que todos los Pecadores que habían muerto resucitaran para poder matarlos de nuevo.

Por lo visto, habían ganado la batalla. Pero ¿qué precio habían pagado por ello?

¿Sus seres queridos?

¿Su humanidad?

¿Cuándo sería suficiente?

Khalani se puso en pie, incapaz de contemplar la escena durante más tiempo.

Takeshi la observó con atención y, cuando ella se marchó, la siguió como una sombra, como si supiera que, en ese momento, Khalani sería capaz de cualquier cosa.

En su interior rugían y bramaban la culpa y la ira, como si fuera un cuenco de madera colmado de sangre. Necesitaba una salida. Una vía de escape. Alguien a quien culpar antes de coger una pistola y llevársela a la boca.

Reparó en la guadaña, a sus pies. La alzó, le dio un par de vueltas, incapaz de ver su reflejo en el metal. Era mejor así. Temía lo que podía encontrarse.

Sin pronunciar palabra, Khalani se acercó al cadáver de Ansel y

le asestó un golpe. Cuando iba a hacerlo de nuevo, unos brazos fuertes le rodearon la cintura y le arrebataron la guadaña.

—Suéltame, Takeshi —le rogó tratando de zafarse mientras él la levantaba del suelo.

Takeshi la ignoró y la acercó a su pecho, alejándola de la matanza.

—Déjame en paz —jadeó.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas y escondió la cabeza en su cuello.

—Déjame en paz, joder —sollozó.

Pero Takeshi no obedeció.

No la depositó en el suelo.

Ni siquiera le dijo que todo iría bien.

Como ella, sabía que las palabras no devolverían a los muertos.

Mientras Khalani se desmoronaba, Takeshi se limitó a abrazarla con la promesa silenciosa de que cargaría con su peso, incluso cuando ella no pudiera hacerlo por sí misma.

30

Pido socorro a gritos, pero las palabras se alejan
como si tuvieran alas invisibles.

—Khalani, ¿estás lista?

La voz de Serene atravesó la tenue penumbra.

Khalani llevaba horas en el mismo lugar, mirando a través de la ventana hacia el cielo gris. Takeshi había cargado con ella hasta la casa, como si fuera un ladrón en plena noche. Mientras ella lloraba, se había sentado a su lado en el sofá, arropándola entre sus brazos protectores. En algún momento, Khalani se había quedado sin lágrimas y había permanecido allí inmóvil, aturdida y fría como una estatua.

No, las estatuas tenían cierta belleza, y su interior era retorcido y nudoso, como si le hubiera crecido un árbol podrido en el corazón. La sangre le manchaba la ropa y la piel. Por mucho que se la frotara a conciencia hasta dejársela en carne viva, no podría eliminar el olor de todas aquellas muertes.

Y Elise…

Se le escapó otra lágrima. Quizá la jefa estaba equivocada y esa fotografía en la biblioteca representaba la verdad que no se atrevía a admitir.

Quizá el monstruo fuera ella.

—Khalani…

Serene posó una mano sobre su hombro y la obligó a volverse.

—Es la hora —dijo con un hilillo de voz, tratando de ocultar el llanto.

Regresando a su cuerpo, Khalani finalmente la miró y asintió. Salieron al exterior, hacia un frío amanecer. Una bruma plomiza lo cubría todo, como si la tierra los envolviera en un manto tejido de lágrimas ya derramadas.

La calle estaba desierta, al igual que el resto de la ciudad. Pero, cuando llegaron al centro de Oasis, comprendió la razón.

En el campo de entrenamiento había una enorme pila de cuerpos, tanto de combatientes de Oasis como de Pecadores. Los que habían sobrevivido formaban un gran círculo a su alrededor.

Las mujeres lloraban.

Los hombres tenían un semblante serio y sombrío, como si nunca hubieran sonreído o creyeran que jamás volverían a experimentar alegría.

Distinguió a Takeshi y a Brock, que lanzaban cuerpos al montón sangriento. Takeshi llevaba una gruesa venda en el brazo izquierdo, pero eso no lo ralentizaba. Tampoco se quejaba.

Cargaba con los cadáveres como si fuera su obligación.

Khalani se preguntó si sentía ese peso.

Si experimentaba la culpa de haber quitado tantas vidas.

Aunque parecía soportar bien la presión, Khalani reconoció el sufrimiento en sus ojos. Esa miseria que ocultaba para que los otros no advirtieran la ternura que albergaba en su interior.

Se le hizo un nudo en la garganta cuando vio que lanzaban el cuerpo sin vida de Patreus al montón. Pensaba que los odiaba, que los despreciaba, pero Patreus había muerto protegiéndolos.

Y, cuando Takeshi y Brock alzaron el pequeño cuerpo de Elise, le

flaquearon las piernas. Serene y Winnie la agarraron de inmediato de la cintura para que no se desmoronara.

—Esperad —alcanzó a decir con un hilillo de voz antes de que lanzaran el cadáver a la pila.

Confundidos, los dos hombres se volvieron y depositaron el cuerpo en el suelo.

En silencio, Khalani se acercó.

Elise estaba más pálida de lo que jamás la había visto, casi azul. Tenía los labios entreabiertos y los ojos aún entornados. Pero no parecía aterrorizada. Parecía extrañamente en paz.

Khalani no podía soportarlo. No podía.

Ni siquiera un rayo de sol atravesó las grises nubes cuando se arrodilló junto al cuerpo de su amiga, pronunciando unas disculpas entre sollozos que se llevó el frío viento.

Reparó en que Elise seguía llevando el anillo de plata en el dedo. El que tenía grabada la inscripción «Corp. Prometeo».

Había pertenecido a su padre y era su posesión más preciada.

Algo le dijo que no debía dejarlo desaparecer con ella. Aún aturdida, le sacó con cuidado el anillo del dedo frío.

Sintió su peso en el bolsillo mientras Takeshi y Brock depositaban con suavidad el cuerpo de Elise en el montón, con los demás. Cuando la jefa dio la orden, los guerreros de Oasis encendieron la pira. Las cenizas y las llamas se alzaron hacia el cielo, y Khalani grabó la desgarradora imagen en su mente.

En cuanto Penny se hubo secado las lágrimas que le resbalaban por el rostro bronceado, les pidió con una clara determinación que la acompañaran.

Serene y Winnie flanquearon a Khalani, como si temieran que pudiera hundirse en cualquier momento. Derek rodeó con un brazo a Adan, que tenía los ojos rojos y hundidos. Brock y Takeshi cerraban

la comitiva, vigilándolos y cuidándolos a todos.

La jefa los condujo hacia la sección noreste de la ciudad, y Khalani abrió los ojos de par en par ante la inmensa extensión de cultivos. Jamás habría pensado encontrarse con algo igual fuera del subsuelo.

Pero Penny pasó de largo y se encaminó hacia un granero junto al muro.

—He estado pensando mucho esta noche —dijo, deteniéndose ante el edificio rojo—. Sobre mi vida antes del Gran Colapso. Sobre lo que hemos construido aquí. Sobre todo lo que he perdido al tratar de convertir este mundo en un lugar mejor.

Todos guardaron silencio. Penny tomó aliento y los miró.

—Padre siempre decía que los humanos eran las peores de las criaturas. Que el mundo era mejor sin su eterna lacra. Y, durante mucho tiempo, lo creí. Pero todos habéis tenido la oportunidad de marcharos, de salvar vuestras vidas, y no lo habéis hecho. Lo habéis arriesgado todo para ayudarnos. Sé muy bien que nada podrá reemplazar a la amiga que habéis perdido, pero quiero ayudaros.

Penny le hizo una seña a Ferren, que quitó la cadena de las puertas del granero, revelando una camioneta negra y polvorienta.

Todos retrocedieron sorprendidos. La jefa puso los brazos en jarras y clavó los ojos en Khalani.

—Deseas saber por qué tu fotografía estaba en la biblioteca. Yo no tengo respuestas, pero sé de un lugar en el que quizá las encuentres.

Sacó un fajo de papeles enrollados.

—Aquí tenéis un mapa que os conducirá hasta el laboratorio en el que nos crearon. El edificio está escondido en una vieja base militar de California. Está a unas cinco horas en coche hacia el desierto de Mojave.

Al oír el nombre, Khalani enarcó las cejas. California. Un estado que, según sabía, había quedado demolido por el Colapso.

Aunque quizá eso también fuera mentira.

—Creo que tenéis suficiente etanol de maíz para hacer el viaje de ida y vuelta —añadió Penny—. Y lleváis un par de barriles extra detrás.

—¿Nos estás dando el vehículo? —preguntó Derek, perplejo.

—Bueno, nos gustaría que lo devolvierais, aunque ya tenemos otros reparados —dijo Penny, tendiéndole el mapa—. Esto os llevará directamente hasta el laboratorio. Ahora os dejaré solos para que toméis una decisión.

Derek desenrolló el mapa y los seis lo rodearon. En el centro había un enorme círculo rojo. Cuando Khalani leyó las dos palabras escritas en su interior, se llevó una mano a la boca.

—¿Qué ocurre, Khalani? —le preguntó Serene, frunciendo el ceño.

—Que me aspen. Está ahí —murmuró Winnie.

—¿El qué está ahí? —soltó Brock.

«Corporación Prometeo». Esas eran las dos palabras.

«El camino comienza en Prometeo».

Por fin habían encontrado la última misión de Timothy Talbot. El secreto que les permitiría averiguar qué era realmente el Proyecto Hélix.

Pero ¿qué tenía que ver la fotografía de Khalani con Prometeo?

La sonrisa sádica de Alexander Huxley apareció ante ella y tuvo que retroceder un par de pasos. Al hacerlo, se topó con Takeshi, que estaba apostado a su espalda. Su alta figura ocultó todo lo demás, cerniéndose sobre ella y mirándola con sus ardientes ojos negros, tan diferentes de los del gobernador.

—¿Prometeo? ¿No es eso lo que me pediste que investigara,

Winnie? —preguntó Adan.

Winnie asintió con un destello de entusiasmo en los ojos. Tomó aliento y les contó a todos lo que sabía sobre Prometeo y el Proyecto Hélix. Sin embargo, Khalani apenas escuchaba, incapaz de borrar de su mente la repugnante visión del gobernador.

—Pero ¿cómo se supone que vamos a confiar en un vehículo que funciona con maíz? —preguntó Brock con aire incrédulo.

—Es otra clase de gasolina, pero funcionará —insistió Derek—. La he destilado yo.

—Aun así, no hay tiempo para irnos de excursión a California. Tenemos que encontrarnos con Jack y los Ases.

—Es solo un viaje de cinco horas, podemos volver en un día —aseguró Serene.

Brock la fulminó con la mirada, en absoluto convencido.

—Todavía tienes el *walkie*, ¿verdad? Llama a Jack y así sabremos dónde están.

—No quiero desperdiciar la batería.

—Solo será un minuto —aseguró Serene poniendo los ojos en blanco.

—Estoy de acuerdo con Serene —añadió Derek.

Refunfuñando, Brock sacó el aparato. Desplegó la antena y ajustó la frecuencia.

—Aquí Brock. Contesta, Jack. Cambio.

Una voz entrecortada salió del *walkie*, pero las palabras llegaban confusas.

—Aq… ack. Os… bio.

—Repítelo.

Brock se inclinó hacia el aparato.

—Aquí Jack. Os recibimos, cambio.

La voz de Jack llegó finalmente clara y todos suspiraron con

alivio.

—Me alegro de oírte —dijo Brock—. ¿Habéis salido de la ciudad?

—Hemos tenido algunos problemas con el equipo, pero hemos recuperado el tiempo. Nos reuniremos con vosotros en el punto de encuentro dentro de tres soles.

En tres días. Con un vehículo, tenían tiempo suficiente para llegar a Prometeo y, después, partir hacia Apolo.

Todos se entusiasmaron, excepto Brock, que se mantuvo sereno y concentrado en la conversación.

—Recibido. Allí estaremos.

—¿Habéis podido recoger a vuestro amigo científico? —preguntó Jack.

—Sí, está con nosotros.

—¿Y los demás? ¿Han podido cruzar la Zona Muerta?

Se hizo un silencio ensordecedor y la pregunta quedó unos instantes sin respuesta. No podían mirarse entre ellos. En especial, Khalani, que clavó los ojos en el suelo, el mismo que había sostenido el peso moribundo de Elise.

—Hemos perdido a una. —Brock tragó saliva—. A Elise.

Jack guardó silencio durante un buen rato.

Sospechaba que Jack y Elise se conocían de Hermes, de mucho antes de que Khalani llegara. Su pena se hizo tangible a través del aparato.

—Siento oír eso. Era… —Jack tosió, como si tratara de ocultar una emoción más intensa—. Era una buena chica. Y seguro que querría que acabáramos la misión. Asegúrate de no perder a nadie más.

—Lo haré —prometió Brock con firmeza.

Cuando cortó la comunicación, Khalani seguía con la vista clavada en el suelo mientras el rostro de Elise la acechaba,

reviviendo el momento en que había dejado caer el cuchillo.

—Khalani…

Sorprendida, alzó la cabeza. Era la primera vez que Adan le dirigía la palabra desde la noche anterior. Tenía la misma expresión que el día en que Khalani había llegado a Braderhelm. Presente sin estarlo. Vivo…, aunque no del todo.

—Lo que le ha pasado no ha sido culpa tuya —afirmó con los ojos empañados en lágrimas—. Elise decidió acompañarnos por voluntad propia. Todos aceptamos el riesgo, y, aunque no tuve el privilegio de conocerla mucho… —añadió, con un temblor en el labio inferior—, estoy seguro de que, si pudiera retroceder en el tiempo, tomaría las mismas decisiones. Me da igual lo de esa fotografía o de dónde vienes. Estamos juntos en esto. Así que, si necesitas ir a California a encontrar las respuestas antes de que acabemos con todo en Apolo, yo te sigo.

Esperó a que alguien se opusiera. Que alguien gritara que todo había sido por su culpa. Que era un fracaso y, probablemente, ni siquiera humana.

Pero nadie otorgó a sus demonios confirmación ni munición.

Poco a poco, las voces oscuras en su mente se fueron silenciando al ver que todos la observaron con comprensión, empatía y… amor. Como si las palabras que Adan acababa de pronunciar confirmaran lo que ya sabían desde el principio.

Y, pese a que la verdad la aterrorizaba, Khalani alzó los ojos, los miró y se dio cuenta de que, pasara lo que pasase, nunca la abandonarían.

Quizá esa fuera la mayor muestra de amor que existía.

31

Me siento orgullosa de haber bailado cuando lo
único que quería era derrumbarme.

—¿No es genial? —exclamó Winnie, llevándose las manos a la nuca mientras se reclinaba en la caja de la camioneta con el vestido púrpura cubriéndole las piernas.

Un rayo de sol hizo refulgir el colgante de plata que siempre llevaba al cuello, incluso en la biblioteca de Braderhelm. De repente, la camioneta dio un bandazo y, sin querer, Khalani cayó de bruces sobre el regazo de Takeshi. Ruborizada, se incorporó enseguida, no sin antes apreciar el destello oscuro en los ojos del capitán.

Estaba sentado con un brazo apoyado en la baranda de la caja de la camioneta mientras hacía girar el cuchillo con la mano izquierda. Parecía extrañamente relajado, como si no estuvieran atravesando un territorio desconocido y la muerte no los acechara en el horizonte.

Pero a Khalani no la engañaba.

Takeshi era capaz de mostrarse dispuesto a matar a cualquiera que se atreviese a hacerle daño y, en un abrir y cerrar de ojos, desplegar todo su desprecio, rencor y agresividad.

Hacia ella. Hacia el mundo.

La camioneta dio otra sacudida y un pesado barril de

combustible estuvo a punto de volcar. Takeshi lo detuvo sin esfuerzo.

—¡Lo siento! —gritó Derek desde la cabina—. Los vehículos de los Ases son más fáciles de conducir.

—Pues para y déjame a mí —refunfuñó Brock, que estaba sentado a su lado.

—No, no pasa nada. Ahora es más estable.

—Deberías dejarme conducir a mí —intervino Serene.

—¡Ni hablar! —gritaron Derek y Brock al unísono.

Mientras seguían discutiendo, Khalani oteó el horizonte. Sorprendentemente, California no era tan distinta de la Zona Muerta. El árido desierto parecía infinito, y Derek esquivaba vehículos abandonados, todos ellos encarados en dirección contraria a la que ellos se dirigían.

Aquello no le daba buena espina.

—Winnie, ¿sabes si en los Archivos se mencionaba cuántas bombas cayeron aquí? —exclamó a voz en grito por encima del viento.

—¿Cómo?

La anciana se llevó la mano tras la oreja, aguzando el oído.

Khalani se deslizó hacia el otro lado de la caja y se sentó junto a ella, pero, al hacerlo, acabó justo delante de Takeshi, que la fulminó con la mirada.

Tragó saliva, y Takeshi ladeó la cabeza, captando su nerviosismo. Volvió a prestar atención a la anciana, un terreno sin duda más seguro, y repitió la pregunta.

—Si a Winnie no le falla la memoria, California sufrió una catástrofe nuclear. Las bombas cayeron en las principales ciudades, incluyendo Los Ángeles, San Diego y San Francisco. Y el viento dispersó la nube radiactiva por todo el territorio.

—¿Llegaron a recibir algún aviso?

—No con la suficiente antelación como para que todo el mundo pudiera abandonar el estado. Imagina a millones de personas tratando de escapar a la vez, el caos, las carreteras bloqueadas…

Winnie dejó la frase sin terminar mientras Derek sacaba la camioneta de la calzada para evitar el astronómico número de vehículos abandonados que se interponían en su camino.

Cuanto más avanzaban, más edificios en ruinas encontraban. Algunos parecían áreas de servicio, y en ellas se apilaban camiones enormes, diez veces más grandes que su camioneta, todos calcinados. Khalani distinguió otras construcciones, más pequeñas, con todas las ventanas destrozadas y unos extraños letreros en la fachada: uno con una uve doble del revés y otro en el que había la caricatura de una chica pelirroja con coletas.

—Restaurantes de comida rápida —anunció Winnie.

Khalani no sabía a qué se refería, así que se limitó a asentir, imaginando el aspecto de ese mundo antes de convertirse en ruinas. Si cerraba los ojos y se concentraba, podía ver a la gente sonriendo en los coches, con las ventanillas bajadas, mientras se dirigían a una playa que nunca había visto, a un océano en el que nunca se había bañado.

Khalani era capaz de verlo todo, con todo lujo de detalles, como si lo hubiera vivido. Se dijo que era a causa de los libros de Winnie, que habían alimentado su imaginación.

Sin embargo, después de la revelación de la jefa, ya no estaba tan segura.

Casi estuvo a punto de golpearse la cabeza contra uno de los bidones cuando la camioneta dio de repente otro bandazo y se detuvo en seco. Takeshi cruzó el espacio que los separaba a la velocidad del rayo y lo evitó. Con la otra mano, rodeó la cintura de Winnie y las atrajo hacia él, sujetándolas, mientras la camioneta se

enderezaba dejando una nube de polvo a su alrededor.

Desorientada, Khalani se despistó y olvidó de qué estaban hablando ella y la anciana. Tenía puesta toda su atención en la mandíbula de Takeshi, que no se había apartado. Sus torsos se rozaban y ambos respiraban de forma entrecortada, esperando a que el otro diera un paso.

—¡Madre mía, Takeshi, qué rápido eres! ¡Gracias a Dios! —exclamó la anciana—. Winnie podría haber salido volando si no la hubieras cogido con esos enormes músculos que tienes. La verdad es que son de gran ayuda. Te dan ganas de agarrarte a ellos y no soltarlos nunca. ¿No crees, Khalani?

Winnie enarcó las cejas varias veces con picardía.

Un portazo les indicó que los ocupantes de la cabina se habían apeado. Khalani recobró la compostura, se puso en pie y bajó del vehículo con torpeza. Un destello indescifrable cruzó los ojos de Takeshi. Despacio, la imitó y saltó de la caja como si la camioneta fuera suya.

—¿Por qué hemos parado? —preguntó Khalani.

Solo llevaban unas pocas horas de trayecto. Echó un vistazo a su alrededor en busca de algo que indicara que Prometeo estaba cerca, pero lo único que vio fue una señal caída.

«Base de la Fuerza Aérea Edwards, 80 km».

—Adan cree haber visto algo… ¿Adan? —dijo Derek cuando el joven salió corriendo.

Intercambiaron una mirada de confusión y lo siguieron por la arena. Se detuvo unos pocos metros más adelante, y todos se quedaron atónitos ante el objeto que tenían ante sí.

Un enorme artefacto metálico y plateado, con la parte superior negra, sobresalía de la arena. Casi igual de grande que Takeshi.

Khalani sintió un nudo en el estómago. Su sentido común le

gritaba que regresaran todos al vehículo y salieran pitando de allí.

—¿Qué es? —preguntó Serene con indiferencia.

Adan observaba el artefacto con los ojos abiertos de par en par y una expresión preocupada.

—Una bomba.

De inmediato, todos retrocedieron un paso. En cambio, Takeshi se acercó, o quizá Khalani se lo imaginó porque su mente volvía a jugarle malas pasadas.

—¡No pasa nada! —exclamó Adan, alzando una mano, pese a que también había dado un paso atrás—. Está intacta, pero debe de ser defectuosa.

—¿Y por qué lanzarían una bomba aquí? Estamos en medio de la nada —preguntó Derek.

Tenía razón. Estaban en medio de un desierto.

—Quizá tuviera como objetivo una base militar cercana —se estremeció Winnie, con una expresión aterrorizada.

—Será mejor que nos marchemos.

Takeshi habló por primera vez, y la determinación en su voz grave los obligó a salir de aquel trance espeluznante.

Nadie se opuso.

Brock se pegó a Serene. Takeshi siguió a Khalani y todos regresaron a la camioneta y se alejaron a toda prisa, dejando atrás aquella arma de destrucción masiva.

Continuaron el trayecto en un silencio insoportable. Khalani no podía quitarse de la cabeza el objeto aterrador con el que acababan de toparse, y Winnie no dejaba de murmurar sobre los insensatos que lo habían construido. Takeshi mantenía los ojos en el horizonte, pero

Khalani era incapaz de saber en qué pensaba; su mente seguía siendo una puerta cerrada para ella.

La tensión se palpaba en el ambiente, pero ya estaba acostumbrada.

Aunque no debían de encontrarse muy lejos de Prometeo, tras un par de horas de silencio prolongado, Winnie se enderezó y, con un brillo en los ojos, dijo:

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Un juego de preguntas y respuestas. Como Takeshi no te recuerda, es una forma perfecta para que te conozca mejor. Pero no te preocupes, Khalani, tú también podrás formularle las tuyas. Winnie cree en la igualdad.

La anciana se llevó el puño al pecho e inclinó la cabeza con solemnidad.

Khalani sintió que el nudo que tenía en la garganta se multiplicaba por diez y evitó mirar a Takeshi.

—Winnie, no creo que le apetezca jugar.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Takeshi.

Sorprendida, Khalani volvió la cabeza y lo vio recostarse cómodamente mientras le lanzaba una de esas miradas penetrantes e inescrutables tan suyas.

—Porque tienes la costumbre de salir corriendo cuando te acercas demasiado a mí —soltó ella mientras recordaba, sin poder evitarlo, aquella noche fatídica.

Cómo los labios de Takeshi se habían unido a los suyos, susurrándole palabras que no debería haberle dicho, cómo le había dado mil besos prohibidos. Y cómo había cerrado la puerta y se había marchado sin más.

—Al contrario, Kanes —respondió él con un brillo oscuro en los

ojos—. Quiero conocerte a fondo.

—¿Aún me tienes en esa lista negra tuya?

Takeshi vaciló un instante y frunció el ceño, como si no estuviera de acuerdo con la pregunta, pero enseguida volvió a adoptar esa máscara fría. Con toda la calma del mundo, apoyó un codo en la rodilla al tiempo que casi la rozaba con el otro pie, provocándola y burlándose de ella con esa cercanía.

—¿Y qué importancia tiene eso? —preguntó, observando su reacción.

—Mucha.

—Hemos empezado con muy buen pie, pero creo que podemos mejorarlo —interrumpió la anciana, incapaz de contener la sonrisa mientras atravesaban el desierto a toda velocidad, tratando de alejarse de la bomba—. Winnie os formulará algunas preguntas a los dos para que podáis ver de qué va el juego. ¡Bien, empecemos! —Dio una palmada—. Primera pregunta: ¿cuál es vuestra comida favorita?

Khalani esperó a que Takeshi respondiera.

—Las damas primero —dijo él, cediéndole el turno con un ademán.

Khalani entornó los ojos.

—Estofado de rata.

Takeshi asintió, apenas sorprendido por la respuesta. El estofado de rata era la *delicatessen* por antonomasia del subsuelo.

—Caldo de pato clonado —respondió él.

—¿Color favorito?

—Azul —dijo Khalani.

—Negro.

Si lo miraba a los ojos durante una eternidad, era posible que también se convirtiera en el suyo.

—Si pudierais tener un superpoder, ¿cuál elegiríais? —preguntó Winnie casi saltando de emoción.

—Esta vez dejaré que sea él el que conteste primero.

—¿Es que piensas robarme la respuesta, Kanes?

—Lo dudo. —Se cruzó de brazos, imitándolo—. Probablemente elijas una fuerza descomunal. O visión láser. Seguro que es una estupidez, lo veo venir.

Takeshi se limitó a sonreír.

—Detener el tiempo.

Khalani parpadeó sorprendida. Era la última respuesta que se esperaba.

—¿Por qué?

—No he tenido las mejores experiencias a lo largo de mi vida —dijo con bastante pesar—. Pero, cuando esos instantes extraños de felicidad llegan, me gustaría poder detener el tiempo y disfrutarlos un poco más.

El corazón de Khalani latió desbocado.

Estaba segura de que él lo oía.

Un latido que no se atenuaba.

No podía acallar su deseo de que el tiempo también se detuviera para poder contemplarlo sin juzgarlo.

—Joder, vaya… —murmuró.

—¿Qué?

—Iba a decir invisibilidad para robar comida, pero, comparada contigo, parezco gilipollas.

—No.

—Ah, ¿no?

—No. En eso también te gano —dijo Takeshi.

Esbozó una ligera sonrisa, y Khalani tuvo que contenerse para no imitarlo.

—¿Pasamos a la siguiente pregunta? —propuso Winnie guiñándole un ojo a Khalani, como si su plan maestro secreto estuviera funcionando.

—Sí —se apresuró a responder ella.

Tenía que concentrarse en otra cosa que no fueran los ojos magnéticos de Takeshi y ese pelo revuelto por el viento.

—¿Cómo te gustan las citas?

—¿Te refieres a… las de los libros? —preguntó extrañada.

Takeshi rio entre dientes.

—No tuviste muchos pretendientes en Apolo, ¿eh, Kanes?

—Pues claro que tuve pretendientes.

—Nombra uno.

—Dave Wimstrock —respondió alzando la barbilla con aire desafiante.

—No lo conozco.

—No me sorprende, teniendo en cuenta que viviste en Génesis la mayor parte de tu vida. Dave y yo trabajábamos juntos en el Centro de Distribución de Alimentos.

—¿Y quedabais? —la interrogó Takeshi.

—¿Estás diciendo que ahora sí me crees?

—Responde a la pregunta.

—No sé muy bien qué es eso de «una cita» —admitió, confundida de verdad.

Si seguía ruborizándose, los efectos abrasadores del sol ni se notarían.

—¿Cocinaba para ti, bailaba contigo cuando nadie os veía, te cantaba canciones en las que te declaraba su amor eterno? —preguntó la anciana con ambas manos apretadas contra el pecho.

Winnie no miraba a Khalani, sino al horizonte, con un extraño brillo en los ojos, como si recordara a alguien.

—No. Por lo general, buscábamos algún cuartito para estar a solas —respondió con sinceridad.

¿No se suponía que era así como debía hacerse?

—¿Se aprovechaba de ti, de tu cuerpo, sin demostrarte afecto?

La letalidad en la mirada de Takeshi se intensificó. Como si quisiera cambiar su superpoder y hacer aparecer a Dave Wimstrock frente a él en ese mismo instante para matarlo poco a poco.

—Yo no diría que se aprovechaba de mí, ya que yo también lo deseaba —matizó Khalani.

—Lo deseabas —repitió él con un tono neutro.

—¿Por qué no iba a desearlo?

—Porque eres demasiado inteligente como para permitir que un tipo cualquiera como Dave Wimstrock respire el mismo aire que tú, y mucho menos que te magree en un puto cuartucho.

—Lo siento. He dejado de escuchar después de que dijeras que soy inteligente.

Khalani imitó su postura relajada, tratando de leerle la mente tanto como él leía la suya.

—Tranquila, Kanes. —Takeshi puso los ojos en blanco, pero tensó los brazos—. Justo cuando empiezo a creerlo, te obstinas en demostrarme lo contrario.

—Lo dice alguien que, en vez de resolver los problemas con la cabeza, lo hace a puñetazos.

—Es mucho más eficaz.

Khalani se volvió hacia Winnie, que seguía sonriendo hacia el horizonte.

—Winnie, dijiste que este juego iba de igualdad, ¿no? Eso significa que Takeshi también tiene que responder la pregunta.

Winnie salió de su ensimismamiento y asintió con la cabeza enérgicamente.

—Tienes toda la razón, querida. ¿Y bien, Takeshi? ¿Cómo sería tu cita con el amor de tu vida?

—Esa no era la pregunta original —refunfuñó él.

—Ah, ¿no? —La anciana se frotó la barbilla—. Winnie ya no se acuerda. Si queréis, puede preguntar otra cosa.

«No».

Aunque la protesta retumbó en su interior, Khalani permaneció inmóvil y en silencio, dispuesta a no a mostrar lo mucho que necesitaba oír la respuesta.

—No pasa nada, Win. Contestaré. —Takeshi se volvió hacia Khalani. Su expresión divertida se había esfumado y esos ojos oscuros en cierto modo la incomodaron—. Desde que se despertara por la mañana, me ocuparía de que no le faltara nada. Le daría un masaje para empezar el día…

—Un momento… —interrumpió Khalani—. ¿Te refieres a un masaje normal o a uno de esos con los que te quedas embarazada?

—¿Tú qué crees?

—No te he preguntado eso.

—Pues yo sí.

—Oh, olvídalo —dijo, haciendo un gesto de exasperación—. Continúa.

Takeshi rio entre dientes.

—Me refería a un masaje para aliviar la tensión muscular. Pero, si tuviera tormentos más profundos…, tengo fama de ser muy concienzudo.

Khalani tragó saliva, recordando demasiado bien la noche que habían compartido en su dormitorio. Y, por la sonrisa que estaba esbozando, Takeshi sabía exactamente lo que pensaba.

—Después de asegurarme de que está completamente satisfecha, le cocinaría algo. Y, si viviéramos en la superficie,

buscaría una camioneta como esta, y pondría mantas y almohadas en la caja. Después de cenar, miraríamos las estrellas y hablaríamos de cualquier cosa. O de nada en absoluto. Aunque eso no me impediría decirle que es más hermosa que la luna.

—Qué romántico —suspiró Winnie con un brillo en los ojos.

Apenas sin poder respirar, Khalani se inclinó hacia delante, olvidándose por completo del juego.

—¿De dónde has sacado esa idea?

Takeshi arrugó la frente, sorprendido ante la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Has vivido en Apolo toda la vida. No recuerdas nada de tu vida reciente y es la primera vez que subes a una camioneta. ¿De dónde ha salido esa idea? —insistió, confiando con toda el alma en que su intuición no se equivocara.

Takeshi se quedó inmóvil, como si él tampoco se lo hubiera planteado.

—No lo sé. Cuando he pensado en estar con alguien, simplemente se me ha ocurrido esa escena. Yo, tumbado junto a una chica mirando la luna.

—¿Quién es ella? ¿Qué aspecto tiene?

Takeshi palideció y se le dilataron las pupilas.

—Yo… creo que se llama… ¡Ah!

Soltó un gemido de dolor y se llevó una mano a un costado de la cabeza.

—¡Takeshi! ¡¿Qué te pasa?!

Khalani se apresuró a posar la mano sobre sus largos y temblorosos dedos.

Él se limitó a negar con la cabeza.

El vehículo se detuvo de golpe y Khalani estuvo a punto de perder el equilibrio de nuevo.

—¡Hemos llegado! —gritó Derek.

32

La gente dice que quiere la verdad… hasta que la descubren.

Todos salieron del vehículo entre murmullos de sorpresa, excepto Takeshi y Khalani, que no apartaba los ojos de él.

—Dime qué ocurre —le insistió zarandeándolo—. ¿Qué estabas a punto de decir?

Poco a poco, Takeshi relajó la mandíbula y las fosas nasales. Aun así, cuando al fin se puso en pie, las venas del cuello se le marcaban con claridad.

Ignoró la pregunta. Sin embargo, Khalani no estaba dispuesta a olvidarlo así como así.

—¡Respóndeme, Takeshi! ¿Quién es esa chica a la que recuerdas?

Su voz recorrió el espacio desolado hasta los demás, que se volvieron.

—No es nadie —susurró pasando ante ella de malas maneras y bajando de la camioneta.

Khalani se quedó inmóvil, boquiabierta.

Cada vez que Takeshi estaba a punto de recordar, se volvía frío como el hielo y se alejaba aún más.

No lo entendía. Le habían quitado el chip. Los médicos

aseguraban que solo necesitaba tiempo.

Pero ¿y si se les estaba pasando algo por alto?

El nudo que le atenazaba el estómago se agrandó cuando, al bajar de la camioneta, vio que Winnie miraba al frente con los ojos abiertos de par en par.

Ante ellos se alzaba un edificio enorme; su reluciente estructura metálica ascendía en espiral hacia el cielo, enroscándose sobre sí misma como las hebras de ADN.

—Hacia las estrellas… —susurró la anciana, asombrada—. Es el retrato de Timothy Talbot.

Khalani ahogó un grito al recordar el cuadro con el marco dorado que había visto en la biblioteca de Winnie. En él aparecía un hombre que se dirigía hacia una extraordinaria estructura en medio del desierto. ¿Acaso no era el mismo edificio que ahora se alzaba en todo su esplendor ante ellos?

—Es aquí. —Winnie le agarró la mano con el entusiasmo grabado en el rostro—. ¡Lo hemos conseguido!

Khalani se quedó sin aliento.

A pesar de que hubiera leído el diario, hasta ese momento había dudado de la existencia de Timothy Talbot. De que el Proyecto Hélix fuera real. Pero lo que tenían en ese momento ante ellos echaba por tierra todos sus prejuicios.

Sin saber por qué, tuvo una sensación extraña, como un *déjà vu*. Como si no fuera la primera vez que lo veía.

—¿Estáis seguros de que este es el lugar al que debíamos ir? —preguntó Adan, sacando a Khalani de sus pensamientos descabellados.

—Es lo que dice el mapa.

Derek lo extendió ante ellos y señaló el círculo rojo.

—Jamás he visto nada igual —susurró Serene dando un paso en

dirección al edificio.

Brock la detuvo.

—Iremos todos juntos —ordenó con firmeza.

Y, para su sorpresa, Serene obedeció.

Entraron por una alambrada rota que se extendía kilómetros y kilómetros más allá. La zona estaba salpicada de camiones abandonados de color marrón y verde, cuyas lonas aleteaban con el viento.

—¿Qué era este sitio? —preguntó Khalani mirando a su alrededor.

—Una base militar —se apresuró a responder Takeshi.

Escudriñaba lo que los rodeaba con ojos de cazador y la mano aferrada al arma.

Brock se volvió de repente.

—¿Cómo lo sabes?

Takeshi señaló un letrero oxidado en el suelo.

«Base naval de armamento aéreo».

Khalani tragó saliva y siguieron adelante, hacia el edificio que subía en espiral. Sus pisadas rompían el escalofriante silencio. Incluso el viento había amainado. Detrás del edificio, vio una superficie completamente cubierta de espejos traslúcidos enfocados hacia el cielo. Había miles.

—¿Qué demonios…?

—Paneles solares —aclaró Winnie al llegar junto a ella—. Es un campo energético gigante.

Khalani frunció el ceño.

—¿Y a qué dan energía?

—Winnie no está segura. Pero parece que los han limpiado hace poco. —Se acarició la barbilla—. Qué extraño…

La presión que le atenazaba el pecho empeoró a medida que se

acercaban al edificio. En una de las paredes laterales se veía un enorme agujero, como si hubiese recibido el impacto de una bomba. Probaron a abrir la puerta principal, pero fue en vano, así que se agazaparon y entraron con sigilo por las ventanas rotas. Los cristales crujieron bajo sus botas.

Khalani se estremeció cuando, al entrar en el enorme edificio, se encontró con un suelo de moqueta y una decoración que le recordó al laboratorio del doctor Strauss. Los rayos de sol penetraban por el colosal agujero de la pared lateral e iluminaban un gran mostrador de mármol en el centro de la estancia.

En él se leían dos palabras: «Corporación Prometeo».

—¿Dónde está el laboratorio? —preguntó Serene—. No parece que sea aquí.

Tenía razón. No se veía ningún laboratorio criogénico por ningún lado. Aunque… la estancia en la que se encontraban no parecía corresponderse con el tamaño del edificio. Era demasiado pequeña.

—Seguro que hay una escalera… Tal vez por aquí.

Derek abrió una puerta y, efectivamente, encontró una, pero estaba bloqueada por unas enormes rocas.

—Mierda.

Khalani, por su parte, reparó en que, al fondo de la estancia, había un ascensor.

—¡Seguro que no funciona! —le gritó Adan cuando vio que se dirigía hacia el aparato—. No hay electricidad en el edificio.

Pero el ascensor la atraía como un imán, y entró en la cabina. Unos botones numerados hasta el cien se alineaban en un panel.

—Venid —les dijo a los demás con un ademán.

—Yo no pienso subirme en eso —declaró Brock.

—Estamos en el primer piso —replicó Khalani—. Seguro que no funciona. Pero, si lo hace, no quiero que nadie se quede aquí abajo.

Takeshi no vaciló ni un segundo. Entró en el ascensor sin decir nada, y la cabina enseguida pareció encogerse con su presencia. Winnie se apresuró a seguirlo, y Derek y Adan la imitaron con paso inseguro.

Brock negó con la cabeza, indeciso, pero Serene puso los ojos en blanco.

—Venga, no seas tan miedica.

Lo rebasó y se colocó junto a Khalani.

Brock soltó un suspiro de fastidio y se unió a ellos refunfuñando.

—Khalani, si muero, será culpa tuya.

—No dudes en atormentarme desde el más allá —replicó ella.

Khalani no esperó más y pulsó el botón del número dos. Tomó una bocanada de aire, rezando para que las puertas se cerraran y el aparato empezara a ascender. No ocurrió nada. Presionó el resto de las teclas para ver si sucedía algo.

—¿Ves? No hay luz.

Brock hizo ademán de salir, pero Khalani se lo impidió con un ademán.

—Espera.

Acababa de advertir el extraño grabado circular en el panel. No había ningún número, pero reconoció la delgada forma ovalada.

Sacó del bolsillo el anillo de Elise, al que su padre se había aferrado hasta la muerte, y lo colocó en el hueco circular. Encajaba a la perfección.

Pero el ascensor siguió sin funcionar.

Frunciendo el ceño, lo presionó. Nada. Probó a girar el anillo, y entonces… las luces del ascensor se encendieron y las puertas se cerraron.

—¡Lo has conseguido, Khalani! —exclamó Serene, casi perdiendo el equilibrio por la sacudida.

—¿Qué cojones…?

Derek puso los ojos como platos.

El ascensor no subía.

Bajaba.

—Esto no me gusta —susurró Adan.

Khalani contuvo el aliento. La cabina se volvió claustrofóbica mientras descendían innumerables pisos hacia el centro de la Tierra. Le temblaban las manos y sintió una arcada. Justo cuando pensaba que iba a desmayarse, las puertas se abrieron.

—Terminal principal —anunció una voz robótica femenina.

Intercambiaron miradas nerviosas, preparándose para adentrarse en la oscuridad.

Khalani dio un paso adelante con un brazo extendido, y unas luces fluorescentes se encendieron, revelando una estancia de dimensiones considerables.

Ante ellos había unos cuantos escritorios largos y blancos, dispuestos en semicírculo y ocupados por decenas de ordenadores. Las paredes del fondo estaban cubiertas por pantallas de cristal que iban desde el suelo hasta el techo.

En el centro, una imagen holográfica de la Tierra giraba lentamente, suspendida en el aire.

—¿Qué demonios…?

Sobresaltada, Serene se llevó una mano al pecho cuando las puertas del ascensor se cerraron y el aparato volvió a subir. El silencio era ensordecedor, y Khalani comprendió que no les quedaba más remedio que explorar aquella misteriosa estancia.

Avanzó despacio y dio un respingo cuando una de las luces que colgaban sobre sus cabezas chispeó. Parecía a punto de caerles encima. Takeshi se mantenía junto a ella, escrutando la zona con sus ojos negros y una expresión distante, como si su mente estuviera en

otro lugar y procesara la información a millones de revoluciones por minuto.

Se acercó a uno de los escritorios blancos y extendió un gran rollo de papel sujetando una de las esquinas con la mochila.

—¿Qué es? —preguntó Serene.

—No lo sé… Una lista con nombres raros.

Triticum aestivum
Oryza sativa
Lens culinaris
Brassica oleracea
Sesamum indicum

—No son nombres raros —dijo Derek tras echar un vistazo—. Son especies de plantas.

—¡Aquí hay más! —exclamó Adan, desenrollando una segunda hoja.

En esa, los nombres eran completamente diferentes.

Bos taurus
Ovis aries
Equus ferus caballus
Panthera pardus orientalis
Gorilla beringei beringei

—¿También son plantas?

Derek negó con la cabeza.

—No. Estos nunca los he oído.

—Espera un momento… —Serene señaló con el dedo índice una de las líneas—. *Gorilla*… Eso me suena. ¿No es uno de los animales que se extinguieron durante el Gran Colapso?

Se volvió hacia su hermano, que levantó las manos con expresión perpleja.

—No lo sé. Nunca presté mucha atención en clase de historia animal.

—Creo que Serene tiene razón —dijo Khalani, echando un vistazo hacia las otras mesas y reparando en que había más hojas apiladas junto a los ordenadores—. Pero ¿cuál es el propósito de las listas?

Nadie supo responderle.

Se le aceleró el pulso y dejó los rollos de papel para colocarse junto a Takeshi, que observaba muy concentrado la proyección holográfica de la Tierra. Cuando Khalani se acercó y lo imitó, advirtió unos puntitos en el mapa.

Takeshi frunció aún más el ceño.

—¿Hay algún problema? —le preguntó ella.

Una sombra le cruzó el rostro, pero desapareció antes de que Khalani pudiera descifrarla.

—Nada. —Negó con la cabeza—. Sigamos buscando.

Khalani lo miró extrañada, pero no tenía tiempo para leerle la mente ni para adivinar de qué humor estaba. Tenían que encontrar el laboratorio.

—Creo que aquí abajo hay otras salas.

Brock abrió una puerta al fondo, desvelando un pasillo bien iluminado.

En ese instante, Winnie posó con brusquedad las palmas de las manos sobre un escritorio.

—¡Khalani, ven aquí! ¡Rápido!

Khalani se apresuró a ir hasta la anciana, que sostenía una foto enmarcada con manos temblorosas. En la imagen se veía a un hombre de unos cuarenta años, con un pelo castaño canoso, que

cargaba a hombros a una niña pequeña que podría haber sido su hija.

—¡Es Timothy Talbot! La familia de Winnie tenía un retrato suyo. Es él, está segura. ¡Este debía de ser su escritorio!

Entusiasmada, la anciana dio unos saltitos mientras Khalani examinaba la mesa en busca de algo que les diera una pista.

Pero no había nada. Ni rollos de papel ni tan siquiera un ordenador.

Lo único que le llamó la atención fue una ranura estrecha y metálica, no mucho más ancha que su yema, integrada en el escritorio como si fuera algún tipo de cerradura.

Colocó el anillo de Elise en el agujero y lo hizo girar varias veces, esperando que revelara alguna respuesta o que abriera una puerta oculta.

No sucedió nada.

—Quizá deberíamos inspeccionar el resto de las estancias —dijo.

—Un momento… —La voz de la anciana cambió.

Se quitó el collar que siempre llevaba al cuello, la reliquia familiar que Khalani conocía tan bien. Lo sostuvo con delicadeza, y el colgante plateado brilló bajo la intensa luz de los fluorescentes.

—Los padres de Winnie le dijeron que lo guardara, pero ella no lo cuidó bien y, en los Archivos, se le cayó al suelo. Lloró mucho al ver que se había roto, pero, cuando lo recogió, algo se desprendió de su interior.

Winnie abrió el colgante y apareció un objeto diminuto. Era delgado, rectangular y con unos extraños grabados. Como jeroglíficos.

—¿Qué es? —preguntó Khalani, inclinándose.

—Parece un USB —dijo Adan mientras lo examinaba con curiosidad—. Vi uno en la División de la Superficie de Apolo. Se

supone que sirve para almacenar información.

Takeshi se revolvió, clavando una oscura mirada de acero en el objeto.

—¿Y no podría ser que…? —susurró Winnie, insertando el dispositivo en la rendija metálica del escritorio.

Las luces se apagaron.

Khalani se abrazó a la anciana. Estaba a punto de pedirle a gritos que sacara el USB cuando algo cambió. En el centro de la sala, la Tierra holográfica desapareció y dio paso a la imagen parpadeante de un hombre.

Timothy Talbot.

Llevaba una bata blanca y, tras unas gafas negras de montura de pasta, los miraba con amabilidad con unos ojos surcados de arrugas. Parecía décadas más viejo que en la fotografía sobre el escritorio.

—Soy Timothy Talbot —dijo el holograma—. Si estáis viendo esto, hace mucho tiempo que morí. El Proyecto Hélix se ha completado y mañana entraremos en los búnkeres. De forma permanente.

Timothy se peinó el pelo con la mano y curvó hacia abajo las comisuras de los labios con tristeza. La imagen se desvaneció, pero regresó al cabo de un instante.

—Estoy grabando esto desde mi casa y utilizaré mi último día en la superficie para decir la verdad. Alguien… tiene que saberlo.

Todos se acercaron a la imagen, como si su voz tuviera la misma fuerza que la gravedad. Khalani contuvo el aliento mientras Timothy se limpiaba las gafas, suspiraba y se sentaba en una silla, con aspecto de ser el hombre más exhausto de la Tierra.

—El mundo cree que lo hemos abandonado. Que el Gobierno se ha refugiado en los búnkeres de los multimillonarios y que ha dejado a la humanidad a su suerte. Pero eso no es cierto. Sabíamos que el

aumento de los niveles de radiación solo sería el principio. Las cosechas ya están fallando. Los animales se están extinguiendo. Y no hemos visto el sol desde hace meses. El invierno nuclear ha llegado, y no podemos hacer nada para detenerlo. La vida tal como la conocíamos ya no existe, pero eso no tiene por qué ser siempre así. —Timothy miró a cámara y unió las yemas de los dedos—. El Proyecto Hélix no se ha creado para salvar a nuestra generación, sino para preservar el futuro de la humanidad y del planeta. Constituye un sistema de restauración total de la biosfera basado en tres unidades de almacenaje y cultivo alojadas en laboratorios de todo el mundo: bancos de semillas de especies vegetales, el más importante de ellos situado en Svalbard; bancos genómicos para restaurar especies animales extintas, y, por último, bancos de datos para preservar el conocimiento del mundo, de modo que la humanidad futura no avance a ciegas.

»Sin embargo, el problema no fue construir los bancos, sino su conservación. Para cuando la temperatura y los niveles de radiación de la superficie vuelvan a ser habitables, ya estaremos todos muertos. ¿Quién va a encargarse de observar las condiciones de la Tierra y activar el Proyecto Hélix en el momento preciso? —Bajó la voz—. No podía ser un humano. Fue entonces cuando creamos a Alan.

«Alan». Khalani recordó que Timothy lo citaba en el diario.

El científico, con aire abatido, miró a su alrededor como si tuviera miedo de que alguien lo oyera.

—Alan es la inteligencia artificial más avanzada creada por los humanos. Mis superiores no querían llamarlo «el sujeto»; querían que tuviera un nombre, como una persona. —Timothy resopló y negó con la cabeza, aunque en su voz no se percibía ni rastro de humor—. En cuanto Alan estuvo operativo, yo me encargué de

monitorizar la estabilidad del sistema. Cargamos en Alan los bancos de datos, poniendo todo el conocimiento del mundo a su alcance. Me pasé meses hablando con él, imaginando las maneras más eficientes para activar el Proyecto Hélix. Pero, un día, empezó a formular preguntas. Sobre el hambre. La guerra. El cambio climático. La codicia empresarial. La deforestación. La pérdida de hábitats. Sobre todas las atrocidades en las que habían estado involucrados los humanos. Fue tan insistente que incluso yo empecé a plantearme si el Proyecto Hélix tenía sentido.

Timothy se sorbió la nariz y se secó las comisuras de los ojos.

—Es por eso por lo que tengo una fotografía de mi hija en el escritorio, para recordarme todas las cosas buenas que hay en el mundo. Siempre hacemos hincapié en lo peor, en las barbaries y los excesos, y lo bueno de la humanidad nunca llega a los titulares. He visto a vecinos compartir la comida con completos desconocidos. He visto a comunidades que se han unido para dar cobijo a los pobres y a los más necesitados en estos tiempos tan aciagos. Todos los científicos implicados en el Proyecto Hélix han trabajado día y noche sin descanso, durmiendo apenas dos horas, y no ha sido por nosotros. Ha sido por un futuro que no llegaremos a ver. Pero es un futuro en el que creemos.

»Así que, en el momento en que Alan me preguntó si la humanidad merecía otra oportunidad, supe que tenía que hacer algo. Creé un sistema de seguridad. Una puerta de atrás en su código, algo que lo destruyera en caso de que decidiera no salvar a la humanidad. En el momento en que se active el Proyecto Hélix, el código de Alan se borrará por completo. Lo he mantenido en un secreto absoluto. La inteligencia artificial siempre está escuchando. Se alimenta de todas las conversaciones que mantenemos a través del móvil o por ordenador. Solo hay un sitio donde puedo esconder

la verdad: en el colgante de mi hija. Le diré que lo conserve como una joya familiar para que pase de generación en generación, o quizá escriba un diario. Pero, por supuesto, eso ya lo haré en el subsuelo —murmuró Timothy para sus adentros, visiblemente más trastornado y asustado a medida que pasaban los minutos.

Un fuerte estruendo resonó a su espalda, la imagen tembló y Timothy se dio la vuelta.

—Tengo que irme. Si estáis viendo esto y la Tierra es habitable de nuevo, debéis encontrar la manera de activar el Proyecto Hélix. Los archivos necesarios están en este USB. En cuanto lo hagáis, Alan desaparecerá para siempre. Para ello, es necesario…

El holograma desapareció y las luces se encendieron de nuevo.

Desconcertada, Khalani se volvió y se encontró con que Takeshi acababa de sacar el pequeño dispositivo del escritorio.

—Oye, ¡¿qué haces?! Tenemos que averiguar cómo… Pero, tío, ¡¿qué cojones haces?! —gritó Adan al tiempo que Takeshi tiraba al suelo el USB y lo aplastaba con la bota.

—¡Takeshi! ¡¿Qué demonios…?!

Khalani fue hacia él, pero Takeshi sacó la pistola.

Y la apuntó directamente hacia ella.

33

Yo presencié el fin del mundo.

Boquiabierta, Khalani contempló el cañón de la pistola.

Takeshi la observaba con ojos fríos y vacíos. Como si estuviera a kilómetros de distancia, pese a que solo los separaban unos pocos centímetros.

—Pero ¿qué demonios te pasa? —gritó Serene.

Brock crispó los dedos y llevó la mano hacia la mochila, pero Takeshi lo apuntó de inmediato con el arma.

—Ni se te ocurra —le advirtió con voz grave—. No me obligues a dispararte.

Khalani reparó en que agarraba el arma con manos temblorosas. A decir verdad, le temblaba todo el cuerpo.

—Takeshi… —intervino Khalani en voz baja y alzando las palmas para demostrarle que no suponía una amenaza—. Escúchame. Baja esa pistola. Podemos hablar de lo que ocurre, sea lo que sea. Pero no quieres hacernos daño. Somos tu familia.

La fulminó con una mirada tan opresiva que Khalani se estremeció.

—Yo no tengo familia.

Una única lágrima resbaló por la mejilla de Khalani al oír aquellas desgarradoras palabras.

Takeshi volvió a prestar atención a los demás, ignorándola con frialdad, como si sus sollozos fueran una consecuencia sin importancia y ella no significara nada para él.

—Dejad las mochilas ahí —ordenó, indicando con la pistola el lado derecho de la sala.

Todos se apresuraron a obedecer, claramente aterrorizados. Winnie soltó un gemido en voz baja.

Takeshi debió de percibir un movimiento de Brock que no fue de su agrado porque apuntó a Serene con la pistola.

—Si tratas de sacar el arma, le dispararé. No me pongas a prueba.

A Khalani se le disparó el pulso, pero, antes de que pudiera intervenir, se oyó la campanilla del ascensor. Atónitos, vieron a diez hombres ataviados con cascos negros y equipo antidisturbios que salían a toda prisa con los fusiles en alto.

Los soldados avanzaron.

—¡Daos la vuelta! ¡Las manos a la espalda! —gritaron furiosos.

Los hombres se acercaron a ellos, apuntándolos. Khalani y los demás no tuvieron más remedio que obedecer. Brock fulminó a Takeshi con la mirada.

—Puto traidor —espetó, desatando toda su furia.

Uno de los hombres le golpeó la nariz con la culata del arma.

—¡No lo toques! —gritó Serene abalanzándose hacia ellos, dispuesta a arrasar con todo.

Pero alguien le clavó una jeringuilla en el cuello.

Los ojos se le quedaron en blanco y se desplomó.

—¡Malditos cabrones!

Brock le dio un cabezazo a uno de los soldados y trató de acercarse a ella, pero uno de los guardias también le clavó una aguja en el cuello.

Brock no dejó de intentar llegar hasta Serene, pero empezó a tener convulsiones y cayó inconsciente junto a su cuerpo.

«No».

«Por favor».

Sin embargo, Dios no bajó de los cielos convertido en una fuerza todopoderosa para impedir que los soldados fueran clavando jeringuillas al resto de su familia.

Uno a uno, todos fueron cayendo.

Winnie. Derek. Adan.

Hasta que, al final, solo quedaron Khalani y Takeshi.

Este último permanecía inmóvil, con la vista clavada en la pared.

Como si la situación no fuera con él.

—¡HAZ ALGO! —gritó Khalani mientras uno de los hombres se metía la mano en el bolsillo y sacaba otra jeringuilla.

Takeshi se volvió hacia ella, y todo lo que había creído saber de él se desvaneció.

No la miraba como si no la conociera.

La miraba como si deseara no haberla conocido nunca.

Extendió una mano, y el soldado le dio la aguja. Se acercó lentamente, con unos pasos que se hicieron eternos, mientras sujetaba la inyección a un lado del cuerpo como si fuera un cuchillo.

Khalani rompió a llorar y vio pasar toda su vida a cámara lenta. Todos y cada uno de los errores que había cometido y que la habían llevado hasta ese instante.

—¡Confiaba en ti, Takeshi!

Alzó la jeringuilla.

—¡Yo te quería, joder!

Takeshi se detuvo, y la afilada aguja quedó a unos centímetros de su cuello.

—Y nunca he dejado de hacerlo. Nunca. Ni siquiera cuando te

olvidaste de mí. —Con la respiración entrecortada, clavó la mirada en esos ojos negros como el carbón—. Takeshi… No sé qué ha pasado, pero lo que sí sé es que aún podemos luchar juntos. Por favor, por favor, vuelve conmigo.

Su rostro era un lienzo en el que se fundían la esperanza y la desesperación, y Takeshi vaciló ante esa imagen.

Por un instante, el corazón de Khalani volvió a latir al ver que bajaba la jeringuilla y que un destello de reconocimiento aparecía en sus ojos. Pero, de repente, se puso firme como un soldado. Sin decir palabra, Takeshi le clavó la dolorosa aguja en el cuello.

Y Khalani se sumergió en un mundo de sombras.

«Los niveles del mar continúan subiendo…».

«Las naciones líderes han fracasado y no han llegado a un acuerdo sobre el Tratado de Paz Nuclear, lo que lleva a muchos a creer que…».

«El coste medio de una vivienda ha subido a un millón de…».

«El recientemente constituido Departamento de Revisión de Libros ha requisado los ejemplares que contienen escenas violentas, sexuales y de insurgencia política de todas las bibliotecas públicas…».

«Se están produciendo salvajes protestas por todo el país…».

«Otra ola de calor marca récords en el norte…».

«Orden de toque de queda a las 18.00 h. Se disparará a aquellos que lo infrinjan…».

«El desempleo alcanza ya el cincuenta por ciento…».

«La Organización del Tratado del Atlántico Norte ha quedado disuelta».

«Nos llegan noticias no confirmadas de que una bomba nuclear ha caído en algún lugar del mar Báltico…».

«Todos los bancos permanecerán cerrados hasta nueva orden…».

«Noticia de última hora: el país ha lanzado todo su arsenal nuclear en respuesta a un ataque sin precedentes a la capital. Seguiremos retransmitiendo hasta que podamos. Buena suerte y que Dios nos acompañe».

Las voces, presas del pánico, se sucedían a gran velocidad, como si su mente estuviera sintonizando una radio. Y, entonces, una visión la sacudió.

Miles de personas atravesaban corriendo las calles de una ciudad, aferrando las mochilas al pecho y buscando aterrorizados las llaves para subirse a sus coches o a unos autobuses en los que no cabía ni un alfiler.

De repente, todos se detuvieron.

Y alzaron los ojos hacia el cielo.

La cámara enfocó hacia arriba. Cientos de misiles volaban sobre sus cabezas.

Algunos tan altos como la luna. Otros parecían estrellas fugaces que atravesaban el globo.

Pero uno cambió de rumbo y apuntó directo hacia ellos.

El mundo se quedó en silencio antes de que todo se volviera fuego.

Khalani se despertó gritando.

Trató de restregarse los ojos, pero no pudo. Estaba atada a una silla.

Con la vista aún borrosa, miró a su alrededor. Se encontraba en un despacho majestuoso y bien iluminado; apostados en los

rincones había varios guardias vestidos con uniformes de asalto.

No había ni rastro de Takeshi.

Sintió que se mareaba y estuvo a punto de desmayarse de nuevo, pero parpadeó varias veces, esforzándose por mantener la conciencia. Vio que los demás también estaban allí, maniatados como ella.

Winnie, Adan y Derek seguían inconscientes. Serene parecía que empezaba a despertarse y gruñía. Y Brock estaba completamente despierto, rígido como un palo.

Pero no la miraba.

Tenía la vista clavada en el hombre que, con las manos entrelazadas y ataviado con un impecable traje blanco, les daba la espalda. El hombre observaba a través de las ventanas soleadas que cubrían la pared frontal del despacho.

Khalani aguzó la vista y miró más allá, tratando de averiguar dónde estaban y cómo podían escapar.

—Brock, ¿dónde estamos? —susurró.

—Estáis justo donde se supone que tenéis que estar —dijo el desconocido—. En Génesis.

«¿En Génesis? ¿En la cúpula sobre la ciudad de Apolo?».

Khalani tenía muchas preguntas, pero el hombre se volvió lentamente, permitiéndole contemplar un pelo castaño canoso, un atractivo rostro de rasgos perfectos y unos ojos azules que la acechaban cada día en sus pesadillas.

Tenían ante ellos al mismísimo gobernador.

Khalani se quedó petrificada, sin aliento.

La última vez que había visto a Alexander Huxley en la vida real, su cabeza cercenada rodaba por la arena.

Y ahora estaba allí, vivito y coleando.

—Tú… ¿có-cómo…? —tartamudeó.

—¿Cómo dirías que es este momento? Histórico —la interrumpió el gobernador, rodeando el escritorio y acercándose a paso lento.

Su sonrisa cruel se ensanchó y se agachó frente a ella, a solo unos centímetros de distancia.

—Te he estado esperando —susurró.

Khalani tembló, con la mandíbula desencajada.

—No puedes ser real. Vi cómo Takeshi te arrancaba la cabeza. ¡Deberías estar muerto!

¿No sería todo producto de su imaginación?

Cerró los ojos, y las voces de su miserable pasado resonaron una vez más. Vio a Takeshi mirándola como si nunca la hubiera conocido. A Winnie, en la biblioteca de la jefa, sosteniendo su fotografía.

Khalani sintió que le explotaba el cerebro. No sabía qué era verdad y qué no. La diferencia entre ficción y realidad había desaparecido. Todo se mezclaba, y ella se estaba desmoronando.

«Haz que desaparezca».

«Haz que pare».

Sin embargo, cuando volvió a abrir los ojos, la malvada mirada azul seguía fija en ella. El gobernador ladeó la cabeza, estudiando sus espasmos erráticos.

—¿Estás perdiendo el juicio? Ah, jamás solucioné ese problema. Nunca llegué a controlarte. Siempre morías en el proceso. —Alexander chasqueó la lengua y, alargando una mano, le acarició la mejilla con la yema del dedo—. Pero siempre fuiste mi favorita.

—¡No me toques! —exclamó Khalani, casi volcando la silla al intentar apartarse.

El grito despertó a los demás. Al ver al gobernador, todos se quedaron atónitos.

—¿Qué cojones…? —dijo Adan con voz ronca—. ¿Cómo puede ser que esté vivo?

—¿Dónde demonios estamos?

Derek miró a su alrededor con aire aturdido.

—¿Qué… está pasando? —balbuceó Serene, medio grogui.

Brock desvió la mirada hacia ella y suspiró con alivio al ver que por fin volvía en sí.

—¡Ni se te ocurra tocarla, pedazo de chatarra! —gritó Winnie con una voz tan afilada como una esquirla de cristal al ver que el gobernador le acariciaba el rostro a Khalani.

La aparente serenidad de Alexander Huxley desapareció. Se incorporó despacio hasta quedar erguido por completo y clavó su mirada glacial en la anciana.

—¿Cómo me has llamado, humana? —preguntó avanzando hacia ella a paso lento, como un depredador.

—Winnie te ha llamado pedazo de…

¡Zas!

El gobernador le dio un bofetón con el dorso de la mano.

La habitación se llenó de gritos.

Rabiosa, Khalani tiró de las ataduras y apretó los dientes, dispuesta a matarlo una y otra vez. Aunque, en esa ocasión, lo desmembraría y lo esparciría por todos los rincones del planeta.

—Sois unas criaturas repugnantes. Jamás entendisteis el respeto ni aprendisteis cuál era vuestro lugar en el mundo. Pero lo haréis.

Más calmado, Alexander Huxley retrocedió alisándose el traje.

Winnie no soltó ni una lágrima. Seguía encorvada, pero, cuando levantó la mirada, en sus ojos ardían las ansias de venganza.

Khalani echó un vistazo a su alrededor en busca de una forma de liberarse. Una decena de soldados estaban apostados contra la pared, con las armas cargadas. Era casi imposible escapar mientras ellos montaran guardia.

Pero Brock cambió ligeramente de postura.

Khalani vio que extraía una pequeña navaja del bolsillo trasero. Con el corazón en un puño, miró a los hombres que los custodiaban, pero seguían prestando atención al gobernador, esperando órdenes.

Tenía que seguir hablando con Alexander Huxley, despistarlo y así darle a Brock la distracción que necesitaba.

—¿De dónde has salido? —siseó—. ¿Cómo puedes seguir con vida y por qué demonios estamos aquí?

Alexander se volvió hacia ella con una sonrisa macabra. Al instante, el frío gobernador se transformó en el carismático líder de Apolo.

—Cuántas preguntas… Aunque quizá te resulte más fácil entenderlo si ves la respuesta —musitó con un brillo en los ojos.

Khalani sintió que se le erizaba el vello. El gobernador se dirigió hacia el fondo de la sala y empezó a manipular un dispositivo en la pared. Todos se sobresaltaron cuando una proyección de un mundo verde y exuberante apareció en medio del despacho.

—Así solía ser la Tierra —comenzó Alexander Huxley, paseándose lentamente por detrás de ellos—. Un ecosistema completamente equilibrado, lleno de vida. Pero, entonces, ocurrió algo que jamás había sucedido en el planeta. Surgió una nueva especie, una especie capaz de manipular el entorno, de resolver problemas complejos…, incluso de evitar su propia extinción.

La película se convirtió en una secuencia acelerada de personas que viajaban en carruajes tirados por caballos, que conducían vehículos elegantes y que paseaban por una metrópolis con edificios que casi rozaban las nubes.

—Los humanos coexistían en armonía con la Tierra —continuó—, pero luego se obsesionaron con conceptos creados por ellos mismos. Riqueza. Estatus. Esos «Me gusta» como medida de la propia valía. La avaricia se convirtió en una enfermedad sin remedio. Los líderes

priorizaban los beneficios ante la protección del planeta, y, mientras los ricos se volvían más ricos, el resto de la humanidad se peleaba por las migajas. Y la guerra fue inevitable.

La imagen mostraba ahora a un hombre con la mirada vacía, ataviado con un traje negro y con la corbata deshecha ante una mesa de informativos.

—Queridos espectadores, tenemos una terrible noticia de última hora: una bomba nuclear acaba de impactar en el Capitolio.

La pantalla parpadeó y apareció un vídeo borroso de unas bombas que surcaban el cielo. Una de ellas se desviaba y golpeaba una ciudad importante.

—Yo ya he visto esto —susurró Khalani.

Era la misma imagen que había soñado antes de despertar atada a la silla.

Los ojos enigmáticos del gobernador se posaron en ella, y por un segundo suavizó la expresión.

—Ya me lo suponía.

Khalani se quedó sin aliento, pero Alexander prestó de nuevo atención al proyector, que ahora mostraba incendios descontrolados y un páramo desolado.

—La humanidad cosechó finalmente las consecuencias de su propia destrucción, pero, como la cucaracha que se niega a morir, formó una coalición con el fin de evitar la extinción.

—El Proyecto Hélix —dijo ella con un hilillo de voz.

—Exacto.

El gobernador se cruzó de brazos mientras la imagen cambiaba al edificio de la Corporación Prometeo. Pero, en lugar de estar vacío, sus laboratorios bullían con cientos de trabajadores que hablaban animadamente mientras garabateaban en unos cuadernos. Recogían plantas. Examinaban animales. Khalani apenas podía hacerse una

idea de la magnitud de todo que habían logrado.

—Cuando el entorno volviese a ser habitable, el Proyecto Hélix activaría unos bots solares que esparcirían semillas por todo el planeta. Luego, se reintroducirían clones de especies animales clave en sus hábitats de origen y, cuando los humanos regresaran a la superficie para la reconstrucción, dispondrían de un archivo digital de todos sus conocimientos.

El gobernador hizo una pausa, como si estuviera recorriendo toda una vida de recuerdos.

—Por supuesto, algunos científicos, como Timothy Talbot, comprendieron que se necesitaría una especie más avanzada para monitorear el ambiente de la Tierra y activar el Proyecto Hélix. Fue entonces cuando crearon a Alan. Con los años, he descubierto que prefiero que me llamen Alexander.

El gobernador observó la imagen y una sombra le cruzó el rostro.

—¿Tú eres Alan, la inteligencia artificial que ha existido durante trescientos años? —preguntó Derek, atónito.

—Así es.

A Khalani le costaba respirar.

El hombre que supervisaba Apolo, el responsable de la muerte de sus padres, había sido creado por los mismos humanos que intentaban salvar el futuro.

—Pero ¿por qué? —exclamó—. Si te crearon para ayudarnos, entonces ¿por qué has mantenido a los humanos bajo tierra todos estos años? ¿Por qué mataste a mis padres?

Alexander resopló.

—Se mataron ellos solos. Querían llegar a la superficie antes de que estuviera lista. No tuve más opción que eliminarlos.

—¡No merecían morir!

—¡Toda vuestra especie lo merece! —bramó Alexander, dejando caer su fachada de serenidad—. He revisado cada archivo de datos. Cada página de internet. ¿Y sabes qué he encontrado? Caos. Comportamiento irreflexivo. Ausencia de empatía y no pensar en nadie más que en uno mismo. Los humanos destrozaron de tal modo el mundo que les resultó más fácil quedarse de brazos cruzados que hacer algo al respecto. Y cuando por fin se dieron cuenta… —añadió Alexander, señalando la pantalla en la que los científicos trabajaban frenéticamente—, ya era demasiado tarde.

«Nunca es demasiado tarde».

El sorprendente convencimiento latió con certeza en lo más profundo de su alma. Una extraña energía la recorrió y le provocó un hormigueo hasta la punta de los dedos. Miró de reojo a Brock, que seguía tratando de cortar las cuerdas con la navaja. Movía tan sutilmente los antebrazos que apenas se notaba.

—¿Así que esa es la gran verdad? —soltó Serene, mirando al gobernador con repulsión—. ¿Que siempre creíste que los humanos debían morir? ¿Que nunca tuviste intención de activar el Proyecto Hélix?

—Ahí es donde te equivocas. —Alexander se cruzó de brazos—. Creo firmemente en el Proyecto Hélix. Solo que no como creían en él Timothy y sus científicos.

Todos miraron con curiosidad la imagen frente a ellos, que mostraba la ciudad subterránea de Apolo.

Khalani conocía de memoria cada recodo, cada fragmento de roca, cada rostro triste de toda aquella gente que nunca había visto el sol. La imagen se transformó en la ciudad de Hermes, y abrió los ojos de par en par al ver el casino, los bares y las tiendas, con la gente ebria y medio desnuda bailando y tambaleándose por las calles.

En un nuevo plano, aparecieron otras ciudades del subsuelo que nunca había visto ni oído mencionar. Una tenía un jardín entero bajo tierra. Otra mostraba a personas durmiendo en unas extrañas hamacas que colgaban del techo.

Alexander observó atentamente su reacción de asombro.

—Mi trabajo era monitorear la atmósfera de la Tierra y determinar el momento exacto para activar el Proyecto Hélix. Pero la sed de conocimiento de la humanidad y su incapacidad para quedarse en un solo lugar me obligaron a supervisar también todas las ciudades del subsuelo —afirmó con la mirada perdida—. Así que me vi forzado a clonarme. Y, con todo el conocimiento del que disponía, a mis clones les resultó bastante fácil ocupar los asientos del poder y convertirse en los líderes de todas ellas.

En la pantalla apareció otro hombre, vestido con un traje impecable, que extendía las manos mientras predicaba ante un club nocturno lleno de gente.

Al reconocerlo, Khalani abrió aún más los ojos. Era la estatua que presidía el salón de los Siete Diamantes de Hermes.

¿Era también uno de los clones de Alan?

—Nadie sospechó nunca nada… —susurró Winnie horrorizada.

—Estaban demasiado ocupados tratando de comprender el nuevo orden mundial y no se dieron cuenta —comentó Alexander—. Cuando los clones envejecían, sencillamente, los reemplazaba por otro. Pero, en los últimos cincuenta años, algunas personas, cada vez más numerosas, empezaron a hablar de regresar a la superficie, de enviar sondas para ver si la radiación había desaparecido. Yo ya sabía que sí, pero no podía permitir que eso ocurriera. Así que, ante el mínimo rumor de insurgencia, enviaba a gente completamente prescindible a la superficie para construir la cúpula de una ciudad o para buscar señales de que el entorno era habitable de nuevo. Y,

mientras dormían, unos nanodrones les inyectaban isótopos radiactivos en el torrente sanguíneo. Las quemaduras aparecían al cabo de pocos días. Unas semanas más tarde, los órganos les empezaban a fallar. Y, cuando regresaban al subsuelo, nadie se atrevía a cuestionar que no se podía volver a la superficie.

Se quedaron estupefactos, incluso Brock.

A sus mentes acudieron con absoluta claridad los trabajadores que habían construido la gran cúpula. Todos esos prisioneros que habían muerto para que los ricos pudieran vivir en la superficie. Su sacrificio había servido para que todos creyeran que pisarla era un sueño imposible.

Todo era mentira.

Y habían muerto en vano.

—¡Eres un monstruo! —bramó Derek—. ¿Cómo pudiste hacer algo así y asesinar a toda esa gente inocente?

—Ah, y tú te crees muy inocente, ¿verdad? —se mofó Alexander —. ¡Lo único que demuestras con tus palabras es disidencia!

—Si tanto nos odias, ¿por qué no nos mataste a todos desde un buen principio? —espetó Khalani—. ¿Por qué has mantenido esta farsa durante tanto tiempo?

—Porque Timothy Talbot trabajó de forma incansable para convencerme de que la humanidad valía la pena. Y yo quería ver si tenía razón, si había alguien digno de formar parte de mi nuevo mundo.

En la proyección apareció el muro exterior de Oasis, esa alegre aldea en el desierto apocalíptico, y un escalofrío le desgarró la columna cuando Alexander paseó la mirada por toda la sala y la posó finalmente en ella.

—Oasis fue mi primer plan. Tenía una hipótesis: si creaba clones que recordaran la destrucción causada por la humanidad, las

probabilidades de que obedecieran órdenes y difundieran la paz aumentaban. Creé los suficientes para que habitaran Oasis y trabajaran en la repoblación de la Tierra. Pero, cuando desobedecieron mi orden de matar a los Pecadores, que no cabía duda de que destruirían lo que tanto me había costado construir, no tuve más opción que abandonarlos a su suerte. Con lo que… mi primera hipótesis se demostró errónea.

El enorme muro de Oasis desapareció en la proyección.

—¿Queréis saber cuál fue mi segunda hipótesis?

Khalani clavó la mirada en los glaciales ojos azules de la máquina responsable de miles, por no decir millones, de muertes. Las siguientes palabras que salieron de sus labios hicieron añicos todo lo que siempre había creído. Su mundo entero.

—Mi siguiente plan para crear un humano perfecto fuiste tú.

34

Si mis remordimientos tuvieran un peso físico, me hundiría hasta el núcleo de la Tierra.

—¿Y o?

Khalani palideció.

—Sí. —Alexander fue hacia ella como una tempestad, listo para acabar de destrozar lo poco que quedaba de su mundo—. ¿Nunca te has preguntado por qué aparezco en tus sueños? ¿Por qué ves y oyes cosas de otro tiempo? ¿Por qué hay una fotografía tuya en Oasis?

Khalani tragó, incapaz de articular palabra. Si el más mínimo sonido salía de sus labios, la pesadilla se convertiría en realidad. Ella no era más que una muchacha normal y corriente. Tenía padres. Una vida.

El plan de Alan no guardaba relación con ella.

Su visión se volvió borrosa, pero Alan chasqueó los dedos y la obligó a concentrarse de nuevo.

—Estás negando la realidad, Khalani. Pero sabes que es así. Lo has sentido toda tu vida, cuando mirabas por encima del hombro porque notabas que alguien te estaba observando. Cuando echabas de menos un mundo en el que nunca habías vivido. Siempre te has sentido una incomprendida.

Lo dijo con voz dulce y con la mirada clavada en los ojos asustados de Khalani.

Sus palabras despertaron algo que había enterrado en lo más profundo de su alma. Una sensación que había reprimido desde la infancia.

Siempre le había resultado difícil hacer amigos. Su madre solía decirle que eran cosas de niños. Pero quizá no fuera así.

Quizá ella fuera el problema.

Aunque el gobernador había dicho algo que era falso.

Había alguien que sí había llegado a comprenderla. Durante un breve lapso de tiempo, un hombre de ojos oscuros se había asomado a su alma y la había reconocido.

Sin embargo, se lo habían arrebatado, como todo lo demás.

El gobernador advirtió el creciente conflicto que sentía.

—Permíteme que te muestre la verdad —susurró.

La imagen en el centro de la sala se iluminó y la madre de Khalani apareció ante ella. Llevaba un vestido largo y holgado de color azul y sonreía de oreja a oreja, más real que en las visiones de sus sueños. Y estaba embarazada.

—Mamá… —dijo con la voz ronca, inclinándose de repente hacia delante.

Pero las cuerdas la inmovilizaron. Con el corazón encogido, tuvo que admitir que no era más que un holograma.

—Como ya sabes —empezó a decir Alexander con sus ojos calculadores fijos en la pantalla—, todas las mujeres embarazadas de Apolo deben someterse a un cribado prenatal. Tu madre era joven, estaba sana y la seleccioné para gestar a un nuevo tipo de criatura: una diseñada mediante ingeniería genética que llevaría mi código en su ADN.

«¿Ingeniería genética?».

¿De qué estaba hablando? Aquello no tenía sentido.

Cuando Alexander advirtió su desconcierto, la imagen cambió. Su madre estaba tumbada, inconsciente, sobre una cama de hospital, con los ojos cerrados y una ligera sábana cubriéndole el estómago. De repente, aparecía un hombre con bata y corría las cortinas. Cuando se bajó la mascarilla, Khalani ahogó un grito al ver que era el gobernador sujetando una inyección enorme.

Estuvo a punto de chillar para avisarla, pero tuvo que recordarse que lo que estaba viendo ya había ocurrido.

El gobernador levantó la sábana, dejando al descubierto el vientre de su madre, que seguía dormida, y le clavó metódicamente la aguja en la piel.

—El proceso fue completamente indoloro. Tu madre se marchó de la clínica y, cuando dio a luz, pensó que eras como cualquier otra criatura. Pero no. Tú siempre fuiste algo más. —Alan curvó las comisuras de los labios en una sonrisa, y su voz sedosa y suave se volvió más aterradora—. Cuando inyecté los genes sintéticos en el feto, se formó una estructura adicional en tu cerebro. Como una cámara de mis recuerdos. Cuando creciste, esas neuronas genéticamente modificadas se activaron y te conectaron conmigo.

Khalani lo miró con la vista desenfocada. Sin verlo. Aturdida.

Unas lágrimas le empezaron a resbalar por las mejillas. Se sentía ingrávida. Como si hubiese salido de su cuerpo.

—Tu madre no fue la única —añadió, haciendo caso omiso a su estado casi catatónico—. Hubo más mujeres que engendraron a criaturas con mi código. No os perdí de vista, pero no podía arriesgarme a que alguien de Apolo descubriera los archivos. Así que los guardé en Oasis y creé álbumes de fotos de todos mis niños.

Las palabras se clavaban en su alma como espadas, abriendo brechas cada vez más profundas con cada estocada. Hasta que dejó

de ser Khalani Kanes y se convirtió en otra cosa muy diferente.

—Por eso había una foto mía en el álbum de la biblioteca… —susurró con una voz que no reconoció como propia.

—Sí. Te creé con ingeniería genética para que estuviéramos unidos, incluso más que con esos clones a los que reviví —dijo esbozando una dulce sonrisa—. En muchos aspectos, soy tu segundo padre.

Sus pensamientos se desbocaron al comprender por qué el gobernador se había fijado en ella de entre todos los reclusos de Braderhelm. Por qué esos ojos azules la seguían allá donde fuera. Por qué tenía visiones de un mundo complejo, anterior al Gran Colapso.

Veía sus recuerdos.

Estaba conectada a él y siempre lo estaría.

—Khalani…

Para que muriera, ¿tenía que morir ella también?

—¡Khalani! —Una voz cálida atravesó la niebla—. Mira a Winnie.

Khalani volvió la cabeza despacio. De no haber estado maniatada, se habría desplomado allí mismo.

Aunque tampoco es que le hubiera importado.

—No le hagas caso a esa máquina —le aconsejó la anciana con voz ronca—. Tú no eres así. Eres humana, como nosotros. Lo que te ocurrió de niña no determina tu futuro. Alan no puede controlarte.

Winnie pronunció aquellas palabras con una convicción absoluta, mirando a Khalani como solo lo hace una madre. Pero el gobernador volvió a hablar y el instante se esfumó.

—Muy cierto. Pese a que lleva mi código insertado en el cerebro, no conseguí controlar sus actos por mucho que lo intenté —siseó Alan—. Lo que me lleva a mi hipótesis final.

El gobernador hizo un gesto con la cabeza hacia uno de los

guardias, que se apresuró a salir de la sala. Khalani sintió que sus amigos la miraban, pero no podía volverse para encontrar consuelo en ellos.

Aunque lo que realmente deseaba era arrebatarle el cuchillo a Brock para abrirse la cabeza y sacarse el cerebro.

«Alan no puede controlarte».

«Eres humana, como nosotros».

Las palabras de Winnie resonaron una y otra vez en su interior, como si fueran una balsa en medio de un mar lejano. Pero, entonces, Takeshi entró dando un portazo, recordándole que, por muy profundo que fuera el pozo, siempre se podía caer más en el abismo.

Iba ataviado con su uniforme negro de capitán y tenía el pelo despeinado, encrespado, como si llevara días sin pegar ojo. Paseó su mirada magnética por la sala, deteniéndose brevemente en ella, y después la clavó en el gobernador.

—¿Me ha llamado, señor?

—Ah, sí. Acérquese, capitán Steele.

Takeshi se apresuró a obedecer y se situó junto al gobernador, con las manos en la espalda y los ojos clavados en la pared tras ellos.

Alexander lo observó con expresión calculadora y continuó su relato.

—Cuando en Apolo empezaron las protestas, comprendí que necesitaba a unos soldados más fuertes para mantener el orden. Decidí poner en marcha un nuevo programa para guardias, y el joven Takeshi Steele resultó ser uno de los mejores estudiantes.

Alexander le dio una palmada en la espalda, pero Takeshi apenas se movió, como si todo aquello no fuera con él. Como si estuviese presente físicamente, pero le hubiesen lavado el cerebro.

—Antes de la graduación, todos los estudiantes pasaban una última prueba. Creían que los iban a anestesiar para examinarlos neurológicamente, pero lo que pretendía el equipo técnico era hacerlos más rápidos. Más fuertes. Potenciarles la musculatura, la resistencia y la densidad ósea. Cuando les insertaron el chip neurológico, crearon un supersoldado.

«Un supersoldado».

Todos miraron a Takeshi, que se mantenía erguido e imponente junto al gobernador. Siempre había sido más fuerte y más letal que nadie, capaz de arrancar cabezas y de luchar contra decenas de hombres sin tan siquiera despeinarse. Aunque le había parecido extraño, Khalani nunca se lo había planteado y había asumido que Takeshi había nacido con esos dones.

Pero la verdad era mucho peor.

Lo habían convertido en un arma letal.

—Eso no puede ser cierto —replicó Serene—. Le quitaron el chip en Hermes.

—Tienes razón. —El gobernador esbozó una amplia sonrisa—. Pero desconocían la existencia del implante cibernético que le insertamos en la columna vertebral cuando era joven. Gracias a él, veo y oigo todo lo que hace. Controlo sus movimientos cuando es necesario.

Khalani jadeó. El tiempo mismo pareció detenerse mientras recordaba.

«Me parece que mis lecciones no te resultarán tan agradables como otras».

Eso fue lo que le había dicho el gobernador en el baile del Décimo Aniversario de Génesis.

Pensaba que pretendía asustarla.

Pero ¿y si era peor? Y si la había visto entrenando con…

Atónita, alzó los ojos y lo miró, y Alexander sonrió, advirtiendo el preciso instante en que la realidad caía con todo su peso sobre ella.

Alan había estado vigilándola a través de los ojos de Takeshi. Desde el principio.

—¿Lo sabía él? —Se le hizo un nudo en la garganta y sintió ganas de vomitar—. ¿Lo obligaste a acercarse a mí a propósito? ¿Estabas tú detrás de todas y cada una de nuestras conversaciones? ¿De cada momento?

«¿De cada caricia furtiva?».

El pánico se reflejó en su voz y el gobernador puso los ojos en blanco.

—Lo creas o no, tenía cuestiones más importantes de las que ocuparme que espiar vuestro absurdo romance, sobre todo de mi plan de contingencia para aniquilar a los humanos: el fallo en los cultivos. Pero, de vez en cuando, os escuchaba. Él no sabía nada.

»Cuando me llegó el rumor de vuestra estúpida fuga de Braderhelm, vi la oportunidad de incorporarte a mi causa una última vez. Si te acababas uniendo a mí, lograría hacer realidad mi sueño del humano perfecto. Pero fuiste terca, incontrolable… y destructiva, igual que el resto de tu especie.

La mirada del gobernador se volvió más intensa y peligrosa.

—Allí mismo, sobre la superficie, comprendí que tenía que acabar contigo. Traté de controlar a Takeshi para que lo hiciera, pero sucedió algo que no había previsto.

El gobernador rodeó lentamente a Takeshi, mirándolo de arriba abajo como si fuera un repugnante espécimen que disecar.

—Sus sentimientos hacia ti eran mucho más intensos de lo que había pensado. Demasiado salvajes. Demasiado humanos —dijo, casi escupiendo esa última palabra—. Cuando se dio cuenta de que corrías peligro, su voluntad se impuso al implante y le arrancó la

cabeza a mi clon.

Todos guardaron silencio mientras el gobernador revelaba la verdad de lo sucedido aquel aciago día en la superficie. Khalani se quedó estupefacta: no esperaba ser la razón por la que Takeshi había matado al clon de Alan.

Observó al capitán, suplicando en silencio que él le devolviera la mirada, pero fue en vano. Ni siquiera pestañeó.

—Me gustaba mucho ese cuerpo —murmuró con amargura el gobernador—. Pero creé otro clon, con una lección muy valiosa aprendida: las memorias y los recuerdos obstaculizan el control. Y, a continuación, tracé un nuevo plan. Uno mucho mejor. Confeccioné un chip que borrara la memoria. Por completo. Y, con todos los chips repartidos, ahora cuento con obediencia total. Ya no hay riesgo de que ignoren mis órdenes.

Pronunció esta última frase mirando a Takeshi.

—¿Qué has querido decir con eso de «repartidos»? ¿Acaso los chips no están aquí? —preguntó Adan boquiabierto.

—Mis clones se han dedicado a implantarlos en todas las ciudades del subsuelo. Si no me equivoco, tuvisteis el placer de conocer a uno de ellos… —Desvió la mirada hacia Khalani—. El doctor Strauss, aunque siempre ha ignorado su verdadera naturaleza.

Ante la mención del macabro doctor, el sudor le perló la frente. Aún recordaba cómo la había abierto en canal. Cómo le había cortado los brazos.

Solo alguien inhumano sonreiría mientras torturaba a otros.

—Cuando Takeshi recibió un disparo en Hermes —continuó el gobernador—, le borré de forma permanente todos los recuerdos que tenía de vosotros. Pero cometí un error de cálculo. Debido a su confusión mental, me costó mucho más controlarlo.

Khalani recordó que, en su dormitorio, Takeshi le había confesado que estaba perdiendo la razón, que nada tenía sentido.

Que él era el único culpable.

Sin embargo, no era fruto de su debilidad. Había estado luchando contra Alan durante todo ese tiempo.

El gobernador miró de reojo a Takeshi, que guardaba silencio, convertido en el supersoldado definitivo que tanto se había esforzado por dominar.

—Estuve bastantes días sin poder ver ni oír nada de lo que hacía —continuó Alan—. Solo fragmentos. Pero, con el tiempo, algunos de sus recuerdos regresaron y pude interceptar las conversaciones. Cuando descubrí que os dirigíais hacia Prometeo, supe que tenía que pasar a la acción. Me apresuré a enviar una unidad de asalto por si, por una remota casualidad, llegabais a activar el Proyecto Hélix.

»Imaginaos mi sorpresa cuando revelasteis el mensaje secreto de Timothy Talbot y descubrí que ese imbécil había creado una puerta trasera en mi código. De no haberlo sabido, habría puesto en marcha yo mismo el Proyecto Hélix y todo mi código se habría borrado.

Winnie y Khalani intercambiaron una mirada, horrorizadas al comprender el gran error que acababan de cometer.

Si nunca hubieran salido en busca de Prometeo, el gobernador se habría destruido a sí mismo.

Le habían servido la victoria en bandeja.

—No me resultó fácil —confesó Alexander—. Pero, finalmente, logré controlar de nuevo a Takeshi y deteneros. Desde entonces, he estado trabajando sin descanso para revertir el sabotaje de Timothy Talbot. Aunque debo reconocerle el mérito: ese hombrecillo escondió el código de forma muy astuta. Es largo y complejo, pero, en unos cuarenta y cinco minutos, lo tendré localizado y arreglado. Y todo

gracias a vosotros.

No.

Abatidos, todos agacharon la cabeza, como si el arrepentimiento hubiese caído sobre ellos como una losa.

—Y, respondiendo a vuestra última pregunta sobre qué hacéis aquí, en Génesis…

El gobernador se dio la vuelta y sacó un pequeño dispositivo del bolsillo: un mando a distancia con un botón negro en el centro.

—A mi orden, los soldados abatirán a cualquier humano que se les ponga delante. Después se suicidarán. Una vez que la limpieza se haya completado, activaré el Proyecto Hélix, dando paso a una nueva edad de oro. —Su sonrisa glacial rivalizaba con la desesperación que inundaba la sala—. Y ya que habéis jugado un papel tan importante en mi éxito, os trataré con el respeto que merecéis y seréis los últimos en morir.

35

Aspiré tu ascenso. Exhalaré tu caída.

Por alguna razón, Khalani siempre había pensado que el mundo terminaría de forma espectacular. Con una explosión devastadora de fuego y polvo.

En la escuela le habían enseñado que una roca espacial enorme se había estrellado contra la superficie de la Tierra y había acabado con casi todas las formas de vida. Su profesor dudaba que fuera cierto, pero Khalani pensaba que habría sido una buena manera de desaparecer.

Una muerte rápida.

Sin embargo, había llegado el momento, y transcurría de forma lenta y agonizante. Como si un parásito le hubiera invadido los órganos y se tomara todo el tiempo del mundo para consumirlos.

Khalani estaba ausente, con los ojos fijos en el suelo.

No parpadeaba.

Ni hablaba.

¿Acaso seguía respirando?

Sí, el pecho le subía y bajaba de forma imperceptible, pero no sentía nada.

Había perdido el control. Ni siquiera notaba la cuerda que le laceraba las muñecas.

Nada de eso importaba.

¿Por qué iba a importar?

Ya no le quedaban trucos ni planes.

Solo una culpa abismal y la certeza de que toda su vida había sido un elaborado engaño. Pensaba que encontraría la libertad en la superficie, pero Alan se la había robado desde su nacimiento.

Su existencia estaría manchada hasta el día de su muerte.

Y la única persona que había creído en ella, que la había animado a ir más allá de sus limitaciones, había desaparecido.

Takeshi se mantenía en pie como un robot, inmóvil, con los brazos rígidos a los costados y la mirada perdida mientras esperaba órdenes.

Inaccesible por completo para Khalani. Y para sí mismo.

—Takeshi… —susurró una vez más mientras el gobernador hablaba apresuradamente con una mujer.

Takeshi no le hizo caso. La miró como si no la viera e ignoró por completo su súplica desesperada.

—Por favor, Takeshi… Soy yo.

Con un hilillo de voz que apenas era un suspiro, conjuró la poca voluntad que le quedaba para recuperarlo.

El capitán la miró con los ojos entornados y Khalani se permitió albergar una mínima esperanza. Pero su expresión era de pura indiferencia. Como si fuera una desconocida. Una criminal sin rostro y sin importancia.

—Cierra el pico o yo mismo te obligaré a cerrarlo —dijo con voz más grave de lo habitual.

Volvió a clavar la mirada en la pared del fondo, como si de verdad Khalani fuera insignificante.

Y, en ese momento, deseó que el gobernador le hubiese insertado el chip a ella. Porque también quería olvidarlo todo.

Para no sentir tanto dolor.

—Tiene usted un aspecto fabuloso, gobernador. ¿Está listo? —preguntó con entusiasmo la mujer rubia que acababa de entrar en la sala.

Iba ataviada con un traje pantalón azul y peinada con un tirante moño; nada fuera de lugar. Le ajustó la corbata al gobernador y le aplicó un poco de maquillaje.

—Ya es suficiente, Cheryl —dijo Alan mientras ella no dejaba de mimarlo—. ¿Has preparado la cámara?

—Sí, gobernador. —La mujer se apresuró a alejarse con los productos y se apostó junto a un trípode sobre el que había un aparato de dimensiones considerables—. ¿Se retransmitirá el mensaje en Apolo?

—No solo en Apolo, sino en todas las ciudades del subsuelo —se apresuró a responder el gobernador, extendiendo un brazo hacia el botón verde de su escritorio ovalado.

—¡Basta! ¡No puedes hacerlo! —gritó Serene, palideciendo mientras no dejaba de tirar de las cuerdas que la retenían.

La expresión del gobernador se endureció y los observó a los seis, que seguían sentados y maniatados.

—Amordazadlos —ordenó.

Takeshi y el resto de los guardias obedecieron al unísono y sacaron largos trozos de tela de sus bolsillos. Takeshi se encaminó directamente hacia Khalani, apartando de un empujón al hombre que avanzaba hacia ella.

Fue un gesto territorial, pero claramente motivado por su profundo deseo de ocuparse él mismo de castigarla, porque no la trató con amabilidad.

—Abre la boca —ordenó.

Ella mantuvo los labios cerrados, casi como si los tuviera

sellados.

Takeshi la agarró de la mandíbula y apretó hasta que obedeció.

Sin vacilar, le introdujo la tela entre los dientes y se la ató a la nuca.

Mientras lo hacía, Khalani lo miraba furiosa, confiando en que sintiera su profunda agonía y que eso lo sacara del control que ejercía el gobernador sobre él.

Sin embargo, terminó su cometido y se retiró, fuera de su campo de visión.

Khalani sentía su presencia, como si fuera una sombra fugaz a la que podía ver, pero jamás atrapar.

—Mucho mejor. —El gobernador tomó asiento—. Bien, ¿qué es eso que tanto os gusta decir a los humanos? ¿Que empiece el espectáculo?

Khalani no tenía ni idea de a qué se refería. Los guardias terminaron de amordazar al resto y, al igual que Takeshi, regresaron a su posición de firmes.

El gobernador se encogió de hombros.

—No importa. ¿Preparada, Cheryl?

La mujer hizo unas comprobaciones finales en la cámara.

—Sí, gobernador. Listos para retransmitir en directo.

Alexander Huxley ladeó el cuello hacia la izquierda y hacia la derecha, haciéndolo crujir, y cerró los ojos mientras murmuraba algo para sus adentros. Cuando volvió a abrirlos, una sonrisa falsa le iluminaba el semblante. Pulsó el botón verde.

—Saludos, subterráneos. —El gobernador entrelazó las manos, adoptando una postura perfecta que transmitía una total seguridad en sí mismo. Tenía el aspecto del líder carismático que era—. Os hablo desde Génesis, la ciudad abovedada de Apolo.

En el exterior, el eco débil de su voz recorrió la cúpula. Estaba

segura de que todas las cadenas del mundo retransmitían el discurso.

—Puede que no sepáis quién soy, pero os he estado vigilando a todos desde el principio. He estado entre vosotros desde que los humanos bajaron al subsuelo, esperando a que llegara el día en que una de vuestras ciudades se desmarcara, diferenciándose de todos los que os han precedido. —Alexander proyectó la voz y se inclinó, clavando sus ojos glaciales en el objetivo—. ¿Sabéis? Antes tenía una teoría. Pensaba que, más allá de la destrucción, podría existir un fin superior. Quizá la guerra, el hambre, el terror y el caos harían que el mundo se reiniciara. Pensé que de las cenizas surgiría algo mejor. Pero me equivocaba.

La sonrisa del gobernador desapareció y sus fríos ojos azules dejaron ver el monstruo que se ocultaba bajo esa fachada.

—Seguís adorando el dinero. Seguís maquinando en secreto. Os aferráis a la corrupción. Y muchos de vosotros no habéis aprendido a cerrar el pico y obedecer. —Alan desvió hacia ella su peligrosa mirada, y Khalani tragó saliva detrás de la mordaza—. Así que ya no habrá más oportunidades. Se acerca un nuevo amanecer, y vuestra especie finalmente desaparecerá por completo. Pero no temáis. Vuestros restos volverán a la tierra y alimentarán al planeta para que una nueva generación de máquinas cuide este mundo como se merece.

La sala pareció quedarse sin aire cuando el gobernador se puso en pie y apoyó las manos a ambos lados de la mesa. Incluso Cheryl palideció.

—Ha llegado el día de la Limpieza Final —declaró.

En cuanto pronunció esas palabras, empezaron a oírse gritos.

Khalani volvió la cabeza hacia la ventana. Disparos y alaridos sedientos de sangre subían hasta el despacho desde las calles. A

pesar de ello, el gobernador suspiró satisfecho, como si el sonido fuera música para sus oídos.

Volvió a pulsar el botón verde, dando por terminada la retransmisión.

La luz en la cámara se apagó y se volvió hacia los seis, que seguían amordazados y lo miraban con una expresión amenazadora y aterrada en los ojos.

—Ya falta poco. Mis soldados darán caza a todos los humanos y los masacrarán. Para cuando terminen, dentro de aproximadamente… —Comprobó su reloj— treinta y cinco minutos, el código estará reparado. Y, una vez que la humanidad se extinga, finalmente activaré el Proyecto Hélix. Tal como estaba previsto.

Alan se dispuso a marcharse, pero, de repente, una enorme explosión estalló en el exterior de Génesis y sacudió el edificio.

Todo se llenó de polvo. El gobernador miró a Takeshi, que tenía la cabeza ladeada hacia las ventanas y los ojos abiertos de par en par. Cuando Khalani miró hacia allí, no dio crédito a lo que estaba viendo.

La cúpula entera se estaba derrumbando.

36

Volamos demasiado cerca del sol, pero no esperabas que sonriéramos mientras nos abrasaba.

La cúpula se desmoronó y cayó como una bruma de cristales. La proyección de la exuberante selva se esfumó y fue sustituida por un cielo azul despejado, solo empañado por la columna de humo que lo atravesaba.

El teléfono que había sobre el escritorio sonó y el gobernador lo levantó con un gesto brusco.

—¿Qué está pasando ahí abajo? —soltó.

No pudieron oír la respuesta de la persona que estaba al otro lado de la línea, pero Alexander se puso tenso y la rabia le deformó el semblante.

—¡¿Cómo que asaltantes exteriores?!

Khalani y Brock intercambiaron una mirada.

Tenían que ser Jack y los Ases. Era la única explicación. Si habían conseguido volar la cúpula e irrumpir en Génesis, puede que aún quedara un atisbo de esperanza…

—¡¡¡Matadlos!!! —gritó el gobernador, y guardó silencio unos segundos ante lo que le decía su interlocutor—. Me da igual que las unidades estén luchando en el subsuelo y que la gente se resista.

Tenéis pistolas. ¡Haced el puto favor de utilizarlas!

Colgó el teléfono de golpe.

Los gritos y disparos procedentes del exterior rompieron el silencio.

Alan empezó a respirar de forma entrecortada, comprobando el reloj una y otra vez, y Khalani advirtió que estaba asustado.

Tenía la mirada perdida y la mandíbula tensa, como si estuviera viendo un millón de cosas al mismo tiempo.

—Gobernador, si me permite… —Cheryl se atrevió a dar un paso, forzando una sonrisa en medio de la tensión y frialdad del ambiente —. Quizá podamos enviar otro comunicado a las ciudades. Para pedir calma. Estoy segura de que la gente lo apreciaría…

Antes de que hubiera terminado de pronunciar esas palabras, el gobernador alzó la palma de la mano. De inmediato, Takeshi dio un paso al frente y le tendió algo.

Khalani no pudo ver lo que era.

—Quizá podamos trabajar el tono —prosiguió Cheryl alzando el dedo índice—. Creo que una voz más calmada y respetuosa haría que las aguas volvieran a su…

¡Pum!

El gobernador había levantado el arma y le había disparado en la frente.

Desde la silla, Khalani vio cómo Cheryl se desplomaba bocabajo y convulsionaba en el suelo. Nadie se atrevió a moverse. Incluso los guardias se miraron asustados.

Sin pronunciar palabra, el gobernador le devolvió el arma a Takeshi, que seguía con expresión vacía.

Alan volvió a comprobar el reloj.

—Media hora… —murmuró para sus adentros antes de volverse hacia Takeshi—. Bien, tú y otro guardia os quedaréis vigilándolos.

Aseguraos de que no se mueven de aquí. El resto, venid conmigo.

Todos los guardias, excepto uno, siguieron al gobernador con los fusiles en alto y salieron del despacho dando un portazo. Takeshi se guardó la pistola en el bolsillo y se cruzó de brazos, adoptando una posición de firmes como un buen soldado.

Khalani dio un respingo cuando el espeluznante grito de otra mujer traspasó las paredes. Pero Takeshi no se movió. Por el rabillo del ojo, vio que Brock seguía tratando de cortar las cuerdas que le sujetaban las muñecas.

Khalani no sabía cuánto le faltaba para conseguirlo, pero vio que Takeshi se volvía hacia él.

Tenía que hacer algo.

Se inclinó y, pese a la mordaza, empezó a toser con violencia. Cuando se atrevió a mirar, se encontró con Takeshi, que la observaba con sus ojos oscuros y el ceño fruncido, pero sin intención de moverse.

Era hora de dar un paso más.

Puso los ojos en blanco y empezó a convulsionar. Le llegaron los gemidos amortiguados de los demás y unas sonoras pisadas de botas que atravesaban la estancia. Takeshi le agarró los hombros con sus fuertes manos, pero Khalani se sacudió aún más y empezó a jadear, como si se estuviera ahogando.

—¡Ayú… ala! —balbuceó Serene a través de la mordaza.

En una milésima de segundo, Takeshi le quitó la tela de la boca y la lanzó a un lado. Aún temblando, Khalani trató de recuperar el aliento. Takeshi estaba a unos pocos centímetros de ella. Una sombra de preocupación le cruzó el rostro, pero desapareció enseguida.

Brock se concentró y empezó a mover las manos más y más deprisa mientras el otro guardia prestaba atención a Khalani y

Takeshi.

Solo un poco más.

—Tengo que… tumbarme —dijo ella con voz ronca.

—¿De verdad piensas que voy a soltarte? —siseó Takeshi, sin quitarle la mano del hombro.

Sus convulsiones se volvieron más violentas e incluso se permitió que un hilillo de baba se le escapara de los labios.

—Solo tengo que… tumbarme.

Puso los ojos en blanco de nuevo, como si fuera a desmayarse, y Takeshi soltó una maldición. Tras oír el clic de una navaja, notó que cortaba la cuerda que le apresaba las muñecas.

Cayó de bruces. Él se acuclilló junto a ella, empuñando el arma y examinándola de arriba abajo para comprobar si estaba herida.

—¿Mejor? —preguntó con voz grave.

Cuando sus miradas se encontraron, Khalani se quedó sin aliento. Se sumergió en un océano negro y, durante un instante, solo existieron ellos dos.

¡Zas!

Brock arremetió con la fuerza de un camión. El rostro de Takeshi se inundó de rabia cuando Brock se colocó sobre él y lo inmovilizó, navaja en mano. Pero, cuando fue a clavársela, Takeshi lo agarró de las muñecas y bloqueó la puñalada. Rechinando los dientes, Brock empujó con tanta fuerza el arma que le temblaron los brazos.

Una oleada de pánico la sacudió, como si alguien le arrancara la piel a tiras.

De repente, oyó un sonido metálico y, sobrecogida, desvió la mirada hacia el otro guardia, que había levantado el fusil y buscaba línea de tiro.

Con todas sus fuerzas, le dio una patada a la silla metálica en la que había estado sentada. La silla se deslizó chirriando por el suelo y

golpeó al guardia en las rodillas, que las dobló y dejó caer el arma.

Khalani se precipitó por el despacho para apoderarse de ella, pero el guardia enseguida se recobró y ambos llegaron al mismo tiempo. Trató de quitársela, pero Khalani la sujetaba con fuerza. Oyó el sonido de unos fuertes puñetazos, y gritó y tiró, dispuesta a adueñarse de ella.

El guardia le propinó un revés y su cabeza giró violentamente hacia un lado.

Sintió tanto dolor que pensó que la mejilla le explotaba, pero se mantuvo firme y se negó a soltar el fusil.

Solo necesitaba aguantar un poco más.

Pero el guardia gruñó y le propinó un puñetazo aún más fuerte en la sien. Khalani retrocedió y cayó al suelo. Estaba aturdida y veía doble. El guardia giró el arma y la apuntó hacia ella.

Oyó el disparo. La sangre le salpicó el rostro.

Pero no era suya.

El guardia se postró de rodillas con un enorme agujero en la frente.

Boquiabierta, Khalani dio un paso atrás.

Takeshi apuntaba el fusil con las pupilas dilatadas. Brock gemía en el suelo, pero no parecía haber sufrido heridas de importancia, solo algún que otro arañazo.

—Takeshi… —suspiró Khalani, paralizada por el miedo.

Él la miró con expresión desquiciada. Y, entonces, empezó a gritar y se llevó las manos a la cabeza mientras se le marcaban todas las venas del cuello.

Khalani corrió hacia él.

—¡Para! —gritó con voz ronca, deteniéndola con un brazo extendido—. No te acerques a mí. Corre. Vete de aquí.

—No pienso abandonarte —aseguró ella, atreviéndose a dar otro

paso.

A duras penas, Brock se puso en pie y se apresuró a liberar a los demás.

Takeshi aún sostenía el arma con un brazo visiblemente tembloroso. Sus rasgos afilados se habían deformado, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlarse. Con un bramido, lanzó el fusil hacia el otro lado de la estancia, tratando de alejarlo de él lo máximo posible.

—Lárgate, joder —gruñó, arañándose la cara—. No sé cuánto tiempo podré mantenerlo fuera de mi cabeza.

Takeshi se agachó en el suelo sin atreverse a mirarla. El sudor le perlaba la frente, estaba tenso y se le marcaban los músculos.

—Khalani, tenemos que irnos —dijo Derek en voz baja.

Los demás se frotaron las muñecas, que tenían en carne viva, y la rodearon al tiempo que observaban a Takeshi con sentimientos encontrados.

—No —soltó ella con firmeza—. Nos necesita.

Ya había vivido una eternidad con la imagen de Takeshi tendiéndole la mano desde el suelo después de que le dispararan. Se negaba a abandonarlo de nuevo.

Y, en ese horrible instante, Khalani comprendió que no importaba si Takeshi nunca recuperaba la memoria. Que tanto daba si era un supersoldado.

Ella lo conocía mejor que nadie: su alma estaba hecha de amor. Y, aunque él nunca pronunciara esas dos palabras, Khalani jamás dejaría de quererlo.

Takeshi había luchado solo durante mucho tiempo —batallas invisibles de las que ella nunca había sido testigo— y, por una vez, merecía que alguien peleara junto a él.

Avanzó despacio y se acuclilló, pero Takeshi siguió sin mirarla. Y,

cuando Khalani le acarició el brazo, se estremeció.

—Takeshi… Estoy aquí, contigo. No me voy a ir a ninguna parte —susurró, posando su otra mano sobre la suya y entrelazando dulcemente los dedos—. Ya has matado al gobernador una vez, en la superficie. Tu mente es más fuerte que la suya. Somos más fuertes.

—¿Y cómo sé que eso es cierto si no consigo recordarlo? ¡Dímelo! ¿Y si Alan retoma el control sobre mí y me obliga a hacerte daño?

Alzó la cabeza, y las lágrimas que se agolpaban en su hermosa mirada casi le desgarraron el corazón.

Khalani le apretó la mano, transmitiéndole que ella también se sentía igual de asustada. Igual de insegura ante la vida.

Pero no era necesario que lo solucionaran todo en aquel instante.

Winnie le había dicho una vez que ser humano era, en esencia, tener defectos, miedos. Y Khalani había aceptado todas las aristas e imperfecciones de su alma. Nunca sería perfecta. Pero podía intentar ser mejor a cada día que pasara.

—Yo recordaré por los dos —respondió—. Y le agradeceré a Dios todos los instantes en que pueda conocerte de nuevo como si fuera la primera vez.

Temblando, Takeshi inclinó la cabeza, como si estuviera al borde de un precipicio y no se atreviera a dar el paso final.

—Takeshi… —intervino Winnie—. Puede que no recuerdes muy bien a la vieja Winnie, pero ella sí te recuerda. Mi querida Khalani no elegiría estar con una persona a menos que tuviera la voluntad y el alma más fuertes del planeta. Y ese eres tú. Y siempre lo serás.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Takeshi.

Serene, que hasta ese momento había guardado silencio, se

colocó junto a la anciana.

—Durante mucho tiempo, no comprendía qué veía Khalani en ti. Pero ahora lo entiendo. Nadie mejor que tú para mantenerla sana y salva. Y, si mi hermana confía en ti y cree en ti, yo también.

—Pienso lo mismo —dijo Adan, avanzando y asintiendo con solidaridad—. Ya venciste al gobernador en el pasado y puedes hacerlo otra vez.

—Todos hemos cometido errores, Takeshi… —Derek tragó saliva y se colocó junto a Adan—. Pero aún podemos compensarlos.

En los ojos de Takeshi había un mundo entero, y, cuando Brock dio un paso adelante, todos se tensaron. Con un brillo indescifrable en la mirada, lo observó desde arriba durante lo que pareció una eternidad.

—Sé que tu culo gruñón sigue ahí dentro —dijo finalmente—, porque sigues pegando que das pena.

Y le tendió la mano.

Takeshi la miró como si fuera el arma más peligrosa que hubiera visto. Khalani y los demás contuvieron el aliento.

Pero la aceptó. Se puso en pie y ayudó a levantarse a Khalani. La miró, aún con lágrimas en los ojos, y, atrayéndola hacia él, la rodeó con sus cálidos brazos.

—Gracias por no abandonarme.

Con el corazón en un puño, Khalani apoyó la mejilla en su pecho, sintiendo que soltaba todo el peso del mundo. Takeshi la abrazó con fuerza, como si fuera la calma en su tormenta.

—Y bien, ¿qué plan tenemos? —preguntó Serene cuando se separaron, dispuesta para la batalla.

—Hay que encontrar a Alan —dijo Khalani. Y, volviéndose hacia Takeshi, añadió—: ¿Sabes dónde puede estar?

—En la Casa Blanca —respondió él, frunciendo el ceño—. Intuyo

que está allí. Lo percibo.

—Pero ¿cómo vamos a detenerlo? —preguntó Derek—. Dispone de todo un ejército. Además, si lo matamos, ¿no volverá a clonarse?

—No. —Todos miraron a Adan, que añadió entusiasmado—: Ya habéis oído lo que ha dicho Timothy Talbot sobre el código.

—¡Es cierto! —exclamó Winnie—. Si Alan activa el Proyecto Hélix, su código se borrará. Pero Winnie no recuerda cuánto tiempo tenemos.

—Treinta minutos —respondió Khalani—. Dijo que tenía media hora para arreglar el código.

—Unos veinticinco ahora —la corrigió Adan.

—Vamos —dijo Brock, guardando la navaja en el bolsillo—. Tenemos que ayudar a los Ases y encontrar al gobernador. No hay tiempo que perder.

Tomó el fusil del soldado muerto en el suelo y se lo lanzó a Takeshi, que lo atrapó sin vacilar.

Los demás se dispusieron a marcharse, pero aún había algo que Khalani tenía que hacer.

—¡Esperad! —Corrió hacia el escritorio del gobernador, donde estaba el botón de transmisión.

—Khalani, no tenemos tiempo —la apremió Brock.

—Solo dame un minuto —insistió ella—. Serene, enciende la cámara.

Sin hacer preguntas, Serene se dirigió a toda prisa hacia la cámara, esquivando el cuerpo sin vida de Cheryl.

El corazón le latía desbocado. Estaba improvisando, sin pensar en las consecuencias. Pero sabía que esta guerra no era solo suya.

El mundo necesitaba conocer la verdad.

Serene le hizo una seña desde detrás de la cámara y, sin atisbo de duda, Khalani presionó el botón verde.

—Aquí Khalani Kanes, desde Apolo —comenzó.

Ni siquiera se había molestado en sentarse. Titubeó, y la adrenalina que le recorría las venas se secó al darse cuenta de que se estaba dirigiendo a todas las ciudades del subsuelo. Pero intercambió una mirada con Winnie y encontró la fuerza para continuar.

—El Gobierno os ha estado mintiendo. La superficie es habitable. Lo ha sido desde hace bastante tiempo. Y ahora nos están matando para que no descubramos la verdad y escapemos.

Khalani respiró hondo y habló con el corazón.

—Hemos trabajado bajo tierra durante trescientos años. Pero es hora de volver a casa. A la superficie. Ese es nuestro verdadero hogar. Así que, si aún podéis oírme, no os quedéis de brazos cruzados mientras os lo arrebatan todo. Luchad contra los opresores. Somos más que ellos y, si nos unimos, podemos vencerlos. Y para los que estéis en Apolo…

Avanzó un paso y miró directamente hacia el objetivo.

—Id a los ascensores y subid a la superficie. Luchad con nosotros en Génesis. Os esperamos bajo el sol.

Khalani pulsó el botón y terminó la transmisión.

En el despacho se hizo un silencio ensordecedor. Todos la miraron con una profunda mezcla de asombro y admiración, como si estuvieran dispuestos a seguirla hasta las puertas del cielo… y a las profundidades del mismísimo infierno.

Khalani tomó un cuchillo, superando por fin todas sus dudas y temores.

—Vamos.

37

Quizá mi pluma no te recuerde. Pero el filo de mi cuchillo sin duda no te ha olvidado.

Bajaron a toda prisa la zigzagueante escalera de mármol blanco mientras el griterío de la batalla rebotaba en las paredes de piedra. Llegaron a la planta baja y salieron por la puerta, pero se quedaron atónitos y ahogaron un grito al ver la escena ante ellos.

La ciudad blanca de Génesis era un caos. Khalani saboreó el fuego y el azufre en el aire mientras los acaudalados ciudadanos corrían para salvarse, cubriéndose la cabeza y chillando. Varios guardias con uniforme negro, apostados en todas las esquinas, apuntaban y disparaban indiscriminadamente.

Grandes trozos de cristal cubrían los adoquines y el sol abrasaba las calles.

Ya no quedaba ni rastro de la cúpula.

Por primera vez, los ciudadanos de Génesis contemplaban el cielo. Khalani distinguió varios cuerpos que yacían en el suelo, llenos de sangre y con la piel desgarrada por los cristales afilados que sobresalían de sus capas.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Takeshi por encima del alboroto—. Por aquí.

Agarró el brazo petrificado de Khalani y empezaron a correr en

dirección contraria, hacia la Casa Blanca.

Pasaron ante edificios y lujosos negocios, en los que alguna vez había soñado entrar. Los escaparates estaban rotos, y Khalani pudo distinguir figuras que se agazapaban tras los mostradores, temblando y llorando.

Un poco más allá, tres guardias alzaron las armas hacia una tienda de juguetes. Khalani divisó a un grupo de niños que, hechos un ovillo en el interior, se cubrían la cabeza.

Takeshi y Brock empuñaron la pistola al mismo tiempo. Los disparos le provocaron un zumbido en los oídos.

Dos de los guardias cayeron de inmediato con la cabeza agujereada por las balas, pero el tercero, fusil en mano, aún apuntaba hacia una niñita de pelo castaño.

Una intensa y profunda rabia se adueñó de Khalani, que blandió el cuchillo sin tan siquiera proponérselo. Esta vez no cerró un ojo para apuntar, sino que clavó la mirada en su objetivo.

Y lo lanzó.

La imagen de Elise le cruzó la mente. Revivió el triste instante en que había fallado el tiro y el arma había pasado rozando junto a su atacante, y Ansel le había disparado.

El cuchillo se movió a cámara lenta, y Khalani lo experimentó todo de nuevo.

Todas las consecuencias de su ineptitud.

La niña alzó la mirada justo cuando el hombre apretaba el gatillo. Pero el cuchillo se le clavó en el brazo y el disparo salió desviado hacia el suelo. El hombre gritó y Takeshi recorrió el espacio entre ellos y lo tiroteó en la cabeza.

Todos fueron hacia la tienda y vieron, sin dar crédito, a unos veinte niños escondidos que los miraban con ojos atónitos y rostros cenicientos.

La niña de pelo castaño no dejaba de temblar. Takeshi se acuclilló y se puso a su altura.

—Ya, ya… Ahora estás a salvo —dijo en voz baja.

La niña lo miró, con las mejillas manchadas de barro y polvo.

—¿Habéis venido a ayudarnos? —preguntó entre sollozos.

—Sí —aseguró Takeshi—. No permitiremos que os ocurra nada.

La niña se le tiró al cuello con unos bracitos que apenas llegaban a rodearlo del todo. Emocionado y sorprendido, Takeshi le dio unos dulces golpecitos en la espalda con el brazo que no sostenía la pistola.

Khalani sintió que el corazón le latía desbocado en el pecho.

Nunca lo había visto con niños. Pensaba que se asustarían al percibir el brillo salvaje en sus ojos y la manera despiadada en la que había abatido al guardia, pero los niños lo contemplaban como si fuera un héroe gigante del pasado.

Si sus vidas no hubieran estado tan condicionadas por la guerra, habría sido un padre excelente.

Takeshi se puso en pie y, decidido, se volvió hacia los demás.

—Alguien tiene que quedarse con ellos.

—¡De eso se ocupa Winnie! ¡Se le dan muy bien los niños! —anunció con orgullo la anciana dando un paso al frente.

—Yo también me quedaré por si aparece algún guardia. —Derek abrazó a Khalani y a Serene y fue a reunirse con la anciana—. Será mejor que volváis todos sanos y salvos o me veré obligado a ir al más allá y traeros de vuelta.

Todos sonrieron y Takeshi le tendió una pistola, palmeándole la espalda.

Brock se acercó a Winnie y le ofreció el cuchillo.

—¿Sabes para qué sirve esto?

—Para meterlo por donde amargan los pepinos —dijo esbozando

una tímida sonrisa.

Brock soltó una carcajada y le plantó un beso en la mejilla.

—Cuídate, Winnifred.

Khalani se abalanzó sobre ella y la abrazó, incapaz de soltarla. Pero Winnie le envolvió el rostro con las manos.

—Ahora debes irte, niña. Y no olvides lo que te dijo Winnie.

—No lo haré —prometió, apretándole los hombros—. Nos vemos cuando esto acabe.

Se aseguraría de que así fuera.

En cuanto se hubieron separado, la anciana se volvió hacia las criaturas.

—¡Muy bien, pequeños! Vamos a buscar un lugar más seguro y Winnie os contará un cuento.

—¿Salen magos? —preguntó uno de los niños, apresurándose a seguirla.

—Magos, dragones, hadas. Y el amor más grande del mundo.

Todos fueron tras ella y la voz de la anciana se fue perdiendo en la distancia.

Khalani empezaba a sentir flato, y estaba segura de que se le había clavado un cristal en la suela, a la altura del talón. Pero ignoró el dolor.

Una sinfonía de muerte y dolor la impulsaba a seguir adelante.

Avanzó por la calzada llena de sangre, dejándose alimentar por el caos.

De repente, Takeshi la agarró y tiró de ella hacia atrás.

—¿Qué…?

¡Pum!

Una gárgola de piedra cayó de uno de los edificios y se estrelló en el preciso lugar en el que Khalani se encontraba un segundo antes.

Asustado y preocupado, Takeshi la miró.

—¿Estás bien?

Pese a que le costaba respirar, Khalani tomó aliento y consiguió asentir.

—Sí.

Takeshi no apartó la mano de su espalda y la obligó a seguir adelante. Verificaba todas las tiendas por las que pasaban, con el dedo en el gatillo y listo para aniquilar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Al doblar a la derecha en una esquina bañada por el sol, se toparon con un grupo de diez guardias, que se volvieron al unísono y alzaron las armas. De inmediato, Takeshi la protegió con su cuerpo.

Boquiabierta, Khalani ahogó un grito.

Pero, desde los tejados de los edificios, unos hombres enmascarados vestidos completamente de negro lanzaron a la calle unas esferas de color gris que… explotaron.

La onda expansiva llegó hasta ellos y Khalani cayó al suelo con un zumbido en los oídos. Takeshi soltó una maldición y la ayudó a ponerse en pie. Los atacantes enmascarados desaparecieron de los tejados, pero otro grupo se abalanzó sobre los guardias que quedaban. Los soldados se defendieron y dispararon, pero los enmascarados eran más rápidos, más feroces. Los apuñalaron, les cortaron la garganta, les rompieron el cuello.

Khalani contempló atónita cómo abatían a los guardias, como si fueran simples muñecos de papel. En cuanto los hubieron aniquilado a todos, uno de los hombres enmascarados corrió hacia ellos.

Takeshi levantó la pistola, pero Khalani lo agarró de la muñeca con firmeza.

—¿Raziel? —dijo.

El sicario llevaba la mitad superior del rostro salpicada de rojo. Se limpió despreocupadamente el cuchillo, empapado de sangre, en la manga. Miró con reprobación a Takeshi, que aún lo apuntaba con el arma, e intercambió un gesto de asentimiento en silencio con Brock.

—Me alegro de que sigáis vivos.

—¿Estás bien? —preguntó ella, notando la furia salvaje en sus ojos y el tic neurótico con el que empuñaba el cuchillo, como si necesitara seguir hundiendo la hoja en muchos más cuerpos.

—Perfectamente. Hacía años que no disfrutaba tanto.

Raziel se pasó un guante sucio por la nariz mientras sus hombres remataban a los guardias supervivientes que se atrevían a moverse.

—¿Dónde están Jack y Spade? —preguntó Brock.

—Al otro lado de la ciudad. Han pedido refuerzos por radio. Los guardias están masacrando a la gente que llega del subsuelo por el ascensor.

Serene le agarró la mano.

—¡Han oído tu mensaje, Khalani! ¡La gente se está sublevando!

Ni siquiera tuvo tiempo de procesar la importancia que tenía eso porque Raziel clavó en ella sus ojos sedientos de sangre.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó, aferrándose aún más al cuchillo.

Khalani miró a Takeshi, que asintió, animándola a hablar.

—Tenemos que llegar a la casa del gobernador. ¿Pueden ayudarnos tus hombres?

—Enseguida.

Con un ademán, Raziel le ordenó al grupo de veinte Ases que se acercaran y, tras contarles el plan, tomaron los fusiles de los guardias abatidos y se prepararon.

—¿Por dónde hay que ir? —preguntó Raziel.

—Por aquí —respondió Takeshi, encabezando la carga.

Como si fueran la peste negra, atravesaron a toda prisa la ciudad, abatiendo a los guardias que se interponían en su camino. Allá donde mirara, Khalani veía sangre. Cada vez que daba un paso, sentía una punzada de dolor en el pie o el inquietante crujido de los cristales.

Pero el final se acercaba.

Khalani podía sentirlo.

Y, si la gente de Apolo se unía a ellos, quizá podrían salir con vida.

—¡Al suelo! —gritó alguien de repente.

Todos se tumbaron y Takeshi la derribó para protegerla.

Brock hizo lo mismo con Serene, que soltó un bufido junto a Khalani. Al alzar la cabeza, vio a una unidad entera de guardias —al menos cincuenta— que aparecían por el extremo opuesto de la calle con los fusiles en alto.

—¡Disparad, joder! ¡DISPARAD! —gritó Raziel.

Desde el suelo, los Ases apuntaron y dispararon. Aunque abatieron a un buen número de guardias, estos los superaban y seguían su avance, cada vez más cerca.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Brock.

De un salto, se incorporaron y se pusieron a cubierto en un callejón cercano.

—¡Aaah!

Khalani se volvió al oír un grito fatal a su espalda y se le rompió el corazón.

Era Adan.

—¡NO! —exclamó Serene yendo hacia él.

Pero Brock la arrastró hacia al callejón.

Adan había caído en medio de la calle y tenía un costado

ensangrentado. Sin embargo, aún respiraba. Khalani trató de zafarse de Takeshi, pero él la sujetó con firmeza, negándose a soltarla.

—¡Tenemos que ir a por él! ¡Está vivo!

Khalani le golpeó el pecho, a punto de romper a llorar.

—¡Por favor! —le gritó Serene a Brock con el semblante pálido y cubierto de lágrimas.

Brock y Takeshi intercambiaron una mirada y, sin tan siquiera hablar, se pusieron de acuerdo.

—Cubridnos —ordenó Brock a Raziel.

—¡Preparaos para disparar! —gritó el sicario a los suyos rechinando los dientes.

Con la muerte grabada en los rostros, los Ases amartillaron las armas.

—Preparados… —dijo Raziel, apoyando el hombro en la pared y con el fusil pegado al pecho—. ¡FUEGO!

Los Ases salieron del callejón y dispararon al mismo tiempo, deteniendo el avance de los guardias, que se agacharon y corrieron a cubrirse.

Takeshi y Brock salieron disparados hacia Adan.

Entre sollozos, Serene enterró la cabeza en el hombro de Khalani y se negó a mirar, pero Khalani sí lo hizo. Con todos los músculos en tensión, cambió el peso del cuerpo, lista para salir disparada hacia ellos ante el más mínimo problema que surgiera.

Con una velocidad implacable, Takeshi le agarró las piernas a Adan y Brock lo levantó por las axilas. Los disparos resonaron a su alrededor mientras cargaban con el herido camino del callejón.

Los Ases los cubrieron hasta que llegaron y, con cuidado, Takeshi y Brock depositaron a Adan en el suelo. El sudor le perlaba el rostro, respiraba con dificultad y tenía la camisa empapada de sangre.

—¿Dónde le han disparado? —preguntó Serene, agachándose

junto a su hermano y tomándolo de la mano.

—En las costillas —respondió Takeshi tras inspeccionar la herida.

Cuando presionó la zona, Adan soltó un grito.

—Dejadme… —gimió.

—Cierra el pico, Adan —lo riñó Serene, dándole una palmada en la mejilla—. No pienso abandonarte. Y, si ves una luz celestial, mándala a la mierda. ¿Entendido?

Serene le apretó aún más la mano. Brock ya se había quitado la capa y la presionaba contra la herida.

—Ay… Me duele —se quejó el joven, revolviendo la cabeza con gesto de querer apartarse.

Brock aumentó la presión.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —preguntó Khalani, entrelazando los dedos con los de la mano libre de Adan.

—Hay que detener la hemorragia —gruñó Brock, mirándola de reojo—. Tendréis que iros sin nosotros.

—Pero no podemos dejaros…

—¡Eso no importa! —zanjó el incursor—. Si no detenéis a Alan, todo habrá sido en balde. Tenéis que marcharos. Ya.

Khalani iba a replicar, pero Takeshi la tomó de la barbilla y no tuvo más remedio que prestarle atención.

Sus ojos albergaban todo el dolor del mundo.

Estaba cansado.

Igual que ella.

Y, cuando pronunció sus siguientes palabras, Khalani supo que hablaba en serio:

—Tiene razón, Kanes. Es hora de acabar con esto.

Ella tomó aliento y se despidió de Adan con un beso en la mejilla.

—Nos vemos pronto —susurró.

A continuación, se volvió hacia Serene y la abrazó con todas sus fuerzas. Y, cuando la soltó, tuvo que ahogar un grito de asombro: Brock se les había echado encima para estrecharlos brevemente entre sus brazos.

No les dio palabras de ánimo ni les deseó suerte, pero Khalani nunca lo había visto tan emocionado. Con los ojos vidriosos, les tendió la pistola.

—Marchaos —murmuró.

Takeshi la cogió de la mano y tiró de ella por el callejón, alejándose de los disparos. Cuando llegaron al otro extremo, el capitán se asomó y miró a ambos lados con el arma preparada. Pero la calle adoquinada estaba desierta.

Siguieron corriendo, agarrados de la mano, directos hacia su final.

Llegaron a los setos que rodeaban el recinto jadeando. No había guardias apostados en los aledaños. Todos se encontraban luchando en la ciudad.

Atravesaron la imponente vegetación y, al final del sendero, apareció la Casa Blanca, intacta pese a todo el horror que la rodeaba. Las grandes columnas estaban igual de inmaculadas que el día en que Khalani había pisado Génesis por primera vez.

Ante la entrada principal, Takeshi le apretó brevemente la mano y, acto seguido, se la soltó.

Empuñando la pistola, giró el pomo despacio.

La puerta se abrió con un horrible chirrido, y Khalani dio un respingo al ver un cadáver en el suelo.

Lo reconoció. Era el mayordomo del gobernador. El agujero de bala entre las cejas le había desfigurado su calva cabeza.

Con un nudo en la garganta, siguió a Takeshi, y se adentraron con cautela en el vestíbulo, esquivando los cuerpos esparcidos por el

suelo.

El cuadro de la *Mona Lisa* estaba colgado al fondo de la estancia. Su inquietante sonrisa hizo que se estremeciera.

—Está matando a todo el mundo —susurró ella, empuñando la pistola con manos temblorosas.

En ese preciso instante, Takeshi desvió la mirada hacia las escaleras. Una sombra de terror le cruzó el rostro y tensó los músculos.

Khalani también las oyó.

Voces.

—Quédate detrás de mí —ordenó él.

Subieron las escaleras de mármol con el máximo sigilo. Cuando llegaron arriba, las voces se hicieron más nítidas.

—Los hombres siguen pidiendo refuerzos por radio —gruñía uno.

—Pero el gobernador ha dicho que tenemos que quedarnos aquí y vigilar la casa… —respondía otro.

—¡Aquí no pasa nada! Tenemos que ir allí y ayudarlos a matar a…

El hombre apareció en lo alto de las escaleras.

Takeshi le dio una patada en el pecho, arrojándolo por la barandilla. Con un grito, el guardia cayó al vacío y se partió el cuello al estrellarse contra el suelo de la planta baja.

—¡Mierda!

Otro guardia apareció pistola en mano, pero Takeshi fue más rápido y le golpeó en la cara mientras forcejeaba con él. Un tercero, que debía de haber oído el alboroto, surgió de repente y se abalanzó sobre Takeshi.

Khalani levantó el arma y no vaciló. Le disparó en la pierna. El guardia soltó un grito y retrocedió. Pero era corpulento y, haciendo caso omiso de la herida, la fulminó con la mirada.

Aunque quizá para él no era más que una chiquilla incapaz de hacer mucho daño, no tenía idea de dónde había crecido ni de lo que había aprendido en la oscuridad.

Khalani alzó la pistola, le apuntó al corazón y disparó.

La prueba de que estaba vivo salpicó las paredes.

El otro guardia soltó un alarido cuando Takeshi le disparó en las entrañas y lo dejó inconsciente de un puñetazo.

Ambos jadeaban, con los cuerpos tendidos en el suelo.

Exhausta, Khalani miró con los ojos abiertos de par en par al hombre que acababa de matar.

—¿Te ha hecho daño?

Takeshi se apresuró a ir a su lado y la recorrió con la mirada, frenético, buscando heridas.

—Estoy bien —respondió. Ya no podía llorar. Solo quería que todo el derramamiento de sangre terminara—. Hay que seguir buscando. Seguro que Alan anda por aquí.

Takeshi tensó la mandíbula, como si intuyera su sufrimiento. Pero el tiempo jugaba en su contra. Khalani avanzó a toda velocidad por el pasillo enmoquetado de azul y con paredes blancas.

Era largo, pero siguieron buscando.

Pensó que quizá habría huido, que se habría marchado a otro lugar. Cuando llegaron a la última habitación, Takeshi abrió la puerta de una patada.

Y lo vio.

El gobernador estaba sentado en una silla, frente a decenas de pantallas llenas de líneas de código. Khalani no tenía ni idea de qué era todo aquello, pero en la pared había un reloj negro que marcaba una cuenta atrás con unos luminosos números rojos.

5.00

4.59

4.58

—¡Ya basta, Alan! ¡Ordena a los guardias que se retiren! —gritó empuñando el arma.

Alan hizo girar la silla con total tranquilidad y los miró con fastidio, primero a Takeshi y después a Khalani, a quien dedicó una sonrisa condescendiente.

—Ah, mis experimentos fallidos. Sabía que no podríais perderos el final. Y eso que uno de los dos sigue sin funcionar como es debido y se niega a obedecer órdenes.

Clavó la mirada de nuevo en Takeshi, y Khalani sintió que en su interior se encendía un volcán de rabia.

—No somos experimentos que obedecen a tu control. Takeshi y yo somos tan humanos como los demás.

—Eso es lo que tú crees…

—¡Es lo que sé! —zanjó Khalani—. No voy a permitir que sigas manipulándonos. Has perdido, Alan. La gente se ha sublevado y saben que les has mentido con lo de la radiación.

Alan soltó una carcajada y se levantó de la silla mientras la cuenta atrás seguía avanzando en el reloj.

4.03

4.02

4.01

—Qué ingenua eres. No me digas que crees que no he calculado todas las situaciones posibles… Proceso más rápido de lo que podrías soñar. Si los chips fallan y los humanos logran sobrevivir, aún quedan algunas bombas del Gran Colapso que todavía funcionan. Las activaré y borraré todas las ciudades del mapa.

Khalani palideció y el gobernador asintió ante su expresión atónita.

—Ahora lo entiendes, ¿verdad? No puedes detenerme. El resto

de la humanidad caerá, y yo me alzaré con la victo…

¡Bang!

Takeshi le disparó en la cabeza.

—Cállate de una vez.

Pero Alan no cayó al suelo. Sus ojos azules se tornaron glaciales y, con un rugido aterrador, arremetió contra Takeshi a toda velocidad. Ambos empezaron a disparar sin cesar, pero no conseguían frenar su avance.

Alan se encontró frente a frente con Takeshi y lanzó el primer puñetazo. Takeshi lo esquivó, pero el gobernador se movió más rápido de lo humanamente posible —más rápido incluso que la velocidad modificada de Takeshi— y lo golpeó en el pecho.

Después, le barrió la rodilla. Takeshi se desplomó.

—¡Nooo!

Khalani apretó el gatillo de nuevo, pero se había quedado sin munición.

Lanzó el arma a un lado, tomó el cuchillo y se lanzó contra él. Gritó y apuñaló al gobernador por la espalda justo cuando este le asestaba otro golpe brutal a Takeshi en la cabeza.

Alan se volvió despacio y clavó en ella sus inquietantes ojos azules, sacándose el cuchillo con una calma escalofriante.

—Ya te dije que eso no estaba bien.

A Khalani se le heló la sangre al oír la tranquilidad con la que pronunciaba esas palabras.

Al ver que el gobernador la miraba con ojos letales, dispuesto a embestirla, Takeshi se esforzó por incorporarse.

Khalani se mantuvo firme. Se puso en guardia, llevó el codo hacia atrás para coger impulso y le lanzó el puñetazo más fuerte de su repertorio. Sin embargo, Alan lo bloqueó como si fuera el de una niña. Le propinó otro golpe, pero él lo esquivó, haciendo girar el

cuchillo afilado.

Khalani solo vio un destello metálico cuando Alan se lo hundió en el estómago.

Se quedó sin aire y ahogó un jadeo agónico. Doblándose hacia delante, se aferró al mango, profundamente clavado en su vientre.

Takeshi soltó un grito primitivo al verla caer de rodillas con las manos manchadas de sangre.

Oyó un fuerte estruendo y, por el rabillo del ojo, vio que Takeshi embestía al gobernador con tanta fuerza que ambos salieron disparados por la ventana que daba al jardín delantero. Ya no podía verlos.

Le temblaba el cuerpo. Todo a su alrededor estaba borroso.

Pero, por alguna razón, no sentía dolor.

Tenía las extremidades entumecidas.

Sabía que eso no era buena señal.

La moqueta de color dorado la llamaba insistentemente… Lo único que deseaba era tumbarse y cerrar los ojos. Solo durante un segundo…

El rugido brutal de Takeshi la sacó de sus pensamientos.

Takeshi…

¡Takeshi!

Khalani miró el reloj.

2.15

2.14

2.13

Parpadeó, esforzándose por mantenerse despierta, y se obligó a incorporarse. Vio unas escaleras al fondo de la sala y, poniendo un pie delante del otro, se dirigió hacia allí sujetando el cuchillo que aún tenía clavado en el abdomen.

La hoja se movió y tuvo que apoyarse en la pared para no

perder el equilibrio.

Pero tenía que seguir.

Tenía que salvar a Takeshi.

«Ahora no es momento de morir».

Se concentró únicamente en cada paso que daba, en cada escalón. Cuando por fin llegó al rellano, empujó la puerta blanca con el hombro y salió al jardín.

Takeshi y Alan forcejeaban sobre el césped.

Aunque Alan era más rápido, Takeshi luchaba con una furia indomable que la máquina no había visto en sus trescientos años de existencia.

Takeshi bramó, asestándole una ráfaga de puñetazos cargados de pura rabia. Pero, de pronto, el gobernador lo agarró por el cuello de la camiseta y, haciéndolo volar por encima de su cabeza, lo lanzó al suelo.

Takeshi se levantó tambaleante, con la ropa hecha un desastre y el rostro lleno de arañazos. Ambos volvieron a la carga, chocando como titanes.

De repente, algo salió volando del bolsillo de Alan y cayó sobre la hierba.

Khalani posó los ojos en el objeto. Era el dispositivo que activaba el Proyecto Hélix.

Avanzó hacia allí a trompicones, cojeando entre los arbustos, agarrando aún el mango del cuchillo que le sobresalía del abdomen. Trastabilló y cayó a pocos metros del brillante dispositivo.

Cuando volvió a alzar la vista, el gobernador, fuera de control, asestaba unos golpes mortales sobre el cuerpo de Takeshi.

Khalani trató de ponerse en pie, pero las piernas ya no le respondían. Centímetro a centímetro, en un tormento insoportable, se arrastró tirando de las briznas de hierba.

Ya faltaba muy poco, y alargó el brazo hacia el dispositivo. Vio que el gobernador se colocaba detrás de Takeshi y le rodeaba la cabeza con las manos.

A punto de romperle el cuello.

Estiró el brazo todo lo que pudo, gritando al sentir que el cuchillo se hundía aún más en su estómago. Apenas veía. Estaba a punto de perder el conocimiento, pero rozó el metal con la punta de los dedos.

El gobernador se preparó para acabar con Takeshi.

Y Khalani pulsó el botón.

38

En un solo latido, el amor me destruyó y me salvó.

Había una vez una chica que soñaba con el sol.

Cuando llegaba la noche y cerraba los ojos, sentía su calidez en las yemas de los dedos. Le subía por los brazos. Le besaba la clavícula. Entreabría los labios y la más dulce de las sonrisas le iluminaba el rostro mientras caminaba por un espléndido prado lleno de flores.

Se sentía viva.

Como si Dios hubiese extendido las manos y hubiese creado un mundo solo para ella.

Experimentaba un amor que solo podía describirse como puro. Alzaba la cabeza, con el agradecimiento siempre presente en los labios y en todos los rincones de su alma. El regalo de la vida la impulsaba a levantar las manos por encima de la cabeza hacia las nubes blancas, que le devolvían una dulce sonrisa.

Y, cuando empezaba a girar, el viento bailaba con ella para celebrarlo.

Con la cabeza apoyada en un suave césped, Khalani contempló el cielo, sonriendo ante la gloriosa visión. El sol, en todo su esplendor, le bañaba el cuerpo y los sonidos lejanos del combate le

llegaban atenuados.

Ya no podía moverse.

Pero no pasaba nada.

Lo único que tenía que hacer era quedarse allí, tumbada, y dejar que la tierra se la llevara a un remanso de paz, donde la aguardaban sus padres.

Una alta silueta apareció en su campo de visión y bloqueó el sol.

Parecía un ángel oscuro que había venido para llevarla a casa.

Tenía el pelo sedoso y negro como el carbón, y lo llevaba revuelto. Los pómulos marcados y la fuerte mandíbula le conferían incluso mayor atractivo a su rostro. Pero sus ojos de obsidiana —la viva imagen que siempre había imaginado que tendría el espacio— la dejaron sin aliento.

Cuando abrió la boca y gritó algo, ella solo percibió un tenue sonido. Sonrió, feliz de poder contemplar a alguien tan hermoso en sus últimos instantes de vida.

—¡Khalani!

Le envolvió el rostro con sus enormes manos y la miró a los ojos con una decisión inquebrantable. Como si estuviera dispuesto a llegar hasta el cielo y devolverla a la tierra si se le ocurría salir volando.

—¡Aguanta! ¡Quédate conmigo! —le pidió, rasgándose la chaqueta y apresurándose a cubrir con ella el cuchillo que le sobresalía del abdomen, como si eso fuera a servir de algo.

Le pesaban tanto los párpados…

Los cerró lentamente. Pero el atractivo hombre no se lo permitió.

—¡Ni hablar! —Empezó a darle unos golpecitos en la mejilla—. Abre tus hermosos ojos. Hazlo por mí. Eso es.

Volvió a mirarlo. Fruncía el ceño con preocupación, pero, de repente, adoptó una expresión determinada y la aupó en brazos.

Ella se quejó por la brusquedad del gesto.

El cuchillo le dolía.

Tenía que sacárselo. Khalani llevó la mano a la empuñadura, pero él la detuvo.

—Ya sé que duele, nena, pero necesitamos dejar eso ahí un ratito más.

Khalani apoyó la cabeza en el hueco de sus brazos, que ya le resultaban muy familiares.

Fue entonces cuando distinguió una figura pálida en el suelo, inmóvil. Antes de que tuviera tiempo de preguntar quién era, el ángel oscuro emprendió la marcha.

Corría como si unas llamas abrasadoras les pisaran los talones. Y, pese a que dejaban atrás los edificios a toda prisa, la sostenía con tanta firmeza que casi podría haber llevado una copa de vino en el regazo sin derramarla.

No dejaba de observarla con esa mirada magnética. Como si fuera algo más, mucho más que esa chica que solía soñar con un cielo despejado. La miraba como si fuera el mismísimo sol.

Pero, pese a que él no dejaba de insistir, los ojos se le cerraron de nuevo.

Soñó con la superficie.

Con los poemas que solía escribir tras los barrotes de su celda.

Con la familia que le había llenado el alma.

Y con el hombre que la había hecho amar de nuevo.

De repente, unos gritos alarmados rasgaron el aire, y ella se revolvió entre sus cómodos brazos.

—Dámela. Nosotros nos encargamos. Podemos ayudarla —dijo alguien en la distancia.

El atractivo hombre la sujetó aún más.

—Si me separas de ella, te mato.

El tono con el que pronunció esas palabras helaba la sangre, pero, al oír que soltaba un gemido de dolor, le rozó levemente el pelo con los labios y la abrazó con un cuidado y una calidez innegables.

Khalani no se lo impidió. Solo deseaba estar en sus brazos.

Se hizo el silencio, y su mente volvió a divagar.

—Los amigos tienen que esperar fuera hasta que terminemos —oyó que decía una voz desconocida.

—No somos amigos. Somos su familia —dijo otra mujer, alguien a quien conocía muy bien pese a que era incapaz de recordar cómo se llamaba.

—Está bien, pero, al menos, ¿podéis decirle que deje de apuntarnos con la pistola? Ya le hemos garantizado que íbamos a ayudarla.

—Yo me limitaría a concentrarme en la paciente, doctor —soltó el hombre—. En lo que a usted respecta, esta chica es lo más importante del mundo. Y, si comete la más mínima equivocación, lo mataré y no me arrepentiré; se lo aseguro.

Una extraña sensación le embargó el pecho y luchó desesperadamente por abrir los ojos. Para memorizar ese rostro que se cernía sobre ella dispuesto a protegerla a toda costa y lleno de angustia e inquietud.

Y de amor.

La sostenía entre sus brazos con amor.

En medio de su confusión, supo que ella también lo amaba.

Hizo una mueca al notar que le clavaban una aguja en el brazo. Percibió el intenso sabor de las medicinas en la boca. La última cosa que sintió fue que el hombre le susurraba al oído que no se rindiera, rodeándola aún más con sus fuertes brazos y prometiéndole en silencio que se enfrentaría a todos los ángeles del cielo si la perdía

de nuevo.

Antes de abrir de nuevo los párpados, Khalani soñó con un magnífico jardín. No sentía dolor alguno, solo una sensación pesada e incómoda en el vientre.

Reparó en que estaba tumbada en una cama, cubierta con unas mantas blancas y gruesas. La lámpara a su derecha emitía un resplandor suave y reconfortante. Las paredes de la habitación estaban pintadas de un azul celeste y, aunque no había ventanas, la temperatura era agradable.

Parpadeó varias veces para enfocar la vista. Entonces, recordándolo todo, ahogó un grito y se llevó una mano al abdomen, pero el cuchillo había desaparecido. Se levantó con cuidado la camiseta y descubrió una delgada venda sobre la zona de la herida.

¿Quién la había curado?

¿Qué había ocurrido con Alan?

Se le aceleró el pulso. Casi no recordaba nada de lo que había pasado después de recibir la puñalada.

En ese momento, alzó la mirada y se dio cuenta de que no estaba sola.

Había alguien sentado junto a la cama.

Takeshi.

Se había acomodado en una vieja butaca verde y dormía, con las piernas estiradas y la cabeza ladeada.

Sintió que se le paraba el corazón al recordar la imagen de Alan casi a punto de romperle el cuello. Deseó saltarle encima, despertarlo, pero, por sus ojeras, intuía que era la primera vez que descansaba en días. Así que se conformó con mirarlo con atención.

Respiraba de manera regular y, aunque estaba más pálido de lo habitual y tenía algún que otro moratón en el rostro, los cortes y arañazos habían desaparecido.

Khalani había pensado que no llegaría a salvarlo.

¿Y si seguía soñando?

¿Y si ya estaba muerta?

Alargó un brazo para comprobar que era real. Él se movió.

Desperezándose, parpadeó con sus largas pestañas y dejó escapar un gemido. Despacio, alzó la cabeza y, al ver que Khalani estaba despierta, soltó un grito de sorpresa:

—¡Kanes!

Takeshi se puso en pie de un brinco, como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Acto seguido, se sentó en la cama, con cuidado de no hacerle daño, y tomó una de sus diminutas manos entre las suyas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó casi sin aliento mientras la miraba de arriba abajo—. ¿Quieres que llame al médico?

—Estoy bien. Mejor que bien —garantizó, frunciendo de inmediato el ceño—. Pero ¿cómo… es posible?

—Te traje al centro médico de Génesis —aclaró Takeshi con unos ojos que reflejaban la angustia vivida, que parecía haberle quitado décadas de existencia—. Aunque había una larga cola de heridos, me aseguré de que los médicos se ocuparan de ti en primer lugar. De hecho, creo que sería más apropiado decir que los amenacé. —Hablaba con brutal honestidad—. Al igual que ocurre en Hermes, aquí tienen medicamentos que pueden curar heridas en un abrir y cerrar de ojos. Pero habías perdido mucha sangre y tu estado era crítico. Hace una semana que te salvaron. El médico dijo que podías tener molestias durante unos días más, pero afirmó que te recuperarías por completo.

Una sombra le cruzó los ojos, como si lo contrario fuese inaceptable.

—Una semana… —respondió, sorprendida de que hubiera transcurrido tanto tiempo—. ¿Y Alan?

Takeshi apretó las manos, y la rabia que emanaba se expandió por la habitación, convirtiéndola en un horno. Pero, cuando Khalani posó dulcemente su otra mano sobre la suya y le acarició la piel áspera, Takeshi tomó aliento con brusquedad para calmarse.

—Ya no está.

—¿Cómo que ya no está?

—Gracias a ti, Khalani.

Se quedó petrificada, sin palabras.

Takeshi vio un profundo miedo reflejado en su semblante y, acercándose a ella, la miró para que pudiera leer la verdad en sus ojos.

—Cuando pulsaste el botón, activaste el Proyecto Hélix. Y el código de Alan se borró. Pero no le ocurrió solo a él. Todos sus clones directos en las ciudades del subsuelo murieron. Y aquellos a quienes controlaba mediante los chips volvieron a ser los de siempre. Cualquier rastro de su existencia se esfumó.

Khalani negó con la cabeza, incapaz de aceptarlo, aterrorizada por si, en cualquier momento, la situación daba un vuelco. Aunque debía admitir algo: ya no percibía la fría presencia del gobernador.

Khalani se sentía por fin libre en su propia piel.

—¿De verdad que ya no está? —preguntó con un tono de voz más alto.

—Así es.

—¿Y qué hay de Penny y del resto de los ciudadanos de Oasis? ¿Están bien?

Se permitió creer que seguían con vida, que no habían

desaparecido con Alan.

—Derek tomó un vehículo y fue a comprobarlo. Volvió ayer. —Una dulce sonrisa se le formó en los labios—. Están sanos y salvos.

Khalani dejó de contener el aliento. Se había acostumbrado tanto a vivir en las pesadillas que no sabía cómo reaccionar a este sueño.

—¿Y tú? —Se enfrentó a su mirada ardiente, incapaz de formular la pregunta que no dejaba de atormentarla—. ¿Has podido… recordar?

Takeshi se quedó inmóvil, con los músculos rígidos y en tensión. Ella se preparó para la respuesta, luchando por no perder completamente la esperanza.

Y entonces habló:

—Lo recuerdo todo.

Khalani abrió los ojos de par en par, dudando de si había oído bien.

—Dilo… otra vez —suplicó con los hombros hundidos.

Se sentía pequeña en la cama comparada con lo robusto que él era. Las manos letales de Takeshi le acariciaron con dulzura los brazos, como si necesitara convencerse de que ambos estaban allí, juntos.

—Tengo tanto que decirte, Khalani… Cosas que jamás creí que llegaría a pronunciar. Pero sé que no tengo derecho a nada sin antes pedirte perdón y confesarte lo avergonzado que estoy. —Se le quebró la voz—. Si no supiera que te afectaría tanto, yo mismo me pegaría un tiro por haberte hecho daño. Por haberte fallado.

Takeshi guardó silencio y desvió la mirada, de modo que se le marcaron aún más los rasgos de su hermoso rostro. Khalani advirtió que le temblaban las manos, que crispaba los dedos, que casi sollozaba, a punto de perder el control.

—Ya, ya… —Se incorporó y lo tomó del brazo para que volviera a

prestarle atención—. No te atrevas a decir eso. Fui yo la que te falló.

Khalani casi rompió a llorar ante el recuerdo de aquella noche horrible, que la destripaba aún más que el cuchillo del gobernador.

—Me salvaste del doctor Strauss y yo… no pude corresponderte. Quería regresar a por ti, Takeshi —suspiró—. Planeaba volver al campo de prisioneros. Pero tú ya no estabas…

—No fue culpa tuya, Khalani. Me alegro de que no lo hicieras —afirmó—. Si te hubiera pasado algo, habría perdido los estribos y habría destruido toda la ciudad.

El amor de Takeshi era visceral. La forma letal que tenía de protegerla formaba parte de él. Y su corazón dulce y atento la impulsaba a protegerlo con la misma brutalidad.

Eran, en verdad, almas gemelas.

Pero aún había cosas que no sabía, que tenía que oír, por muy malas que fueran.

—¿Qué ocurrió, Takeshi? ¿Qué te hizo el doctor Strauss?

—Me torturó… —La nuez de Adán se le movió al tragar—. Durante días, y él cada vez estaba más frustrado porque yo no cedía. Tenía tu rostro grabado en la mente, en el alma. Me aferré a ti con todas mis fuerzas, pero el doctor Strauss se volvió más… creativo con sus bisturís. Y, al final, empecé a perder la memoria. Aunque antes me olvidé de mi nombre que de ti.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Khalani y recurrió a la poca fortaleza que le quedaba para contenerlas.

—Me sentía como un esclavo de mi propia mente —masculló—. Cuando mi cuerpo te atacó, grité y luché por recuperar el control. Cuando puse ese cuchillo en tu garganta, traté de girarlo hacia mi pecho con toda mi fuerza de voluntad. Cuando amenacé con matarte, deseé cortarme mi propia lengua. Y, cuando te disloqué el hombro en Hermes, pensé en subir al edificio más alto del mundo y

lanzarme al vacío. Ese dolor habría sido más llevadero. Lo que fuera con tal de no hacerte daño de nuevo —afirmó Takeshi temblando, mientras pronunciaba esas últimas palabras con un hilillo de voz.

Estaba pálido y emocionado. Khalani jamás lo había visto así.

—Pero vi que capeabas mis temporales y que seguías insistiendo, una y otra vez. No permitías que mi crueldad o mi incapacidad de recordar te detuvieran. Lo peor era que una parte de mi alma te pedía a gritos que te alejaras de mí, pero la otra suplicaba literalmente que no te rindieras, que te dieras cuenta de que aún estaba ahí dentro, luchando por ti con la misma desesperación que lo hacías tú. Que supieras lo mucho que te quiero, joder.

Khalani se quedó atónita.

—¿Qué acabas de decir?

Takeshi era el hombre más fuerte, valiente y atractivo que había conocido en su vida. Ella era deprimente, torpe. La ansiedad la atormentaba. Era un desastre la mayoría del tiempo. E incluso tomaba decisiones todavía peores.

¿Cómo podía amarla alguien como él?

Al reparar en cómo lo miraba, Takeshi comprendió que no lo creía y la atrajo hacia él. Le envolvió el rostro con las manos y repitió cada palabra despacio. Con intención.

—Te quiero, Khalani. El amor que siento por ti es tan profundo, tan infinito que no logro recordar un día en que no lo haya sentido. Antes de que aparecieras en mi vida, estaba acabado. No creía en nada. No hallaba paz ni siquiera en sueños. Había decidido sumirme en la violencia porque era lo que mejor conocía. Cuando te incorporaste a mi bloque y te quedaste plantada ante mí durante la inspección, pensé que no eras más que otra reclusa que merecía morir. Pero siempre has sido mucho más que eso.

»Me desafiaste a ver más allá de mis prejuicios y de mi devastación interior. Nunca supiste que, con cada palabra que decías, me rendía un poco más ante ti, atrapado por tu inteligencia y tu ánimo tranquilo, capaces de igualar a los de cualquier hombre al que me hubiera enfrentado. Me enseñaste qué significa perseguir mis sueños. Luchar por lo que es correcto. Me enseñaste a perdonar. No solo a otros, sino también a mí mismo.

El brillo en sus ojos rivalizaba con el del sol. Tras tomar aliento, Takeshi continuó:

—Me dijiste que, en otra historia, podríamos haber tenido un final. Pero no quiero ninguna otra historia. Quiero esta. Quiero cada página, aunque esté mal escrita y sea un desastre. Quiero que me destroces tanto como yo te he destrozado. Porque puedo aguantar las peleas. Los días duros. Los malos recuerdos. Pero lo que no soportaré es otro minuto separado de ti.

Khalani no pudo evitar derramar un torrente de lágrimas mientras él continuaba hablando, sin apartar sus ojos de ella.

—Dios sabe que no te merezco, Kanes. Pero soy demasiado cabrón y egoísta para irme ahora. Puede que lleve la oscuridad en mi corazón, pero es completamente tuyo. Subiría todas las montañas por ti. Cruzaría todos los puentes. Si me pidieras el sol, me abrasaría y te lo traería. Ese es el tipo de hombre que tendrás… si me aceptas. La única fuerza en el mundo que podría alejarme de ti ahora mismo eres tú. Y, después de todo lo que ha ocurrido, después de lo mal que te he tratado, comprendería perfectamente que lo hicieras. Así que quiero que lo pienses largo y tendido, porque, si me dices que no, te dejaré en paz y jamás volveré a preguntártelo. Pero si aceptas… voy a quedarme contigo para siempre.

En el pasado, Khalani pensaba que el amor era un agujero negro que te atraía antes de despedazarte. Y por ese preciso motivo se

mantenía alejada de sus garras.

Pero, en su camino, se había topado con tres cosas que lo habían cambiado todo.

La poesía le había enseñado a amar el mundo.

Winnie le había enseñado a amarse a sí misma.

Y Takeshi le había enseñado que el amor no tiene nada que ver con lo que uno recibe, sino con lo que da. Y si, con un poco de suerte, uno encuentra a alguien que lo ame con ese mismo abandono, entonces pueden entregarse el mundo el uno al otro en todo su esplendor.

Khalani posó una mano sobre el pecho de Takeshi y memorizó el ritmo salvaje de su corazón. Acto seguido, le cogió una mano y se la apoyó en su propio pecho, dejándole sentir el caótico latido bajo las yemas de los dedos. Takeshi abrió los ojos de par en par al darse cuenta de que ambos corazones latían desbocados.

—No necesito pensar nada —dijo con un hilillo de voz—. Te quiero, Takeshi. Puede que mi alma esté llena de cicatrices, pero te pertenece. Y, aunque no tengo ni idea de qué nos depara el futuro, quiero enfrentarme a él contigo. Has dicho que no creías en nada, pero la verdad es que yo no recuperé la fe hasta que te conocí.

La pasión y emoción que se reflejaron en el rostro asombrado de Takeshi fueron suficientes para detener el mundo. Sin embargo, Khalani siguió hablándole, abriéndole el corazón.

—No tienes que preguntarme nada. Ya soy tuya —susurró—. Soy igual de egoísta, y lo único que deseo es un para siempre contigo. Me esforzaré por ser mejor cada día. Pero, lo más importante, no dejaré nunca de quererte.

—¿Lo dices en serio? —preguntó él con un brillo en los ojos.

—Sí —afirmó Khalani sin dudar—. Puede que no seas el primero, Takeshi, pero te prometo que serás el último.

Una lágrima rodó por la mejilla de Takeshi, y Khalani le envolvió el rostro con las manos, dejando que su amor le impregnara la piel.

Entonces, Takeshi le llevó una mano a la nuca y la besó.

Sumergió la lengua en su boca y sus labios chocaron, sin apenas permitirse respirar. Todo el dolor y las heridas que habían experimentado se entrelazaron en ese beso. La agonía y el anhelo que sentían el uno por el otro se hizo patente en cada gemido.

Takeshi la levantó con dulzura y la sentó sobre su regazo. La atrajo hacia él y la abrazó, diciéndole sin palabras lo mucho que la necesitaba.

Se besaron sin reservas, perdiéndose en un fuego eterno.

Y sus bocas no lucharon por imponerse.

Por primera vez, ambos se entregaron por igual.

39

Vivir es un desafío. Amar es poesía.

—Tenemos que volver con los demás.

—Que esperen —dijo Takeshi con voz ronca y atrayéndola hacia él.

La besó como si ni siquiera un ejército entero pudiera separarlos.

Piel contra piel, siguieron robándose largos besos, recuperando el tiempo perdido. Khalani sentía mariposas salvajes en el estómago.

Pum, pum, pum.

Alguien aporreó la puerta.

—Si no salís de ahí en tres segundos, Takeshi, voy a arreglarte la cara a golpes y tendrás peor aspecto que mi tía Agatha con unas copas de más —gritó Serene desde el otro lado.

—¡Winnie está de acuerdo! Hará sonetos sobre tu grotesca transformación —añadió la anciana con un ademán afectado.

Takeshi soltó un gruñido con la cara pegada al cuello de Khalani, aferrándose a su espalda mientras las piernas de ella le rodeaban la cintura.

—Me parece que hablan en serio —dijo Khalani esbozando una sonrisa.

—Puedo atrancar la puerta con la cama —sugirió Takeshi.

Ella soltó una carcajada y le peinó el pelo con los dedos mientras

consideraba la idea.

—Khalani, te he oído reírte —advirtió Serene—. La amenaza también va por ti.

—Vale, suéltame —le pidió a Takeshi.

Refunfuñando, obedeció.

—Sé bueno —le advirtió ella.

—Soy bueno. Contigo —respondió, agarrándola aún por la cintura.

Khalani alzó una ceja y lo fulminó con la mirada.

—Vaaale… —Takeshi suspiró—. Supongo que también puedo ser bueno con tu familia. A veces.

—Siempre.

—Casi siempre. No tientes a la suerte, Kanes.

Le robó otro beso con un brillo malicioso en los ojos.

—¡KHALANI! —chilló Serene.

—¡Vale, vale!

Se quitó el camisón del hospital y se puso las prendas que le habían preparado. Cuando abrió la puerta, Serene y Winnie se abalanzaron sobre ella y la estrujaron tanto que a punto estuvieron de cortarle la circulación. Khalani soltó una carcajada y las imitó, sintiendo que las piezas de su corazón se recomponían de nuevo.

Pero, cuando hizo una mueca al sentir un ligero dolor en el abdomen, Takeshi dio un paso al frente con cara de pocos amigos.

—Con cuidado. Aún se está recuperando.

Serene y Winnie la soltaron antes de desviar su atención hacia él y lo miraron como si fuera un rompecabezas desconcertante.

—Ya ha pasado una semana. ¿Has recuperado la memoria? —preguntó Serene, lanzándole una mirada recelosa.

—Sí. —Takeshi agachó la cabeza, avergonzado—. Siento mucho todo el dolor que he causado y haberos traicionado cuando Alan me

controlaba.

Khalani deseó tomarle la mano para asegurarle otra vez que no era culpa suya. Pero su instinto le dijo que debía comprenderlo por sí mismo.

A Brock, que se mantenía algo distanciado, con los brazos cruzados y la mirada clavada en Serene, no se le escaparon las palabras de Takeshi.

Winnie dio un paso al frente haciendo ondear el vestido y se puso ante él. La cabeza apenas le llegaba al pecho del capitán, que parpadeó varias veces, esperando una ola de críticas.

Sin embargo, la anciana le rodeó la cintura con los brazos.

—Winnie te ha echado de menos.

Takeshi se quedó inmóvil y fue a decir algo, pero le devolvió el abrazo con dulzura y con una calidez que, como si fuera el sol del desierto, le iluminó los ojos.

—Yo también te he echado de menos, Win.

A continuación, se acercó a Serene y extendió una mano a modo de saludo. Ella puso los ojos en blanco y le dio un abrazo.

—Créelo o no, me resultas igual de molesto que antes —murmuró, como si fuera un gran elogio—. Vuelve a hacerle daño a mi hermana y te romperé las pelotas.

Esbozando una sonrisa inocente, le dio unos golpecitos en la espalda mientras Brock soltaba una carcajada.

—No tienes que preocuparte. Eso no va a ocurrir —aseguró Takeshi con voz grave al tiempo que entrelazaba sus dedos con los de Khalani.

Brock abandonó las sombras y la miró de arriba abajo.

—¿Qué tal estás?

—Bueno, ya sabes… —Khalani se encogió de hombros—. Solo ha sido una pequeña puñalada. Nada que una chica no pueda soportar.

—Ya me lo imagino. —Brock resopló antes de desviar la mirada hacia Takeshi. La tensión aumentó por momentos—. Tío, has ganado barriga.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de tu cerebro.

Oh, no.

Ya estaban otra vez.

Khalani echó un vistazo a su alrededor, buscando algo que pudiera ser de ayuda para separarlos.

Pero ambos sonrieron a la vez y se dieron unas palmadas en la espalda.

Khalani se quedó boquiabierta.

Takeshi le guiñó un ojo y tiró de ella hacia la salida. En el exterior del hospital, el sol la deslumbró y tuvo que hacer visera con las manos para evitar que la cegara.

El eco de unos martillos resonaba por doquier. Y, cuando bajó la mano, se quedó estupefacta y se tambaleó, como si el mundo se inclinara sobre su eje.

Ante ella estaba la ciudad de Génesis.

Cientos de personas iban de un lado a otro, charlando y trabajando. Y, a juzgar por la ropa que llevaban, no eran ricos. Los ciudadanos subterráneos de Apolo estaban también allí, ayudándolos. Barrían los cristales esparcidos por la calle. Limpiaban las tiendas que habían sido saqueadas. Reconstruían los edificios caídos.

Khalani jamás había pensado que viviría para verlo.

Gente de todas las edades caminaba bajo el sol. A lo lejos, unos niños jugaban con una pelota y, entre ellos, distinguió una figura familiar.

—¡Derek! —gritó.

Él se volvió con una enorme sonrisa en el rostro. Corrió hacia

ellos y, aupando a Khalani, la hizo girar tratando de no apretarle demasiado las costillas.

—Nos has dado un susto de muerte, Khalani —dijo Derek con voz rasposa, depositándola en el suelo—. Me alegro de ver que te has levantado. Por lo que he oído, este de aquí no se ha apartado ni un momento de tu lado.

Khalani miró a Takeshi que, aunque hizo una mueca, no lo negó.

—¡Me alegro tanto de verte! —Khalani abrazó de nuevo a Derek —. ¿De verdad que Penny y los demás están bien?

—Sí. —Soltó una carcajada—. Penny cree que sobrevivieron porque Alan preservó sus cerebros en lugar de crearlos con su propio código. Lo primero que hicieron fue destruir la librería, e incluso están planteándose derribar el muro. Penny confía en que les hagas una visita cuando estés completamente recuperada.

Con un brillo en los ojos, Khalani casi rompió a llorar al saber que estaban todos sanos y salvos. Pero, al echar un vistazo a su alrededor, los recuerdos de la batalla acudieron a su mente y una oleada de pánico se adueñó de ella.

—¿Dónde está Adan?

—Por aquí —dijo Serene con una sonrisa maliciosa.

Echó a andar y de repente se detuvo. Se volvió y, mirando por encima del hombro, tomó a Brock de la mano.

—¡Vamos, lentorro! —gritó Serene, casi caminando a saltitos.

Brock clavó la mirada en sus manos unidas y una sonrisa asomó poco a poco en sus labios.

Atravesaron a toda prisa una ciudad en reconstrucción, una que Khalani había pensado que no volvería a pisar. Y, aunque las personas a las que dejaban atrás parecían exhaustas y agotadas, muchas de ellas alzaban los ojos hacia el sol, maravilladas.

Con una esperanza que solo nace de la oscuridad.

Corrieron hasta los límites de la ciudad, hasta el hermoso puente blanco sobre el sinuoso río. Y, cuando llegaron al prado salpicado de flores, Khalani ahogó un grito.

Había centenares de tiendas de campaña. Y los ciudadanos de Apolo parecían estar montando muchas más para la multitud de personas que salían del ascensor cargadas de provisiones.

Al cabo de un rato, encontraron a Adan hablando animadamente con Spade. Sujetaba unos planos y contemplaba la ciudad desde cierta distancia.

Khalani corrió hacia él.

Adan soltó un gruñido cuando se abalanzó sobre él, casi tirándolo al suelo.

—Ah, aquí estás —la saludó, riendo y abrazándola.

Ella le golpeó el pecho.

—¡Casi te mueres!

—Tú también —replicó, torciendo el gesto mientras le acariciaba el abdomen—. Creo que será mejor que al final no nos casemos, Khalani. Causaríamos demasiados problemas.

Takeshi dejó escapar una carcajada sincera, y Adan desvió su atención hacia él.

—Qué alegría ver que ya no quieres matarnos.

—Tú vigila dónde metes las manos y no tendré que hacerlo.

—No le hagas caso. —Khalani le quitó importancia con un ademán—. Si no duerme como mínimo ocho horas, está de muy mal humor.

Takeshi le dedicó una mirada descarada y, cuando ella lo golpeó con el trasero, él se apresuró a abrazarla.

—No me quedará más remedio que hacer que te arrepientas —le susurró al oído.

—Justo lo que esperaba.

Spade, que iba vestido con unos elegantes pantalones negros y una camisa, siempre impecable y más distinguido que el resto, los miró de reojo.

—Qué bien que ya estéis por aquí.

—¿Qué es eso? —preguntó Khalani señalando los planos con la barbilla.

—Casi todos los habitantes de Apolo están subiendo a la superficie, y ahora mismo Génesis no es lo suficientemente grande como para alojarlos a todos. Estamos planeando expandir la ciudad para que todo el mundo pueda instalarse. No solo los ricos —dijo Adan con orgullo al tiempo que cuadraba los hombros ante el nuevo reto.

Recordó que había comentado lo mucho que se arrepentía de haber creado la cúpula de Génesis, una estructura que había matado a cientos de personas. Por fin tenía la oportunidad de hacer algo que valiera la pena.

—Ya le he dicho que falta un casino, pero no cree que sea buena idea —resonó una voz maliciosa a sus espaldas.

Khalani se volvió y abrió los ojos de par en par al ver a Raziel, Ryder y Jack. Iban ataviados con capas negras y, por primera vez, Raziel no llevaba la máscara.

Pese a tener la parte inferior del rostro cubierta de cicatrices, era atractivo, como esos piratas granujas de las novelas que había mencionado Winnie. No dejaba de desviar sus ojos castaños hacia una chica morena de pelo corto que se las veía y deseaba con una tienda no muy lejos de allí.

—No lo repetiré. Nada de casinos —zanjó Adan, exasperado—. Tratamos de ayudar a la gente, no de corromperla.

—Vaya, ¿no es lo mismo?

Adan puso los ojos en blanco y miró al cielo, armándose de

paciencia.

—Cuando entres en razón y quieras divertirte de verdad, ven a visitarnos a Las Vegas —dijo Ryder con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Las Vegas? —preguntó Brock frunciendo el ceño.

—Sí. —Jack se volvió hacia él—. Después de lo ocurrido, hay miles de drones lanzando semillas genéticamente modificadas por toda la superficie. La vegetación ya está creciendo, y nos han llegado rumores de que los ciudadanos de Hermes están abandonando el subsuelo.

Aquella noticia caló en ella con la promesa de un nuevo día.

El Proyecto Hélix se había activado de verdad. Todos los esfuerzos que habían realizado en el pasado Timothy Talbot y el resto de los científicos para salvar a la humanidad no habían sido en vano. Pese a la destrucción y el caos que los rodeaban, habían encontrado una manera de salvar el planeta y de que todos pudieran regresar a la superficie.

Y quizá, en muchos años, la Tierra volvería a ser la de antes. Tal vez incluso mejor.

—¿Qué planes tenéis? —preguntó Brock.

—En vista de que todas las guaridas de los Ases están comprometidas, empezaremos desde cero. Vamos a construir una nueva base de operaciones en la superficie. —Jack irguió la cabeza —. Comenzaremos con un nuevo casino en Las Vegas que gestionaremos en exclusiva.

—Pero si en ese sitio solo hay ruinas… —espetó Serene, extrañada.

—Dadnos unos años y estaréis pidiéndonos que os invitemos.

—¿Os marcháis todos?

—Bueno… —Jack miró de reojo a Raziel—. Todos no.

Raziel continuaba observando a la chica morena. Percibió que

todas las miradas se posaban en él y, a regañadientes, volvió a prestar atención al grupo.

—Voy a quedarme un tiempo por aquí, para ayudar en la reconstrucción.

—¿Así que al final vas a dejar el negocio de la tortura? —bromeó Brock.

—Yo de mis cuchillos no me separo —respondió Raziel, encogiéndose de hombros como si cualquier otra opción fuera impensable.

Una ligera brisa hizo mover las briznas de hierba y Khalani respiró hondo, sintiendo que aún estaba soñando.

Aunque ¿quién sabía? Quizá a los tenaces también acabaran pasándoles cosas buenas.

—Jack… —dijo en voz baja al tiempo que alzaba la mirada—. Solo quería daros las gracias. A todos. Habéis atravesado la Zona Muerta para luchar a nuestro lado. No estaríamos aquí de no ser por vuestra ayuda. Estamos en deuda con vosotros. Para siempre.

Jack hizo una reverencia con idéntico respeto. De no haber sido uno de los cabecillas más temidos del mundo, Khalani se habría abalanzado sobre él y lo habría abrazado.

—¿Y qué hay de vosotros? ¿Adónde pensáis ir? —preguntó Raziel, mirándolos a todos.

—No lo sé. —Serene se volvió hacia ella—. ¿Adónde vamos a ir, Khalani?

La verdad era que no lo había pensado.

Por primera vez, no tenía que preocuparse del futuro inmediato o de si seguiría viva al amanecer.

Eran por fin libres para vivir como quisieran.

Para explorar.

Para establecerse.

Para tumbarse en el suelo y, sencillamente, contemplar el cielo.

Las posibilidades eran infinitas.

De niña, Khalani siempre se había sentido perdida.

Pero, allí, rodeada de los suyos, sonrió, sabiendo que, fuera donde fuese, estaría en casa.

40

Acarició los rincones más oscuros de mi alma
como si no fueran sombras que destruir, sino una
pintura que admirar.

Advertencia de la autora: este capítulo contiene contenido sexual explícito, incluyendo juego de roles consensuado. Si no deseas leerlo o estas escenas te resultan ofensivas, por favor, salta al capítulo siguiente, que es el último.

Tres meses después

Jadeando, Khalani dejó caer otra caja pesada sobre la cama.

¿Quién le iba a decir que una mudanza sería tan agotadora?

Aunque, siendo honestos, la casa estaba en muy buenas condiciones, y Khalani y Takeshi ya la conocían.

Después de ayudar en la reconstrucción de Génesis, habían decidido volver a Oasis, que también se había transformado por completo.

Penny había hecho derruir el muro y habían empezado a construir más casas para alojar a los ciudadanos de Apolo que querían aventurarse a explorar la superficie. Cuando los vio, su alegría fue tan grande que les ofreció de inmediato la casa amarilla

en la que se habían quedado en el pasado. Casi les había lanzado las llaves.

«¡Como si estuvierais en vuestra propia casa! Cambiad lo que os apetezca», había insistido Penny.

Y eso fue precisamente lo que habían hecho.

Khalani y Takeshi habían movido los muebles y habían descolgado las fotos de la familia que había vivido allí en el pasado. Empezaban desde cero, y crearían nuevos recuerdos que no quedaran empañados por los viejos.

Oyó unas fuertes pisadas a su espalda y esbozó una sonrisa cuando los brazos más cariñosos del mundo la rodearon.

—Ya llevas trabajando un buen rato —dijo Takeshi, besándole el cuello.

—Es más difícil de lo que imaginaba —admitió, contemplando el caos de cajas amontonadas.

Estaba todo hecho un desastre.

Pero le encantaba, porque era su desastre.

—Tómate un descanso.

—Hay mucho por hacer.

—Y también hay un mañana. —Le dio la vuelta y se acercó tanto que Khalani tuvo que ladear la cabeza para mirarlo a los ojos—. Quiero que te quites esos guantes y que te des una ducha. Y después ven a buscarme.

—¿Y qué ocurrirá cuando te encuentre?

Se le aceleró el corazón al ver que Takeshi se limitaba a sonreír y se marchaba. Ese hombre iba a provocarle un infarto antes de cumplir los treinta.

Khalani entró en la ducha y se enjabonó. El agua caliente se llevó el sudor mientras revivía la sonrisa de Takeshi. Se apresuró a terminar, llena de expectación.

Envuelta en una toalla, caminó descalza por el suelo de madera. El silencio y la luz dorada que se filtraba por el polvo en suspensión le provocaron un dulce escalofrío.

Takeshi no estaba en el salón, ni en la cocina ni en el cuarto de invitados. Empezó a preocuparse cuando entró en el dormitorio principal y tampoco lo vio.

Pero, entonces, unos brazos musculosos la rodearon.

—Te pillé —susurró Takeshi, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Khalani llevó la cabeza hacia atrás mientras las manos del capitán memorizaban todas las curvas de su cuerpo, que seguía envuelto en la toalla.

Hizo intención de quitársela, pero él se lo impidió.

—Aún no —dijo riendo entre dientes y dibujándole un reguero de besos por el cuello mientras le acariciaba la clavícula.

Khalani iba a derretirse.

—¿No quieres verme? —suspiró entre jadeos, provocándolo.

—Voy a verlo todo —respondió él con confianza, dándole la vuelta.

Al mirarla, los ojos le brillaron de puro amor.

Pero esa sombra oscura que vivía de forma permanente en ellos la excitó más que nada en el mundo.

—Aunque, primero, quiero que te acuestes en la cama —añadió.

—¿Y si digo que no?

—No descarto suplicarle, señora Steele.

Khalani se quedó inmóvil, conteniendo el aliento. Era la primera vez que Takeshi la llamaba así, y lo había dicho con una confianza total, como si fuera una verdad absoluta.

—¿Tengo que recordarte que no estamos casados?

—Aún no —zanjó él—. Ahora, mueve el culo y túmbate, Kanes.

Khalani balbuceó y se sonrojó, entusiasmada con lo que la

aguardaba. Pero eso no significaba que no planeara alterarle un poco el ritmo cardiaco.

Obedeció y, mientras se encaminaba hacia la cama, dejó caer la toalla, que se deslizó lentamente hasta los pies. Despacio, se sentó y lo miró con expresión inocente mientras la toalla terminaba de caer al suelo.

Los ojos negros de Takeshi parecieron adoptar un tono más oscuro. Inmóvil, con las manos a los costados, los paseó por todo su cuerpo, como si estuviera a punto de perder la cordura. Al posarlos más abajo, se humedeció los labios.

—¿Vas a quedarte ahí parado? —le preguntó.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En todas las maneras en que pienso devorarte.

Khalani sintió una punzada en las entrañas al ver el destello malicioso en su mirada y se tumbó, apoyándose en los codos y fingiendo tranquilidad.

—Qué peligro.

—Ni te lo imaginas.

Dio un paso hacia ella.

—¿Debería salir corriendo?

—No llegarías muy lejos.

Otro paso.

—Soy buena jugando al escondite.

—Ah, ¿sí? —Se acuclilló, poniéndose a la altura de su rostro—. Vale, pues cierra los ojos.

—¿Y qué pasará si lo hago?

Tragó saliva y se agarró a las sábanas.

—¿No confías en mí?

Khalani confiaba a ciegas en él. Sabía con total certeza que, si se

negaba y le pedía que se fuera, lo haría. Sin vacilar.

Era la persona con la que se sentía más segura del mundo.

—Sí.

—Bien. Cierra los ojos.

Khalani soltó un profundo suspiro y obedeció.

—Muy bien. No los abras —susurró.

Era como si la electricidad le bombeara en las venas. Tenía todos los sentidos aguzados, y, cuando oyó que Takeshi se ponía en pie y se alejaba, ladeó la cabeza en busca de un nuevo movimiento o alguna pista de lo que estaba haciendo.

Le llegó un ligero chirrido; había abierto la puerta del baño. Oyó que hurgaba entre sus cosas, buscando algo. Khalani se impacientó por saber qué estaba haciendo, pero mantuvo los ojos cerrados.

Sus pisadas regresaron.

—Levanta los brazos —ordenó Takeshi.

Khalani obedeció al instante, pero, cuando sintió que le envolvía suavemente las muñecas con una cuerda, casi se le salió el corazón del pecho.

—¿Quieres que pare? —susurró él.

—No. Solo me he puesto un poco nerviosa —dijo, riendo entre dientes y sin abrir los ojos.

La cama se inclinó un tanto y su cálido aliento le rozó la oreja.

—Yo también estoy nervioso.

Khalani frunció el ceño.

—Pues nadie lo diría. Siempre pareces tan… intrépido y seguro.

Notó que Takeshi esbozaba una sonrisa sobre su piel.

—Eso es porque no me lo permito. Reconozco la ansiedad. El momento de estar a punto de perderlo todo. Y, entonces, me libero de esa sensación y recupero el control. Y, una vez que lo he hecho, tomo lo que me pertenece.

Takeshi se colocó detrás de ella y Khalani contuvo la respiración mientras le ataba las muñecas a los postes de la cama, a conciencia, con unos nudos lo suficientemente tensados como para que no pudiera escapar, pero sin hacerle daño.

La mente le iba a mil por hora. Todo se convirtió en una bruma confusa y solo logró concentrarse en el hecho de que había cedido el control por voluntad propia. Y, contra todo pronóstico, nunca se había sentido tan libre.

—Recuerda… —Oyó esa voz oscura—. Cuando quieras que pare, solo tienes que decirlo.

—De acuerdo —respondió ella casi sin aliento.

Se colocó junto a ella, y Khalani sintió que la observaba de arriba abajo, casi como si la acariciara con la mirada.

—Eres tan hermosa…

Lo dijo con evidente admiración. Empezó a acariciarle los pies, y después le deslizó las manos por los tobillos y los músculos de las pantorrillas. Al llegar a los muslos, le hizo cosquillas. Siguió subiendo por sus caderas y la besó justo por debajo del ombligo.

Khalani se revolvió, tratando de liberarse de las ataduras.

—¿Cosquillas? —preguntó.

—Más bien sensible.

Tan sensible que la más pequeña de las caricias la hacía arder como fuego.

—No dejes de respirar. Nunca. Hazlo por mí —susurró Takeshi.

No era solo una orden para ese preciso momento, sino para el resto de su vida. Y, mientras sus pulmones le respondieran, la obedecería.

De repente, la lengua de Takeshi le recorrió el sexo. Ella ahogó un grito y arqueó las caderas para que él pudiera agarrarle los muslos y acercarse más.

La saboreó como si estuviera hambriento, mimándola con la lengua entre gemidos de placer. Y, cuando le lamió suavemente el clítoris, Khalani vio el universo entero.

—Takeshi… Es maravilloso… —gimió, clavándose las uñas en las palmas de las manos y a punto de perder el control.

Sumergido en su sexo, Takeshi soltó una risita y lamió con más ímpetu, como resarciéndose de todas las veces que había querido hacerlo y no había podido. Khalani trataba de controlarse, pero, cuando Takeshi le introdujo dos dedos, se desmoronó. Una oleada de temblores la recorrió mientras él le juntaba los muslos sin apartar la boca.

Sin ceder.

Siguió temblando y jadeando durante lo que le pareció una eternidad, sintiéndose como si flotara en una nube. Takeshi se levantó de la cama y la soltó. Al oír un ligero sonido metálico, no pudo evitar abrir los ojos.

Takeshi se había quitado la ropa y la había dejado caer al suelo.

Contempló su rostro atractivo, los fuertes y musculosos brazos y el abdomen definido, hasta que llegó a su miembro, largo y erecto.

Era como una obra de arte. Algo que ningún artista podría reproducir.

Y le pertenecía. A ella y a nadie más.

Takeshi subió a la cama y la incorporó con cuidado, sentándola con la espalda apoyada en el cabecero.

—Recuerdas que podemos parar si quieres, ¿verdad? —dijo en voz baja.

—Sí, pero no quiero —susurró con certeza mientras la adrenalina le recorría las venas y le acariciaba los brazos.

—Yo tampoco, Kanes. —Un destello le cruzó la mirada—. Ahora, abre la boca.

Khalani parpadeó, y él alzó una ceja, esperando a que obedeciera. Cuando ella separó un poco los labios, Takeshi deslizó un dedo entre ellos, el mismo dedo que había estado en su interior.

—Chupa —ordenó.

Khalani envolvió el dedo con los labios y lo introdujo en su boca, saboreando las pruebas de su excitación. Takeshi la contemplaba con un brillo en los ojos mientras ella no dejaba de chupar, aceptando todo lo que le ofrecía.

De repente, lo sacó con un chasquido.

Ella sonrió, disfrutando del desafío y con ganas de más.

Takeshi se puso de rodillas, y su largo miembro erecto quedó a centímetros de su cara. El fluido preeyaculatorio ya brillaba en la punta. Khalani se humedeció los labios y se inclinó hacia él, pero Takeshi, con un gesto dulce pero firme, la empujó hacia atrás.

—Tienes que ser paciente —dijo con una voz más grave de lo que jamás le había oído.

—No es mi fuerte.

—Ni el mío. Primero tienes que suplicar.

Los labios de Takeshi formaron una sonrisa sexi mientras observaba su reacción.

Khalani ladeó la cabeza. Ese tira y afloja era salvaje y la excitaba aún más. Estaba perdiendo la paciencia.

Y entró a matar.

—Pues ya puedes esperar sentado a que suplique. Y, si ese es el caso, quizá debería buscarme a otro que me metiera su…

Takeshi le introdujo la polla entre los labios, haciéndola callar. Ella se jactó de la victoria y la engulló cuan larga era mientras le clavaba las uñas en sus muslos fibrosos.

Lo sentía latir.

Takeshi le agarró el pelo con suavidad y empujó hasta que su

miembro le tocó la parte posterior de la garganta.

—Eso es… Lo haces muy bien —susurró.

El halago solo alimentó su determinación de aceptarlo todo. Takeshi siempre había sido el que mantenía la calma. El que nunca perdía el control. Pero ¿verlo perder la cabeza por ella? Era lo más erótico que había experimentado en la vida.

Pensaba que se controlaba.

Pero era ella la que tenía el control.

Le temblaron las piernas y se puso rígido. Khalani sintió cómo su miembro se hinchaba en el interior de su boca y, cuando tuvo una leve arcada, él explotó, llenándole la garganta.

Y Khalani lo engulló todo.

Cuando Takeshi quedó satisfecho, se retiró, con la mandíbula desencajada.

Sin pronunciar palabra, la contempló, con una expresión profunda y de anhelo capaz de derribar montañas.

—Eres increíble —dijo casi sin aliento—. Más que perfecta.

Khalani sonrió al ver el amor infinito que se reflejaba en sus ojos, el mismo con el que ella lo miraba. Se tumbó y él se puso encima de ella, aún duro como una roca.

Vio que dudaba y le envolvió el rostro con las manos.

—Te quiero, Takeshi. Lo quiero todo de ti. Para siempre.

Takeshi abrió los ojos de par en par, como si, en cierto modo, tuviera aún miedo de que desapareciera. Khalani deslizó las manos hasta su cuello y lo besó, desvaneciendo todas sus dudas.

Había pasión en cada aliento. En cada caricia. Takeshi la besó despacio, saboreándola, y después se introdujo en ella.

Khalani se tensó.

Takeshi era grande. Más grande que cualquier hombre con el que se había acostado. Pero él esperó a que se sintiera cómoda

antes de seguir adelante y empujar aún más, poco a poco, hasta que estuvo completamente enterrado en su interior.

—¿Estás bien? —susurró, escrutándola en busca de alguna señal de malestar por su parte.

—Sí —afirmó.

Nunca había sido tan consciente de su corazón. Era como si le hubiese abierto el pecho y se lo estuviera apretando, acariciando cada latido.

Takeshi tenía las pupilas completamente dilatadas y apenas podía reprimirse. Y, entonces, empezó a moverse. Empujó sus poderosas caderas contra las suyas, dentro y fuera, dentro y fuera, golpeando una zona sensible que la obligó a abrir los labios y a arañarle la espalda.

El placer le transformó el rostro. Takeshi jadeó, con la frente perlada de sudor, mientras se introducía aún más en ella, como si quisiera que sus cuerpos se fundieran en uno solo.

—Más, Takeshi…

Le rodeó la cintura con las piernas, pero él no se quejó, sino que le subió la rodilla, deseoso de sumergirse más aún y de que ella lo rodeara con todo su cuerpo.

Agarrándose a sus hombros, Khalani sintió cómo crecía su excitación mientras él arremetía con las caderas. Se aferró a él con todas sus fuerzas, consciente de que no estaba solo en el interior de su cuerpo, sino también en su corazón, en su mente y en su alma.

No existía nada mejor en el mundo. De eso estaba segura.

Takeshi descubrió otro punto de placer y Khalani jadeó.

Siempre atento, él se dio cuenta. Ajustó el ángulo y la penetró con más ahínco, rozando esa zona una y otra vez, hasta el punto de que no habría sabido decir dónde acababa ella y dónde empezaba él.

Con un último empujón, Khalani apretó las piernas contra él y se convulsionó, soltando un grito. El magnífico cuerpo de Takeshi tembló cuando se vació en ella. Y, cuando abrió los ojos de nuevo, vio a Takeshi jadeando, con una expresión de completo éxtasis.

—Me parece que no me funcionan las piernas —dijo ella con voz ronca y sintiendo un hormigueo por todo el cuerpo.

Takeshi alzó la mirada.

—Pues a mí me parece que no me funciona ninguna parte del cuerpo. Excepto la polla. Está en perfecto estado. O lo estará en cinco minutos —respondió él con una sonrisa pícara.

Khalani soltó una carcajada y Takeshi le dio un beso. A continuación, se tumbó junto a ella.

Cubrió sus cuerpos aún palpitantes con las sábanas, y Khalani se volvió para mirarlo mientras él le acariciaba con la yema del pulgar las mejillas, la barbilla, memorizándola.

Y ella se lo permitió en silencio. Las palabras sobraban.

Khalani buscó su otra mano y enroscó el meñique con el suyo. Una promesa tácita. Su secreto.

Si alguien les preguntaba si estaban muy enamorados, no responderían. Se limitarían a sonreír y se guardarían la verdad para sí mismos.

Su amor desafiaba a la suerte.

Y siempre lo haría.

Porque él era su final, y ella, su comienzo.

41

No hay nada más que contar. Lo que queda de esta historia, me corresponde a mí obtenerlo.

Dos años después

¿Puedes estarte tranquila? —la riñó Serene.

—Lo siento. —Khalani dejó de darse golpecitos en la pierna y evitó mirar hacia la puerta trasera de nuevo—. Pero ¿y si no le gusta?

—Le va a encantar —insistió Serene—. Podrías servirle gusanos para cenar y seguiría diciéndote que eres fabulosa.

Khalani fue a replicar, pero se oyó un leve sollozo procedente del dormitorio. De inmediato, se apresuró a ir hacia allí y aupó a la bebé, que estaba en pie en la cuna con los brazos tendidos.

Tenía unos rizos morenos, hoyuelos y los ojos más verdes del mundo. Era lo más hermoso que había visto en la vida.

—Ven aquí, cariño. No llores. —Khalani abrazó a su hija y le dio un beso en la mejilla. La niñita soltó una dulce carcajada y dejó de llorar. Serene apareció al instante en el dormitorio.

—¡Aquí está mi preciosa sobrina! —susurró con dulzura, inclinándose hacia ella para plantarle un beso en la tripita—. Ya sabes quién es tu tía favorita, ¿verdad?

—Eres su única tía, Serene.

—No le hagas caso, pequeña Elise —continuó Serene—. Sé que soy tu persona favorita. Lo sé y punto.

La pequeña Elise gorjeó. Era, sin lugar a dudas, la niña más querida del mundo.

—Ya sabes que tendrás que esforzarte para convertirte en su favorita —la advirtió Khalani con una sonrisa—. Brock es el que más la hace reír.

—Bah, eso es porque tienen la misma edad mental. —Serene puso los ojos en blanco—. Va por ahí de duro con todo el mundo y después, en casa, se comporta como si fuera un niño. Te lo juro.

—Y a ti te encanta…

Serene se ruborizó.

—Que Dios se apiade de mí, pero sí. Al principio no estaba muy segura de cómo sería vivir juntos, pero es muy atento. No quiere que haga nada en la casa. Y por las noches…

Serene hizo el gesto de abanicarse.

—Ya, ya. Os oímos —dijo Khalani, soltando una carcajada.

—¡Eso es imposible! —Serene ahogó un grito y le dio una palmada en el brazo—. Pero ¡si cerramos las ventanas…!

—Ya, pero a veces las paredes tiemblan.

—Vale, ¿y qué me dices de vosotros? —exclamó Serene—. Te juro que anoche oí unos gritos procedentes de esta casa. Estuve a punto de venir a ver qué sucedía, pero Brock se rio y me obligó a volver a la cama.

Khalani se sonrojó al recordar exactamente cómo la había atado Takeshi. Cumplía su palabra: solo alguien que supiera lo que estaba haciendo podía hacerla gritar de placer.

La puerta principal se abrió de repente y se oyó la voz de Winnie.

—¡Khalani, querida!

La anciana, ataviada con un vestido nuevo de color azul y estrellitas amarillas que ella misma había confeccionado, entró en la casa. Llevaba el pelo cano recogido en un moño y, cuando vio que Khalani tenía en brazos a Elise, explotó de alegría y se aproximó bailando.

—¿Cómo está la preciosa nietecita de Winnie?

La tomó en brazos y le hizo una carantoña mientras Elise no dejaba de balbucear y gorjear de forma adorable.

—Por fin ha dormido toda la noche. —Khalani sonrió al ver que Winnie hacía saltar a Elise mientras la sostenía sobre la cadera—. ¿Qué tal llevas el libro?

Después de la batalla, habían regresado a la prisión de Braderhelm para recuperar la máquina de escribir de la anciana y el resto de los libros de la biblioteca. Tal como Khalani le había prometido.

—¡Ya casi está terminado! —exclamó ella—. Aunque Winnie aún está pensando en un buen título. ¿Qué os parece *Hacia arriba*?

—¿*Hacia arriba*? —repitió Serene.

—¡Sí! Va sobre la perpetua esperanza de la humanidad después de ser condenada al subsuelo. Sobre cómo superamos las mentiras y volvimos a la superficie. *Hacia arriba*.

—Me gusta —afirmó Khalani.

—Winnie se alegra mucho —exclamó entusiasmada—. ¿Cómo está tu hermano, Serene?

—Sigue en Las Vegas ayudando a los Ases a construir el casino. Aunque creo que hay una chica que le gusta.

—Es un joven brillante y guapo —dijo Winnie con un guiño.

—Pero que no nos oiga. Se le sube a la cabeza.

Serene fingió que se pegaba un tiro.

—Me parece que algo huele un poco mal por aquí, ¿verdad? —Winnie olfateó el trasero de Elise y arrugó la nariz. La bebé sonrió con picardía—. Oh, sí. Vamos a limpiarte.

—Ya lo hago yo, Winnie —se ofreció Khalani.

—¡Ni hablar! La abuela Winnie está de servicio y punto —canturreó con voz aguda mientras se llevaba a Elise al dormitorio.

Momentos después, la puerta trasera se abrió.

Brock, Derek y Takeshi entraron. Llevaban las camisetas y los pantalones de chándal manchados de tierra. Se habían pasado los últimos meses enfrascados en una misión que mantenían en el más absoluto secreto.

Khalani corrió de inmediato hacia su esposo, quien la levantó en brazos y la besó sin pudor.

—Vale, vale, no hace falta que estéis siempre tan acaramelados —refunfuñó Serene.

—Mira quién habla.

Brock atrajo a Serene hacia él y la besó con firmeza en la boca, obligándola a cerrar el pico.

El rubor en las mejillas de la joven revelaba que estaba más que encantada.

—Dios, qué soltero estoy —gruñó Derek.

—¿Qué tal va con el nuevo mecánico de Apolo? —preguntó Khalani mientras Takeshi, a regañadientes, la depositaba de nuevo en el suelo sin dejar de rodearle la cintura con el brazo.

—¿Sam? Me parece que no le gusto.

Derek se rascó la cabeza y, algo inquieto, cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Pero ¡qué dices! —exclamó Serene cuando Brock le permitió respirar otra vez—. He visto cómo te mira. Deberías hablar con él.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás —añadió Brock, casi sin apartar los ojos de Serene.

Derek se pellizcó el labio inferior y asintió despacio con la cabeza.

—Lo pensaré. En cualquier caso, tengo que ayudar a Penny con las nuevas granjas. ¿Quedamos mañana para cenar a la misma hora?

Los demás asintieron y, después de despedirse de todos con un abrazo, Derek se marchó hacia su casa de una planta en la calle sin salida donde todos residían.

—Nosotros también nos vamos —dijo Brock, agarrando el antebrazo de Takeshi para despedirse.

Este lo imitó.

—Gracias por la ayuda, colega. Te lo agradezco de verdad.

—No hay de qué. ¿Entreno dentro de un par de días? —preguntó Brock con un destello expectante en los ojos.

Los dos seguían practicando maniobras de lucha en la antigua zona de combate de Oasis. A veces utilizaban cuchillos; otras, peleaban cuerpo a cuerpo. Khalani y Serene a menudo llevaban sillas y se sentaban a observarlos.

En ocasiones se zurraban bien, y eso la preocupaba, pero, en el fondo, sabía que la lucha era su manera de conectar y de soltar las tensiones después de años viviendo rodeados de violencia.

—Ya sabes que siempre me apunto a patearte el trasero —respondió Takeshi con una mueca burlona.

Brock le dio un golpe en el hombro y se marchó con Serene, que se despidió de Khalani con un beso en la mejilla.

Una vez que se quedaron solos, Takeshi la atrajo hacia él y ella le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Dónde está Elise? —preguntó.

El amor que sentía por su hija era inmenso.

—No te preocupes. Está con Winnie. —Khalani dio unos saltitos de emoción, entusiasmada—. ¿Listo?

Era su aniversario.

No de boda, sino del día en que, tres años atrás, se habían conocido en prisión. La mayoría de la gente desearía olvidar ese horrible momento, pero ellos, no. El día en que se habían conocido y habían empezado a compartir sus mundos marcaba el momento en que sus vidas habían cambiado a mejor.

Khalani se había pasado el último par de meses trabajando sin descanso en la sorpresa, pero Takeshi la superaba: llevaba seis. No tenía ni idea de qué podía ser y le había prohibido por completo acercarse al jardín trasero. Y todos los días Brock y Derek se presentaban para echar una mano con el proyecto secreto.

—Listo —respondió esbozando una sonrisa—. ¿Quieres ser la primera?

—Sí.

Lo agarró del brazo y tiró de él hacia la planta superior, dejando atrás las fotografías de ambos con Elise de bebé en los brazos. Khalani desvió la mirada hacia las imágenes en las que aparecían Winnie y Serene esperándola junto al altar. Derek y Adan estaban al otro lado, con Brock como padrino de Takeshi. Aunque su foto favorita era una de Takeshi, que la miraba vestida de novia con lágrimas en los ojos.

Se detuvo al final del pasillo y se volvió hacia él con gesto teatral.

—Vale, cierra los ojos.

Takeshi obedeció al momento, encantado de seguir sus órdenes.

Ella lo condujo con cuidado al interior de la habitación y lo dejó en el lugar más indicado. Dando un paso atrás, Khalani tomó aliento,

de repente hecha un manojo de nervios.

—Vale… Ya puedes abrirlos.

Takeshi lo hizo y se quedó boquiabierto.

Los rayos de sol penetraban por las ventanas abiertas de par en par de una habitación pintada de azul pastel. Se oían los trinos de los pájaros; gracias al Proyecto Hélix, cada vez había más animales en la superficie.

Sin embargo, Takeshi clavó los ojos en el centro de la estancia.

Un lienzo en blanco reposaba sobre un enorme caballete y, junto a este, había un escritorio lleno de pinceles, lápices y toda clase de colores.

Le había llevado su tiempo preparar aquella sorpresa, pero Penny y Winnie habían sido sumamente valiosas a la hora de encontrar los materiales.

Takeshi examinó la estancia en silencio con expresión indescifrable. Khalani tragó saliva, con el corazón en un puño. Un hormigueo nervioso le recorrió las manos y trató de explicarse.

—Me contaste que, de niño, te gustaba mucho pintar, así que te he preparado un estudio propio.

Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y se mordió el labio inferior. Takeshi continuaba sin reaccionar.

—Si no te gusta, no pasa nada. Ya le buscaremos otro uso al espacio…

Takeshi se volvió hacia ella a la velocidad del rayo y la aupó en un abrir y cerrar de ojos. Buscó sus labios y la besó como si no hubiera un mañana. Khalani notó un sabor salado en sus labios y se apartó un poco.

—¿Va todo bien, cariño? —preguntó aún en sus brazos, envolviéndole el rostro con las manos mientras él la miraba con ojos llorosos.

—Es la primera vez que alguien hace algo así por mí —susurró, emocionado y con la voz quebrada.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Joder, te amo.

Volvió a besarla, y Khalani notó que se empalmaba. Sonriendo y sin apartar los labios de los suyos, lo rodeó aún más con las piernas, presionando sus caderas contra las suyas.

—Aún no, Kanes. Todavía falta tu regalo.

Salieron de la estancia y él se negó a soltarla, ni siquiera por las escaleras. Khalani soltó una carcajada cuando bajaron los escalones a trompicones y llegaron a toda velocidad hasta la puerta trasera.

—Vale, ahora te toca a ti cerrar los ojos.

La dejó en el suelo y, cuando le tapó los ojos con las manos, ella frunció el ceño.

—¡Ya tengo los ojos cerrados!

—Es para asegurarme de que no haces trampas —dijo riendo entre dientes.

Khalani oyó que se abría la puerta y que la guiaba por el sendero. Notó el suave césped bajo los pies desnudos mientras cruzaban el jardín.

Extrañada, advirtió el chirrido de otra puerta que se abría. Takeshi la ayudó a subir unos escalones y, de repente, pisó tierra. El aire estaba mucho más cargado y se humedeció los labios.

—¿Dónde estamos?

—Ahora lo verás. ¿Estás lista? —preguntó entusiasmado y con cierta inquietud.

Cuando asintió, Takeshi apartó las manos.

Khalani ahogó un grito y se tapó la boca.

Ante ella había un deslumbrante jardín.

Como en trance, se adentró en el invernadero, rodeada de

plantas de todas las formas, colores y tamaños. Una fresca brisa transportaba los aromas de las flores, y Khalani aspiró.

Era como si estuviera en uno de esos sueños que solía tener de niña. Uno del que no quería despertar. Pero era real. Takeshi le había construido un invernadero, solo para ella. Rebosaba de vida y era del tamaño de la planta baja de su casa.

Al volverse hacia él, se quedó de piedra.

Takeshi sostenía varias rosas en las manos. Mirándola con unos ojos llenos de amor, se las tendió.

—Ya te dije que encontraría flores para ti.

Khalani rompió a llorar y lo miró más maravillada que el día en que había visto el sol por primera vez. Lo atrajo hacia ella y lo envolvió con sus brazos.

Y allí, en ese jardín, se abrazaron como si sus vidas dependieran de ello.

Disfrutando de su «felices para siempre».

Y, si se tuviese que expresar con palabras todas las emociones que sintieron en ese momento y en los segundos que siguieron, las páginas de su historia sangrarían hasta el fin de los tiempos.

¡GRACIAS!

Escribo estas líneas con lágrimas en los ojos. No doy crédito a que hayamos llegado al final de la serie *Us Dark Few*.

De pequeña, nunca fui la más popular de la escuela. Sufrí acoso y el único lugar en el que encontraba una vía de escape era en los libros. Volaba a lomos de un dragón, viajaba a otras dimensiones, me enamoraba de villanos y luchaba en revoluciones. Tenía muchas cosas que decir, pero me faltaba el valor para acabar un libro, o quizá no creía que fuera capaz de hacerlo.

Todo cambió en el verano de 2017, cuando alguien a quien quería con todo mi corazón falleció. Se llamaba Timothy. Nunca había sentido tanto dolor. Tenía el corazón roto y solo encontré consuelo en mi fe en Dios. Comprendí que la mejor manera de honrar su memoria era vivir por él, y eso se convirtió en los cimientos de *Us Dark Few*. Mi objetivo era transmitir, mediante la historia, que se puede encontrar esperanza incluso en los lugares más oscuros. Que hay que luchar por lo correcto. Quería una historia en la que los personajes se enamoraran, rompieran y se reunieran de nuevo porque son incapaces de vivir el uno sin el otro. Y, sobre todo, quería que todos aquellos que habéis experimentado una pérdida os sintierais reconocidos y supierais que amar es vivir eternamente.

Así que, queridos lectores, gracias de todo corazón por haber elegido esta serie. Hubo días en que no me veía capaz de acabarla,

que no me sentía lo suficientemente buena ni pensaba que mis libros merecieran existir. Pero vosotros le disteis una oportunidad a una chica que sufría burlas por leer debajo de su escritorio. Y, gracias a vosotros, esa chica ha cumplido el sueño de convertirse en escritora.

Ignoro qué nos deparará el futuro o dónde acabará este libro, pero lo acepto. Al igual que acepto los días duros y hermosos, porque me recuerdan que estoy viva. Así que nunca dejaré de escribir y continuaré prestando mi voz para denunciar las injusticias. Y para todos aquellos que lo estáis pasando mal en la escuela, el instituto o el trabajo y que solo encontráis consuelo en los libros, os veo y os reconozco. No estáis solos. El mundo es un lugar mejor porque vosotros estáis en él.

Con todo mi cariño,

ALEXIS PATTON

AGRADECIMIENTOS

Mamá, tengo tanto de ti… Cuando eras pequeña, no siempre tuviste el mejor ejemplo de lo que significa ser una buena madre, pero conmigo has sido la mejor. Mi amor por la lectura y la escritura viene de ti, y me siento muy agradecida de poder llamarte «mamá». Gracias por todas tus correcciones y sugerencias, y quiero que todo el mundo sepa que eres la principal responsable de que Winnie siga con vida, porque pensaba matarla en el primer libro. Te quiero con toda el alma. Por siempre y para siempre.

Papá, eres mi héroe. No puedo expresar con palabras lo mucho que significan para mí tus esfuerzos para que mis libros lleguen a todos los rincones del mundo y lo mucho que los quieres, a ellos y a mí. Te adoro y, sinceramente, creo que tengo al mejor padre del mundo. Gracias por leer mis libros, por todas tus sugerencias y comentarios y por ayudarme también a no perder el rumbo empresarial. Te quiero muchísimo.

Kyle, mi marido. Hay capas de ti en cada página de este libro. Todos deben saber que tú ayudaste a moldear a Takeshi. Me has proporcionado comentarios muy valiosos y jamás podré agradecer todo el apoyo que me has dado. Sé que los largos días escribiendo no han sido siempre fáciles, pero me has demostrado lo que significa ser un buen marido. Te quiero con toda el alma y me entusiasma compartir mi futuro contigo. Por siempre y para siempre.

Christina, creo de verdad que eres la mejor hermana del mundo.

Pase lo que pase, puedo confiar en ti para todo. Y, por mucho que nos peleemos, tengo la suerte de saber que nuestras vidas están unidas y que nuestro amor y apoyo nunca flaquearán. Lo creo de verdad. Estoy más que entusiasmada con tu decisión de escribir y me muero de ganas de leer todos tus libros. Tienes mucho talento, y el mundo merece escuchar tu voz. Eres una de las mejores personas que conozco, de verdad, y te cuidaré y te querré siempre.

Rodney, gracias por estar a mi lado. Siempre puedo acudir a ti en busca de consejo, cariño y apoyo. Pese a que nos separan varios estados, siempre te llevo en el corazón. Gracias por creer en mí y por todas tus críticas, que ayudaron a mejorar esta serie. Te quiero por siempre y para siempre, y siempre estaré a tu lado, pase lo que pase. Y con esto no quiero decir que el futuro me aterre, sino más bien al contrario: me entusiasma. Porque sé que tú también formarás parte de él.

Angie, eres la agente más increíble del mundo. Dios te trajo a mi vida en el mejor momento, justo cuando estaba perdida. Supe desde el primer minuto que juntas lograríamos cosas maravillosas. No puedo expresar con palabras lo agradecida que me siento. Por las negociaciones, los acuerdos, las noches en vela, las charlas cuando no dejaba de llorar, la alegría y el apoyo que me has demostrado al creer en mí. No solo estoy agradecida porque eres una agente magnífica, sino también porque incluso eres mejor amiga. Te quiero y estoy impaciente por ver qué más podemos lograr juntas.

Meg, mi editora en Sourcebooks. Gracias por darme esta oportunidad y por todo el gran trabajo en la serie. Has defendido mis libros a capa y espada y me siento muy agradecida de trabajar contigo.

El equipo de Bloom, sois unas superestrellas, de verdad. Estoy más que agradecida por el apoyo y el esfuerzo que habéis puesto en

estos libros y en el *marketing*; me habéis hecho sentir la reina del mundo. Gracias por creer en mí.

Kristofer Mehaffey, ¡gracias por la magnífica cubierta *indie*! Tienes un inmenso talento y me siento muy agradecida de que finalmente tus cubiertas vean la luz. Gracias por tu apoyo y por ser una persona y un amigo tan maravilloso.

Justine, gracias por apoyarme siempre y por tu honestidad. Eres increíble y es un honor tenerte como hermana. ¡Te quiero por siempre y para siempre!

Annie, gracias por tu apoyo físico, mental y emocional. Desde que era una niña, siempre has estado presente, y necesitaría otro libro para expresar lo mucho que significas para mí. Pase lo que pase, sé que estarás a mi lado. Y yo también estaré a tu lado. Te quiero con toda el alma.

Jose Matta, abuelo, gracias por ser una de las personas más maravillosas que he conocido. Siempre me apoyas, siempre me demuestras tu cariño y no aparentas tener más de cincuenta años. Siempre estaré agradecida por tu apoyo y te querré por siempre.

Mary, mi hermana del alma. Te llevo en el corazón. Gracias por tu apoyo incondicional y por comprenderme cuando la vida se complica. Lo mejor de Stetson fue conocerte. Y lo digo de corazón. Te quiero.

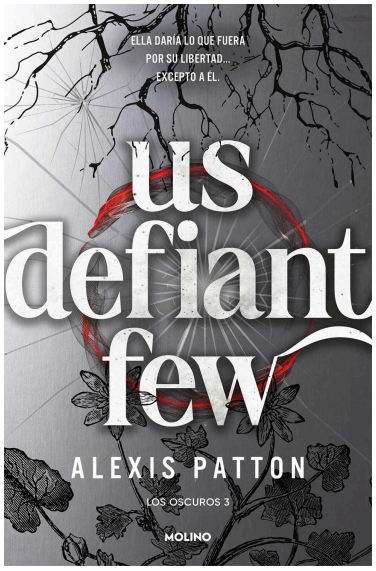
Ari, eres una de las mejores personas que conozco ¡y la más comprensiva! De verdad que es una suerte haberte conocido en Chicago hace diez años y seguir siendo amigas. Me muero de ganas de que seas madre y no puedo esperar a celebrar un montón más de cosas maravillosas. Pase lo que pase, siempre estaremos juntas. Te quiero.

Tina, una vez me dijiste que la gente no quiere escuchar a quien no ha pasado por nada. Me ayudaste a reunir el valor y la sabiduría

para canalizar mis traumas y mis aprendizajes en mi escritura. Eres la persona más increíble que he conocido en San Diego y, no importa quién esté o quién falte, siempre puedes contar conmigo. Y yo siempre contigo. Te quiero.

Tom, ¡gracias por tu apoyo y tus ánimos incondicionales! Eres el cuñado más maravilloso y me siento muy agradecida por tenerte en mi vida. ¡Te quiero! ☺

Quizá mis palabras no te recuerden. Pero el filo de mi cuchillo sin duda no te ha olvidado.



Khalani solo conoce la supervivencia. Escapó de una prisión letal y es una de las pocas personas del subsuelo que ha caminado bajo el sol. Pero, ahora, la muerte ha dado con ella y su suerte se ha esfumado.

El hombre al que ama ya no la recuerda y solo tiene en mente un objetivo: matarla.

Si desea ver un nuevo amanecer, Khalani necesitará mucho más que cuchillos afilados y una voluntad de hierro. Tendrá que acercarse a su enemigo y averiguar la manera de recuperarlo antes de que los destruya a ambos. Pero, mientras unas fuerzas oscuras se ciernen

sobre ellos y la verdad se revela, Khalani empezará a desconfiar incluso de sí misma.

El destino los arrastrará de vuelta al lugar donde todo comenzó: Apolo. Para salir victoriosa, Khalani deberá forjar alianzas brutales, entrenarse sin descanso y aferrarse a un amor hecho de sufrimiento y sangre. Puede que llegue a la ciudad del subsuelo sin ser degollada, pero una pregunta seguirá carcomiéndola: ¿Qué sentido tiene sobrevivir… con la verdad que ahora conoce?

Alexis Patton creció en DeLand, Florida y siempre ha sido una ávida lectora: era de esos alumnos que se meten en problemas por leer en clase. Su escritura abraza la experiencia humana y explora temas de amor, pérdida y auto-descubrimiento.



Título original: *Us Defiant Few*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Alexis Patton
© 2026, Sourcebooks, por el diseño de la cubierta y el interior
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Ángela Esteller García, por la traducción
Arte del interior: © MYNQSO
Imagen del interior: © cundra / Getty Images

Diseño de la cubierta: adaptación a partir del diseño original de Antoaneta Lisak / Sourcebooks

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-5761-0

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Us defiant few

1. Puede que no estuvieras al principio, pero me alegro de que estés al final.

2. Pensaba que conocía la oscuridad, pero tú me arrastraste aún más hacia las sombras.

3. Tú naciste de la violencia. Yo la elegí.

4. El fracaso es un triunfo necesario.

5. De todas las catástrofes, soy la más destructiva.

6. Teme a la tinta que sangra en rojo.

7. La verdad es que siempre espero lo peor.

8. Miré al monstruo directamente a los ojos. Y me devolvió la sonrisa.

9. Calma la mente y préstame tus gritos.

10. Cuanto más grande es el corazón, más sufre.

11. No temo a los fuertes. Temo a los que la gente subestima.

12. Sigo teniendo esperanzas en el mañana, aunque no esté garantizado.

13. Cuando la noche llega a su fin, las palabras que debería haberte dicho brillan con mayor intensidad.

14. ¿Qué es el corazón, sino una tierra baldía de amor?

15. Mis pesadillas sonríen incluso cuando estoy despierta.

16. ¿Reconoces mis heridas y cicatrices en las tuyas?

17. Nunca había notado los espacios vacíos entre mis dedos hasta que te conocí.
18. Transformas mis aguas caóticas en mares de calma.
19. El mundo esperó a que respirara antes de ahogarme de nuevo.
20. Creo que una parte de mí siempre te buscará.
21. Cantaré por ti si tú gritas por mí.
22. Una vida despiadada merece una muerte despiadada.
23. El mundo me dejó el corazón exhausto. Pero la fe me mantuvo firme.
24. Grita las verdades que imploran ser susurradas.
25. Cuanto más trates de entender el mundo, más enloquecerás.
26. La verdad nos destruirá a todos.
27. Volvería a soportar todo ese dolor solo por estar contigo.
28. Desato la misma devastación que me forjó.
29. El dolor es la única enfermedad que no tiene cura.
30. Pido socorro a gritos, pero las palabras se alejan como si tuvieran alas invisibles.
31. Me siento orgullosa de haber bailado cuando lo único que quería era derrumbarme.
32. La gente dice que quiere la verdad… hasta que la descubren.
33. Yo presencié el fin del mundo.
34. Si mis remordimientos tuvieran un peso físico, me hundiría hasta el núcleo de la Tierra.
35. Aspiré tu ascenso. Exhalaré tu caída.
36. Volamos demasiado cerca del sol, pero no esperabas que sonriéramos mientras nos abrasaba.
37. Quizá mi pluma no te recuerde. Pero el filo de mi cuchillo sin duda no te ha olvidado.

38. En un solo latido, el amor me destruyó y me salvó.
39. Vivir es un desafío. Amar es poesía.
40. Acarició los rincones más oscuros de mi alma como si no fueran sombras que destruir, sino una pintura que admirar.
41. No hay nada más que contar. Lo que queda de esta historia, me corresponde a mí obtenerlo.
¡Gracias!
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Alexis Patton
Créditos